



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.
Primera época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXXI, Vol. CLXXX, Núm. 1 (enero-febrero de 1972).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXI

1

ENERO-FERRERO

1972

INDICE

Pág. 3

INTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Jesús Silva Herzog

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL
Y POLITICO DE MEXICO

(1810-1964)

Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela.

Si usted quiere conocer lo que han pensado 54 mexicanos distinguidos sobre los problemas de la República, es indispensable la lectura de este libro.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	70.00	
América y España		6.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

REALIDADES DE LA REFORMA AGRARIA

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloísa Alemán	10.00	1.00

Estos dos libros contienen investigaciones sobre el terreno realizadas durante varios meses con criterio técnico y sin ninguna influencia política. El lector podrá enterarse de los resultados reales de la reforma agraria mexicana.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

—OoOo—

De venta en las mejores librerías
de México

—OoOo—

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado Postal 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Organo Trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México. Aparece la 1a.
 semana de febrero, mayo, agosto y noviembre.

Año III, No. 9

Cuarto Trimestre de 1971

Director: Fernando Carmona

CONTENIDO

OPINIONES Y COMENTARIOS: *Sobre la nacionalización del
 cobre en Chile*, opinan: Alberto Baltra y D. F. Maza-Zavala.
Sobre la lucha en Cuba por el desarrollo, opinan: Alonso Agui-
 lar Monteverde y Jorge Carrión.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

L. N. Willmore, *Estrategia peruana de desarrollo*.

Arturo Bonilla Sánchez, Gloria González Salazar, Ramón
 Martínez Escamilla y Silvia Millán Echeagaray, *En torno al
 problema agrario y agrícola de México* (4 artículos).

TESTIMONIOS

Santiago Rentería y Luis Sandoval, *Crisis del sistema mone-
 tario capitalista: crisis del sistema*.

Juvencio Wing Shum, *México: carestía, "atonía", crisis del
 dólar*.

LIBROS Y REVISTAS

En este número fundamentalmente reseñas y comentarios crí-
 ticos de autores latinoamericanos.

DOCUMENTOS Y REUNIONES

Bolivia, *La Estrategia del Desarrollo y la Programación In-
 dustrial* (Ramiro Paz Estenssoro).

Subdesarrollo y Negación de los Derechos Humanos (Fernan-
 do Carmona).

Uruguay: programa del Frente Amplio.

NUMERO SUELTO: *México*: \$ 25.00. *Extranjero*: Dls. 2.00.
 ATRASADOS: *México*: \$ 35.00. *Extranjero*: Dls. 3.00. (Agota-
 dos números 1 y 2). SUSCRIPCIONES: *Por Correo Ordinario*:
México, anual \$ 80.00; estudiantes: anual \$ 70.00, semestral
 \$35.00. *Extranjero* Dls: 7.00. POR AÉREO REGISTRADO: *México*
 \$ 100.00. *Centroamérica, EUA y Canada*: Dls. 11.00; *Sudamérica*
 y *Europa* Dls. 12.00.

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director: Alfredo A. Roggiano
Secretario-Tesorero: Julio Matas
Universidad de Pittsburg. 1617 C.L.



No. 71 (Dedicado a Vallejo)

- | | |
|----------------------------|--|
| Julio Ortega | Lectura de Trilce |
| Eduardo Neale-Silva | Poesía y sociología en Trilce |
| Keith McDuffie | Una fracasada traducción inglesa de Poemas humanos |
| Keith McDuffie | Trilce I y la función de la palabra en la poética de César Vallejo |
| Carlos Germán Belli | En torno a Vallejo |
| Raúl A. Castagnino | Vallejo narrador |
| Luis Alberto Sánchez | La prosa periodística de César Vallejo |
| James Higgins | El absurdo en la poesía de César Vallejo |
| André Coyné | Vallejo y el surrealismo |
| Alfredo A. Roggiano | Mínima guía bibliográfica |



COMISION EDITORIAL (1969-1971)

- Fernando Alegría, Stanford University, Palo Alto, California.
Fred P. Ellison, University of Texas, Austin, Texas.
Seymour Menton, University of California, Irvine, California.
Emir Rodríguez Monegal, Yale University, New Haven, Connecticut.
Guillermo Sucre, University of Pittsburg, Pittsburg, Pa.

Venta, suscripciones y canje: 1617 C.L. University of Pittsburg, Pa. 15213.
Suscripción anual: Europa y U.S.A., 7 dólares; América Latina. 3 dólares.

La perspectiva general del comercio exterior mexicano
económica. Perspectiva económica y administrativa sobre
el desarrollo agrícola. La política de desarrollo industrial.
La distribución del ingreso. Aspectos económicos internacionales.
Iniciativa extranjera directa. Desarrollo tecnológico y científico.

cuestiones económicas nacionales

comercio exterior, 1951-1970

banco nacional de comercio exterior, s.a.
México, d. f. 1971

Gabino Arce de Pablo, Francisco Aguilar Quintana, Antonio Amador, David Barón, Manuel Bravo Jiménez, Dwight S. Brothers, Antonio Cárdenas Martínez, Sergio de la Peña, Carlos Estroff, Edmundo Flores, Horacio Flores de la Peña, Fernando García Reynoso, Rodrigo Gómez, Guillermo Haro, David Ibarra, Armando Labra, Ignacio N. de Navarrete, Octavio Muñoz Tezanos, Jorge Eduardo Navarrete, Mirinda Navarrete Romero, Ignacio Richards, Jesús Prieto Viquez, Carlos Quintana, Sergio Reyes Ochoa, Gustavo Romero Kelso, Ricardo Torres Galán, Víctor E. Uquedo, Miguel S. Wanczek.

Una
selección
de
artículos
sobre
problemas
económicos
de
México
aparecidos
entre
1951 y 1970
en

comercio exterior

\$ 5000

Pagos en 4 Ocho de

BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.

ESTABLECIMIENTO DE FIDEICOMISO

Financiamiento Comercial S. A. México

UN NUEVO LIBRO
 LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO
 ECONOMICO DE MEXICO

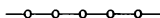
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la lectura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
 ECONOMICAS

Precios:

México .	\$ 40.00	
Extranjero .		4.00 Dls.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

*Precios
Pesos Dólares*

JAMES W. WILKIE.—EDNA MONZON
DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas de historia oral. Ramón Ber-
teta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez
Morín, Vicente Lombardo Toledano,
Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio
Portes Gil, Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se
propuso hacer su autobiografía o la
historia contemporánea de México, no
obstante lo cual, hay un poco de lo
uno y de lo otro. Sin embargo, tene-
mos la seguridad de que el con-
tenido de la obra será de indudable
utilidad e interés para historiadores,
sociólogos, economistas, políticos y
aún para sicólogos 100.00 9.00



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOC	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

B. BERAUD

La izquierda revolucionaria en el Japón

C. M. 47

216 pp.

L. BRITTO GARCIA

Rajatabla

240 pp.

E. GALEANO

Las venas abiertas de América Latina

432 pp.

N. POULANTZAS

Fascismo y dictadura

438 pp.

R. RICHTA

La civilización en la encrucijada

368 pp.

J. A. SHELLEY

Himno a la impaciencia

C. M. 45

102 pp.

L. SILVA

El estilo literario de Marx

152 pp.

VARIOS AUTORES

Poesía joven de Panamá

C. M. 46

104 pp.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS O EN GABRIEL
MANCERA No. 65, COL. DEL VALLE. TEL.: 5-13-93-92.

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TELEFONO 5-66-55-22

ó consulte a su Agente de Viajes



Para su mayor comodidad ahora podrá usted adquirir todas las ediciones del

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

en nuestra nueva librería

REFORMA Y HAVRE

en donde también están a la venta todas las publicaciones de la *UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO*, *EL COLEGIO DE MÉXICO* y *EL CENTRO DE ESTUDIOS MONETARIOS LATINOAMERICANOS (CEMLA)*

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Avenida Universidad 975

Teléfonos: 524-43-76

524-43-77

524-43-78

Reforma y Havre

Teléfono: 528-53-98

MEXICO, D. F.

LA CERVEZA

BEBIDA DIGNA DE ENTRAR EN SU HOGAR



Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura: una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llegue el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará Cerveza la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional —porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 2, 3, 5 y 6	90.00	7.20	7.50
1945	Número 4	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	Número 6	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Números 2 al 6	90.00	7.20	7.50
1950	Número 3	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Números 3 y 6	75.00	6.00	6.30
1959	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1960	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1961	Números 3 al 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 2, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1963	Números 1 y 6	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Número 4	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1 al 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1 a 6	45.00	3.60	3.90
1969	Número 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		„ 15.50

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO 1971

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		„ 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 5-75-00-17
México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

Revista trimestral literaria
Directora: Nilita Vientós Gastón
Subdirectora: Monelisa L. Pérez-Marchand
Administradora: Oritia Oliveras de Carreras

SUMARIO

No. 4 — Abril-Junio — 1971

*ENRIQUE ANDERSON IMBERT: Sólo un instante, un instante sólo.
*LUIS A. DIEZ: "Conversación en la catedral": Saga de corrupción y mediocridad. *TRES POETAS: VICENTE ALEIXANDRE, FRANCISCO MATOS PAOLI, ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR. *MANUEL DURAN: Espacio y tiempo en tres poemas de Antonio Machado. *MAGALI GARCIA RAMIS: Todos los domingos. *LUCE LOPEZ-BARALT: Algunas observaciones sobre el rescate artístico de la niñez en "Cien años de soledad" y "El tambor de hojalata". *GERMAN GULLON: similitudes ambientales: Rulfo y Valle-Inclán. *MARTA MORELLO-FROSCH: "La traición de Rita Hayworth" o el arte nuevo de narrar películas. *NOTAS. *LOS LIBROS: FRANK DAUSTER, JOSE ORTEGA, CARLOS RAMA, SALVADOR TIO, CARMEN QUIROGA DE CEBOLLERO, JOSE EMILIO GONZALEZ. *COLABORADORES.

SUSCRIPCIÓN

Un año	\$10.00
Estudiantes Puerto Rico	\$ 5.00
Número suelto	\$ 2.75

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1971

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50
Precio del ejemplar:		
México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicación preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXI

VOL. CLXXX

1

ENERO-FEBRERO

1972

MÉXICO, D. F. 1º DE ENERO DE 1972

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO
AV. COYOACÁN 1035 MÉXICO 12, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero-Febrero de 1972

Vol. CLXXX

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
LEOPOLDO ZEA. La revolución norteamericana y sus paradojas	7
JULIO ALVAREZ DEL VAYO. La tentativa monárquica	28
JUAN ROCAMORA. Una canción comprometida	37
Crecimiento económico en el Japón y la U.R.S.S. de Angus Maddison, por LUIS CÓRDOVA	49

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. América latina o la frustración	57
EMILIO SOSA LÓPEZ. Ideología de la poesía moderna	79
DARDO CÚNEO. El escritor, su país y su época	91
GISELA B. HUBERMAN. Los horizontes de la semántica española	99
Atlas nacional de Cuba, por JORGE L. TAMAYO	104

PRESENCIA DEL PASADO

JOSÉ LUIS ROMERO. La estructura originaria de la ciudad hispanoamericana: grupos sociales y funciones	113
JAVIER RONDERO. Diseño crítico de la consumación de la Independencia	128
NOËL SALOMÓN. En torno a los zapatistas en <i>El Aguila y la Serpiente</i> de Martín Luis Guzmán	143
JESÚS SILVA HERZOG. Breve historia del Fondo de Cultura Económica	161
Historia y pensamiento económico de México. Vol. IV de Diego G. López Rosado, por LUIS CÓRDOVA	173

DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
MARCO ANTONIO MONTES DE OCA. Soy todo lo que miro	179
SARA DE IBÁÑEZ y ROBERTO IBÁÑEZ. Poemas	180
ENRIQUE ANDERSON IMBERT. Fénix de los ingenios	188
THOMAS MERMALL. Octavio Paz y las máscaras	195
VICENTE CABRERA. Ambigüedad temática de <i>Mulata de Tal</i>	208
MARCELINO C. PEÑUELAS. Una novela nueva: <i>Tánit</i> , de Sender	219
JUAN BAUTISTA RIVAROLA-MATTO. Algunas ideas acerca de la literatura paraguaya	225
LUIS B. EYZAGUIRRE. <i>La gloria de Don Ramiro</i> y <i>Don Segundo Sombra</i> : dos hitos en la novela modernista en Hispanoamérica	236
ALFREDO CARDONA PEÑA. Infinito, S. A.	250
Carlos Droguett y <i>Eloy</i> , por MAURICIO DE LA SELVA	266

Nuestro Tiempo

LA REVOLUCION NORTEAMERICANA Y SUS PARADOJAS*

Por Leopoldo ZEA

1. *Los Estados Unidos y la esencia del hombre*

YA en otro lugar me preocupé por mostrar las relaciones de la historia de América con la historia universal. Así como las relaciones que, dentro de esta misma historia guardaban las dos Américas: la América de origen latino y la América de origen sajón. Relaciones que no eran ni son, sino continuación y expresión de las que guardan el llamado Mundo Occidental y el resto del mundo sin más. La historia universal, al desenvolverse, parecía que hubiese asignado un determinado papel a cada una de estas Américas. Un papel que coincide con el que guarda el Occidente con los llamados pueblos no occidentales: Asia, Africa y la propia América Latina. En este desenvolvimiento de la historia parecen ser los Estados Unidos de Norteamérica, la encarnación del espíritu que, se supone, expresa al mundo y cultura llamados occidentales. Una encarnación que, por ser eso, encarnación, ha heredado, también, las limitaciones y defectos de todo lo que queda subordinado a las necesidades de esta encarnación. Esto es, pasiones, egoísmos y todo aquello que limita y dificulta la realización de los altos ideales de este mundo y cultura. Encarnación que, en esta parte de la historia en que vivimos, en esta parte del siglo xx del que partimos, origina y provoca los terribles conflictos que sacuden, tanto a nuestro mundo contemporáneo, como al que es ahora el principal protagonista de la historia de nuestros días: los Estados Unidos. El conflicto que ahora sacude sus mismas entrañas, como sacude la de los pueblos tomados como natural y simple instrumento de encarnación de unos determinados ideales y principios. Vistos, éstos, desde los limitados ojos de un pueblo que, por su concreción, encarnación, encuentra difícil situarse en otro cuerpo, en otra carne, en otras pasiones que no sean los suyos.

* Capítulo del libro en preparación, *Dialéctica de la conciencia americana*.

No es culpa de esta gran nación que así sea, así siempre ha sido, es así como el espíritu, en el sentido que lo entendía Hegel, se realiza, se hace carne viva y actuante. Ya en otro trabajo me refería a la tragedia de los creadores de la llamada Cultura occidental. A los creadores de una cultura que han hecho del hombre, de todo hombre, el centro de todo lo existente, independientemente de su fragilidad. Creadores de una extraordinaria cultura, pero incapaces, sin embargo, de reconocer lo humano en todos los hombres. Creadores de lo Humano y de la Humanidad así, con mayúscula. Esto es, de una Humanidad, o de una idea de Humano, tan universal y tan amplia que, siendo de todos, no es de ninguno, sino pura y simplemente de sus creadores. El europeo ayer, como el estudiante ahora, han encontrado y encuentran difícil reconocer la humanidad de otros hombres o reconocerse en otros. La universalidad de lo humano limitada a la materialidad de la encarnación de sus creadores. Por ello ha sido necesario que esos otros hombres juzguen y enjuicien a su vez a sus limitadores jueces, a los creadores de las más altas ideas sobre lo humano que no saben encontrar, fuera de sí mismos, ninguno otro signo de humanidad. De donde surge el conflicto, y con él, esa dialéctica histórica que origina nuevas y más altas creaciones. Creaciones por las que hay que pagar altísimos precios. El conflicto que ahora sacude la conciencia del nuevo líder del mundo occidental, los Estados Unidos, como en otra hora sacudió la de Europa occidental. Conflicto que en forma caricaturesca describió alguna vez, con su aguda inteligencia, André Malraux, al preguntarle un reportero su opinión sobre los Estados Unidos y sus problemas. Más o menos fueron estas sus palabras: "Se trata de una nación de fabricantes de máquinas de coser que un día se han encontrado dueños del mundo y no saben qué hacer con él". Y lo que se dice ahora de los Estados Unidos podría también, decirse de toda la civilización occidental y de los pueblos que la han encarnado y encarnan. Pueblos creadores de las grandes técnicas y poseedores de un gran sentido práctico que ha hecho posible su predominio y desarrollo; pero, al mismo tiempo, descubridores y abanderados del espíritu que puede hacer que esta técnica, y el sentido que la hace posible tengan su fuente en un alto sentido de lo humano, en la dignidad y libertad del hombre. Dignidad y libertad del hombre que es, al mismo tiempo, limitación, autolimitación, en la forma en que lo dio a entender la ética derivada de Kant, que frena el libertinaje, el atropello y la negación de lo humano en otros hombres. Esto es, un conjunto de pueblos, de hombres que, al mismo tiempo que han originado las grandes técnicas que permiten el dominio del hombre

sobre el mundo han descubierto las grandes cualidades de lo humano, y en nombre de las cuales han reclamado su derecho al dominio y subordinación de la naturaleza. Pero, y en esto está la tragedia de esos creadores de máquinas, que no han sabido reconocer en otros hombres sino lo infrahumano, lo simplemente natural y, por lo mismo, objeto, también, de subordinación.

Un viejo punto de vista, tan viejo como la historia del hombre. Los griegos, primeros descubridores de la esencia del hombre, no pudieron, tampoco, descubrir lo humano fuera de sí mismos, fuera de sus limitaciones de cultura, lenguaje y raza. Igual lo hacen ahora los occidentales, europeos y estadounidenses: regatean humanidad a otros hombres por la raza o el color de la piel. Pretextos para hacer del hombre, del otro hombre, objeto, cosa, la cosa a utilizar como se utiliza la flora y fauna de la naturaleza. El problema es que, junto con la técnica de expansión que domina lo mismo tierras, naturaleza y hombres, se expanden, también, las ideas sobre las que descansa el hombre capaz de estas hazañas. Ideas de dignidad y libertad humanas que otros pueblos y otros hombres hacen suyas dejando a los grandes creadores de máquinas dueños de un mundo, de un mundo que no se limita al simple control de la naturaleza, sino a la ineludible conciliación que la libertad y dignidad de otros hombres exigen, a su vez. El hombre occidental no está solo, y al transformarse en dueño y señor del mundo se da cuenta de que hay otros hombres que son sus semejantes y, frente a los cuales no cabe hablar de diferencias de pigmentos en los colores de la piel, ni diferencias de cultura, religión, lengua, política o sociedad. Pues, precisamente, lo que caracteriza al hombre, a lo humano, es esta diversidad, es ésta la que hace del hombre un individuo, hacedor de valores, realizador de ideales. Tal es el conflicto que ahora sacude a los herederos de la cultura occidental, a los encargados de su expansión, a los Estados Unidos que se encuentran ante un conjunto de pueblos que reclaman para sí, lo que antes este pueblo, y los que en Europa le antecedieron, reclamaban para ellos. Herederos de una cultura y una civilización que se sienten despojados de su exclusividad; ya que otros muchos pueblos la reclaman como propia, considerándose herederos, también de esa cultura y civilización, dando a la misma el más auténtico sentido de universalidad.

2. *Las consecuencias de una revolución*

ARNOLD Toynbee, historiador y conciencia crítica del llamado mundo occidental, ha destacado el gran problema que escinde el

alma del pueblo de los Estados Unidos, transformado en líder de ese mundo que es, a la vez, dominio sobre la naturaleza y dignificación de lo humano en su más alta expresión. En una de las conferencias pronunciadas en la Universidad de Pennsylvania, decía: "Cuando formule críticas a Norteamérica y a los norteamericanos tendré conciencia, en todos los casos, de que tales críticas pueden también aplicarse a mi propio país y a mis propios compatriotas. No soy capaz de decir: 'Sólo por la Gracia de Dios perduran Gran Bretaña y los británicos'. Diría yo que los británicos ya han cometido todos los errores que los norteamericanos están cometiendo ahora o están en peligro de cometer. Después de todo, la posición de Gran Bretaña en el mundo durante el siglo XIX tenía mucho en común con la posición que ocupa Norteamérica en el mundo de hoy". Errores, podríamos agregar, de todas las naciones que hicieron de líderes de la expansión occidental en el mundo. Toynbee ha hecho ya la crítica de esta expansión y sus efectos en el mundo contemporáneo, no podrían escapar de su crítica los Estados Unidos que llevan ahora el liderato de la todavía permanente expansión. Ayer sobre tierras vírgenes, aun sin explotar; ahora para ocupar el "vacío" que el Imperialismo de la Europa occidental se ve obligado a abandonar.

Los Estados Unidos heredan, no sólo el liderato de la expansión occidental, sino también el espíritu que lo ha hecho posible. Salvo que ahora este espíritu tropieza consigo mismo, al enfrentarse a los frutos de esa misma expansión en el mundo. Un mundo, podríamos decir, occidentalizado en su más amplio sentido. No ya el mundo objeto, el mundo cosa, el mundo naturaleza por explotar; sino el mundo que al occidentalizarse ha tomado conciencia de valores que en el pasado, y antes de la expansión, le fueran ajenos, extraños. Un mundo que, como consecuencia del impacto occidental ha tomado conciencia de su humanidad, de la humanidad de sus hombres y, con ella, de sus innumerables derechos y obligaciones como parte, no ya pasiva, sino activa de una Humanidad que trasciende las limitaciones geográficas e históricas. La Europa occidental, al igual que su heredero, los Estados Unidos, toman, a su vez, conciencia de este hecho. El hecho de la occidentalización del mundo. Una occidentalización que se expresa en la reclamación que hacen, para sí, los pueblos no occidentales, de valores que los occidentales consideraban de su exclusiva. Los valores de la cultura occidental, lejos de achicarse, lejos de quedar limitados a una determinada esfera, la de sus creadores, se extienden, se universalizan, al ser apropiados por otros muchos pueblos del mundo trascendiendo el ámbito de sus creadores. De allí el conflicto

que se plantea no sólo a la Europa occidental sino a los Estados Unidos como nuevo agente del espíritu que anima a ambos. ¿Cómo van a reaccionar los Estados Unidos frente al conflicto que se les plantea como líderes del Occidente ante un mundo que ha asimilado la occidentalización y reclama para sí valores, ideales, derechos que ya no son exclusivos de los occidentales?

La Europa occidental, Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, etc., tienen ya la experiencia de este conflicto que resulta ser interno; de este conflicto que conduce, no a guerras entre pueblos o naciones, sino a auténticas guerras civiles, intestinas, entre grupos de hombres que luchan por las mismas metas; unos considerando éstas como de su absoluta exclusividad, los otros reclamándolas como propias, exigiendo su extensión. Por ello es importante la respuesta que dan o puedan dar los Estados Unidos a este reto, al reto originado en el desarrollo y universalización de la cultura occidental. El futuro de los Estados Unidos, frente a tal reto, dice Toynbee "es una cuestión de vida o muerte no sólo para la propia Norteamérica, sino para todo el género humano. Por eso, los asuntos de Norteamérica no son hoy sólo asuntos privados de ella: *ex-officio* son asuntos públicos que incumben genuina, por lo tanto legítimamente, a todo el mundo. El interés del mundo por tales asuntos es legítimo porque el futuro del mundo depende de la acción de Norteamérica".

Los Estados Unidos, al asumir el liderato del Mundo occidental, asumen todas sus responsabilidades y, entre ellas, el de la universalización de los valores de este mundo. Los Estados Unidos no sólo han asumido los privilegios de la expansión material de este mundo, sino las consecuencias espirituales, culturales de la misma. No sólo han recibido lo que consideran su derecho a ocupar las que fueran colonias de la Europa occidental y a usufructuar los beneficios de su explotación; sino también las consecuencias de esta expansión en el alma de los pueblos que la han sufrido, y que, como consecuencia de la misma han sabido de libertades y derechos; de esas libertades y derechos humanos que el mundo occidental ha reclamado en todos sus actos y gestos. "Haber nacido rey significa —agrega Toynbee— verse condenado de antemano y para siempre a vivir en público, y esto es una servidumbre intolérable. Puede caer uno en esta servidumbre en virtud del accidente de nacimiento o puede caerse en ella por la fuerza de las circunstancias. Norteamérica cayó en su presente servidumbre de la segunda de estas dos maneras y tal circunstancia hace la situación más fastidiosa". "El poder y la riqueza tienen ventajas obvias, pero existen asimismo penas automáticas ligadas a ellas". Los Es-

tados Unidos aspiraron, y lo lograron, a ocupar el lugar de privilegio de Inglaterra, Francia y otras naciones occidentales, a liderar el mundo por ellas representado. Alcanzado este privilegio alcanzan también la responsabilidad de las acciones que hicieron posible su poderío y riqueza. Los hombres y pueblos que hicieron posible este poderío y riqueza del mundo occidental saben ya de su participación en el mismo y exigen un equitativo reparto en los beneficios, ya que no lo fue en los sacrificios. De la equidad, de la justicia, como de otros muchos valores, supieron también los hombres y pueblos que de manera tan violenta fueron obligados a formar parte de una cultura que, se extendió a través de las ambiciones de los pueblos y hombres que fueron sus agentes.

Paradójicamente, el primer pueblo que reaccionó frente a la expansión occidental y se enfrentó a la misma enarbolando valores que esa misma expansión llevaba consigo, fueron los Estados Unidos de Norteamérica, colonia del que fuera entonces líder del Mundo Occidental, Inglaterra. Fue en el mes de abril de 1775 que un grupo de labradores norteamericanos, hartos ya de ser simple instrumento de riqueza y poder ajenos, lanzaron un primer cañonazo contra los representantes del mundo occidental en América. ¿Para el espíritu que hizo posible este mundo? Por supuesto que no, sino para hacerlo propio, expulsando tan sólo a sus limitados representantes que lo habían convertido en su absoluta exclusividad. El 4 de julio de 1776 se iniciaría en los Estados Unidos el movimiento que, como explosión en cadena, alcanzaría a otros lugares del mundo creando las etapas de una nueva historia que aún no termina y con ello alcanza la cultura occidental su auténtica universalización. En esta fecha fue aprobada la Declaración de Independencia, redactada por Thomas Jefferson. La que fuera colonia de la poderosa Inglaterra se rehusaba a seguir siendo instrumento del progreso y prosperidad de la Madre Patria. No estaba dispuesta a seguir aceptando la política mercantilista de la Corona inglesa que violaba los derechos civiles y políticos que los colonos norteamericanos habían heredado de la Gran Bretaña. La política de la Metrópolis hacía a un lado los intereses de las colonias para acrecentar los propios impidiendo el desarrollo de las mismas. Impuestos onerosos y múltiples restricciones comerciales mantenían a la colonia inglesa en América en una situación de subordinación que acabó por ser insoportable. En la Declaración de Independencia que dio origen a la nación norteamericana, se expresó la siguiente filosofía: "Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y

la busca de la felicidad; que para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad". Esto es, el cañonazo de 1775 y la declaración de 1776 dan origen a una revolución que se continúa hasta nuestros días. Una revolución que, por paradoja, se enfrenta al mismo pueblo que la inicia y que, al igual que otras naciones líderes del mundo occidental, se resiste a reconocer en otros pueblos y hombres derechos que antes reclamaba para sí.

"En los últimos ciento ochenta y seis años —dice Toynbee en 1961— el estampido de aquella descarga norteamericana estuvo desplazándose alrededor del mundo como un sputnik ruso. Se le oyó en Francia antes de que terminara el siglo XVIII; se le oyó en la América española y en Grecia a principios del siglo XIX. En 1848... el estampido retumbó como un trueno por toda la Europa continental. Se le oyó en Italia e Italia se levantó de entre los muertos. En 1871 tornó a oírse aquel estampido en París; esta vez la respuesta que dio París fue la Comuna". El mismo estampido y ejemplo se dejó oír en la Revolución Rusa de 1905, la Revolución Turca de 1908. Por los mismos años se crea el Movimiento del Congreso Indio inspirado en la misma descarga norteamericana y del cual surgirán, posteriormente, los movimientos de independencia de los países asiáticos y africanos. En 1911 la revolución que alcanzó a México en 1910, se extiende por China. En 1917 vuelve Rusia a escuchar el estampido y se levanta en una poderosa revolución: Turquía también lo escucha y lo sigue Mustafá Kemal Atarturk. En 1948 vuelve a China y la revolución se extiende. Su llamado vuelve a la América escuchándose entre los mineros bolivianos y los campesinos guatemaltecos. En 1960 es Cuba la que hace suya esta revolución. Y la revolución se extiende sobre Argelia como antes sobre Indochina y el resto de Asia, África y la América Latina. El ruido de ese estampido originado en los Estados Unidos, agrega Toynbee, se ha hecho ensordecedor. "Jeferson dio en el clavo cuando dijo que la enfermedad de la libertad es contagiosa". Ahora este estampido "recorre toda la tierra". Y en esto está la tragedia que se abate sobre los Estados Unidos; la tragedia de un pueblo revolucionario trascendido por su propia revolución.

"La revolución de Norteamérica —agrega el filósofo inglés—

producida en su propia tierra y las revoluciones de Norteamérica producidas en el exterior fueron semejantes en todos los puntos importantes". Nacieron por obra de aquella descarga; "representaron triunfos sobre la injusticia social, la pobreza y la desesperación. Las revoluciones producidas en el extranjero son verdaderas hijas de la revolución norteamericana y el hecho de haber engendrado esta vigorosa estirpe es una obra de la que puede estar orgulloso". ¿Pero lo están los Estados Unidos? ¿En este conflicto que se plantea entre sus ideas revolucionarias y la expansión y defensa de sus intereses aceptarán la vigencia y extensión de las primeras? O, una interrogación más grave: ¿Aspiraron los Estados Unidos a hacer de su revolución una revolución mundial? Y esta interrogación vale también para toda la civilización occidental. ¿Aspiraron sus creadores a hacer de sus valores y logros valores universales? O, por el contrario, ¿No aspiraron sino a beneficiarse a sí mismos sin considerar que tal aspiración podría ser extendida y reclamada por otros pueblos y hombres? Difícilmente un hombre, como un pueblo, puede sentir para otros la simpatía y consideración que guarda para sí mismo. Será siempre fácil justificar los propios actos y luchas por su justificación; pero difícil justificar los de otros si éstos afectan sus propios intereses. Pero esto es, precisamente, lo que no puede ser eludido. Uno es lo que una nación puede proponerse en función con sus propias libertades e intereses y otro lo que esta propuesta origine con independencia de ellas. "Sin duda alguna los padres fundadores —dice Toynbee— llevaron su revolución sólo hasta el punto en que se habían propuesto hacerlo y evidentemente alguno de ellos no veían de buena gana que la revolución, ya en su patria, ya en el extranjero, progresara, siquiera una pulgada más".

Pese a esta posible reticencia, la revolución trascendió y trasciende a los que fueran sus adelantados. Una meta alcanzada por una acción en circunstancias limitadas, ha trascendido a las mismas enfrentándose a sus primeros actores. "Los revolucionarios norteamericanos... no podían disparar su descarga sin que la oyeran otros oídos y sin que ella fuera tomada como señal para una acción no norteamericana y acaso antinorteamericana". ¿Ha habido alguna vez una revolución o una guerra que haya producido sólo los resultados que sus autores esperaban y se proponían conseguir?" Por supuesto que no y ésta ha sido la tragedia de la Civilización occidental y concretamente la de los Estados Unidos en nuestros días. Esta nación, inclusive, pudo ver con paternal simpatía la extensión de sus gritos revolucionarios en otros pueblos; mientras éstos no alteraban o limitaban sus naturales intereses materiales.

Muchas de sus ciudades, destaca Arnold Toynbee, llevan los nombres de varios de los grandes revolucionarios griegos, polacos, corsos y húngaros del siglo xix. Una simpatía que dejó de existir en el mismo momento en que esas mismas revoluciones se enfrentaron a sus intereses. No se encuentran ya ciudades con los nombres de los revolucionarios del siglo xx, rusos, alemanes, chinos y, por supuesto, cubanos. ¿Un día —se pregunta Toynbee— podremos encontrar una población norteamericana que lleve el nombre de Fidel Castro? ¿o del Che Guevara podríamos agregar nosotros? "Fidel sería en verdad un nombre bastante bonito, si los labios norteamericanos pudieran pronunciarlo desapasionadamente". Pero no es nada fácil; nada fácil es la elección entre ideales e intereses. Este ha sido el problema, y la desgracia de todas las grandes civilizaciones e imperios. La tragedia, dice Toynbee, empieza aquí. "En el momento en que el estampido de aquel histórico disparo norteamericano circundaba por tercera vez el planeta, en el momento en que el espíritu revolucionario norteamericano estaba a punto de inspirar a todo el género humano, la propia Norteamérica renegó de su paternidad, por lo menos en lo que respecta a los más jóvenes y menos decorosas generaciones de su descendencia". Los Estados Unidos no quieren ya saber de revoluciones en Asia, África, Latinoamérica y la misma Europa, que pongan en peligro los intereses de sus accionistas, limiten sus ganancias, frenen su expansión o pongan en peligro lo alcanzado. La nación que al término de la segunda gran guerra se apuntaba como líder de las revoluciones nacionalistas en Asia y África, ya que no tenía allí colonias; sería la encargada de someter y aplastar movimientos revolucionarios que le impidan tomar el lugar de predominio que la Europa occidental se ha visto obligada a dejar.

3. *¿Abandono de una misión?*

¿QUÉ pasa con los Estados Unidos, ejemplo de revoluciones en el mundo moderno? Hegel decía que los individuos, al igual que los pueblos, suelen ser tomados por instrumentos del espíritu que se desarrolla en la Historia para el logro de tal desarrollo. Así ha sucedido con la cultura occidental, así con los Estados Unidos como máximo líder de la misma. La grandeza de un individuo, como la de un pueblo, llega a su máximo desarrollo cuando éste coincide con los fines de ese espíritu. Así fue con la Europa occidental, así ha sido con los Estados Unidos; sólo que una vez cumplida su misión, los caminos se apartan y el espíritu sigue actuando en otros individuos, a través de otros pueblos, mientras los que fueran su

instrumento continúan actuando llevados ya, simplemente, por el impulso que hizo posible su acción creadora impelidos por la simple inercia de este gran esfuerzo. Sirviéndose a sí mismos individuos y pueblos han servido a ese espíritu encarnado en todos y cada uno de los individuos y pueblos que han hecho, hacen y harán la historia. Por ello el héroe era para Hegel el individuo consciente de este su papel de instrumento de una misión que trasciende su existencia y limitaciones y acepta tal papel y, con ello, el fin y consecuencias de la misión que le ha sido encomendada. Pero es difícil, muy difícil reconocer y aceptar este papel instrumental, este papel de servicio a una entidad que siendo tan concreta como el hombre, es al mismo tiempo trascendental. Una trascendencia simbolizada en la palabra humanidad. Servicio a la humanidad, pero a la humanidad concreta de todos y cada uno de los hombres que han surgido y van surgiendo en la historia que sólo podrá terminar cuando se extinga el último hombre. Servidumbre difícil de aceptar porque significa autolimitación, reconocimiento de metas que representan, no sólo abandono o limitación de las propias, sino, inclusive, el sacrificio de las mismas.

Los Estados Unidos empeñados en un liderazgo dentro de la civilización de que han sido y son importante parte, no podían escapar a este destino. Junto con ese liderazgo, que Europa se vio obligada a ceder ante la consecuencia de sus propias acciones, los Estados Unidos heredaron y aceptaron, consciente o inconscientemente, las responsabilidades y las consecuencias del mismo. Las responsabilidades y las consecuencias de una acción que no podía limitarse al logro de sus propias libertades, prosperidad y grandeza material. Quiérase que no, su acción les ha conducido a la encrucijada de tener que responder por el mundo y ante un mundo que ellos, como sus antecesores, originaron con proyectos, quizá, más limitados. Aceptar el liderazgo, ahora que implica limitaciones y sacrificios es tarea bastante dura para cualquier pueblo e individuo. Y es esta resistencia, justificada ya en la simple preocupación por la que se puede considerar como "pérdida de prestigio", la que origina, como antes ha originado, las tensiones que se hacen sentir tan rudamente en varias partes del mundo. Las tensiones en Asia y Africa hoy, y las de hace mucho tiempo en Latinoamérica. Esta resistencia la expresa Toynbee con las siguientes palabras: "Hoy Norteamérica ya no es la inspiración y guía de la revolución mundial, y tengo la impresión de que los norteamericanos se sienten embarazados y molestos cuando se les recuerda que esa fue la misión original del país. Nadie impuso esta misión a Norteamérica sino ella misma". La Norteamérica de la mayoría

al crecer en poder y riqueza se ha transformado en minoría y actúa ya en función con este nuevo papel que le hace olvidar el origen del mismo. "Norteamérica cumplió esta misión revolucionaria con un entusiasmo que demostró ser mercedamente contagioso. En cambio Norteamérica es hoy la cabeza de un movimiento antirrevolucionario, que obra en defensa de intereses creados". Así pasó ya con la Atenas, cuna de la democracia, y con la Roma, cuna del derecho. Una vez alcanzada la hegemonía sobre su mundo, se negaron a realizar el papel que esta hegemonía les imponía. Posteriormente se paga esta elusión y un pueblo a la ofensiva revolucionaria pasa a la defensiva de sus intereses. Quienes enarbolan ayer las banderas de la revolución, la libertad, el derecho de autodeterminación de los pueblos, enarbolan ahora banderas sobre la seguridad y el orden. La seguridad y el orden de su propia grandeza y opulencia. "El castigo que están pagando ustedes por su opulencia —les dice Toynbee— es pesado pues está amenazando ahora la seguridad de los Estados Unidos". Tal y como ayer, en aquellas fechas de 1775 y 1776 se amenazaban la seguridad del mundo que representaba la Gran Bretaña. "La opulencia aparta a Norteamérica de sus propios ideales. . . La está empujando a convertirse en el agente de policía que monta guardia para proteger sus intereses creados". ¿Será éste el fin de la grandeza de una nación; del mundo de que es ya líder indiscutible? El filósofo inglés no lo cree, como tampoco lo creemos nosotros. Signos hay de que entre este pueblo se tiene conciencia del dilema y es esta conciencia la que origina la crisis moral que ahora sacude a esa nación. Conciencia de la incompatibilidad entre sus ideales y el mantenimiento de los privilegios que su hegemonía sobre el mundo les ha donado. "Los norteamericanos pueden todavía recuperar su herencia. Considero que lo harán, pues no creo —dice Toynbee— que si Norteamérica debe elegir entre estas dos posiciones, no esté dispuesta a vender su primogenitura revolucionaria, ni siquiera por un plato de lentejas de dimensiones colosales". "El destino de Norteamérica está aún, así lo creo, en las propias manos de Norteamérica".

Los pueblos al margen del desarrollo de la civilización occidental, y a través de sus líderes, han expresado ya las relaciones que guardan sus ideologías con la revolución estadounidense. Nasser, el líder del mundo árabe, en momentos altamente difíciles, al nacionalizar el Canal de Suez, hacía un llamado a los Estados Unidos declarando: No aspiramos a implantar el comunismo ni ninguna doctrina contraria a los ideales del mundo occidental, sino a hacer lo mismo que ustedes iniciaron en 1776 independizándose

como colonias. Y el líder marroquí Abd-el-Krin desde su retiro en Egipto se refería a la frustrada vocación de los Estados Unidos: "Al final de la guerra existió una magnífica oportunidad para que los Estados Unidos, basándose en la Carta del Atlántico, reuniera a todos los pueblos coloniales y oprimidos en una nueva organización de humana sociedad. Se perdió esta oportunidad y la potencia norteamericana prefirió apoyar dondequiera los imperios coloniales, por estremecidos que estuvieran, en el sudeste de Asia, en Africa, y en Oriente. Los pueblos coloniales y oprimidos encuentran ahora que la única potencia que afirma creer en su capacidad para levantarse es la Rusia Soviética. Fue un crasísimo error general de la política norteamericana que a todos nos va a costar caro".

¿Pero han sido sólo los extraños los que han tomado conciencia del papel que ha jugado la revolución norteamericana en las revoluciones del mundo? No, por supuesto; varias de las mejores mentes estadounidenses han tomado conciencia de este hecho y han actuado o han aconsejado actuar en función con ella. El presidente John F. Kennedy insistió, en más de una ocasión, sobre el alcance mundial de la Revolución norteamericana. Los Estados Unidos, decía, son un país revolucionario con banderas que han sido seguidas y enarboladas por otros muchos pueblos en el mundo. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos, decía "es todavía un documento revolucionario. Leerlo hoy es como escuchar una llamada de clarín. Pues esa Declaración desató no simplemente una revolución contra los británicos, sino que asimismo produjo una verdadera revolución en los asuntos humanos". Sus creadores fueron conscientes de este hecho ya que Jorge Washington declaraba que la libertad y el autogobierno que en esa declaración se expresaban "acababan de ser puestos en juego como experimento en las manos del pueblo norteamericano". Hace muchos años que esta "doctrina de independencia nacional sacudió al globo, y en el mundo de hoy continúa siendo la fuerza más poderosa de todas". El ideal de independencia, de autodeterminación de los pueblos, que se expresa en esa Declaración, sigue siendo el motor de todas las revoluciones. Pueblos hay que sufren pegados a una tierra difícil, que no han oído hablar de la libre empresa; pueblos con graves problemas de analfabetismo, mala salud y elecciones libres; todos ellos sin embargo "están decididos a asirse desesperadamente a su independencia nacional". Y si hay algo que divide al mundo, es este afán de independencia a que ningún pueblo quiere renunciar. Una vieja teoría que no fue inventada aquí, agregaba el Presidente Kennedy, "pero aquí fue donde la

teoría se llevó a la práctica; fue desde aquí desde donde se lanzó a todo el mundo la frase de que 'el Dios que nos concedió la vida, al mismo tiempo nos concedió la libertad'. "Y hoy esta nación, concebida en la revolución, nutrida con la libertad y madurada en la independencia, no tiene la menor intención de abdicar su jefatura en ese amplio movimiento mundial por la independencia de cualquier nación o sociedad sometida a sistemática supresión humana".

Chester Bowles, subsecretario de Estado del gobierno del presidente Kennedy, abundaba en estas mismas ideas al hablar de la Revolución de independencia de los Estados Unidos en 1776. Las fuerzas revolucionarias de Jorge Washington —decía— "nos liberaron del yugo colonial", pero sin que lo alcanzado en los Estados Unidos fuese la meta final, sino, más bien, el principio de una revolución que trascendería las fronteras de la nueva nación. "Más aún —agrega—, desde muy al principio hemos creído que los principios de nuestra revolución tenían una importancia universal". Y esta importancia se expresa en los movimientos sociales que agitan al mundo entero. Una agitación originada ante problemas que, de una manera u otra, recuerdan los que agitaron a los norteamericanos cuando reclamaron su independencia. Problemas que los pueblos tienen que resolver siguiendo sus propios y naturales caminos. Pues los norteamericanos se alzaron, también, contra la intromisión extraña, contra la intervención que pretendía regir su destino obligándolos a seguir rutas que eran las que consideraban propias. Allí está la Declaración de Independencia, enfrentándose a Inglaterra porque "Se ha conjurado con otros para sujetarnos a jurisdicción extraña a nuestra Constitución y desconocida por nuestras leyes". Los pretextos podrían ser muchos, pero los mismos quedaban invalidados ante la voluntad de un pueblo que no aspiraba sino a realizar su destino.

Esto, decía Bowles, es lo que hemos olvidado con el paso del tiempo. Nos encontramos con un mundo hostil y culpamos a fuerzas extrañas de su hostilidad, cuando el mal está en que no sabemos comprender en otros las razones que antes esgrimimos para alcanzar nuestra independencia. "No —dice— el comunismo no es nuestro mayor obstáculo. El obstáculo principal está dentro de nosotros mismos." Obstáculo que hace que nos sea incomprensible el espíritu que ahora anima a las revoluciones en Asia, Africa y América Latina; el mismo espíritu que animó a los Estados Unidos a enfrentarse al colonialismo británico y a los obstáculos que impedían su urgente desarrollo. "Los comunistas —dice Bowles— no fueron quienes crearon esa ola de cambios revolucionarios que

ahora está levantándose en la América Latina. Lo que ellos tratan de hacer es aprovechar esa ola en beneficio de sus propios fines destructivos. Si todos los comunistas cediesen mañana sus carnets, ésta así llamada revolución de grandes esperanzas, con todo su fermento y grandes posibilidades de caos o de mejoramiento, seguiría en toda su fuerza, en pie”.

4. *Los Estados Unidos modelo en la encrucijada*

EL problema para los Estados Unidos, en sus relaciones con el mundo no occidental, y concretamente con la América Latina, está, insistimos, en la obligada elección entre sus ideales y su desarrollo material, entre las banderas que le forjaron como nación y la opulencia alcanzada con su natural anhelo de mantenerla sin alteración. Resultado de su origen puritano () son las justificaciones morales que busca y presenta tratando de conciliar lo que la realidad hace inconciliable. A nombre de la libertad y los ideales que animaron su Revolución de Independencia busca mantener su hegemonía y poderío material. Ayer contra la amenaza de la Santa Alianza, en 1900 contra la del imperialismo europeo y en nuestros días contra el comunismo, va declarando que trata de preservar a la América y hasta el mundo entero de esas amenazas, para ir convirtiéndolos en cotos cerrados de intereses. Cotos de intereses cerrados a cualquier fuerza extraña, pero siempre al servicio de la nación que los ha creado. A nombre y en defensa de la libertad y del derecho de autodeterminación de los pueblos, los Estados Unidos han justificado su derecho a someter libertades que consideran les violan su idea de libertad y derechos que puedan poner en peligro lo que llaman seguridad continental o mundial. Y es tratando de alcanzar esta conciliación que la nación modelo se va transformando en policía y guardián de un orden que resulta no ser el de todos los pueblos sometidos a él. Esta extraña conciliación surge en los mismos inicios del expansionismo estadounidense por Latinoamérica y el mundo y se continúa hasta nuestros días. Va de William McKinley y Theodore Roosevelt a Lyndon B. Johnson. Colgados de los ideales que inspiraron a la Revolución de Independencia norteamericana, van los intereses de la poderosa nación. Siendo inconciliables los unos con los otros, se hace de los primeros simple instrumento de los segundos.

La conciencia respecto al alcance mundial de la revolución de independencia de los Estados Unidos, se transforma en instrumento mundial de interferencia en otros pueblos, olvidándose que

esa revolución fue la expresión del sentido de autodeterminación de un pueblo. Un pueblo empeñado en seguir sus propios caminos rechazando cualquier interferencia en los mismos. No el camino que le señalase una determinada potencia, sino que ese pueblo consideraba como propio... Los Estados Unidos, líder del mundo llamado occidental, se empeñaron, por un lado, en mantener el predominio, la hegemonía mundial que tal liderazgo implica y, por el otro, mantener los ideales de ese mundo que son. a su vez, necesidad de autodomínio, autolimitación de esa hegemonía y liderazgo. Contradicción que se resuelve haciendo de los ideales y banderas un instrumento de justificación moral de la hegemonía y liderazgo. Así, en nombre de los ideales de la independencia norteamericana se podrá invadir a un pueblo partiendo del supuesto de que se trata de ayudarlo para obtener la realización de tales ideales.

El presidente Kennedy era bien consciente de la necesidad de que fueron los pueblos mismos los que alcanzaron, con su voluntad y medios, las metas más altas de la libertad, la democracia y la seguridad social. "Actuando por nosotros mismos —dice— no podemos implantar la justicia en el mundo". Esto es, no es función de los Estados Unidos; los Estados Unidos y su revolución sólo pueden ser un ejemplo. "No podemos asegurar su tranquilidad doméstica —continúa—, o ayudar a su defensa común; promover su bienestar general, o asegurar los beneficios de la libertad para nosotros y para nuestra posteridad". Los Estados Unidos pueden ayudar a realizar todo esto, pero contando con la voluntad de otras naciones, las que también deben ayudar y ser ayudadas. "Pero, en unión de otras naciones libres, podemos hacer eso y mucho más. Podemos ayudar a que las naciones subdesarrolladas se desembaracen del yugo de la pobreza. Podemos equilibrar nuestro comercio mundial y pagos al nivel posible más alto de progreso". Pero, y aquí también se entra al filo de la navaja, esto es, en el punto en que esta ayuda puede transformarse en imposición, con todos los peligros que la misma implica, pese a que fue originada de buena fe. "Podemos montar un aparato disuasorio —agrega Kennedy— lo suficientemente fuerte como para impedir cualquier clase de agresión y también podemos ayudar al logro de un mundo ordenado donde impere la libre elección, haciendo desaparecer así al mundo de la guerra y la coacción". ¿Dónde y cuándo debe darse esta ayuda? ¿Hasta dónde debe llegar la misma? ¿Quién debe solicitarla?

Después de todo no es otra cosa lo que pretenden los opositores al régimen capitalista de los Estados Unidos, los socialistas

o comunistas. No es otra la pretensión de éstos, que la de ayudar a los pueblos a desembarazarse de la pobreza y alcanzar la democracia y la libertad pero destruyendo al régimen liberal y capitalista. Una ayuda que acaba, también, por convertirse en presión. Es esa presión que al competir con la de las naciones liberales, como los Estados Unidos, origina la guerra fría. Guerra en la que cada una de las potencias que encabeza tal presión; los Estados Unidos y la URSS, van mezclándose, entrometiéndose, con el pretexto de colaborar en la búsqueda de soluciones que deberían ser obra de la capacidad de autodeterminación de cada uno de los pueblos. Y, al lado de esta doble presión, la búsqueda de prestigio y el temor a perderlo, de las potencias presionantes lo que implica un aumento de esa misma presión. Un aumento que acaba por hacer peligrar los ideales que cada potencia dice ayudar a realizar y defender. Es esta situación la que hace reaccionar al mismo presidente Kennedy al declarar, en 1960 en Filadelfia: "Si los pueblos del mundo comienzan siquiera a formarse la idea de que nuestra pleamar quedó ya en el pasado, que el equilibrio del poder y la corriente de la Historia se mueven en dirección de nuestros adversarios, habremos perdido una batalla decisiva. Dependemos del libre apoyo de los pueblos libres, pero éstos también confían en una dirección que sea segura, que tenga poderío y que sea fuerte". Y de allí, pese al espíritu de la intención, se puede saltar fuertemente a la postura asumida, poco después, por su sucesor, el Presidente Lyndon B. Johnson. A una política de dureza, en defensa de esos ideales y del propio prestigio. Aunque ello implique someter a un pueblo y apoyar a una determinada oligarquía a nombre de dichos ideales. Así fue en la intervención de Santo Domingo en 1965, la intervención en Vietnam y, toda la historia de las difíciles relaciones entre los Estados Unidos, la América Latina y el Mundo a partir del momento en que el primero inició, al nacer este siglo XX, su expansión por el orbe, para tomar lo que consideraba su papel en el mundo moderno. Esto es, el liderato de la civilización o mundo occidental.

Así lo ha expresado el Senador J. William Fulbright, al referirse a la deshumanización de los que a pretexto de un determinado ideal destruyen, aniquilan ciudades y hombres lanzando la Oración de Guerra de Mark Twain. Una oración que imaginó el gran escritor estadounidense en aquel fin del siglo XIX y principios del XX en que los ciudadanos y gobernantes norteamericanos buscaron, también, la justificación moral de lo que sería su poderosa expansión. "Detrás de la *Oración de Guerra* se encuentra la arrogancia del poder —dice Fulbright—, la presunción de los muy

fuertes que confunden el poder con el buen juicio y que parten en misiones autoadjudicadas para desempeñar el papel de policías del mundo, para derrotar a toda tiranía, para hacer ricos, felices y libres a sus congéneres. Djilas dijo refiriéndose a Stalin, que era 'uno de esos terribles y raros dogmatistas que son capaces de destruir nueve décimas partes de la raza humana para hacer feliz a la otra décima parte'. En el pasado, grandes naciones se han embarcado en misiones semejantes y han sembrado la desolación, llevando el dolor a quienes pretenden beneficiar y la destrucción para sí mismas. Los Estados Unidos están mostrando algunos indicios de esa fatal presunción, esa extensión excesiva del poderío y de la misión, que fue causa de la ruina de la antigua Atenas, de la Francia napoleónica y de la Alemania Nazi".

Después de todo, esto no es sino expresión de ese espíritu misional que ha caracterizado a los Estados por su formación puritana; de pueblo elegido por Dios, Jehová, el espíritu, con un poderío que se considera expresión de un "destino manifiesto". Pero un destino sobre el cual empieza a tener dudas el propio pueblo estadounidense ante la oposición que para la realización del mismo va encontrando en forma acrecentada. Un destino que se enfrenta ya al de otros pueblos que se sienten, como la URSS y China, con un destino semejante y dispuestos a realizarlo. Indecisión, temor de no ser, después de todo, los elegidos, los encargados de su realización; un temor que desemboca en la duda que ya se hace patente en el presidente Kennedy, respecto a prestigio de los Estados Unidos como poder, "...de una manera curiosa —dice el senador Fulbright— no creemos aparentemente en nuestro propio poder y grandeza. La evidencia de esa falta de fe en nosotros mismos se manifiesta en nuestra aparente necesidad de confirmaciones y manifestaciones de aliento, nuestra ansia de popularidad, nuestra amargura y confusión cuando los extranjeros no saben apreciar nuestra generosidad y nuestras buenas intenciones. Careciendo del conocimiento de las dimensiones de nuestro poder, no alcanzamos a comprender lo enorme y destructivo de nuestro impacto en el mundo; no alcanzamos a comprender que, por buenas que sean nuestras intenciones —y, en la mayoría de los casos, son suficientemente decentes— las demás naciones se sienten alarmadas ante la sola existencia de un poderío tan grande, al cual, sea cual fuere su benevolencia, no puede dejar de recordarles cuán impotentes son ante él". Aceptar este hecho, sin temor a que tal aceptación implique una disminución de prestigio, daría a los Estados Unidos la seguridad que empieza a fallar y una más serena conciencia de su puesto en el mundo. "Solamente cuando nosotros los norte-

americanos sepamos reconocer nuestro comportamiento agresivo en el pasado, . . . solamente entonces adquiriremos cierta perspectiva de las acciones agresivas de los demás. Solamente cuando sepamos comprender las implicaciones del abismo que existe entre la riqueza norteamericana y la pobreza del resto de la humanidad podremos comprender por qué el *modo de vida* norteamericano, que tan caro nos es, representa pocas lecciones y un atractivo limitado para la mayoría de la raza humana que vive en la pobreza". "Es probable que —agrega— cuando una nación es muy poderosa pero carente de confianza en sí misma, se conduzca de una manera peligrosa tanto para ella como para los demás. Sintiendo la necesidad de probar lo que es obvio para todos los demás, empieza a confundir el gran poderío con el poderío ilimitado y la gran responsabilidad con la responsabilidad total: no puede admitir ningún error; tiene que ganar cualquier controversia, por trivial que sea. Por falta de conocimiento de su verdadera grandeza, la nación empieza a perder el buen criterio y la perspectiva y, con ellos, la gran fuerza que se requiere para mostrarse magnánima para con las naciones más pequeñas y débiles".

El olvido de este hecho hace que los grandes dirigentes de la nación estadounidense actúen, como si el destino del mundo dependiese de sus actos, actuando para moldearlo de acuerdo con lo que consideran debe ser ese mundo, sin importar que este acto implique la negación de aquellos ideales para los cuales los Estados Unidos lucharon en el pasado; ideales que a su vez han inspirado a otros pueblos. El Presidente Johnson no se conforma con que los Estados Unidos sean un modelo a seguir por el mundo sino, inclusive, utiliza todo el poderío destructivo de la poderosa nación para convencer a los pueblos de que han de seguir determinadas rutas o exponerse a desaparecer. Así se plantea en la guerra de Vietnam que ha dividido a la nación y provocado conflictos morales de alcances imprevisibles. Utilizando esta tremenda fuerza de destrucción sobre un pueblo de los llamados subdesarrollados, justifica esta fuerza en nombre de los ideales de la revolución estadounidense, haciendo de la fuerza un instrumento de ella. Y después de utilizar esta fuerza, que parece no serlo por la justificación que da a la misma, declara: "La fuerza no da derechos". "No se puede sojuzgar a los pueblos pequeños por el hecho de ser fuertes". Por ello habrá que continuar los bombardeos, la destrucción de ciudades y aniquilamiento de civiles. Sólo de esta forma se considera que el *agresor* que no ha salido de tierra vietnamita y lucha dentro de ella, podrá ser disuadido de la inoperancia de la fuerza. "Asia conocerá la paz y la estabilidad única-

mente el día en que los agresores comprendan que no pueden adueñarse por la fuerza del país de los demás". Y para que esto no suceda los Estados Unidos toman el lugar de los agresores y se asientan en el lugar que dicen defender. Si esa nación quiere tomar un camino, que no es el que la poderosa nación considera el adecuado, la misma se encargaría de disuadirla con un castigo que parece doler tanto al que lo recibe como al que lo da, aunque el primero sea el que sufra en carne propia tal castigo. El castigo no cesará, sino "hasta el día que Hanoi acepte la oferta norteamericana de cesar los bombardeos contra Vietnam del Norte a cambio de discusiones de paz". Esto es, los Estados Unidos se han dado a sí mismos, como tarea, la de hacer la felicidad del mundo por las vías que esa nación considera la más adecuada; disuadir, si es necesario con la muerte y destrucción, a dicho mundo de tomar otro camino que no sea el que la poderosa nación considera el mejor. En palabras oficiales, contener la expansión del comunismo ahora, como ayer la de la Santa Alianza y la del Imperialismo europeo; promover la libertad y la democracia que no implique la elección de rutas que no sean las adecuadas y defender, por supuesto, la seguridad de los Estados Unidos.

Nada nuevo se dice si se recuerda que éstas han sido siempre las justificaciones morales dadas por los Estados Unidos a su expansión, primero sobre Latinoamérica, después sobre el resto del mundo. Las palabras del mismo presidente Lyndon B. Johnson, justificando en abril de 1965 la invasión de Santo Domingo —en que una revolución iniciada el 25 de ese mes pone en peligro al gobierno de facto, al gobierno militar que en 1963 había derrocado al presidente constitucional doctor Juan Bosch— no se distinguen de las que antes han sido dichas por los presidentes William McKinley, Theodore Roosevelt, Taft, Wilson y otros para justificar invasiones semejantes en Latinoamérica y el Pacífico. En aquel entonces, no era aún el comunismo el que provocaba esta acción, para ello bastaba la presencia de otra potencia como Inglaterra, o simples demandas sociales que alteran intereses de sus inversionistas. "Las naciones americanas no pueden, no deben permitir y no permitirán, el establecimiento de otro gobierno comunista en este hemisferio", dice ahora el presidente Johnson. Los Estados Unidos se encargarán de que esto no suceda interviniendo en donde crean conveniente hacerlo. ¿Refrendo de la doctrina Monroe? ¿Simple prolongación de la misma frente a cualquier intruso, sea nación o doctrina no aceptable por los Estados Unidos? ¿Ayer frente a la Santa Alianza, ahora frente al comunismo! "Quiero que sepan —agrega—, y que todo el mundo sepa que mientras

yo sea presidente de este país vamos a defendernos. Vamos a defender a nuestros soldados contra quienes los ataquen". Y, por supuesto, esta defensa puede realizarse a millares de millas de distancia, en otros continentes, en otras tierras, si eso se considera necesario para tal defensa. Signo claro de que la nación estadounidense es pura y simplemente, un imperio cuyas fronteras trascienden ya sus fronteras naturales. Fronteras hasta el último extremo del Continente Americano, de Europa, Asia y Africa. ¿Cómo se justifica moralmente esta extensión y defensa de las ya gigantescas fronteras de los Estados Unidos? "Vamos a defender nuestra nación —agrega el presidente Johnson— contra aquellos que buscan destruir, no sólo a los Estados Unidos, sino a todas las naciones libres del hemisferio. No queremos enterrar a nadie... , pero no estamos dispuestos a que nos entierren". Esto es, el mundo bajo la hegemonía de los Estados Unidos tendrá que adecuar sus intereses a los intereses de ellos, actuar, pensar y aceptar los ideales de los mismos, pero no como extensión que puedan apropiarse los pueblos dentro de esa hegemonía, sino pura y simplemente como instrumento de realización y defensa al beneficio de quienes se consideran sus naturales dueños; la revolución de independencia norteamericana y sus ideales no son para que puedan ser extendidos a otros pueblos, sino para que sus supuestos dueños se extiendan con sus intereses entre esos pueblos. Ideales que sólo podrán encarnar en un determinado tipo de hombre y pueblo cuya extensión dependerá de la capacidad de extensión concreta de los mismos. El mundo occidental en los mismos inicios de su expansión ya planteaba este hecho. La civilización que este mundo había originado alcanzará su realización en otros pueblos, en otros continentes, no por obra de los habitantes de estos pueblos y continentes, sino como resultado de la expansión de los hombres y pueblos del mundo occidental. La civilización será un hecho en América, Asia y Africa, decían sus ideólogos, cuando el occidental colonice e imponga su dominio en esos lejanos pueblos, en esos lejanos continentes. La civilización occidental en el mundo no occidental será posible por la acción misma de los occidentales. Los otros pueblos, los otros hombres, no serán sino parte de la materia prima, la fuerza natural que ha de ser utilizada y moldeada, esto es, pura y simplemente instrumento. No podrá contar para ello, la réplica de otros pueblos que han aprendido que son iguales, semejantes, al poderoso nuevo líder del Mundo occidental. No son iguales, aunque ellos repitan ideales plasmados en las banderas con que iniciaron una revolución que parecía válida para todos los hombres y pueblos. Inútil será que declaren como el Primer Mi-

nistro Pham Van Dong de Norvietnam en un mensaje al pueblo de los Estados Unidos. "Las proclamas de independencia de la República Democrática de Vietnam y la de los Estados Unidos comienzan por estas famosas palabras: Todos los hombres nacen iguales". Esta igualdad no es acatada, como no es aceptada la idea de que otros pueblos puedan luchar en la actualidad por aquello que ellos lucharon en el pasado. Pham Van Dong, agrega, como tratando de convencer al pueblo de los Estados Unidos de que se trata de la misma lucha: "...saludos al gran pueblo norteamericano que, en el pasado, luchó valientemente contra la guerra colonial por defender sus derechos nacionales, dando un ejemplo a todos los pueblos del mundo. Un ejemplo que no se quiere ser si origina una alteración de los intereses que la evolución de ese pueblo ha originado. La gran revolución de 1776 había sido y seguirá siendo una obra exclusiva del pueblo de los Estados Unidos y para resolver problemas que sólo a él atañían. ¿Podría ser extendida esta revolución? Sí, siempre y cuando su extensión siguiese siendo obra de los mismos estadounidenses y de acuerdo con sus indiscutibles puntos de vista y fines por alcanzar. Una revolución sí, pero en beneficio de sus hacedores lo mismo en América que en cualquier otro continente o pueblo. Salvo que, como réplica esta pretensión estarán los intentos de otros pueblos por mostrar al Mundo Occidental y su líder que también ellos son capaces de una hazaña semejante aunque en ella tengan que enfrentarse a quienes les sirvieran de émulo y modelo. Originándose, así, de un mismo conjunto de ideales, ideales comunes pero al mismo tiempo irreconciliables por lo que respecta a quienes han de ser sus portadores, una doble filosofía nacionalista, pese a que sus metas parecen trascender cualquier nacionalismo. La filosofía que justifica la expansión a nombre de ideales con los cuales otra filosofía se opone a la misma.

LA TENTATIVA MONARQUICA

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

LA prueba definitiva aguarda a España. Está por ver si el propósito de la reacción española de prolongar por unos años más su régimen facistoide de clase, se evidencia viable. O si, por el contrario, ese ambicioso y arrogante designio de imponer al país un rey elegido por Franco, va a encontrar de parte del pueblo una disposición de lucha lo suficientemente fuerte que lo reduzca a una tentativa estéril.

Todo dependerá de la capacidad combatiente de las masas. Que se ha iniciado ya en ellas un proceso de radicalización lo prueba, de un lado, el que pese a una represión muy dura, las huelgas decretadas ilegales se suceden. A la Guardia Civil y a los "grises" se les hace frente. Desde la terrible sacudida de Burgos, España no ha encontrado la calma.

Del otro lado, la base en los movimientos de oposición se rebela contra una dirección confusa y claudicante. El militante no se deja ya zaranear a capricho por sus jefes. Tenemos lo ocurrido durante el último Congreso de la U.G.T. en Toulouse. La U.G.T. es la expresión sindical del movimiento socialista español. En sus mejores momentos tuvo dirigentes de recia personalidad, Pablo Iglesias, luego Francisco Largo Caballero.

Hasta este verano la U.G.T. estaba dirigida desde fuera, desde el exilio. El interior asistía descontento e impotente a una arbitraria perpetuación de poderes. El exilio lo había hecho posible todo, y más precisamente el sustraerse al modo de pensar de los afiliados. Los Congresos en el exilio se organizaban asegurándose de antemano que lo que quisieran los directivos sería aprobado. No había sino que elegir a los delegados de forma que toda oposición sería fuese descartada. Ello tenía que conducir forzosamente a un distanciamiento con el interior.

Esta vez el mecanismo de la conformidad se rompió. El interior envió a Toulouse una delegación que no iba a prestarse a ninguna clase de maniobras. A la pregunta impertinente de uno de los directivos incrustados en el aparato: "¿Cuántos sois allí?", respondieron: "Venir a Madrid a contarlos."

Resultado, la dirección pasó al interior, que es donde debe estar. Constituye un acontecimiento importante. Supone el alineamiento del socialismo español en una posición revolucionaria y el fin de una política de pequeñas combinaciones con los partidos republicanos tradicionales que en el exilio se apoyaban en la carencia de combatividad socialista, para justificar su propia inercia.

El socialismo es la corriente dominante en la España de hoy. Una tendencia hacia el socialismo. No de un grupo, o de un personaje determinado, sino el socialismo en su sentido más amplio. El socialismo es el centro mayor potencialmente de reunificación de las fuerzas que quieren de veras terminar con la dictadura estilo Franco, o estilo Juan Carlos, el segundo no existiendo más que como un factor de continuidad. De modo que el hecho de que la dirección socialista, Partido o U.G.T., se hallase en manos de gente sin otra ambición que la de continuar en sus puestos, disminuía considerablemente, si no las hacía ilusorias, las posibilidades de una acción vigorosa de parte del conjunto de la oposición antifranquista.

En la prueba de fuerza que se aproxima en torno de la tentativa monárquica, el frente republicano se encuentra robustecido por la nueva dirección de la U.G.T. La U.G.T. está en condiciones de a la vez cooperar y concurrir con las CC.OO. (Comisiones Obreras). Cooperar con ellas en iniciativas de lucha, como durante la última huelga de la construcción en Madrid. Concurrir con ellas, obligándolas a adoptar una línea distintivamente política.

Nadie puede negar la importancia de las Comisiones Obreras. Han constituido el primer movimiento masivo en contra del sindicalismo vertical introducido por la dictadura fascista con miras a neutralizar y empequeñecer la presencia de la clase trabajadora. Pero, dentro de las CC.OO. hay quienes se dan perfecta cuenta de que el problema es esencialmente político. Que mientras Franco, o el franquismo sin Franco, sigan en el poder, todas las ventajas de carácter laboral obtenidas tienen un valor reducido y efímero. Otros, en cambio, estiman que el combate es principalmente sindical, que lo político es secundario.

Yo asistí recientemente a una mesa redonda en París de la oposición, en la que las CC.OO. estaban representadas. Uno de sus portavoces dijo que el joven obrero español de hoy, que no había nacido cuando terminó la guerra de España, y no había conocido la República, era indiferente a las cuestiones que absorbían a los antiguos exiliados, que Monarquía o República le tenía sin cuidado.

Me permití hacer notar que si el obrero no estaba politizado, como aquel amigo sostenía, la responsabilidad de las organizacio-

nes obreras por esa situación era grande. Que debían apresurarse a darle una formación política. Que el cruzarse de brazos ante la perspectiva de una instauración de la monarquía era resignarse a unos cuantos años más de dictadura reaccionaria y anti-obrera en España.

De hecho este punto de vista corresponde al sentir de una buena parte de la juventud. La campaña anti-monárquica se extiende de día en día. Es interesante señalar que jóvenes de la extrema izquierda, que eventualmente podían haber salido diciendo que lo importante era construir una España socialista y que la cuestión del signo, monarquía o república, no merecía el enfrentarse con una represión que en el momento del cambio se hará más feroz, son los que figuran a la vanguardia de la agitación anti-monárquica. Los marxistas-leninistas, por ejemplo, los llamados pro-chinos.

Han entrado a formar parte del F.R.A.P. (Frente Revolucionario Anti-fascista y Patriota), un movimiento creado a principios de este año y que reúne comunistas, de la base, socialistas de izquierda, gentes de las más distintas tendencias pero todas ellas de acuerdo en que hay que luchar a fondo, y por de pronto luchar contra la tentativa monárquica. Impedir a toda costa que ocurra lo que en Portugal, al desaparecer Salazar de la escena política, que no pase nada.

Las gentes que opinan que en España las cosas se presentan de un modo diferente que en Portugal y que cuando se sitúan en el campo del "orden" miran siempre con una preocupación intensa el problema de la sucesión de Franco, aumentan a medida que la prueba se acerca.

La Administración Nixon particularmente interesada en proteger las posiciones norteamericanas en España, bases militares, inversiones cuantiosas de capitales de los Estados Unidos, política conjunta en el Mediterráneo, ha procedido a un análisis muy riguroso de las eventualidades previsibles. Como elemento de orientación, valioso. Dado el volumen de los intereses en juego, los estratagemas de Washington no pueden permitirse ninguna fantasía.

Han llegado a la conclusión de "fifty to fifty", cincuenta contra cincuenta, es decir las probabilidades igualmente repartidas, de que todo vaya como una seda, según el precedente portugués, o de que se produzca un barullo fenomenal al llegar la hora de instalar a Juan Carlos en el trono.

La simple admisión de un cincuenta por ciento de probabilidades de que el cambio vaya acompañado de una gran agitación en la calle es ya de por sí significativa. Quiere decir que los norteamericanos no comparten la teoría de ciertos opositores españoles

al franquismo, cansados de aguardar la vuelta a un régimen de libertad, desmoralizados por treinta y tres años de exilio, y que consideran al pueblo español incapaz de luchar de veras contra la operación Juan Carlos.

Los norteamericanos prefieren no descansar sobre esa confianza. Aunque desmentidas oficialmente, como era de anticipar, dos informaciones desde Madrid al "New York Times" se hicieron eco de ciertas presiones de parte de la Administración Nixon para que el cambio del franquismo a la monarquía tenga lugar todavía en vida del general Franco.

Primero, piensan los norteamericanos, porque con Franco ahí la amenaza de una sacudida popular disminuye. Segundo, porque de resultar mal la operación Juan Carlos, todo vuelve otra vez a Franco, que conservaría el título de generalísimo, y al Ejército.

Acerca del papel que jugaría el Ejército en el caso de una resistencia popular a la instalación de la monarquía, las opiniones se hallan divididas. Se habla de la reserva del muy influyente general Díez Alegría sobre la oportunidad de que el ejército sea utilizado para reprimir cualquier movimiento anti-monárquico de envergadura. Los que elogian la prudencia del general sostienen que él opina que sería un error añadir a la odiosidad de la rebelión de 1936 "porque por muy justificada que fuese, rebelión la hubo", están citando a Díez Alegría, la impopularidad de convertir al ejército en polizone mayor del nuevo Reino.

El Ejército podría repetir lo de Grecia, pasar a ser el verdadero poder con Juan Carlos como personaje decorativo. Pero, la perpetuidad de una dictadura militar así enmascarada tampoco resuelve nada, ya que un día los problemas auténticos de España serán planteados con crudeza y los militares no tendrán para ellos ninguna respuesta satisfactoria.

Se ha escuchado con asombro la formulación de la ecuación ejército-clase obrera, surgida de un cierto sector de la oposición anti-franquista. La alianza entre los militares y el proletariado español, según dicha tesis los dos únicos elementos que cuentan. Es parte del plan de "El Pacto para la Libertad", enteramente quimérico. Es difícil imaginarse el acuerdo entre los que desean verdaderamente la libertad y los que se han ejercitado durante más de treinta años en suprimirla. Sin duda, hay militares aislados, sobre todo de coronel para abajo, animados de un espíritu patriótico y algún general como Díez Alegría, opuestos a una dictadura militar de tipo reaccionario. Acercarse a ellos, entenderse con ellos, si posible, es elemental. Pero, de ahí a proponer una coalición militar-obrera hay una gran distancia. En su conjunto el Ejército difícil-

mente podrá ser ganado para el restablecimiento de las libertades civiles en España.

Está lleno de franquismo o de monarquismo ultra-conservador y comparte con la gran burguesía el temor a un cambio fundamental de las estructuras sociales básicas. Ya se sabe que en todas partes la burguesía hace pasar sus intereses por delante de todo. Pero, la gran burguesía española es en esto de una brutalidad particular. Coloca la defensa de su bolsillo en el primer plano de sus inquietudes. No es patriótica ni nacional y así toda alianza con ella, lo mismo que con el ejército por parte de las fuerzas populares, va contra la lógica misma de las cosas.

"El Pacto para la Libertad" es una ilusión. En cambio "El Pacto para la lucha" es una realidad. Potencialmente lo fue desde hace tiempo. Hoy más que potencialmente. Se nutre de un dinámico sentimiento anti-monárquico.

Eso es lo que da a la próxima prueba de fuerza entre los que, como los tecnócratas del Opus Dei, los militares a lo Carrero Blanco, que creen que pueden permitírsele todo con el pueblo español, y los opuestos a la tentativa monárquica, un interés trascendental. España se aproxima al momento más decisivo desde que la rebelión militar sostenida por el fascismo internacional puso a Franco en el poder.

Se habían sugerido como probables para la ascensión de Juan Carlos al trono, dos fechas, otoño de 1971, comienzos de enero de 1972. La segunda la preferida de las autoridades por encontrarse esos días los estudiantes ausentes de la Universidad, todavía en vacaciones. La acción combinada estudiantes-obreros es la más temida.

Varias manifestaciones recientes de protesta realizadas por sectores sociales bien diferentes demuestran que las amenazas del Estado-policía ya no surten el efecto que antes. Cuatro mil médicos se encerraron en los hospitales hasta que otros despedidos fueron readmitidos. No se olvide tampoco que España, oficialmente católica, es el único país en que hay una cárcel especial para curas.

La represión es practicada en todas direcciones. Naturalmente se ensaña sobre todo con la clase obrera. En la última huelga de la construcción en Madrid, un obrero, Pedro Patiño, que repartía cuartillas llamando a la solidaridad, fue muerto por la Guardia Civil.

La juventud española, estudiantes, obreros, es la mayor esperanza de una España libre. Los jóvenes van a la delantera de la citada prueba de fuerza en torno de la tentativa monárquica. He tenido últimamente una larga conversación con un refugiado es-

pañol residente en París, un profesional universitario que, cansado de aguardar el fin de la dictadura franquista para volver a España, ha comenzado a tomar sus vacaciones allí. Está impresionado por la prosperidad dominante, anclada al turismo, y que ciertamente no se halla repartida entre los millones de españoles, hombres y mujeres, que se ven obligados a ir a trabajar a Alemania, a Suiza, Inglaterra y Francia para ganar un jornal más decente.

Los hoteles, los paraderos, la Plaza Mayor de Madrid restaurada, ciudades antes primitivas y provincianas y hoy un alarde de renovación. No cree él que pueda pasar nada en España mientras viva Franco. Se trata de un observador, frío, escéptico, que se ha hecho a la idea de que hay Franco para mucho tiempo. Por eso ha decidido ir cada año a España. A satisfacer su nostalgia.

Pues bien, de sus propios labios sale la consideración siguiente: "Lo que no domina nadie es a la juventud. He estado en la Universidad cuando había todavía clases. Es algo fantástico. La policía está metida en las aulas, por todas partes. Pero, al menor descuido salen los estudiantes como un relámpago echando al aire octavillas convocando para cualquier demostración en los sitios menos esperados de la ciudad. Y no tienen miedo a nada, ni a nadie. Eso sí, el problema de la juventud, con ese no pueden ni Franco y menos el heredero."

Ya eso supone un hecho adquirido. Una juventud universitaria rebelde y que se renueva de año en año. Ninguna reforma universitaria gubernamental lo resuelve.

Queda la juventud obrera. Como es sabido toda la estrategia política del Opus Dei, que gobierna actualmente España y que está al origen de la operación Juan Carlos, se basa en la existencia de una especie de aristocracia obrera. Para el Opus el obrero está únicamente preocupado por tener un automóvil, comprar un piso, y ganar más. "La política al diablo." En ese punto las concepciones del Opus y de algunos dirigentes obreros, mencionados anteriormente, se juntan.

Pero, contradiciendo esa teoría están los mineros asturianos. En octubre de 1934 eran los que llevaban una vida material mejor, entre todos los obreros de España. Sin embargo, se lanzaron a un movimiento revolucionario de un empuje insuperable. Hoy también están en condición mejor que otros del resto de España. Pero, es a Asturias a donde el gobierno envía mayor contingente de la Guardia Civil. Y por Asturias circula "Acción", publicación clandestina, su último número con grandes titulares: "¡Viva la República!" "¡Mueran la monarquía!"

Por lo que pueda ocurrir el gobierno franquista está creando

un ambiente de intimidación. El breve período de los gestos "liberales" que acompañó a las gestiones para lograr la asociación con el Mercado Común, ha quedado atrás. Los ministros del Opus, no obstante su origen cristiano, se han revelado peores en cuestiones de Derechos humanos, si cabe, que los falangistas a los que desalojaron del poder en nombre de la liberalización. Hay dos políticas, una hacia el exterior, con sonrisas lo mismo al Este que al Oeste, flirteo con el campo socialista, con aquellos países que se dejan cortejar, y abrazos efusivos con los norteamericanos. Y otra para el interior en que la flexibilidad es sustituida por el trato bárbaro de los detenidos en la Dirección General de Seguridad y en sus filiales.

A los franquistas, incluido el Opus, no les ha pasado todavía el susto de Burgos. Un estudio muy detenido del proceso de Burgos publicado en Francia y prologado por Jean-Paul Sartre, prueba que la clemencia de última hora fue dictada por el temor que de haber ejecuciones la respuesta sería terrible. Con ese antecedente el régimen busca paralizar cualquier movimiento fuerte contra la tentativa monárquica, sirviendo noticia de que será implacable en el castigo.

Han revisado la Ley de Orden Público, haciéndola más severa. No se habla ya de abrir la mano permitiendo a las asociaciones políticas en proyecto el comenzar a tomar forma. Continúan deteniendo a gente bajo cualquier pretexto. Años de prisión por distribuir literatura clandestina, o por poseerla. El 26 de septiembre de 1971, según un telegrama de la agencia británica Reuters, desde Madrid, tres personas fueron encarceladas por dos años y cuatro meses cada una, por posesión de libros de Marx, Engels, Lenin y Mao Tse-tung. Otro tribunal condenó a seis meses de cárcel a Lorenzo Jiménez Romano por habersele encontrado en su domicilio hojas protestando contra las sentencias de Burgos, es decir material ya sin ninguna actualidad.

La acción de una policía desatada que quiere que la gente sepa lo que le espera si al subir Juan Carlos al trono sale a la calle vitoreando a la República, conduce a frecuentes choques con las autoridades eclesiásticas. También el 26 de septiembre el arzobispo de Oviedo, Díaz Mendoza, protestó contra la entrada de la policía en tres iglesias de su diócesis donde se habían instalado mineros enfermos de silicosis, para llamar la atención de la falta de humanidad de las autoridades. Seguramente el arzobispo de Oviedo será designado en privado por las autoridades como "rojo." Es el calificativo que se aplica en Madrid al Papa Paulo VI, odiado de siempre por los franquistas desde que siendo el cardenal Montini y

arzobispo de Milán solicitó la conmutación de pena de uno de los condenados a muerte.

"Estamos mucho peor que hace diez años", me decía un abogado español que ha intervenido en varios procesos políticos. Y añadía: "Nos desenvolvemos en medio de una contradicción constante. Por una parte se les oye a los de arriba jactarse de que en España no pasa nada, que nadie se atreve a moverse, y por otra parte la distribución de una simple hoja de solidaridad, es juzgada como amenazando toda la estructura del Estado. Cuando fue designado Juan Carlos como sucesor de Franco, se daba por descontado que al ser instalado en el trono decretaría una amnistía general. Ni pensar en ello. Nada de monarquía a lo escandinavo. Más bien del tipo del pasado siglo. Por lo mismo que el personaje es tan poca cosa, tratará de compensar su mediocridad gobernando en "fuerte." Y nos contó cómo en España los Colegios de Abogados, que como se recordará jugaron un papel importantísimo en precipitar la caída de la dictadura de Primo de Rivera y de la monarquía, estaban ahora muy activos para tratar de sujetar la represión creciente.

Que Juan Carlos no es nadie lo sabe bien la duquesa de Medina-Sidonia, que lo ha conocido y que le describió desde su exilio de París cómo le encontró un día en la Puerta de Hierro de Madrid, quejándose de que con unas audiencias le habían retrasado su partida de golf. La duquesa es una mujer joven y muy sencilla. Se sirve de la circunstancia de ser no sólo Grande de España varias veces, sino la aristócrata de más antigua alcurnia, más que la duquesa de Alba, para hacer propaganda por los presos políticos españoles, con la autoridad que le da el haber estado ella misma en una cárcel franquista.

Ha sido invitada a participar en la Conferencia contra la represión en España organizada por el Comité Canadiense de Ayuda a los presos políticos españoles, que tendrá lugar en Ontario a partir del 22 de octubre, patrocinada por eminentes personalidades internacionales, juntamente con Marcos Ana, el poeta español que pasó toda su juventud en la cárcel y con el autor de este artículo.

"Amnesty International", con su oficina central en Londres, que ha hecho de la frase de Voltaire: "Yo detesto vuestras ideas pero estoy dispuesto a morir por vuestro derecho a expresarlas" su consigna, ve con alarma la represión que se prepara con motivo de la tentativa monárquica, y multiplica sus esfuerzos hacia una respuesta vigorosa de carácter internacional. Se apoya en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, a la que el gobierno franquista dio su adhesión al ser admitida España en las Naciones Unidas, y cuyos artículos V y IX establecen que "nadie será some-

tido a tortura o malos tratos" y que "nadie podrá ser sometido a detención arbitraria o destierro."

Por su parte la Comisión Española de la Liga de los Derechos del Hombre, cuyo secretario en París es el abogado Antonio García, ha reunido en un escrito muy documentado dirigido a las otras organizaciones similares en el extranjero y a la Junta Internacional de Juristas de Ginebra, los casos más sobresalientes de torturas y asesinatos policíacos perpetrados en la España de Franco.

El año pasado y con motivo de la celebración del XXV aniversario de la creación de las Naciones Unidas, yo traté de introducir a través de delegados amigos la cuestión de España en la Tercera Comisión de la que dependen los Derechos Humanos. Y lo mismo será intentado nuevamente en el curso de la XXVI sesión de la Asamblea.

La conciencia internacional está obligada a venir en ayuda de un pueblo como el español que se batió formidablemente durante tres años, de 1936 a 1939, por la libertad de todo el mundo contra el asalto del fascismo internacional, casi solo, eso sí con el apoyo de México y de su admirable Presidente de entonces, Lázaro Cárdenas, cuya muerte fue para todos nosotros un golpe terrible.

Es el momento de estar nuevamente con España. Cuando su pueblo se dispone a impedir que el gran drama de la guerra, que es ya parte y muy importante de la historia del siglo XX, como lo prueba el que hasta hoy se hayan escrito sobre esa guerra quince mil libros y que el número de "Historia", la publicación francesa, de este mes, en que escribimos, esté dedicado todo él a la guerra española, termine en una especie de esperpento valle-inclanesco, junto a "la Reina Castiza", "El príncipe nada castizo." Ni siquiera eso.

El pueblo español bordea ya la prueba decisiva. Lo mejor de él se dispone a ser fiel a los que cayeron en la guerra del lado republicano, oponiéndose ahora a la instauración de la monarquía y en todo caso a que tenga lugar en un ambiente de verbena. Por lo menos que la acompañe desde el primer momento una determinación de lucha que haga de "Juan Carlos el breve", como le llaman en España, "el brevisimo."

UNA CANCIÓN COMPROMETIDA

Por *Juan ROCAMORA*

AUNQUE mi profesión está muy alejada de las disciplinas musicales y la única melodía que manejamos los médicos es la del dolor humano, traigo a estas páginas un tema musical. No pretendo hablar de la música ni de la canción en su aspecto técnico, como podría hacerlo un especialista, un crítico. Quiero decir solamente unas pocas palabras acerca del significado de la canción comprometida; este tipo de canción que ha surgido en casi todos los países y del que Cataluña no podía ser una excepción. Pero me induce a hacerlo el hecho de que en mi pequeño país de nacimiento, la canción de protesta o comprometida ha tenido un auge y difusión de proporciones superiores a lo que en estricta lógica correspondería. Desde principios de la década del sesenta se ha visto crecer en los países de lengua catalana (el principado, Valencia y Baleares) una pléyade de poetas y músicos, versión moderna del juglar tradicional, dedicados a la nueva canción. Nueva por su forma, por el idioma utilizado y sobre todo, por las ideas expresadas. Canción nueva a imitación o semejanza de franceses e italianos unas veces; de ritmo europeo o de melodía autóctona y original. Canción que incursiona en campos vedados del alma humana y de la problemática social y política de nuestros días. lejos de temas alienados o de evasión.

Existen muchos modos de manifestarse y caminos muy diversos son explorados por aquellos que tienen un mensaje para el hombre. En los países que viven sometidos a presiones, donde se impide la libre manifestación del pensamiento, donde se persigue aquello que los países civilizados promueven; países donde —por ejemplo— se lleva a los tribunales a quien firma dedicatorias particulares a sus libros o donde se presenta a los jueces a presos con los oídos taponados, las formas de manifestarse y protestar adquieren aspectos subrepticios, complicados y extraños. La pugna por vivir y expresarse busca fisuras, establece contactos, inventa fórmulas. El canto ha sido una de estas formas de expresión del subconsciente colectivo. Y tenemos el orgullo de saber que en nuestro pequeño

y nunca del todo colonizado país, el estallido de la nueva canción, ha sido recibido como lluvia en tiempo de sequía.

En Cataluña con su duplicada esclavitud: como colectividad nacional diferenciada por una parte y en el campo social y humano, con el sojuzgamiento común a todos los habitantes de la península, la manifestación de protesta ha buscado este insospechado camino. Se explica así el florecimiento tan importante de la canción catalana comprometida, como uno de los difíciles y también peligrosos caminos que recorren nuestros jóvenes, llenos de alegre y asombrosa valentía. Como dice uno de sus más explícitos intérpretes, y por lo mismo uno de los más marginados: "Ya sabemos todos dónde estamos. Yo hago canciones, otros escriben, otros trabajan por otros caminos. Todo son maneras de manifestarse. Nos encontramos todos en una misma línea, sin olvidar nunca en definitiva, que todo es una cuestión de pura democracia y que existen unos problemas sociales tan importantes como los nacionales que los catalanes nunca debemos olvidar" (Raimon).

A través de los tiempos, las canciones han sido utilizadas como banderas de lucha, como programa político, grito de revuelta, expresión colectiva de esperanzas, programa de acción. La misma canción que un día fue nueva, original herramienta de revolución, ariete social o político, pasa posteriormente a la tradición, el orden, la paz y a veces el olvido. Algunas letras de himnos que un día fueron perseguidos, llegaron después a su entronización oficial. Quizá el mejor ejemplo sea el de La Marsellesa, que nos trae un anhelo de justicia que no ha podido superar ninguna otra canción. El himno argentino resultaba tan poco diplomático que una vez pasada la furia libertaria, tuvo que ver suprimida aquella estrofa donde afirmaba ver "a sus plantas rendido un león". El león de una España imperial cuyo sol se eclipsaba.

Aquello que es hoy nuevo y a veces disonante; que posee ritmo distinto del acostumbrado, con textos que hieren los oídos de la mansedumbre, se convierte insensiblemente en adecuación y voz de orden. Antes de tal oficialización o adaptación a la organización estatal, pasa por un período más o menos largo de incorporación a la mentalidad colectiva, es aprehendido en sus giros y formas por el lenguaje popular, es decir se convierte en folklore. Algo así está ocurriendo con una canción: "Diguem no" (digamos No) que se ha incorporado al cancionero popular y resistente de Cataluña y que en su difusión ha llegado a Buenos Aires donde nos sorprendió verla convertida en divisa o lema de una revista estudiantil preuniversitaria.

No se trata por otra parte de canciones de guerra en las que

la excitación del combatiente o la marcialidad son las finalidades perseguidas. La nueva canción tiene un contenido más profundo en el sentido filosófico y en el político o social. La canción de guerra es episódica mientras que la canción comprometida es trascendente y tiene una permanencia más allá de la actualidad. Un ejemplo de vieja canción comprometida del siglo XIX sería el "Tragala", canción directa y primaria contra Fernando VII cuya tonada llevó a más de cuatro a la cárcel y la tortura. Para muestra de ello transcribiremos la sentencia recaída sobre un ocasional cantor del Tragala; sentencia que confirma la persecución y obsecuencia características de aquel soberano llamado el Felón, y es un antecedente histórico de la administración actual de España:

"Manuel García, natural de San Martín de los Pimientos, en Asturias, de 23 años y oficio mozo de cordel, acusado de haber cantado el Tragala estando embriagado en la calle de las Platerías, a las seis de la tarde; probó su estado de beodo y además su adhesión al Soberano, justificándola con cinco testigos, tres de ellos presenciales de haber estado el preso encausado en Sevilla a resultas de haberle atribuido el gobierno revolucionario la fijación de ciertos pasquines contra el sistema anarquista. Sin embargo, los vocales de la Comisión expresaron unánimemente sus votos para borrar hasta la menor idea de que en la Comisión Ejecutiva podría nunca encontrarse la más ligera condena ante cualquier exceso o falta que se cometa, aun sin entera preparación de ánimo contra la causa de la Religión y el Trono, condena a Manuel García a trabajos forzados y por un año, cuya sentencia se le impuso al reo el 25 de marzo próximo pasado." (1824).

La canción catalana comprometida no tiene tan explícitas manifestaciones revolucionarias como el Tragala, pero los sentimientos que traduce informan de una conciencia evolucionada, con una carga emocional revolucionaria superior a lo que imaginan los agentes de la administración gubernamental. Se abre a todos los vientos sociales y abraza los temas y motivos más variados: desde el problema nacional catalán hasta los planteos políticos que incumben a toda la península así como el drama social y universal del hombre; el campo del trabajo, la huelga, la desocupación, el hacinamiento, la injusticia, la masificación, la sociedad de consumo, la alienación sensual o deportiva y el escándalo financiero. La represión se trasluce en los versos con la angustia del que se sabe perseguido, vigilado: la solidaridad y la esperanza se hacen evidentes en cada estrofa.

OTROS países han visto surgir movimientos musicales análogos al nuestro. En Grecia, Theodorakis (autor de famosas partituras de películas de éxito) es conocido internacionalmente y ha sufrido cárcel y tortura en manos del gobierno de coroneles, perseguido por sus actividades patrióticas de activo luchador, a pesar de su salud precaria. Su liberación y exilio hace poco tiempo sacudió la opinión pública del mundo libre. Theodorakis vive realmente de milagro y ha mantenido una postura de lucha sin desfallecimientos. Sus canciones comprometidas tomaron como base de partida los "buzuquis", canciones populares de taberna y prostíbulo cuyos músicos como es lógico, gozaban de mala reputación. De tales fuentes populares infraestructurales de la sociedad, consideradas espúreas, extrajo Theodorakis melodías que acompañan textos de gran expresión revolucionaria; el conjunto de gran fuerza, ha conmovido a todo el país.

Una de las más conocidas obras de Theodorakis: "Epitaphios" cuenta el llanto de una madre ante el hijo asesinado por la policía. Dice el autor que en Grecia más de sesenta mil madres pueden cantar y llorar como propia, esta canción. Otra melodía muy popular es la de Sotiros Petrulas el estudiante que fue asesinado en el curso de una manifestación.

En otro continente, en Estados Unidos, Peter Seegers escribió un himno: "Prevaleceremos", que exalta la igualdad racial. Seegers cantaba en las pequeñas iglesias rurales, "único lugar donde me siento seguro". Con motivo de la guerra de Vietnam compuso la glosa de la carta de un soldado americano que escribe:

"Aquí no tenemos amigos. Ni uno.
Sólo tenemos generales que quieren nuestros fusiles.
De nuestras mismas tropas tenemos miedo;
Y duermo con el revólver debajo de la almohada."

En Francia, durante la guerra de Argelia se hizo famoso Boris Vian con una canción de gran osadía. Su título es "El Desertor". En ella relata que acaba de escribir una carta al Presidente, respondiendo a la orden de movilización para incorporarse al ejército de Argelia. Y describe cuánto ha sufrido: durante la invasión nazi a Francia fue asesinada su madre en un campo de concentración; en otro es ultrajada su mujer y pierde todo rastro de sus hijos. Ha quedado único sobreviviente del desastre familiar. "Así es que yo no quiero saber nada más de guerras; voy a cerrar la puerta de mi casa y recorreré los caminos de Francia mendicando mi pan y predicando a las gentes para que no vayan a luchar. Termina di-

ciendo que si este gesto suyo importa la rebeldía y el escándalo, puede hacerlo fusilar. Los gendarmes dispararán tranquilos sobre su cuerpo desarmado, que tanto ha sufrido. Un canto de rebeldía y desesperación que traducía el pesimismo de un momento crucial en la vida de Francia.

Volviendo a Estados Unidos, Jean Báez es autor de la canción "Nosotros venceremos", himno de las manifestaciones negras norteamericanas, el mismo que cantaron los jóvenes seguidores de Bob Kennedy para despedir al jefe y amigo asesinado. Una canción para cada momento y en cada país. Canciones que en todos encuentran eco y traducción porque tienen universalidad en el planteo de problemáticas filosóficas y sociales que interpretan la angustia colectiva ante el desquiciado mundo actual. De una manera insensible pero progresiva y extensa, va tomando cuerpo y podrían repetirse los ejemplos hasta el cansancio.

Uno de nuestros juglares explica esta acción popular diciendo: "Es más difícil leer un libro que escuchar una canción. Y muchos que entran al catalán por la canción nunca lo harían a través de un libro; es por lo tanto muy positivo, creo, lo que estamos haciendo." Aquellos anónimos autores del primitivo Tragala, no podían imaginar la resurrección de su protesta en las voces de Vian, Barez, Raimon, Seegers o Ibáñez. Se habrían sorprendido también si hubieran podido escuchar en los campos de concentración franceses de los lejanos años 40, a miles de refugiados republicanos en coro improvisado y tenaz, desgranando las notas estridentes del Tragala junto a los cantos de trinchera recién inventados, pero que ya constituían el pasado.

En Cataluña el movimiento musical partió de un pequeño grupo inicial de cantores y poetas, de juglares en realidad, que se bautizaron con el nombre "els setze jutges" (Los Dieciséis Jueces), frase inicial de un trabalenguas medieval. Cantando sin intención profesional al principio, individualmente o por grupos, con distintos estilos y temáticas, se consideraban un conjunto con clara intención formativa de opinión cultural y social. Uno de los más agudos y polifacéticos es José María Espinas, escritor fecundo, poeta y cantor, "alma mater" del grupo. Lograron entre todos, un éxito rotundo inclusive en el aspecto financiero con la popularización de los discos; dieron prueba de las posibilidades de la canción como medio de comunicación humana, cuando la misma tiene un contenido real. Las viejas canciones tradicionales casi olvidadas regresaron con ellos al auditorio popular a través del disco, con Joan Manuel Serrat o Guillermina Motta.

Hasta el cuplet del 900 fue aprovechado en esta revalorización

de una cultura y sus formas de vida, con Nuria Feliu y otras. Se establecía un auditorio amplio a través del disco estableciendo un nexo entre las canciones medievales olvidadas y la nueva interpretación de la cotidiana realidad social y política. Desentrañaban así y se descubrían con sorpresa, las ideas actuales de viejos poetas. Así como Machado ha sido puesto en boca y oído de todo el mundo de habla española a través de Serrat, Ausias March y otros autores medievales son puestos al día por el grito incomparable de Raimon. Y cuando se ha saturado al país con esta nueva ola de difusión cultural, encontramos el eco en los cantantes del resto de Europa: los profesionales como Rita Pavone, Aznavour, Morandi, etc., dedican a sus colegas canciones en nuestro idioma y traducen al suyo algunas de las nuestras. Ello da lugar paradójicamente a que el idioma perseguido se encuentre de pronto reivindicado y aplaudido en una Europa que lo acepta y reconoce como expresión de una cultura milenaria. Es el idioma que se había pretendido borrar a partir de 1939; que había visto clausuradas sus escuelas o transformadas en laboratorios del idioma oficial exclusivo. Que había sufrido la amputación radical de todas sus publicaciones periódicas: un total de 1 600 entre diarios, semanarios, revistas y periódicos. Que fue erradicado de toda conversación en oficina pública, de todo impreso, inclusive de las denominaciones comerciales. Que vio traducidos nombres propios para hacerlos digeribles a la legislación oficial del Imperio. Idioma aún hoy minimizado, reducido a la expresión familiar, de pronto se encuentra en las bocas y oídos de Europa y es aplaudido y respetado a través de sus cantores y de los amigos de aquellos países que lo transportan a sus melodías. Reivindicatoriamente, aquella canción que se había llevado consigo León Felipe, regresa ennoblecida por la persecución y el exilio y toma vida y forma en los hombres de la Europa que se está gestando.

La nueva canción ha llegado ya a su mayoría de edad, y si está dejando de ser "nueva", florece con autores y cantos cada vez más atrevidos. Ello sigue siendo una proeza, porque tropieza con dificultades que parecen realmente insuperables. Desde el famoso recital de la nueva canción catalana que se celebró en marzo de 1968 en el circo "Gran Price" de Barcelona a beneficio de las semiclandestinas Comisiones Obreras, varios de los artistas que ofrecieron allí sus canciones, no han podido volver a aparecer en audiciones de radio ni televisión. Raimon especialmente ha visto reducida su ya mínima aparición en audiciones de radio y públicas, que no pueden ser promovidas ni anunciadas en la forma que es habitual en países normales. Unas veces el recital no es autorizado;

otras veces es suspendido momentos antes de su realización con cualquier motivo burocrático, fácil de hallar en la selva de ordenanzas y papeleo que inundan la vida oficial. Todas estas dificultades y coacciones, públicas unas veces, disimuladas otras, no han podido impedir el desafío juvenil que responde a la coacción con la proliferación. A mayores dificultades, mayor ímpetu en la sistemática oposición a la esterilizante acción gubernativa.

La regresión a sistemas opresivos ha sufrido una aceleración a partir del tristemente famoso proceso de Burgos contra los muchachos de la ETA. Tal simulacro de ejercicio judicial que parecía un intento de proceso al sentimiento nacional del pueblo vasco y a su avance social, fracasó envuelto en el escándalo internacional provocado por sus procedimientos. En realidad la tímida y publicitada liberalización del régimen de los últimos años, fue drásticamente suprimida a raíz del mencionado proceso.

La persecución adquiere a veces matices sutiles, casi inoperantes. Por ejemplo, la mordaza y la supresión a las escasas publicaciones independientes, con motivos irrisorios: conocemos el caso de la revista "Presencia" de Gerona a la que se retiró el registro de inscripción en el Ministerio, sin el cual no puede continuar su publicación. La supresión citada ocurrió como corolario de una serie de multas y suspensiones o secuestros que ya habían casi matado económicamente al grupo editor. El motivo final era la falta de pago de tres días de aportes jubilatorios del Director de la Revista. Y el informe de los inspectores y sus apreciaciones acerca de la revista y su proyección, son textos que parecen muestra del más puro estilo burocrático-dictatorial y en nada desmerecen al que describía los "pecados" del beodo cantor del Tragala, que hemos transcrito al principio de este comentario. Versión moderna de la obsecuencia manifiesta en aquella sentencia. Estos ejemplos surgidos al azar muestran la dificultad de mantener un espíritu libre y combativo en la España actual: tras más de treinta años de ignorar y despreciar lo ajeno; de ensalzar una soberbia sin base, un orgullo fuera de época resabio de un imperio esfumado y un poder colonial desaparecido; vida a remolque de glorias pasadas en una España más vieja que antigua. La misma que alardea en boca de comadres de poseer una moral especial, distinta y por supuesto mejor. La que han dado en llamar "moral española" mientras lamentan que el turismo se la eche a perder. Y éste es aspecto de otro capítulo: la transformación que contra viento y marea se está produciendo en todo el país.

Quien haya visitado España en los últimos años podrá constatar el cambio ocurrido. No sólo en los aspectos edilicios, turísticos.

Se trata de algo más profundo y me atrevería a decir, revolucionario. El regreso de los contingentes de obreros que fueron exportados a Europa en calidad de mano de obra barata; las visitas periódicas de los mismos a sus familiares, introducen elementos de comparación con el extranjero que nunca habían sido percibidos y que en todo caso habían sido previamente deformados para consumo interno. Agréguese el turismo con millones de personas de diversas clases sociales, que introducen cada año en mayor proporción sensaciones audiovisuales de un mundo desprejuiciado distinto, a veces vicioso, pintoresco y raro, que disfruta de comodidades y libertades desconocidas para el pueblo español.

Han cedido rígidas normas eclesiásticas vigentes hasta hace poco. Desde la vestimenta del sacerdote hasta la de quienes visitan los templos. Con la rebelión de los nuevos sacerdotes cuyas ideas sociales son a veces más avanzadas que las de quienes fueron calificados de rojos y tratados como a tales, hace treinta años. El progreso económico de algunas zonas del país a raíz de la saturación turística, con el consiguiente aumento de la capacidad adquisitiva; los viajes al exterior con una realidad europea y mundial imposible de disimular a pesar de los esfuerzos de una radio, una televisión y una prensa orquestadas. Es interesante ver la difusión sensacionalista que alcanza la noticia de cualquier huelga, disturbio o problema en las democracias francesa o italiana, contrastando con el silencio ante las huelgas, disturbios o problemas que afectan continuamente distintos sectores de la vida peninsular. Podríamos recordar al respecto el comentario de un alto empleado bancario quien afirmaba que en España no podrían ocurrir nunca los secuestros que se dan en algunos países americanos, por cuanto el eficaz sistema policial hispano los haría imposibles; todo ello dicho en momentos en que permanecía secuestrado el cónsul alemán sujeto a negociación por los guerrilleros de la ETA, sin que dicho alto funcionario se hubiera enterado de tan resonante suceso.

Una mentalidad muy especial ha conformado las esferas oficiales y los sectores gubernamentales a través de estos tres decenios. Mentalidad que trasunta a su vez viejas formas del filipismo español y sus sucesivas puestas al día por las monarquías austríaca y borbónica. Ello conduce al visitante avisado a la contemplación de un país con facetas de museo donde puede verse, en "vivo y en directo" como dicen los televisivos, el pleno dominio del poder por una rara asociación de jerarquías preconciarias, con organizaciones financieras seudoreligiosas como el Opus Dei, junto a grandes intereses terratenientes y grupos de clase media con aspiraciones materiales inmediatas, en pugna entre el orgullo nacionalista

y el acceso reciente al ordenado hacer cotidiano. Minorías aristocráticas residuales, entre volterianas y tradicionalistas; todo presidido por la mentalidad militar, ensalzando como virtud marxista la austeridad de la infantería española, de historia sufrida, descalza y hambrienta. La misma mentalidad que coloca a los estudiantes bajo el patronazgo de San Fernando "mitad monje, mitad soldado", fórmula al parecer ideal para conseguir los mejores científicos, filósofos, artistas, poetas o juristas que universidad alguna pueda proponerse.

Es decir, que objetivamente debemos sopesar un sector de la población que sigue las orientaciones de los grupos que conjuntamente forman el esqueleto del régimen franquista. Ellos representan el resultado de la prédica y la orientación filipista impresa a la vida colectiva española durante los últimos treinta años. Es la formación que hace posible una conversación que referiremos por su anecdótico sabor, confirmando el slogan turístico "Spain is different".

En un puesto de aduana fronterizo, un oficial de la Guardia Civil, el famoso cuerpo represivo, conversa con dos turistas sudamericanas, mientras su acompañante despacha en la oficina un trámite burocrático. Las turistas lamentan no haber podido viajar a París con motivo de la huelga ferroviaria que se está desarrollando. El tema es aprovechado por el oficial, hombre maduro autosuficiente y convencido de la gracia, simpatía y superioridad españolas, para establecer comparaciones con el país vecino, siempre con problemas y el suyo, lleno de sol, de orden y de cosas buenas. Así afirma rotundo: "¿Pero para qué quieren ustedes ir a Francia? ¡Si en España tenemos de *too*, y mucho mejor! Vean señoras: en Francia lo único que es más barato, son las mujeres..." Lamentablemente, debajo del barniz de caballerosidad y simpatía popularizado en el aristocratizante gesto de besar la mano a las damas, aparece el hacha celtibérica afilada y dispuesta. Es la soberbia que inspirara aquellos tristes versos de Machado:

Castilla mendicante, ayer dominadora
envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora.

Sí, existen, pululan, viven, unas gentes devotas de Frascuelo y de María; las gentes de espíritu burlón y alma quieta que lloraba el gran poeta. Pero encuentran no sólo el silencio hosco de la gran masa del pueblo peninsular, sino una juventud que lucha y canta; en los jóvenes intérpretes y en sus multitudinarios seguidores generacionales, hay una respuesta viva y eficaz. Ellos afirman su

alejamiento de antiguas pasiones mientras cantan el amanecer de un nuevo día. Constituyen el NO más rotundo a todo aquel tinglado que pesa tanto sobre el alma y el cuerpo del pueblo. Quienes desde el exilio hemos vivido largos años de espera, podemos decirles con Salvador Espriú:

Ah! Joves llavis desclosos despres de la foscor,
 si sabessiu com l'alba ens ha trigat,
 com es llarg d'esperar
 un alçament de llum en la tenebra!¹

Ellos han sabido encontrar el tono y el matiz precisos en una multiplicidad de voces que insisten y retornan sobre el mismo tema enfocado de tan distintos ángulos: la persecución, el hambre, el miedo, la larga noche de España, nuestra específica lucha catalana, todo ha sido llevado y traído, exaltado y explicado a través de unas voces y unas guitarras que recrean viejos ideales y los entregan como un mensaje, como un desafío a las jóvenes manos que amanecen a la palestra. José Rovira Armengol, historiador, traductor y filósofo recientemente desaparecido afirmaba que en cualquier actividad humana —deporte, enseñanza, investigación, poesía— quien haya sentido la pasión de lo que constituye su afán, sabe que el éxito no cuenta o cuenta poco y para intereses secundarios; lo que cuenta mayormente es el momento o momentos en que *él* solitariamente siente que ha encontrado el buen camino. El y quienes lo contemplan se dan cuenta, aunque no sean más que los mirones del camino.

Es la impresión que muchos de nuestros cantores han causado en el hombre de la calle en nuestro país y también en el mundo que han recorrido. Rovira decía que esta compenetración tan directa, inmediata se deben a que tales canciones expresan los íntimos sentimientos, el pensamiento de todo un pueblo, del pueblo en general. Desde sus clamores existenciales hasta las definitivas afirmaciones sociales y humanas. León Felipe, el recordado profeta del exilio afirmaba una vez en rotundo verso que se había quedado solo y desnudo por el mundo, sin casa, sin caballo, sin pistola. Y levantaba la voz como una maldición para decir que se llevaba la canción dejando al enemigo mudo. Silencio de tres décadas, treinta largas noches anuales de orden y sepulcro para una tierra sin canción.

Y ahora contemplamos el milagro: escuchamos renacer aquella

¹Ah! Jóvenes labios entreabiertos después de la oscuridad, si supierais como nos tardaba el alborear, cuán largo se hace esperar un destello de luz en la tiniebla!

canción peregrina de León Felipe, resucitada en las bocas nuevas, estrenando unos oídos resecaos, cansados de esperar. Una canción que quiere hermanar a todos, sin olvidar nada. La que inspira textos como el que traduzco del original catalán, para terminar este comentario:

“En el año cuarenta, cuando yo nací
todavía no habían muerto todos.
Muchos se quedaron: habían ganado, dicen.
Muchos se quedaron: habían perdido, dicen.
Otros conocieron el exilio y sus caminos.
En el año cuarenta, cuando yo nací
yo creo que todos, todos habían perdido.
Yo no he visto aquellas muertes de rabia,
yo no he visto aquellas muertes de hambre,
yo no he visto aquellas muertes en el frente,
yo no he visto aquellas muertes en la cárcel.
No, yo no lo he visto y todo me lo han contado,
y todavía hoy en mi pueblo lo cuentan,
y todavía hoy, con miedo, la gente que lo ha visto lo cuenta.
No, yo no lo he visto ni quiero verlo nunca,
ni en el año cuarenta, ni en el año setenta,
ni en ningún año de los años.
En el año cuarenta, cuando yo nací,
yo creo que todos, todos habíamos perdido,
en el año cuarenta.

La gran lección se desprende de tales textos que vienen a despejar la incógnita peninsular. Para los catalanes, el movimiento de la nueva canción tiene un significado político trascendente. La evolución del pensamiento político catalán desde mediados del siglo diecinueve se debatía entre la estrechez de unas fórmulas localistas y las ansias de integrar los amplios movimientos socio-políticos continentales. Los mismos hombres eran receptáculo de ideas universales avanzadas y atrayentes, simultáneamente se sumergían en el reivindicacionismo nacionalista catalán no por justo menos alejado de aquellas grandes corrientes. Tal contradicción más aparente que real parecía establecerse en el devenir del catalanismo. Pasados estos treinta largos años, unos jóvenes vienen a realizar el sincronismo entre el sentimiento patriótico catalán, manifestado a través del idioma perseguido —mal tratado dice el poeta— y los ideales que unen hoy a todos los espíritus progresistas y realmente jóvenes. Una conjunción feliz que incorpora definitivamente a Europa y al mundo las luchas de nuestro pueblo. Reconociendo juiciosamente

que todos habían perdido en aquel triste año cuarenta, sellan definitivamente una etapa de historia contemporánea y se proponen seguir adelante. Quedarán atrás los que sigan pensando y viviendo atados a una etapa cruenta y despiadada, pero definitivamente superada. Al mismo tiempo se integran a una Europa que se está haciendo, coincidiendo con la temática juvenil de otros países más avanzados en civilización política.

Por otra parte, estas voces múltiples y unísonas, son una clara señal para el que sepa escuchar. Mucho se ha escrito acerca del silencio español. Acerca de la aparente pasividad en que la península se sumerge, dando la imagen de un país con esporádicas reacciones muy específicas pero que transcurre y pasa bajo un régimen también aparentemente, monolítico e inamovible. Pero el silencio ha sido roto: unas gentes jóvenes han manifestado con sus canciones, cual es el pulso de aquel pueblo callado y hosco. Para quien sabe ahondar, bajo la alegría turística, y la estadística oficial, laten corrientes profundas, vitales, que surgen a la luz con estas canciones que comentamos. Desde nuestro exilio, ablandado también por una tan larga noche, disperso, individualista y desengañado, quienes sepan escuchar, podrán entender el mensaje de las nuevas voces. Unas voces claras que justifican nuestras luchas, de antaño, alimentan nuestras esperanzas de hoy, y por encima de todo, enseñan cómo puede trascender fronteras y derribar mitos, un sentimiento y una fe.

Cuando la voz de nuestros muchachos, es traducida y entendida en otros países; cuando en la misma España, son escuchados y aplaudidos, comprendemos que han trascendido aquel respetable y localista nacionalismo. La nueva canción nos dice que el sacrificio no fue estéril. Que las viejas lecciones no fueron oscurecidas ni desvirtuadas por la masiva deformación oficial. Que unos pueblos ibéricos silenciosos largos años, dejan oír, leve pero certera, la palabra de un nuevo pensamiento, que reúne todas nuestras esperanzas, que nos incorpora definitivamente al concierto de pueblos civilizados, por encima de ataduras y mordazas.

Treinta y tantos años después, se levantan y flamean al viento canciones altas, como banderas renacidas. Cuando fuimos derrotados, que no vencidos, leíamos a Mac Kay con sus versos de rabia: "Derrotados, oprimidos, moribundos, pero combatientes". Como una promesa de seguir adelante, unas manos nuevas han tomado con fuerza la antorcha milenaria. Sepamos todos entender su voz: Todos: los que en los años cuarenta perdieron creyendo perder y los que perdieron creyendo ganar. Porque sus hijos o sus nietos se lo dicen ahora con voz muy clara, cantando el idioma universal de la libertad.

CRECIMIENTO ECONOMICO EN EL JAPON Y LA URSS, POR ANGUS MADDISON

Edit. Fondo de Cultura Económica.
México, 1970.
Primera edición en inglés *Economic Growth
in Japan and the USSR*, en el año de 1969.

EL título de esta obra, igual en su idioma de origen que en el nuestro, alude también al desarrollo económico. Este tiene ya una connotación generalmente reconocida, por ejemplo: en los organismos y comisiones de la rama, que pertenecen a las Naciones Unidas, significado que es, a saber: aumento de bienes y servicios y además: incremento en los niveles o modelos de distribución entre los habitantes de cualquier país. Sin este último carácter es simple adición el crecimiento, en sentido estricto.

En el mayor número de casos se refiere al crecimiento escueto, y eso da al libro un tono de mediocre tibieza; todavía más cuando se trata de la URSS, la cual sigue constituyendo, dentro de la secuela de la guerra fría, el principal desafío (challenge), al mundo capitalista, sitio de nacimiento del autor, Mr. Maddison, quien despertó a la conciencia como graduado de Cambridge y después fue destacado economista en organizaciones de la Comunidad Económica Europea y de la OCDE (Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo), asimismo de Europa.

A primera vista el lector creará que se trata de un estudio paralelo o comparativo, y se hará cruces de por qué el autor se pone a comparar países que tienen regímenes económicos, políticos y sociales tan distintos. El autor aclara a las primeras de cambio, que pretende analizar la experiencia del desarrollo del Japón y la URSS, durante los últimos cien años, para compararlo con los principales países industriales. Agrega —según se comprende con buena voluntad de la traducción—: "Estamos particularmente interesados en el papel jugado por la política en el desarrollo y la luz de la experiencia (sic), que estos países puedan dar a los problemas de desarrollo de los países atrasados del presente".

En el curso de su exposición declarará sin embargo, que la descripción del desarrollo de la URSS, no tiene trascendencia de tipo práctico para el mundo occidental. Cabría imaginar que, de la primera nación en que se instauró el socialismo, a pesar del confesado interés del autor por el papel de la política en el desarrollo, sólo hay que aprovechar todo aquello que no tiene sentido político, como el inefable suero Bogomoletz o el caviar de nuestras mesas elegantes.

Con relación al imperio del sol naciente, ante el reajuste mundial de las monedas, ahora en proceso, habrá que considerar hasta qué punto persistirán válidamente las afirmaciones de Maddison. En efecto, a partir de la sobretasa impuesta a las importaciones en los Estados Unidos de América, a partir del 15 de agosto próximo pasado, el Japón perderá en breve plazo un mil millones de dólares en el mercado norteamericano, de un comercio total de más de 4 mil millones en el primer semestre de este año, con balanza deficitaria, además, contra los Estados Unidos de América. Ya había absorbido antes 3 mil millones de dólares, para sostener la paridad de su moneda.

Obvio resulta recordar que el mercado interno norteamericano, es un vellocino de oro, por su amplitud y riqueza, para todas las naciones exportadoras del mundo. Allí se consumen más champaña y perfumes franceses que en ningún lado; lo mismo autos Volkswagen y Datsun, telas japonesas y todo los productos electrónicos nipones, quesos de Holanda, pieles preciosas de Kamchatka y otras partes de la URSS.

¿Qué llegará a significar para el Japón, en términos de recesión y desempleo, el proteccionismo norteamericano? Poco viviremos para ver si las series estadísticas de este libro, quedan reducidas o no al estado de historia antigua, aunque el autor las cortó en 1965. Ojalá y nos equivoquemos para felicidad del pueblo japonés, que se parece a nosotros en dos aspectos: allá no funcionan los sindicatos en provecho de los trabajadores y hay poco seguro social.

En una reseña para el caso del Japón, se señalan como factores de su crecimiento contemporáneo, entre otros: el tratamiento a favor de la expansión económica, a costa de la reducción de población; un alto porcentaje de ahorro por falta de seguridad social; extraordinario endeudamiento de las empresas; la depreciación más acelerada que en ninguno de los países industriales; aumentos en la productividad muy superiores a las alzas en los salarios; subvenciones gubernamentales a la exportación y otros que son igualmente significativos, en cuanto a constreñimientos del mercado interior, para poder competir con suficientes márgenes en los mercados externos. Contra ese ejemplo —agrega un comentarista— el caso de Suecia podría servir para demostrar todo lo contrario: qué cosa es vivir bien, exportando alegremente al mismo tiempo.

Pero no hay que criticar en demasía, porque en México, aunque sujetáramos a nuestro mercado interno a presiones de muchas atmósferas, como se dice en física, sería igual para nuestros compatriotas fakires es y ni en sueños podríamos exportar como el Japón.

Afirma el autor que Japón y la Unión Soviética, son ahora potencias industriales muy importantes, que en términos de la producción total tienen "el segundo y tercer lugares", después de los Estados Unidos de América; que su producción combinada representa la quinta parte de la economía mundial.

En distinta fuente hemos comprobado que el producto nacional bruto, con relación a 1970, tiene el siguiente valor en algunas de las naciones más importantes: Estados Unidos de América: 977 mil millones de dólares; Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: 475 mil millones, idem; Japón: 195 mil millones; Alemania Occidental: 185 mil millones; Francia: 145 mil millones.

Con todo y su afirmación del penúltimo párrafo, el autor considera a la URSS (p. 158), entre las dos superpotencias del mundo.

Ambos países —Japón y la Unión Soviética— afirma Maddison destacar por su alto nivel de inversión en nuestros días, con relación al producto nacional bruto. En 1965 fue para la Unión Soviética de 53.5 (se corrige en el sentido de que tal cifra es para 1964) y 44.5 para el Japón; que la ventaja porcentual soviética se debe al gasto militar. En ambos casos, agrega, la abstención correspondiente al consumo, para hacer posibles tales tasas de inversión, se han llevado más allá que en otros países industriales importantes. La tasa de abstención que excede del 40% es bastante común en el mundo desarrollado. En los países que no están en el caso, la abstención apenas llega al 10 o al 15% del PNB.

El caso del Japón es examinado con rigor histórico: del período Tokigawa, en el cual existe una sociedad estática y cerrada, hasta la revolución Meiji, a mediados del siglo XIX, que incorpora al Japón a la vida moderna, después de que los cañoneros norteamericanos, abren por fuerza al comercio los puertos nipones.

A partir del período Meiji, el despegue se opera por la conjunción de una serie de factores favorables: se hereda del pasado inmediato completa integración nacional: unidad étnica, de lengua, de creencias y hábitos culturales, asimismo: política y económica, con todo y el corte feudal del sector agrario. El fatalismo geográfico opera positivamente, por tratarse de un país insular implantado en archipiélago, con fácil intercomunicación y por vía marítima comunicable también con el extranjero.

Es muy sugerente señalar la enérgica intervención del estado en el desarrollo del período acelerado: 1913-1938. El período siguiente transcurre durante la Segunda Guerra Mundial y la ocupación militar subsiguiente, por el ejército de los Estados Unidos de América. Le sigue el de crecimiento explosivo a partir de 1953, cuando se opera el "milagro" japonés, paralelo al de Alemania Occidental. Ambos explicados por las inversiones de capital norteamericano por vía directa o mediante préstamos. No aparece suficientemente aclarado, por cierto, este aspecto básico.

Al tratar de la importancia del desarrollo japonés, el autor se pregunta si tiene lecciones que derivar para los países en desarrollo. Para tal efecto estudia la situación en que se encontraba el Japón en el pre-desarrollo; en qué segmentos de la vida económico-social estaba mejor situado que las naciones atrasadas de esta época; en cuáles otros aparecía en desventaja; pero como es explicable en obra de este tipo, no profundiza en la situa-

ción que guardan los países del tercer mundo, y eso impide establecer términos comparativos de manera cabal.

De esa manera, su afirmación de que los países en desarrollo, aspirantes al aceleramiento de su progreso, tendrán que hacer la mayor parte de las cosas que Japón hizo, es un tanto aventurada. No es igual la situación del mundo capitalista a mediados del siglo XIX, cuando el Japón emerge, con su organización eminentemente financiera de hoy e imperialista por añadidura. Dentro del campo de la pura tecnificación, podría hablarse de similitudes quizá; pero ¿y en el político? Hay la presencia nueva de un amplio campo socialista con inmensa potencialidad y enorme población; la liquidación de los imperios coloniales al estilo de la pasada centuria; un robusto movimiento antiimperialista mundial, etc.

En consecuencia, comparar a las naciones del tercer mundo en nuestros días, con las condiciones del Japón a mediados de la pasada centuria, cuando inició su modernización, nos parece demasiado mecánico. Nótese que el país del sol naciente implantó el sufragio universal masculino hasta 1925 y continúa siendo una monarquía hereditaria. En cambio, nuestros países latinoamericanos, valga el ejemplo, son repúblicas de tipo oligárquico, muchas en estado de integración económico-social, que gravitan alrededor de una de las dos superpotencias mundiales.

Ahora bien, en lo que se refiere a las condiciones de su evolución, existe ya por fortuna una rica elaboración doctrinal y técnica en el pensamiento latinoamericano, junto a la cual no podría resistir la comparación lo que pudiera aportar cualquier europeo, con formación y experiencia en el viejo continente.

Con relación a la Unión Soviética, nos parece afirmación a la ligera la que se asienta en la p. 161, a saber: que el buen funcionamiento de su economía, no se debe tanto a su bondad, sino a que "hubo algo equivocado con el funcionamiento de las economías de Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos..."

Nos hemos acostumbrado a que las opiniones de los autores de Occidente, sobre el primer país en que se instauró el socialismo, pequen de precauciones, para que no haya lugar a tildarlos de simpatizantes. De eso están teñidas las que se vierten en este libro a partir de la liberación de los siervos, a mediados del siglo XIX hasta el cierre, en 1965, del séptimo plan quinquenal. Ahora, en 1971, estamos en el primer año del noveno.

A estas alturas, pues, el señor Maddison se permite afirmar que el éxito de la producción agrícola en la URSS, por extraña paradoja, se debe a la buena producción de las parcelas individuales. Es decir, que según cifras dignas de fe, los 130 mil millones de toneladas de cereales cosechados en el quinquenio: 1961-1965, se deben a ese origen, cuando se sabe que la parcela individual, llamada también: huerto familiar, es bien pequeña y sólo elemento complementario de la economía del campesino, donde tiene su casa habitación, sus animales de corral, frutales y hortalizas.

Esos millones de toneladas, por un lado, y luego los 165 mil millones de grano, que se cosecharon en el siguiente plan quinquenal que terminó en 1970, debieron haberse recogido a mano, según Maddison, porque no es posible que trabajen las grandes cosechadoras combinadas en predios de medias hectáreas.

Cientos y cientos de turistas mexicanos, han sobrevolado ya sobre los vastísimos campos de labranza en el sur de la parte europea de la Unión Soviética y quieras que no ha visto inmensas planicies barbechadas o verdaderos mares de trigo.

En esta monografía, no obstante, se trata de presentar con amabilidad al pueblo de Lenin, afirmándose que, por fortuna, ya abandonó los métodos gangsteriles de Stalin. Seguramente el célebre georgiano no se estremecerá en su tumba, ofendido en su sensibilidad, porque ¿cómo podrá calificarse, sino de bandidesco, el ataque a Egipto por la real fuerza aérea, cuando éste nacionalizó el Canal de Suez en 1956? ¡De lo que nos libramos los mexicanos luego de nacionalizado nuestro petróleo!

Perdónesenos si adelantamos estos botones de muestra, para ocuparnos a renglón seguido de la monografía dedicada a la URSS, la cual en momentos hay que retraducir a un inteligible castellano, para lograr comprenderla.

La reforma agraria y la industrialización en la época de los zares, a mediados del siglo XIX, capítulo con el cual principia su exposición, obedecen en gran medida a la derrota rusa en la guerra de Crimea. El orgullo nacional y la conciencia de proteger en el futuro al país contra los enemigos de fuera, según el autor, juegan el mismo papel que tuvieron en el Japón, cuando los cañoneros norteamericanos del comodoro Perry (no comandante, como dice el libro), por medio de la compulsión abren al país del sol naciente al comercio mundial. Estas razones de tipo psicologizante, deben haber desempeñado, sin duda, papel de importancia en las reformas internas.

Con todo y que, según comentamos, el autor no se propuso hacer un estudio paralelo de los dos países, es frecuente que establezca comparaciones, no siempre afortunadas porque se enjuicia con patrones comunes mundos diferentes.

En el período siguiente: de la Revolución Rusa de 1917 hasta el año de 1928, y durante este período la busca de una política económica, Maddison no tiene en cuenta la agresión internacional que en sus primeros años sufre la naciente república de los soviets. Por consecuencia de la invasión de las tropas extranjeras, entre ellas las inglesas en el Cáucaso, se ve obstaculizado seriamente no sólo el desarrollo sino el simple crecimiento económico.

Prosigue la época que se denomina en la obra: Stalinismo y acumulación primitiva, entre 1928 (iniciación del primer plan quinquenal) y el año de 1953. Aquí hay un capítulo sobre el presupuesto militar y

haría falta otro, sobre lo que fue la planificación en tiempo de la Segunda Guerra Mundial, que permitió en pocos meses movilizar ramas básicas industriales al Ural y Asia Central, por ejemplo.

El penúltimo capítulo trata de la liberalización de la economía soviética y mister Maddison se congratula que la FIAT italiana esté en vísperas de inaugurar una planta en la URSS; que eso sí es buena señal de liberalización (intercambios de ese tipo con Occidente); tal como ese otro caso, según se sabe, en que la Ford Motors construirá una factoría en Siberia. Ninguno de esos ejemplos es nuevo, porque en el pasado también mister Ford construyó en Cheliabinsk, URSS, una planta de tractores que, al cabo de cierto número de años, pasó al Estado soviético.

Los intercambios con Occidente, más en el campo del pensamiento que en el material todavía, ahora en que se van venciendo resistencias que se oponen a los países socialistas en general, es tan importante como que Moscú es de las grandes metrópolis mundiales, en que se celebran mayor número de congresos internacionales cada año, y sin duda es la que tiene mayor número de representaciones diplomáticas extranjeras.

No dudamos que varias series estadísticas que contiene el libro, relativas a la URSS, sean de utilidad; pero se desvirtúan con los prudentes comentarios (notorios por su precaución), que el autor hace y cuyas ideas peculiares son como la siguiente: "La misma existencia de un país comunista tan grande y dinámico, ha forzado a Occidente a tomar más seriamente el problema del desarrollo económico, y asegurar que los frutos del progreso penetren en las masas. Esto hubiera sucedido quizá sin la revolución rusa; sin embargo, no se puede afirmar con toda certeza" (p. 158).

Suponer que fuera posible la existencia de la URSS, sin la Revolución Socialista de Octubre de 1917, es tanto como afirmar que el México actual hubiera podido ser sin la Revolución Mexicana de 1910.

LUIS CÓRDOVA

Aventura del Pensamiento

AMERICA LATINA O LA FRUSTRACION

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

Caben dos actitudes en las sociedades que aspiran a igualar a los protagonistas de la modernidad occidental: la de ser *como* los mejores o la de *ser tanto*, más o mejor que ellos. La primera, es inauténtica; la segunda es auténtica y está en la línea creativa y expansiva de la vida.

“**L**A” América, como solía decirse en los días que precedieron a la independencia de la parte ibérica del doble continente, “La” América —así, con artículo determinado y sin calificativos (sólo más tarde, significativamente, se atribuirían y ganarían en propiedad el gentilicio los americanos del Norte)—, era un trasplante ultramarino de Europa que prometía buen arraigo y buenos frutos. Cierzo: en aquella época se pensaba poco o se pensaba de otro modo en los condicionantes básicos de cualquier proceso socio-histórico: para el caso, vastedades geográficas, dificultades de orografía y clima, la tenue capa europea dominante y flotante sobre el oscuro mar indígena y africano, de culturas primitivas o no occidentales. Estos datos aparecían inhibidos por abstracciones derivadas del filosofismo racionalista de la época, animado por ensueños prerrománticos. En cierto modo, sin embargo, cabía prescindir lícitamente —en licitud lógica— de tales obstáculos opuestos al progreso americano, porque, en el momento, el juego formal de la historia se desplegaba en el plano de aquella minoría aristocrática y burguesa de origen europeo que, por otra parte, hacía compatibles los ideales de libertad, igualdad y fraternidad con la servidumbre del indio y la esclavitud del negro.

Por lo demás, otros condicionantes, los económicos, eran realmente favorables en la América española: no se trataba, relativamente a su tiempo, de un continente pobre y falto de capitales, como lo fue después. Todo lo contrario. Era un mundo en expansión, próspero (de México se alaba la riqueza, los fondos disponibles

para inversión, la policía de la capital, la mejor de Occidente). Por último, otro tanto muy positivo estaba en la misma existencia de aquella clase burguesa ilustrada que, no sin razón, se creía llamada por el destino y la fortuna a un patrimonio de grandeza y honor, ella y sus pueblos.

El contraste entre tan justificadas y brillantes expectativas y la realidad posterior a la Independencia produjo la frustración inicial, comienzo de una cadena de frustraciones a lo largo de siglo y medio.

Para mejor comprender el estado de ánimo de la clase directora burguesa y aristocrática de la América hispana y la peculiaridad de su actitud psíquica, buscaremos un contraste en los pueblos que acaban de acceder a la independencia ahora mismo, en esta segunda mitad del siglo xx, y ante nuestros ojos. Enseguida aparecerá, abrupta, la diferencia. Estos pueblos de ahora, recién emancipados, son todos prácticamente de estirpes no europeas, sociedades primitivas golpeadas y dinamizadas por el impacto, más bien tardío, de la civilización occidental o pueblos de otras civilizaciones no occidentales. Por eso incurren en una cierta manera de falacia que estos asimilan, basándose en datos socioeconómicos y políticos aparentemente homogéneos, la América Latina con el Tercer Mundo. Primero, sólo en casos más bien marginales son homogéneos los datos sociológicos y económico-políticos; segundo, y esto es muy importante, los pueblos del Tercer Mundo no pertenecen a la civilización occidental; así, pueden gestar un intenso resentimiento antiimperialista y concebir el proyecto de superar a Occidente, pero difícilmente caerán en la peligrosa tentación de querer identificarse con las naciones modélicas imperialistas (el Japón, en su día, intentó, con resultados catastróficos, ser como Europa y Norteamérica, si bien reteniendo ambigüamente su tejido tradicional de fondo). No les es posible a los pueblos del Tercer Mundo tal identificación a causa de barreras culturales e incluso —¿por qué no admitirlo?— raciales, que crean una distancia sensible con inevitables efectos contrarios a la identificación. La identificación esencialista —*ser como o ser él mismo*— imposible o al menos muy difícil —lindaría con la neurosis— para las sociedades recién emancipadas del Tercer Mundo, asiático y africano, era un empeño completamente natural en la burguesía criolla colonial y en los protagonistas de la independencia americana. Se sentían y tenían que sentirse parte de un sistema social que entonces se llamaba Europa, "naciones civilizadas", "pueblos ilustrados" y tal vez de otros modos, pero que no era sino aquella entidad designada y conocida durante la Edad Media y después con el nombre de *Cristiandad*. La Cristiandad era algo muy concreto y muy organizado, una sociedad indiscuti-

blemente integrada, aunque no fuese una nación (se puede vivir y tener consistencia y unidad sin ser una nación: lo que importa es ser una sociedad política territorial integrada sea cual fuere su nombre), más fuerte y articulada que cualquier otra civilización (hoy, por el contrario, quizá esté más integrado el Islam). A ella pertenecían, aunque con un nombre laico, los criollos burgueses ilustrados autores de la independencia americana y como tales podían aspirar, sin la menor violencia, incluso por derecho de primogenitura, a ser una de las naciones ilustradas que marchaban a la cabeza de la humanidad.

Todo hubiera ido bien. ¿Por qué no? Todo hubiera ido muy bien, pues no hay en esto nada inauténtico. ¿Qué podía haber, entonces, de falso o insano en el programa de colocar la sociedad a que uno pertenece en el lugar de honor de la civilización a que también pertenece? No creo que hubiera en ello nada falso. Todo lo contrario. Todo lo contrario, en efecto, si no se produjera como se produjo la frustración subsiguiente a la independencia, en el tiempo que va de 1820 a 1860, pongamos, un poco más o un poco menos, según diversos lugares del continente. De no atravesarse aquella enorme calamidad y la desintegración de la herencia territorial del imperio español no habría pasado nada malo y la resultante psicosocial de la América Latina no hubiera sufrido ciertas insanas deformaciones. Por tanto, lo malo no fue el "ser como" de la burguesía criolla ilustrada colonial (no podríamos decir lo mismo del "ser como" ulterior del período neocolonial) en su momento. Lo malo fue la frustración, la maldita frustración, y el efecto del "ser como" (ser ellos mismos) frustrado en la burguesía posterior, la de los tiempos revueltos de la primera mitad del siglo xix y la que le sucedió, burguesía de doctores liberales y también, en casos, de grandes maestros y grandes hombres que adoptó el "ser como" en la frustración y el envenenamiento. Una enfermedad maligna. Así, el "ser como" canadiense o australiano no generó tóxicos anímicos como tampoco hubiera producido esas toxinas en el alma latinoamericana si el acceso de sus pueblos al primer rango de las naciones occidentales admiradas y a veces veneradas —de algún modo siempre veneradas— se hubiera realizado como cabía esperar que se realizase.

Sin embargo, la frustración de la burguesía criolla ilustrada colonial no produjo efectos muy tóxicos —lo peor vendría después— aunque se gestase por efecto de un trauma brutal, una caída brusca, un traspies que llevó a la clase ilustrada colonial al borde del foso de la pobreza y de lo por ella considerado como pura barbarie, en los niveles del subpueblo de las castas americanas coloniales. Por-

que aquella burguesía criolla era orgullosa, heredera —y no la clase dirigente peninsular— de la confianza en sí mismos, en su propia calidad, de los españoles del siglo xvi, heredera de estas fijaciones y actitudes impensadas, de estos automatismos de reacción como eran, igualmente, herederos —y no los españoles peninsulares—, del idioma de Cervantes cuya fonética fue cambiada, en la España metropolitana, hasta endurecerla y empobrecerla, quizá por un influjo rústico del Norte (el castellano cortesano de entonces, de los clásicos, era más meridional, toledano, y parecido a las hablas de la América hispana). Las causas de uno y otro fenómeno son, hasta cierto punto, las mismas. El español peninsular había sufrido un golpe severísimo al desintegrarse la España anterior, a fines del siglo xvii. Pues España, a diferencia de las demás naciones europeas —sin excluir al mismo Portugal que ha tenido decadencia pero no ruptura de su ser nacional—, se desintegró, y ya no es la de los Reyes católicos ni la de los Austrias. Es otra. Por eso los escrúpulos sobre el nacimiento de España y su continuidad y si los españoles de hoy son o no los de la época goda o romana, esas preocupaciones de Américo Castro, como tantas otras de este autor, son más bien triviales y no significativas. Porque, en rigor, la España actual —y no hay otra en vida— procede del siglo xviii y si no es, ciertamente, la España de Séneca, tampoco es la España del Cid o la de Calderón de la Barca. A mi entender cualquier España posterior conservó, obviamente, una relación indudable con Séneca y demás: la que media en una sucesión filial de sistemas sociales entre la Hispania romana y visigoda y las sociedades posteriores, algunas de las cuales fueron o se supone que fueron "naciones". Pero dejemos esto. Lo importante para nuestro asunto es que los americanos no padecieron o lo padecieron de otro modo, el trauma español de fines del siglo xvii (en realidad aquella centuria estuvo lejos de ser infausta para los criollos de las clases privilegiadas y el prestigio imperial padecía menos en América a causa del amortiguador de la distancia a pesar de las incursiones de piratas y corsarios). Porque, efectivamente, los españoles peninsulares vivieron directamente la crisis, la ruina económica, política y militar, que produjo, en ellos, efectos profundos y duraderos (aún hoy se hacen sentir esos efectos sobre todo en ciertos automatismos hispanos de sentir, pensar, obrar y no obrar). Si aquel desastre hubiera sido un episodio o una serie de episodios desafortunados, militares y políticos, no habría dejado huella profunda. Sólo ahonda en la psicología social lo que es duradero; las batallas perdidas a quienes suelen marcar es a los historiadores que escriben acerca de ellas, a menos que se prolonguen en consecuencias capaces de modificar el sentir

y el pensar de una sociedad, y esto último no siempre ocurre. Ni siquiera puede explicarse la crisis moral de la clase dirigente española y, posteriormente, del pueblo mismo (en su sentido de masa y de sociedad a todos los niveles) por la gran ruina económica de la segunda mitad del siglo xvii. Al fin, la penuria y la ruina fueron superadas en España, al menos en lo que correspondía a las posibilidades de la época, con un desarrollo, en la economía y la técnica, a lo largo del siglo xviii, que fue calificada como la obra, en este terreno, más efectiva de la Ilustración, en Europa. El hecho es que aquel proceso social —el conjunto de acontecimientos y sus resultantes que llamamos colapso— modificaron el *animus* hispano —sin excluir a la masa— de un modo permanente. Los españoles —por el momento sólo la clase directora— hubieron de revisar todos sus valores y, en buena parte, se vieron en la necesidad de someter a crítica, incluso —lo que sí fue grave—, la calidad del pueblo y del hombre hispano, que hubo de aceptarse disminuido frente a la modernidad occidental. Los hispanoamericanos, en cambio, en aquella fase, es decir, antes y aun inmediatamente después de las guerras de la Independencia, si bien participaban del pesimismo hispano, era de otro modo, sin lesión para su intimidad anímica a lo que podemos colegir. Por lo demás, la tara que veían en el hecho de pertenecer a una nación que había perdido su prestigio hegemónico y cuyos valores habían fracasado —reducidos en el concepto general de los ilustrados a prejuicios "góticos" y mero atraso—, se superaba, justamente, con la operación cisoria de la Independencia. Hecha la amputación, todo lo bueno de la modernidad occidental podía esperarse legítimamente para una América libre.

Entre paréntesis y aunque sea una digresión, diremos que, según teorías bien conocidas de la disciplina histórica, un poco ayudada por la sociología, la violencia, la estupefacción y la desolación en que quedó la mente de los españoles en aquel trance de fines del siglo xvii se debió a la especialización, demasiado estricta, rígida, esclerótica y comprometida, de la sociedad española, a consecuencia de fijaciones generadas en la Reconquista contra los musulmanes y concretadas, las fijaciones, en el ideal de un imperio y de un modo de vivir basados en la unidad religiosa de la Cristiandad occidental, como idea, y la fuerza militar, como instrumento, todo ello alimentado, no por una economía diversificada, asentada sobre el trabajo de la nación y el comercio, sino por la explotación de los yacimientos de metales ultramarinos. Sin embargo, tal especialización —tan necesariamente frágil, aunque no más efímera que los sistemas de otros imperios capitalistas modernos— obtuvo la alabanza de un ingenio esclarecido del siglo xvi, Bacon de Verulamio, que la propuso

como modelo a los ingleses, erróneamente, como una centuria más tarde habrían de demostrar los hechos.

La clase dirigente española o buena parte de ella, a la vista del colapso y de sus calamidades, efectuó una conversión a los ideales de la nueva Europa que si, en ciertos aspectos, se mantuvo en un plano relativamente superficial —político, administrativo, económico y técnico— en otros fue radicalísima. Así, se menciona el dato de que los catecúmenos de la Ilustración —por lo demás, hombres inteligentes y honrados— y muchos otros que no tenían conciencia esclarecida de estas vivencias— llegaron a avergonzarse no ya de las lacras nacionales sino, también, de valores sólidos, reconocidos anteriormente por la misma modernidad, como Calderón, Lope de Vega —tachados entonces, en el arrebató de aquellos días iniciáticos, de bárbaros, pues el gran teatro español clásico no respetaba las tres unidades del racionalismo francés aplicado a la escena—, y hasta del propio Cervantes y, en fin, de todo. Otros no quisieron convertirse y fue peor, sin duda, pues es el caso de aquellos aristócratas que, en el siglo xvii, vigente aún la España que había de morir poco después por desintegración, eran, al menos, miembros de una clase refinada, famosa por sus ritos sociales, pero ilustres también por sus bibliotecas y colecciones de arte y, sobrevenido el desastre e incapaces de seguir cultivando aquel estilo de vida pereclitado en la crisis, buscaron refugio en un plebeyismo grosero e inepto y en un sórdido egoísmo individual y de grupo.

Como puede verse, de cierta manera peculiar, los ilustrados españoles, conversos a la modernidad, aspiraban a "ser como" la prestigiosa Europa de las naciones modélicas —Francia en particular— y en esto anticipaban una vía de salvación inauténtica en la que habían de comprometerse, por desgracia, más aún que la burguesía colonial protagonista de la Emancipación, las "élites" americanas del siglo xix, con efectos mucho más perniciosos. Es verdad que, al mismo tiempo, en el plano de las realidades materiales, los ilustrados españoles querían "ser tanto" como sus maestros y, en buena medida, lo consiguieron. Pero, en todo caso, a pesar de los éxitos que logró la por tantos conceptos benemérita Ilustración española, el pueblo se negó a seguirla en aquel "ser como" y el brillante estío de Carlos III conoció borrascas inesperadas, la más famosa —un asunto de capas y sombreros—, el motín de Esquilache que, con todo su cerrilismo popular y las intrigas que lo movieron, respondía, en la oscura emocionalidad del pueblo, a una repugnancia instintiva al "ser como" de la clase dirigente (al menos tal es mi creencia). Pero hay, en la misma línea, algo mucho más importante que aquel episodio. Y fue que el pueblo, la "masa" —si se

me permite una expresión abusiva y anacrónica— popular y populachera, al caer en ruinas la cultura académica del barroco, académica y también teológica (no se olvide la puntillosidad escolástica de los autos de Calderón), llenó el vacío mediante la resurrección de elementos culturales actualmente activos y extendidos en expresión folklórica, que habían permanecido sofocados, inhibidos, mientras estuvo fuerte y en vida la España de los Austrias: llenó el vacío con un sorprendente conjuro de evocaciones prehistóricas o, al menos, protohistóricas, como las danzas andaluzas prerromanas, o bien de la Antigüedad greco-latina como la música dejada en Andalucía por la Iglesia de Bizancio (hoy "cante jondo"). Una de estas populares evocaciones de la multiseccular bella (o fea) durmiente, es la tauromaquia a pie, de raíz prehistórica, según todos los indicios, por lo demás organizada conforme a una sombra institucional de los juegos circenses de la romanidad (los toros son el único juego público existente en Europa, en el sentido romano y griego, con la presencia y la autoridad decisoria de un magistrado que es el presidente de la corrida).

Esta curiosa respuesta del pueblo iletrado habría de tener consecuencias de suma importancia. Ante todo, supuso una fuerza instintiva de resistencia al "ser como" de los ilustrados, lo que, a la larga, fue positivo, no por vanos pruritos de un casticismo irracional que, personalmente, me repugna. No por eso, pues el nacionalismo tipicista es generalmente el hirsuto compadre de sórdidos intereses reaccionarios, un modo de suscitar y halagar fuerzas ciegas del pueblo con objeto de mantener abusos, miserias e injusticias, en favor de quienes se benefician de un sistema social estancado y, en suma, antivital. Con todo, creo que el "ser como" (ser ellos mismos) es quizá peor pues implica actitudes emocionales sumamente insanas, propias de los complejos de inferioridad, y absorbe energías que debieran emplearse con más rentabilidad en el empeño de "ser tanto" —o más y mejor— que las sociedades cuyos niveles se trata de alcanzar, a la par que suplanta las soluciones reales con otras aparienciales, formalistas y mentirosas. El "ser como" es estéril, empobrecedor de la civilización en que el sujeto está inserto —para el caso, la occidental europea— y reduce las expectativas de la nación y del pueblo en vez de ensancharlas. En este aspecto es bueno que los instintos populares reaccionen contra el complejo de inferioridad o el snobismo de las clases dirigentes o dominantes de las sociedades en trance crítico o en proceso de emulación o asimilación de otras culturas. Pero esas mismas respuestas instintivas de defensa de los valores del grupo —es decir, la defensa de "lo propio", etcétera— pueden contribuir, por otro lado, a perpetuar si-

tuciones y estructuras sociales reaccionarias. Esto sucedió, en parte, en España. Creo que el popularismo hispano, tan valioso en lo esencial, ha servido, también, por ejemplo, para frenar y desviar de su línea natural, cambios pacíficos o revolucionarios que pudieran ser fecundos. Pero ésta es otra historia que nos apartaría del hilo rojo de nuestro discurso.

Quede claro que la burguesía hispanoamericana ilustrada protagonista de la Independencia, poseída de su propia dignidad y abastecida de legítima esperanza, terminada la guerra, quedó en gran parte arruinada e incapaz de recuperarse. Su sitio fue ocupado por los comerciantes ingleses que la excluyeron del negocio y arruinaron la nada desdeñable industria artesana colonial como habían hecho y estaban haciendo en la India.

Pero es más, también fue despojada del poder político en beneficio de jefes militares a menudo mestizos. Porque en la hoy llamada América Latina, como había sucedido en España, hubo una reacción popular contra la tendencia a identificarse obsesivamente con los prototipos sociales de las prestigiosas naciones de Europa y América que encabezaban la brillante jornada histórica de la modernidad occidental. Estos sentimientos fueron aprovechados por los caudillos y beneficiarios de la anarquía turbulenta que agitó la matriz de las jóvenes naciones y añadió nuevas ruinas a las que había dejado la guerra además de crear un tempero impío y esterilizador para el progreso económico del continente; por último, fraccionó a pueblos que estaban llamados naturalmente a integrarse y entregó a los anglosajones de un lado y otro del Océano territorios inmensos del patrimonio hispano (también, en beneficio de los sucesores del imperio portugués). Un saldo muy escasamente positivo. Sin embargo, en aquella marmita loca se gestaron los antecedentes de lo que habría de ser, casi un siglo después, el nacionalismo popular antiimperialista, que tan fuertemente caracteriza a los pueblos de la América Latina contemporánea. Pero en aquel momento de gestación no era sino un sentimiento elemental y primario de las clases criollas de terratenientes rústicos feudalizados¹ y de los pueblos iletrados que miraban torvamente al "ser como", la identificación de las "élites" ilustradas liberales con las naciones "avanzadas" de Europa, sin perjuicio de aborrecer también a los "godos" (parece ser que la expulsión de los españoles, generalmente pobres, pues los ricos se habían ido con su dinero, fue una medida popular allí donde la adoptaron los nuevos Estados). Evidente-

¹ La feudalización latifundista alcanzó su pleno desarrollo después de la Independencia. En el siglo XVIII tenían la hegemonía social los comerciantes, mineros y plantadores, no los terratenientes.

mente, estos sentimientos fueron explotados y utilizados por elementos conservadores reaccionarios, por caudillos militares, dictadores y diversas clases de bucaneros y forajidos. También es cierto que aquella irrupción popular bárbara contribuyó a la anarquía general y a todas las ruinas y daños que ya hemos mencionado antes y perjudicó, sin duda, la reconstrucción económica (la hoy América Latina no alcanzaría los niveles de renta absoluta de 1810, según parece, hasta pasada la mitad del siglo). Con todo, la actitud de este pueblo elemental que Sarmiento, no sin razones válidas, llama bárbaro, era más sana y a la larga sería más fecunda que la propensión esencialista, a identificarse con otras naciones y sociedades de las élites burguesas no tanto en aquella etapa subsiguiente a la Independencia sino más tarde, cuando la turbulencia se serenó en el sistema neocolonial que va más o menos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la gran crisis mundial de 1930.

La revolución industrial al propagarse de Inglaterra al continente europeo y a la América del Norte, suscitó la expansión económica e imperial de aquella franja del Hemisferio Norte. Por otra parte hizo más visible aún la diferencia —o si se quiere, la distancia— entre el mundo iberoamericano que había retrocedido en vez de avanzar durante los tiempos revueltos que siguieron a la emancipación y la modernidad capitalista industrial. El nuevo pacto colonial que nace de estas circunstancias produce una división del trabajo perfectamente nítida (nunca fue ni había de ser tan clara) según la cual Iberoamérica sería suministradora de materias primas y primarias y los países industrializados se adjudicarían no sólo el papel de proveedores de manufacturas sino, también, claro está, el dominio financiero y comercial del tráfico, y la dirección y mando del sistema. Creo que en tales condiciones era inevitable la colaboración con las potencias dominantes —y es lo que hicieron los gobernantes latinoamericanos— facilitando el acceso a sus países americanos de trabajadores procedentes de las naciones pobres de Europa y de capitales procedentes, por supuesto, de las naciones ricas. Esta clase de relaciones son una fatalidad necesaria. Ahora bien: el mal inmediato que hay, por fuerza, en ello, para la parte más débil, no es eludible, pero sí cabe dar una respuesta elástica con los ojos puestos en la liberación. Lo reprochable de las minorías directoras iberoamericanas estuvo en que se instalaron en aquel sistema como si fuera natural, permanente y aceptable y se entregaron a las ventajas —también existieron esas ventajas y momentos de loca prosperidad en este período neocolonial— de la situación, a menudo confundiendo sus intereses personales, de clase

o de grupo, con los intereses públicos e históricos de sus pueblos. Lo peor de todo fue la entrega obsecuente, la fascinación que ejerció, aquella deslumbrante ascensión de las nuevas metrópolis coloniales, en las minorías dirigentes iberoamericanas que llegaron a dejarse penetrar por el "factor" racista, procedente, supongo, del orgullo anglosajón en aquel estío victoriano —*Rule britania, Britania rule waves*— una actitud moral que compartieron ciertamente la Francia republicana de 1880 y, por supuesto, la imperial democracia norteamericana. Porque, ¿no fue considerada, esta filosofía racista burguesa del capitalismo triunfante de fines del siglo XIX, en Iberoamérica, como un título más de superioridad de las naciones ejemplares de la modernidad occidental? ¿No era común o muy frecuente, reprochar —desde un continente multirracial y en buena parte mestizo—, a las anteriores metrópolis ibéricas, que no hubiesen exterminado las razas indígenas o que se hubieran mezclado con ellas? Aunque, para ser veraces, esta "contaminación" la habían practicado también abundantemente los esclavistas norteamericanos (la mayoría de los negros norteamericanos son mulatos) y, por otra parte, creo honradamente que la supuesta falta de prejuicios raciales, al menos de los españoles, es, en buena medida, leyenda dorada que se fraguó en tiempos próximos por razones oportunistas, tal como otras aseveraciones popularizadas son, efectivamente, leyenda negra.

Sin embargo —y es preciso tenerlo muy en cuenta, aunque no modifique la resultante general en el conjunto del continente y del tiempo a que abarca el período neocolonial— hubo personalidades latinoamericanas cuyo genio les llevó a una autenticidad robusta y bien enraizada en su circunstancia nacional, como Juárez en México. Pero otros grandes hombres, también geniales, cayeron, con la fuerza misma de su genio, en los peores laberintos de la inautenticidad. Y a este respecto tenemos que recordar la respuesta de Sarmiento al ministro venezolano de relaciones exteriores, J. Rojas Paul, que le había escrito para pedirle maestros argentinos con el fin de que preparasen un plantel de educadores en Venezuela. Sarmiento, ante esta razonable demanda de ayuda técnica, como diríamos ahora, asesta contra tal pretensión su lanzallamas, suelta el chorro de su magnífica prosa ígnea, y da una negativa. ¿Por qué? Aconseja a su corresponsal que no importe en su país maestros argentinos sino norteamericanos. ¿El idioma? No tiene importancia, ni les hace falta a los instructores norteamericanos saber el castellano: "bástenles los ojos mientras aprenden a hablarlo, para señalar deficiencias..." Que aprendan inglés los maestros venezola-

nos, —lo que, evidentemente, en otro contexto, sería un buen consejo— para acudir a la fuente de todo saber...²

Lo que hay en esto de tóxico, según mi modo de entender, es la implícita o más que implícita idea, de que los norteamericanos son de una esencia arcángelica, poseedores del don de lenguas que les permite hablar por los ojos y modificar el mundo con la mirada. Es una superioridad no existencial sino, repetimos, esencial. Al lado de estas criaturas resplandecientes, los latinoamericanos aparecen —en las imágenes, una vez más, eficaces, del escritor— a la escucha, encogidos, intimidados, míseros, atentos y remotos en su condición mínima. Pertenecen —en esta metáfora del gran hombre argentino— a otra especie, a otra casta o raza inferior. No nos equivoquemos: las imágenes poéticas son, a menudo, más reveladoras y expresivas que los conceptos pues contienen una riqueza mayor de significados, aparte de la fuerza que les presta la carga emocional. Aquí se denuncia un estado mental de Sarmiento y de otros contemporáneos, inauténtico y muy pernicioso. En el fondo hay algo muy semejante en esos latinoamericanos que lamentan que las naves descubridoras no hubieran procedido de Inglaterra o de Escandinavia, prescindiendo, al parecer, de que en tal supuesto el sujeto del deseo sería otro y por tanto no sería nada, no existiría. Esta posición enfermiza se ha dado mucho en la "belle époque" del neocolonialismo con pluralidad de metrópolis que sucedió a la hegemonía británica exclusiva o poco menos que exclusiva del primer tercio del siglo XIX.

Aquel sistema —ya lo dijimos—, muy ventajoso para las metrópolis usufructuarias, produjo, también, un formidable desarrollo en las naciones latinoamericanas (ferrocarriles, telégrafos, una renta absoluta que bien pudo representar hacia 1880 ocho o diez veces la de principios de siglo, veloz aumento de la población y de la urbanización), si bien esta prosperidad a veces se centraba en un producto y estuvo cortada por crisis y depresiones. Pero, en definitiva, hecha la salvedad de ciertas asociaciones fraudulentas o escandalosas de la oligarquía latinoamericana con los capitalistas extraños, el sistema era prácticamente inevitable y pudiera haber sido positivo, a la postre. Si la instauración de aquel ajuste de relaciones —por lo demás eficaz, mecánicamente eficaz— no hubiera encontrado, a la clase dirigente latinoamericana, intelectual y moralmente desarmada, hechas las por ello más meritorias excepciones de algunos políticos y pensadores; pronta a entregarse y sin saber ni querer aprovechar las fisuras de la pluralidad metropolitana para promover un

² JULIO LARREA, *La educación y la vida internacional en América Latina*. Cuadernos Americanos, México. Septiembre-Octubre 1963, pág. 7.

desarrollo diversificado y más avanzado de sus países o al menos para dotarlos de una gran infraestructura capaz de resolver, finalmente, el proceso, en la liberación. Así, cuando el sistema mismo quebró definitivamente y se acabaron las olas de prosperidad, pese a los indudables progresos de algunas de las naciones, con la gran crisis de 1930, la América Latina había sumado, a las anteriores, una nueva frustración que iba a influir, más bien desfavorablemente, en el nacionalismo posterior, improvisado, emocional, propicio a incurrir en errores estratégicos y técnicos que, a su vez, pueden incubar una frustración más en el futuro.

La clase dirigente de la época del neocolonialismo plurimetropolitano capitalista industrial, con su característica tendencia a un "ser como" inauténtico, reincidiría en la propensión a sustituir la realidad y la verdad por expedientes aparienciales como las constituciones avanzadas y las leyes progresivas que no se cumplen, modalidad de respuesta relacionada, ciertamente, con aquella actitud o disposición mental.³ ¿Pero es posible que una posición psicológica pueda influir tanto en el decurso histórico de las sociedades humanas? Me temo que sí. Esto no significa que vayamos a prescindir de análisis fundados en datos objetivos, económicos y sociales. Simplemente, queremos llamar la atención sobre el hecho de que el factor psicosocial o psicohistórico debe tenerse en cuenta a la hora de explicar la evolución de las sociedades latinoamericanas, tan singular en éste y otros aspectos.

Ahora bien: ¿se han superado enteramente esas respuestas elusivas e inauténticas? Es el tema de la segunda parte del presente artículo donde, además, con toda la impertinencia que se quiera, es cierto, y una no menor incompetencia, nos atrevemos a apuntar una línea de marcha, un camino de salida, sin ignorar los riesgos del empeño y más aún para un observador sin más títulos que un corazón comprometido y a una distancia medida por la anchura del océano. Pido perdón.

ALGUNAS cosas serias y profundas han cambiado en ese aldeaño de Occidente, que llaman América Latina. Ha cambiado, por de pronto, la mirada con que la ven los demás. Es muy importante. Siempre hubo en la América Latina espectáculos trágicos y apasionantes (desde el punto de vista humano, es un escenario de formidable riqueza, pródigo en sucesos asombrosos, de tremenda inten-

³ Las leyes sustitutivas de realidades tenían antecedentes en el período postcolonial y, antes, en las Leyes de Indias.

sidad. cálidos y coloreados como quizá no exista nada comparable en el mundo). Pero hace sólo unos años la turbulencia latinoamericana no tenía apenas proyección sobre los grandes intereses ideológicos —y otros— de las sociedades que se consideran a la cabeza de la modernidad. Significativamente, en Europa confundían a Buenos Aires con Río de Janeiro y situaban a Montevideo en el Pacífico, en la selva amazónica o en cualquier otra parte. Hoy es diferente. La atención que se presta a la literatura hispanoamericana no creo que sea sólo una cuestión literaria, evidentemente. Hace ya tiempo que la literatura hispanoamericana merecía la consagración que se le ha otorgado más recientemente. Pero sucede que, hoy, en esta fase de su evolución, la América Latina, en diversas expresiones de su genio, está participando destacadamente en las preocupaciones de la humanidad moderna. No porque se agite más que antes sino porque ahora se agita con sentido y antes no, ante la mirada de otras sociedades occidentales que se hallan, por su parte, en un estado de agotamiento y de estiaje en el flujo y la creación de nuevas canciones de marcha, de nuevos esquemas, expectativas y esperanzas, entregadas —tales sociedades— a un pragmatismo en el que cuentan cada sábado las ganancias de la semana.

Los cambios no consisten sólo en que se haya instaurado, pongamos, un socialismo autoritario en el Golfo de México —suceso en verdad asombroso— o un socialismo democrático en Chile, sino también en cuestiones menos obvias y más sutiles. Sucede que ya no cabe una sonrisa de lado, al recibir en el salón de París al "rastacouere" porque el tipo se ha extinguido con la "belle époque". La América Latina no tiene ya los ojos servilmente puestos en los modelos ultramarinos que han dejado de ser admirables o lo son en aspectos o terrenos susceptibles de una valoración racional, aunque tales hazañas, de esta época del desarrollo y crecimiento, se llamen abusivamente "milagros". En fin, que la emulación mimética e incondicional de la burguesía decimonónica latinoamericana, ante las naciones ejemplares de la modernidad, es cosa del pasado. Ahora la América Latina vuelve la conciencia a sus realidades y las asume sin inhibir y esconder esas realidades o al menos es la actitud de los elementos nacionalistas de las clases medias que tienen una intervención considerable en la vida de las naciones latinoamericanas, sea cual fuere la anécdota —militar, reaccionaria o revolucionaria— de cada día. Quizá el nacionalismo sea la línea más definida, fuerte y amplia de la ideología actual latinoamericana, incluso para las clases conservadoras, propicias, naturalmente, a entenderse —y es muy natural— con el capitalismo extranjero. El nacionalismo popular antiimperialista latinoamericano aparece casi como un de-

nominador común —sea cual fuere la sinceridad de algunos de sus forzados adherentes— y crea la fuerza emocional en la que pueden injertarse diversas tendencias, desde las de tono fascista hasta el comunismo. ¿Qué significa esto? Significa que se ha actualizado la veta primitiva del populatismo elemental de los tiempos revueltos de la primera mitad del siglo xix, lo que implica una posición emocional adversa, acaso sólo instintivamente muchas veces, al "ser como", a la emulación perentoria y, por lo mismo, apariencial, con recursos inauténticos, para ganar, valiéndose de trampas y chapucerías, la carrera de la incorporación a la modernidad. En cambio, se ha producido una necesaria conversión hacia adentro, hacia la propia realidad, para extraer de ella, de sus datos, la línea de conducta. Esta sensación de autenticidad, creo yo, está, de algún modo, en la valoración actual, en Europa y en otras partes del mundo, de la vida de los pueblos latinoamericanos, sin excluir el prestigio conferido a sus expresiones culturales.

¿Quiere esto decir que la América Latina esté ya definitivamente a cubierto de una nueva frustración? La respuesta es no. No está a cubierto. En realidad está viviendo, aunque no en forma tan inauténtica como en situaciones anteriores, otra frustración, sólo que ahora la vive trágicamente y en la tragedia se purga y purifica. Es la frustración de un fracaso, en no pocos aspectos sorprendente y que no debía haber sido fatal, en la adaptación victoriosa a la nueva época y al nuevo sistema salido de la segunda guerra mundial. La segunda guerra mundial fue, para la América Latina, una tregua en el proceso de deterioro y convulsión subsiguiente a la quiebra del sistema neocolonial plurimetropolitano de la segunda mitad del siglo xix y de los primeros decenios del siglo xx (ya había sido fisurado por la revolución mexicana de 1910 y, en parte, por la ascensión de las clases medias democráticas en Uruguay, Argentina y Chile). En general, y a pesar de éxitos parciales importantes en algunos de los países latinoamericanos, aquel sistema no fue realmente sustituido en cuanto estable y viable, por la hegemonía norteamericana, y el continente iberoamericano no logró adaptarse a las nuevas condiciones y alcanzar una situación satisfactoria en el reino del neoliberalismo económico, ni siquiera una expectativa de futuro capaz de alimentar una clara esperanza. Este es el problema, y la frustración que comporta.

Por otra parte, si es verdad que se ha superado la fase del "ser como" apariencial de los doctores que servían a los caudillos militares o construían, en la ulterior "belle époque", un monumento europeo de cartón piedra que ocultaba todo un enorme y silencioso mundo primitivo, subsiste aún en cierta tendencia poco sana a utili-

zar recursos de transferencia de culpa, a veces con fines demagógicos y otras por propensión no deliberada, sin querer engañar a nadie —esto es peor aún—, y fórmulas de síntesis de la realidad así como propuestas de acción y de conducta que no se corresponden con la verdad. Es preciso un rigor intelectual muy severo para evitar estas recaídas que tal vez sean, mañana, o puedan ser, causa de nuevas frustraciones.

Por de pronto, el perentorio afán apariencial de otros tiempos por incorporarse a la modernidad ha sido sustituido por el actual y universal slogan del desarrollo. Está bien. El desarrollo es, en cualquier hipótesis, una necesidad vital —ensancha la vida y aumenta su caudal y su intensidad— y también un imperativo de mera decencia. Pero sería un error plantear la cuestión en la misma línea, en el mismo canal, en el mismo estadio, donde se corren las "competiciones" propuestas por los campeones de fila.

Creo que la América Latina tiene posibilidades que se intuyen, a condición de plantear la lucha en otro terreno, en su terreno propio.

Pero reconocemos que es tan fácil dar consejos o sugerir ideas generales como tremendamente arduo poner manos laborantes en la realidad de un mundo capaz de abrumar en el desaliento al trabajador más intrépido, problemas materiales y sobre todo humanos peor que atroces. Esos problemas, en sus expresiones humanas sensibles —abstracciones a un lado— arrugan el corazón y hacen desfallecer el ánimo. Es verdad. Y se comprende la prisa, la acción perentoria, el salto en el atajo y también el error. Como es posible comprender —aunque no disculpar— la actitud inversa, la de quienes se instalan en la anestesia que brinda la misma enormidad del mal y las laberínticas dificultades, en lugar de abordarlo racionalmente y superarlo con el trabajo.

Por de pronto, entiendo que el gran tema del desarrollo de la América Latina debe ser planteado no en un esfuerzo emulador llevado adelante como un "tour de force" para crear sociedades idénticas o de la misma índole que las de aquellas naciones situadas a la cabeza, hoy, de la modernidad occidental. Tal propósito —a esta altura de la evolución histórica— pudiera haber quedado ya en rezago y bien pudiera ser causa de una nueva frustración. El planteamiento ha de hacerse, me parece, ante todo, desde los estrictos condicionantes reales latinoamericanos, explotando toda posible libertad de elección y autonomía, y con la vista puesta no en la meta que representan los modelos evidentes —sean éstos capitalistas o socialistas— sino más allá, en un horizonte más alto y, en cierto modo, diferente. Es la única manera de eludir esta vez un

camino obvio pero, sin embargo, tal vez impracticable, para alcanzar resultados, por otra parte, acaso indeseables o desvanecidos en ceniza al momento de alcanzarlos. En suma: una vez más, renunciar a "ser como" y afanarse en "ser tanto" y en ser más y, sobre todo, en ser mejor.

Situada en esta posición, la América Latina dispone, por de pronto, de ciertas ventajas, y la primera de ellas es ver, desde un apartamiento marginal, cómo la civilización que nosotros hemos llamado "golémica" (CUADERNOS AMERICANOS Número 6 de 1969, "*La sociedad golémica*" y también *Los mitos del futuro*, Número 6 de 1970) ofrece peligros que amenazan su viabilidad, su capacidad de supervivencia. No volveremos sobre lo dicho en aquellas fechas. Queremos, ahora, meramente, señalar, que toda sociedad está tanto más condicionada cuanto ha generado y vertido, en la corriente de su historia, un mayor caudal de acciones y creaciones, y cuanto más se ha comprometido en una determinada dirección. A medida que vertemos en los procesos históricos más actividad y de mayor gravitación y consecuencia, más reducimos la libertad de adoptar rumbos diferentes del que hayamos seguido, porque nuestros propios actos condicionan y limitan las posibilidades de salir del cauce y cambiar la dirección aunque ésta no sea ya deseable. Esto les sucede a las sociedades "desarrolladas", con la civilización golémica en que están comprometidas quizá sin escape posible. ¿Por qué seguirlas e imitarlas en el momento mismo en que ellas se ven abocadas a entrar en un laberinto donde pueden perderse y esterilizarse sus vidas?

Dicho de un modo más concreto y preciso: la teoría del desarrollo de América Latina debe hacerse contando con la excreción tóxica que el propio desarrollo ha de generar y no como si fuera un objetivo irrestrictamente incondicional. Hay que contar con la "entropía" del desarrollo, desde ahora mismo, si se quiere ganar la prueba y ganar tiempo.

Pero, en cualquier caso, es decir, sea cual fuere la meta propuesta, será preciso optar por alguno de los modelos de desarrollo experimentados. ¿Cómo inventar un modelo original? Nosotros no sugerimos la adopción —más o menos improvisada— de una teoría original. Las originalidades queridas porque sí y las originalidades doctrinales, suelen llevar al fracaso o son arbitrios ridículos ya desde su misma enunciación. La verdadera originalidad, al menos en el plano sociológico, es más bien un tropismo y nace de la acción a partir de condicionantes reales intuitos con acierto o percibidos con lucidez o, en suma, con realismo y verismo. No se trata de teorizar sino de trabajar sensatamente y con tenacidad en el

terreno en que nos encontremos, sin suplantar y sustituir los hechos y los datos por esquemas más bien imaginados que inducidos. Han de ser inducidos y no imaginados. Y han de ser inducidos desde la corriente misma de la realidad que uno vive y en la que uno vive, pero sin rechazar ninguna información del exterior, ningún pensamiento susceptible de ser integrado en el propio pensamiento, aunque sin dejarse colonizar por el pensamiento ajeno. Lo que menos debe temer quien aspire a la originalidad es el comercio y la fecundación intelectuales: esto deben saberlo, creo, los actuales creadores literarios latinoamericanos, tan penetrados de variadas influencias y tan notoriamente caracterizados.

Por de pronto, es necesario pensar la cuestión con rigor intelectual e insobornable sinceridad. Así, por ejemplo y en principio, debe admitirse —por ser la verdad misma, pues la experiencia rompe los ojos— que es posible llevar a cabo un desarrollo rápido tanto con el modelo capitalista como con el modelo socialista. Depende de circunstancias complejas, aun mal conocidas, de índole varia, sin olvidar la coyuntura histórica. Con referencia a la América Latina —y para abreviar con un ejemplo—, no veo, no consigo ver qué condiciones objetivas adversas existen en la Argentina para impedir que este país no pueda conseguir un alto nivel de desarrollo en el modelo capitalista. Otros lo han alcanzado con menos recursos y en condiciones más desfavorables. Sin embargo, pudiera haber pasado —este es otro asunto— la oportunidad histórica, tema a examinar y discutir, lo que no es materia de nuestras reflexiones. En todo caso, podemos asegurar que la presión de los intereses imperialistas contrarios al desarrollo de los recién venidos a la industrialización o de los aspirantes, no es causa suficiente, al menos no lo fue en otros casos, para bloquear el proceso de desarrollo. Cierto que las empresas afectadas por el acceso a la industrialización de nuevos competidores pueden oponerse a esta irrupción indeseable; también es verdad —creo— que se da, a nivel social y político, la posible hostilidad, más o menos solapada, a la ascensión de los recién llegados de la industrialización. Pero no es menos cierto que ni el capitalismo ni las naciones o estados son, en el sistema capitalista, bloques compactos ni el cuerpo social y político se identifican enteramente con el cuerpo empresarial o capitalista privado. Hay en todo el sistema abundantes fisuras perfectamente explotables (la contradicción más notoria es la ayuda prestada por grupos capitalistas al desarrollo de la Unión Soviética y de China). Los beneficios son, en definitiva, más estimulantes de la conducta capitalista que cualquier otro factor. Tampoco es cierto que no sea posible —y sí, en cambio, absolutamente necesario, es verdad, para

un desarrollo sólido y continuado— penetrar en los mercados exteriores en competencia con las naciones ya industrializadas. También esta hazaña es realizable. El 65% de la enorme masa de dinero que va y viene en el comercio internacional —alrededor de 250 mil millones de dólares— corresponde a productos manufacturados. No es tan difícil tallarse un pequeño reino —que puede ser grande a escala de la propia economía— en ese común imperio.

Ahora bien: que el modelo capitalista sea viable prácticamente, dadas las circunstancias reales y concretas de tal o cual sociedad, es otra cosa. Puede no serlo. Por lo demás, la operación tiene un coste serio, naturalmente, incluso para los mismos empresarios nacionales, y puede comportar no sólo sacrificios cifrables sino otros, más sutiles, tales como la humillación —incluso la indignidad, acaso— y muchas servidumbres internas y externas, además de una gran paciencia, aceptada o impuesta tal vez violentamente. Se trata de pagar o no querer pagar. En el caso de la América Latina, el modelo capitalista de desarrollo está interferido por la circunstancia local de la hegemonía política y económica norteamericana sobre el continente. Este dato deforma, sin duda, la consideración del tema en abstracto, quiere decirse, desligado de las circunstancias de tiempo y lugar. Pero nada de esto invalida lo que antes hemos dicho.

En la América Latina se ensayan en este momento un modelo socialista autoritario —el de Fidel Castro— y otro de socialismo democrático, en Chile. Ninguno de ellos permite, a un observador atenido a los datos de la experiencia, conclusiones definitivas. Pero también es indudable —salvado el lugar y el tiempo— que el modelo socialista puede ser una solución. Tiene, por de pronto, y más que nada, la ventaja de plantear el problema en un terreno despejado de implicaciones con las potencias metropolitanas, especialmente la potencia norteamericana. Es un terreno, por así decirlo, limpio, y el mismo temple heroico que requiere —no creo que haya exageración en el calificativo— produce una catarsis social, una purificación —quizá pagada al alto coste de una pobreza repartida y compartida— que es, por sí mismo, un logro muy valioso. Es una cura de fuego y hielo. Tiene otra ventaja más: que elimina algunas de las peores formas de transferencia de culpa y de responsabilidad y pone a los pueblos y a sus dirigentes en la presencia real y desnuda de los problemas.

Hay, en fin, el modelo preferido por una *intelligentsia* izquierdista, una clase media ambigua —como suelen serlo las clases medias— cuya ideología consiste en un nacionalismo socializante pero capitalista —con la esperanza puesta en un capitalismo nacional transitorio— incondicional y estrictamente proteccionista adua-

nero, que no rechaza el capitalismo pero tampoco le brinda estímulos y seguridad para que despliegue sus virtualidades creadoras. Es la fórmula más generalizada en las clases intelectuales y medias y hasta contó, a veces, con algunos apoyos militares y pudieron hacerse ensayos más o menos reales, aquí y allá. Por lo demás, estas ideas, aunque atenuadas y con compromisos, penetraron en los círculos y las mentes de los gobernantes del período de democratización, revolucionaria o evolutiva, que precedió en parte y siguió a la gran crisis del sistema neocolonial plurimetropolitano, en los años treinta, antes de haber quedado enteramente libre el campo para el virtual monopolio norteamericano de los últimos años, en parte como consecuencia de la segunda guerra mundial. En sus formas avanzadas, esta corriente ideológica nacionalista de las clases medias, incorpora a su programa la reforma agraria como recurso no sólo para eliminar el poder social y político de los terratenientes sino, también, a modo de recurso económico, con el fin de crear un mercado interno para estimular la industrialización.

Me atrevo a sospechar que estas corrientes medias tienen mucho de expedientes elusivos de la realidad y temo que estén contaminadas de inautenticidad. En primer lugar, el supuesto de un capitalismo nacional dispuesto a colaborar con el socialismo, en virtud de pretendidas contradicciones de intereses de clase, no parece concordar con los datos suministrados por la observación desapasionada. Ese capitalismo nacional, para desarrollarse, no tiene más remedio que contar con el capitalismo extranjero y, a veces, también, con los recursos de la oligarquía tradicional de cada país. Si existe alguna contradicción entre estos intereses, la fuerza del capitalismo extranjero —y en su caso, asimismo, de la oligarquía tradicional— sofocan tales diferencias. Por otra parte, en la realidad vivida y concreta el capitalista nacional quiere, lo mismo que cualquier otro capitalista, seguridad para sus inversiones y para sus ganancias y protección contra la amenaza de las fuerzas revolucionarias e incluso contra las reivindicaciones de sus trabajadores cuando las considera excesivas o ponen en crisis las empresas. Es inevitable, pues, que el capitalismo nacional no sea un instrumento adecuado, ni siquiera transitorio, para llevar a cabo una revolución popular socializante. Lo que cabe sospechar en la apariencia de alianza entre un capitalismo nacional y los ideólogos revolucionarios nacionalistas es un equívoco precisamente muy fructífero para el capital especulativo, nacional y extranjero. En efecto, el nacionalismo popular revolucionario, y el capitalismo, pueden coincidir y coinciden en un punto: en el proteccionismo aduanero irrestricto

para impulsar la industrialización. Pero las barreras aduaneras demasiado elevadas (y no digamos las prohibiciones formales o virtuales de toda importación) son incompatibles con un verdadero y sólido desarrollo en régimen de empresa privada. La empresa privada necesita de la competencia para corregir sus tendencias negativas y, precisamente, de una dosis de competencia exterior. Por tanto, la protección excesiva estimula el desarrollo especulativo, pero no el desarrollo sano y auténtico. Además, justamente, beneficia al capitalismo imperialista o extraño más aventurero y menos creativo, de inversores extranjeros que aprovechan las barreras proteccionistas para hacer un negocio de *bandeirante*, amortizar en breve tiempo, merced a elevados beneficios que compensen el riesgo y la amenaza, y huir con el botín, tal vez para repetir la incursión. Por supuesto, el empresario nacional suele cubrir estas razas de diversos modos, incluso afiliándose con entusiasmo a un proteccionismo radical y sin matizaciones. En cuanto a la reforma agraria, es otra cosa. La reforma agraria sirve, sin duda posible, para desmontar el poder de los terratenientes. Pero no sirve ni puede servir para crear un mercado estimulante del desarrollo industrial. Primero, porque la reforma agraria —aunque, en sí sea una necesidad social— es lo cierto que traga enormes capitales que serían más productivos aplicados a obras de infraestructura e inversiones industriales de alta productividad con miras a salir al exterior; segundo porque, en ningún supuesto, puede la agricultura ser un gran mercado de consumo: si es una agricultura moderna y productiva, porque la población agraria, en este supuesto, sólo representa una fracción mínima de consumidores aunque tenga capacidad de consumo "per cápita" y si es una agricultura tradicional de baja productividad, aunque reformada, porque carece de renta por cabeza para consumir, por muchos que sean los consumidores teóricos. El mercado de la industria es la empresa industrial y el consumidor industrial, y también los consumidores de las sociedades desarrolladas exteriores, y no hay otros mercados fuertes y estimulantes para la industria.

Cualquier modelo que se adopte será terriblemente costoso, de una o de otra forma. El precio tiene que ser aceptado sin regateos.

¿Cuál sería, pues, el camino que nos hemos atrevido a brindar a sabiendas de nuestra penuria de información, de conocimiento y de capacidad para afrontar una síntesis de esta categoría (un camino que el ciego indica a quienes seguramente ven más y mejor que él)?

Probablemente daremos una respuesta algo simplota, decepcionante, y sin embargo no veo otra mejor. No se trata de una fórmula

la, de un artilugio ideológico sino de una actitud y un temple del ánimo. Pero antes recordemos que es preciso hacer frente a los abrumadores problemas de la vida latinoamericana, abrumadores no en todos los países —algunos tienen un punto de partida, una plataforma de lanzamiento razonablemente útil—, desde la propia circunstancia, sin propósito de competencia ni emulación respecto a los afortunados de la actual modernidad, no para ganar una carrera, la carrera de San Más (un santo tonto que pide a Dios incesantemente más o más, y así llueven excedentes de bienes y calamidades) sino para lograr objetivos humanos, de expansión de la vida a todos los niveles; se trata de alcanzar un alto estadio de desarrollo con la mirada puesta más allá de esta feria golémica, para no provocar la entropía del crecimiento y prevenirla... Pero dado que la articulación de este programa en enunciados precisos y técnicos no puede ser el ideal de una sociedad ni puede alimentar una acción colectiva sostenida, entiendo que estos fines podrían lograrse por la vía indirecta y práctica de una conversión a esquemas racionales y emocionales más amplios y profundos, cuya realización comportaría la prosperidad económica y mucho más. Donde esta idea que proponemos aparece más clara es con referencia al socialismo. El socialismo del siglo XIX y, en general, de antes y aun bastante después de la revolución soviética, pensaba en asegurar a todo el mundo, desde luego, "el pan, el techo y la salud", como solía decirse, presupuestos necesarios para gozar de la libertad, la justicia y la dignidad humana que eran los bienes a que se ordenaba el movimiento socialista, de raíz cristiana secularizada, sin duda posible, pues el aparato filosófico de Marx era un instrumento de racionalización para comprender y para operar, pero no afectaba al contenido cristiano ético y emocional del socialismo. La idea del socialismo como medio para crear una rápida y cuantiosa prosperidad creo que se insinuó con los planes quinquenales soviéticos y encontró un fuerte estímulo en el ejemplo y el clima del neoliberalismo capitalista posterior a la segunda guerra mundial. Este traslado del acento socialista, desde los valores humanistas a los logros económicos, requeridos ya fuese por las necesidades de seguridad del Estado soviético, ya por las necesidades de altos consumos de la sociedad neocapitalista occidental, ha perjudicado al socialismo en los países desarrollados. En efecto, planteó la competencia entre socialismo y capitalismo en el terreno del crecimiento de la renta, es decir, en un plano donde el capitalismo ha demostrado una eficacia que conoce bien la moderna sociedad de consumo. Entretanto, la adopción por la Iglesia católica oficial de una parte de los ideales que antes caracterizaban a la izquierda, dejó

a las corrientes del socialismo y del izquierdismo más bien desvitalizadas. Por eso me inclino a creer que sólo una vuelta a las fuentes, es decir, al primitivo espíritu del socialismo, podría revitalizar este movimiento, al menos en la Europa rica, donde tantos valores están yendo a la ruina en medio de la prosperidad y... de un acre e inesperado descontento.

Pues bien: la lección es aplicable a la América Latina. La incorporación a los ideales sociales y políticos —no como accesorio, sino como base— de una fuerte ética humanista, con fines que trasciendan los programas de construcción, es un medio de alcanzar la disponibilidad de los recursos económicos y técnicos necesarios y el desarrollo orientado a formas de vida situadas más allá de la sociedad golémica. La información, el análisis y la prospección del futuro, a los diversos niveles, incluso el nivel técnico, serían un equipo instrumental de aquella actitud ética. Pero hay más: unos objetivos cifrables, concretos, esperados como un don poco menos que natural y gratuito de la revolución social o de cualquier otro modelo de organización de la sociedad —y en tal expectativa se incurre a menudo— podrían traer otra frustración a la América Latina, de efectos no imaginables pero seguramente funestos. Sólo protege, contra la frustración la verdad, y la aceptación resuelta, y mejor alegre, de las limitaciones, las insuficiencias, las dificultades y los trabajos que la realidad nos impone, no para sufrir pasivamente estas penurias sino para vencerlas y superarlas. Pero deben ser, más aún que aceptadas, proclamadas y convertidas en una fuerza moral y política. Esto es todo. Poco, ciertamente, pobre y nada original, lo sé. A veces las cosas verdaderas son así. Pero otras veces o en tiempo distinto esas mismas cosas son mejores.

IDEOLOGIA DE LA POESIA MODERNA

Por Emilio SOSA LOPEZ

1

HACIA 1850, cuando Baudelaire concibió, según Gustave Kahn, "l'idée d'un livre intense et profond, ou vivra chair et conscience, un artiste de son temps", y cuya realización sería *Les Fleurs du Mal*, ya la opacidad del nihilismo había comenzado a ganar los ámbitos del espíritu europeo. El fondo de un sospechoso malestar terminaba así en "enfermedad mortal" de la existencia, como un año antes lo había declarado Kierkegaard. Ante tal sensación de enervamiento y crisis moral de los valores, todos los intelectuales, de un modo u otro, asumieron el problema de sus propias situaciones personales en un mundo cuestionado. Kierkegaard mismo había dicho que la cuestión moral decisiva consistía en hacerse cargo de esa diferencia entre lo que el hombre *es* y lo que *hace* de sí. De su elección por uno u otro aspecto de su ser depende su papel en el mundo. Se trataba, pues, de saber encontrarse a sí mismo en los extremos de una irreparable decisión.

La paradoja de la opción —puesto que moralmente no se puede elegir sino por la autenticidad— dio espontáneamente a los poetas la certeza de creerse ellos mismos instrumentos de potencias espirituales superiores, único modo quizá de responder con la plenitud del talento a la terrible concreción de un tiempo sin salida. En tal sentido, alegorizaron sus vidas y buscaron, en los trasfondos de sus conciencias, visiones inauditas para compensar el sentimiento de postergación que les deparaba la época. Así soñaron con mitos en los que tanto el padecimiento de un drama cósmico como la convicción de estar participando de un "fin de las edades" sellaban los contenidos de la experiencia creadora, como si con ella desembocaran en una universal catarsis.

El poderío de un entusiasmo ciego convertía toda vocación en heroísmo, precisamente porque el heroísmo es la única actitud moral que asume el sacrificio incluso como una respuesta a la impotencia misma. Ya Hölderlin había sellado, hacía tiempo, la conciencia del arte de la poesía, al preguntarse: "*¿Para qué el poeta en tiempo*

de indigencia?" Desplazada la investidura social del poeta, no quedaba otra salida que ejercer los poderes catárticos de la poesía como los incentivos de una rebelión total. Es así como toda creación estética parecía converger hacia el estallido de una furia repentina. Pero, en el fondo, estas muestras de autoposesión y acabamiento en la tendencia a *cosmogonizar* el drama personal, pese a su carácter de opción moral, no eran al fin de cuentas más que los reflejos de una inconsolable desesperación frente a una "historia universal" que ya comenzaba a dejar atrás al hombre mismo.

Ante tal conciencia de derelicción sólo correspondía acatar esa consigna decisiva de la poesía moderna, expresada por el propio Baudelaire, al final de su poema *Le voyage*, hundirse "*au fond de l'Inconnu pour trouver du NOUVEAU!*" A este fin enderezaron los poetas sus propias ambiciones. Se sintieron, en este sentido, como Rimbaud, aventureros de lo desconocido o seres revelados por visiones escatológicas. Sin embargo, lo importante consistía en aceptar la soledad. En este trance de desapego y apartamiento, únicamente la antigua soberbia de lo profético o la expurgación de una culpa en los abismos de la caída, con sus signos del crimen y la alucinación (*Voici le temps des ASSASSINS*), pudo mantener intacto el sentido de la busca de lo nuevo. No hay duda de que a ello contribuyó la sobrevaloración de ese don vidente de la lucidez que se agiganta aún más con el poder resonante de la fe, que tanto desvela como desgarrar. Así se llegaba a la percepción de un advenimiento. Tras el rechazo de lo inmediato, la condición de poeta se radicalizaba en esta exigencia de asumir la presentidad del futuro.

Porque negada estaba, de hecho, toda posible contemporización con la abyección del presente. La pura contingencia de existir en la postergación, en la impotencia del poder o en los tormentos de la enajenación del trabajo que demandaba la naciente sociedad de las masas, era la condición contrastante de lo visionario. Los poetas sintieron oscuramente que había que elaborar una salida al mundo de la cosificación y convertir la potencialidad de la energía personal en un objeto autónomo, rehuendo en todo caso convertirse ellos mismos en mercancía. Sólo así podía concebirse una "nueva historia" del hombre; es decir, a condición de que esta nueva historia fuese, en sí misma, la "cosa extraña" del mundo, como ya había adivinado Hegel.

Ciertamente, porque lo que no tiene cotización, lo que no es nada, denuncia el precio de lo que enajena al hombre. Esta derivación o reversión a lo abismal del ser interior, rechazado por la ajenez de lo visible, era justamente lo que haría decir más tarde a Nietzsche que "el nihilismo no es la causa, es solamente la lógica

de la decadencia". En esta denuncia obraron inequívocamente los poetas de la modernidad. Fueron clarividentes en determinar la inversión de un proceso de expansión productiva que se volvía ya, ferozmente, contra la libertad y dignidad del hombre. Y lo fueron aun cuando en sus papeles de miríficos oficiantes —magos, profetas, videntes, hierofantes— no llegasen a proyectar de sí mismos otra imagen que la del impenitente fracaso de la vanidad humana.

Pero como verdaderos aventureros del espíritu, ellos alumbraron nuevas vías de conocimiento en el anhelo común de forjar un hombre nuevo. Tal fue, sin otro agregado, el postulado vivencial del "desorden del alma", verdadero ritual de la creatividad, de la subversión y la liberación del ser, aunque (por el momento) aparente recoger su prístina energía únicamente en lo prohibido. Transgredir, pues, toda norma, violentar los límites de lo vedado por la moral social, quebrantar los sellos de la represión, fue para ellos una exigencia debida. No obstante, todo eso estaba invadido de una suerte de religiosidad que envolvía cada acto de vida en una rara exaltación. La existencia misma parecía en sí un proyecto de realización superior. Cualquier hecho estético implicaba un proceso de religación, a la vez que un estado de iluminación.

En tal sentido, el rastreo de ese "Ser de Belleza" de que hablaba Rimbaud, o la inmersión en los abismos alucinantes del "No-ser", atisbados por Mallarmé, o la reducción, en un solo acto de visión feérica, de lo cósmico en la pura grandiosidad de la nada, tal como imaginó Laforgue, no sólo fueron experiencias inequívocamente místicas, sino verdaderos métodos explorativos de conocimiento de la realidad que condujeron, sumándose al aporte de otros románticos alemanes como von Arnin o Hoffmann, a reconocer como estructuras constitutivas de lo existente, formas del alma que hasta entonces sólo eran admitidas como hipostáticas o ilusorias, tales como el inconsciente o el mito. Pues bien, por este camino de desbrozamiento vino a hacerse cada vez más sensible una cuestión que la representación ideológica del "bien común" había soslayado desde los tiempos de Hobbes: la irreparable propiedad del mal instalado en la naturaleza humana.

Testimonios de esta grandiosidad de lo maligno, operando a través del hombre, abundan desde Baudelaire a Rimbaud. Pero en ningún otro lugar estalla con mayor plenitud como en *Les Chants de Maldoror*, ese monumento de la introspección en la ejecutoria de un mandato terrible. Allí todo está sublimado por el verbo de la poesía. Y si es cierto que esos cantos abusan de una proclividad desaforada, la grandeza enfática con que incendian el corazón del

poeta les otorga, a través de una delirante imaginación destructiva, todo el poder cognoscitivo y fascinante del antiguo caos. Constituyen en sí mismos la demanda de un nuevo orden del terror. Pero, al propio tiempo, son reversiblemente el símbolo ardiente de una vida insatisfecha que purga catárticamente el contraste de la negación. La imagen universal que convocan es la de la aniquilación, a través de la cual la vida misma se muestra capaz de atisbar en su torbellino el sentido de salud del espíritu.

Tal contradicción explica el hecho de que a pesar de haber sido Lautréamont (a causa sin duda de su existencia poco menos que desconocida) uno de los poetas más magnificado por quienes le atribuyen a los instintos de la poetización un carácter destructivo, al punto de ser considerado él mismo como un vengador o negador de la condición humana, se deba a él precisamente el precepto más positivo y democrático respecto al porvenir de la poesía: "La poesía debe ser hecha por todos. No por uno". Tal afirmación implicaba, de hecho, una promesa de liberación.

No obstante, aún considerando la grandeza de estos logros que anticipan las promesas de una conciencia nueva, hay que observar que la contumacia de una época despiadada para el espíritu seguía operando por debajo de esta constelación de obras brillantes, con sus convulsiones sociales, sus ideologías de la represión y sus excesos de moralina. Pero las mismas trabas operaron como incentivos. En este aspecto, el padecimiento de la postergación misma y el peso del fracaso dieron a la existencia marginada de estos "elegidos" el don visionario de lo profético y, con ello, una espontánea vibración anunciadora del cambio.

2

Y A Walt Whitman había exaltado un "mundo otra vez primitivo". Su idea más fecunda era que el hombre debía volver a situarse, como Adán, en el centro de la creación, como en su propio paraíso, y proceder una vez más a la conquista del porvenir. Tal restitución debía convocar, inevitablemente, el más elevado sentido humano en la retribución de los dones espirituales y naturales de todos los hombres, única forma por lo demás de convertir el privilegio de la poesía en herencia y patrimonio de todos los semejantes. De este modo Whitman entendía la democracia, no tanto como un sistema político de convivencia, sino como un camino para llegar al esplendor de *nuevas artes* que les fueran propias. Por este camino la poesía parecía ser conducida, de acuerdo a una

constante regulación con otros sistemas opuestos, a su propia perpetuación en épocas futuras de gran fraternidad comunicativa.

Pero tanto optimismo no podía sustraerse de una íntima contradicción, en el sentido de que todas las artes, las antiguas como las futuras, son en sí mismas retardatarias, por cuanto suponen una estilización de procesos vitales. Y así ocurre que esa aparente perennidad de sus hallazgos formales acaban siempre por "culturalizar" el instinto creador. Por ello su formalismo estético apenas si es un remedo de esa eternidad que se cierne y palpita sobre la historia. Sólo que el ser íntimo del hombre apetece esa eternidad, inclusive mucho más que la promesa de un futuro ideal. Había que saltar entonces las exclusas del presente que se liga, por inercia, al pasado y asumir esa voluntad de vida superior a través de la cual se insinúa la imagen de un posible *hombre nuevo*.

Esta necesidad (casi unánime en la época) de llegar a un *hombre nuevo*, dio al pensamiento de Occidente la suficiente claridad crítica para reconocer la ley de la "transvaluación de los valores", por cuyo designio habrían de modificarse inexorablemente las estructuras contradictorias del pensamiento, en una sociedad servil. A Nietzsche le correspondió formular, en el arrebato de un nuevo vitalismo, estas ideas y, a tal fin, proyectó un sistema de advenimiento y de reintegro que era como el plan de una "gran política"; su propósito estribaba en conducir al mundo mismo, pero entendido esta vez, no como privación o enajenación del sujeto en una masa de esclavos, sino como expresión de la voluntad de poder de ese "hombre nuevo", superior, situado por propia determinación más allá del Bien y del Mal.

Para convalidar esta nueva metafísica del hombre era necesario orientar el paso del ser hacia un orden distinto de conocimientos. Por tal motivo Nietzsche pensó, casi al filo agonizante de un siglo desgarrado, que "dicho conocimiento debía sobrepasar los grados del saber hasta ahora existentes. En ello —decía— reside la formidable tarea de los grandes espíritus del siglo próximo".

Pero tanto el "fervor democrático" de Whitman como la "supermoral" de Nietzsche, pese a la intención profética y renovadora de ambos, no pudieron prever los resortes de la negatividad, que ya habían comenzado a actuar en los mecanismos de la conciencia y el lenguaje que ellos mismos, es decir, los poetas, querían exaltar. La motivación de este fenómeno procede curiosamente de esos mismos estados desmedidos de deslumbramiento que como los trances de la experiencia mística fuerzan las formas habituales de la expresión verbal con el fin de llevarlas a niveles inaprehensibles del sentido, tal como sucedió con el ciclo simbolista. En el fondo,

no era sino el resultado de un sistema de creencias, una suerte de confianza ciega en las potencias anímicas del hombre. El simbolismo favoreció el cambio del lenguaje poético que se hizo por consiguiente más esencial, pero a la vez desarraigó a los poetas de los procesos de transformación social de la época. Los tornó insensibles al valor de la tecnificación de la vida. Fueron los momentos en que la ironía de un mundo crepuscular reclamaba estéticamente lo nuevo sin advertir que lo nuevo también se daba en la propia noción del progreso.

Esto llegó a admitirse estruendosamente, en el mundo de las letras, en los umbrales de 1910. En verdad, un año antes ya Marinetti había logrado con la palabra "futurismo" orientar ciertas vocaciones que querían asumir un tono de confianza y aquiescencia con la civilización misma. La actitud radical de este movimiento, y quizá la más fecunda, fue su unánime rechazo del pasado. Lo contrario a "lo nuevo" fue tildado de *passatismo*, como si tal actitud no fuera otra cosa que la máscara letal de una cobardía moral. En esta hiperbólica aceptación de lo "moderno" cuenta poco ya la legitimidad de los medios expresivos. El arte comienza a parecerse a la política; sólo interesan los elementos provocativos de la agitación, esas ideologías o mitos que se persiguen como factores desencadenantes de todo lo imprevisto que pueda sobrevenir. En tal expectación, que obra como un milagro frente al estancamiento de los siglos, cualquier promesa de liberación aparece envuelta en una aureola de incontenible mesianismo como ocurre en la poesía de Alexander Blok o Maiakovsky.

Pero este espíritu de confraternidad universal ya había alcanzado por otra parte, hacía algunos años, en el grupo de L'Abbaye su más espiritual consagración y propendía a expandirse, con una estricta coloración humanística, en medios intelectuales todavía atenido al poder persuasivo de la palabra. Así sucedió con el unanimismo cuya característica intrínseca fue, más que una doctrina poética, una suerte de coincidencia de diversos autores en la noción de *estilo* como conciencia de vida libre y auténtica. El unanimismo trajo un aire contagioso de entusiasmo en creencias positivas y fáciles de acceder, y ayudó finalmente al rebrote de sentimientos de amor evangélico o de fe en el destino terrenal de la criatura humana, tocada originariamente por el pecado.

Tal fervor tuvo el poder de sublimar incluso, con efecto apaciguante y desde las propias guaridas de la poesía, hasta aquel tradicional e inveterado odio por todo lo burgués que desde Baudelaire parecía ya haberse vuelto endémico en toda la conciencia intelectual de Occidente. En Claudel es donde se ve mejor este

clima de apaciguamiento que se esconde muy bien tras un arte verbal de excesiva frondosidad, muchas veces alimentado de tremendismo psicológico. Pero era evidentemente una literatura de servilismo ofrecida a una idea magna del hombre que por todos los medios de ningún modo quería asemejarse a la situación del hombre concreto en su enfrentamiento con el fenómeno de la masificación. Sin embargo, fue en esta ocasión al parecer tan propicia al conformismo, incluso en los ámbitos de la fe religiosa, que muchos poetas, fascinados quizá por la idea de que todo estaba permitido, comenzaron a sentirse en la necesidad de experimentar ya decididamente con el lenguaje mismo, con el propósito de obtener todas las reservas emotivas que las palabras aún podían resguardar en su complexión sensorial.

En esa dirección, desde Apollinaire a Reverdy, la pasión por la poesía se transformó en deslumbramiento lúdico que iba desde la excentricidad a la prestidigitación de las imágenes. En Apollinaire especialmente venía a cumplirse aquel furor rimbaudiano de la autoposición en el desorden de los sentidos, con el que vino a consumarse, ya en la pura vanguardia, el postulado ideal de la *democratización* de la poesía.

Empero, esta proclividad por los excesos, ejercida tan luego en el momento de iniciarse el proceso de *despersonalización* que exige toda democracia, implicó o significó en el fondo, por la propia naturaleza dialéctica de la historia, una forma de autodestrucción. Porque proyectados los poetas a un nuevo siglo y a un clima caldeado de tensiones sociales e ideológicas, sin otra perspectiva de cambio que la total deshumanización, no pudieron evitar ser absorbidos por la convulsión de lo fáctico o "la marcha de los acontecimientos", como habría de decir Ezra Pound. Ya no quedaba más que la destemplanza en la soledad y la impotencia moral. Cuando no la osadía de las imágenes o la exaltación de lo cotidiano, fueron formas de expurgación estética que no ocultaban el clima de decepción que invadió a los espíritus en la deflagración de la guerra del 14, aunque fuera asumido heroicamente entonces con dureza y frío arrebato.

Los altos valores de la concentración poética y la exactitud en el uso de la palabra que conjuntamente persiguieron tanto el imaginismo como el expresionismo (y que fue de algún modo una réplica a la credulidad desbordada del democratismo whitmaniano) apenas si alcanzaron a compensar esa total falta de sentido para la vida que ofrecía la sociedad burguesa de esos años. Todo oscilaba entre un torbellino idiomático y un encrespamiento metafísico próximo al desgarró y a la obsesión. "*El tiempo y el espacio son*

maldiciones / construidas sobre la tierra", expresaba Gottfried Benn, dando lugar así a que el soterrado nihilismo del siglo pasado irrumpiera otra vez, casi demoníacamente. La única seguridad era la poesía misma, síntesis de una felicidad sobrenatural sobre el abismo.

Pero todavía esta actitud pugnaba por una salida decorosa. Otra fue el ansia por la destrucción misma que esgrimieron los integrantes de ese movimiento inconformista y juvenil de *Dada*. En ellos se dio una absoluta necesidad de enjuiciamiento. Fue un verdadero cataclismo sacrílego contra el arte y sus tradiciones, el cual nació, como dijo Tristán Tzara, de una "exigencia moral", frente a las cosas muertas y los bienes mal habidos del siglo.

3

DADA fue un movimiento puro de ruptura. En su disloque representó el asco y la repugnancia de una juventud consciente de la necesidad de un nuevo mundo de valores. Su aparente falta de seriedad fue su mayor privilegio. Nada lo ligaba al prestigio de ninguna expresión del pasado. Al respecto, uno de sus presidentes (puesto que todos eran "presidentes" en aquella suprema democracia de la poesía), Francis Picabia, declaraba que "los hombres están agotados por el arte". De ahí que las disciplinas iniciáticas de todas las escuelas artísticas debían ser derogadas en bien de un absoluto desenfreno. No correspondía, pues, otra actitud que retornar al desequilibrio, a la locura, y glorificar, al azar, ese "feliz motor del placer" que es la nada, lo único en verdad que podía darle al espíritu una forma saludable de descanso.

En lo profundo, el dadaísmo significó un acto de purificación, como si de pronto fuese posible entrar en posesión de una libertad total o de un "absoluto moral", como quería Tzara. El camino de la desaprensión estaba abierto. Además, en otro orden de cosas, la paz había traído la sensación de que se dejaba atrás un mundo viejo. Era la hora entonces de iniciar la enmienda de una civilización arruinada por su desafección hacia el hombre. Para muchos intelectuales la postguerra fue un momento de contricción, de abatimiento y extravío frente a la gratuidad de la historia, pero la verdad era que un espíritu renovado parecía invadir las conciencias creadoras, sin ligarlas necesariamente a meros procesos ideológicos o políticos. En este sentido, la poesía servía en sí misma como la más alta ideología; era en sí misma una actitud revolucionaria.

Muchas escuelas proliferaron, precisamente porque la poesía había dejado de ser, en sentido estricto, un arte; más bien se asemejaba a lo que dijo Tzara del dadaísmo. "un civismo literario".

Sin embargo, siempre estaba el problema de lograr el real ingreso del hombre a un "orden" nuevo de vida que aclimatará sus reales poderes de transformación. En este aspecto, la mayor apertura hacia un nuevo dominio de la realidad, lo constituyó el surrealismo. Porque, en última instancia, el surrealismo trajo una nueva práctica creadora y una nueva filosofía de la vida. Metafísicamente los surrealistas no dejaban de aceptar, en principio, la apertura nihilista de Dada; de algún modo ello los vinculaba, potencialmente, con una supuesta trascendencia. No obstante, su propósito nunca fue alcanzar un estado místico de identidad con ninguna deidad. Se trataba, por el contrario, de experimentar con la propia realidad del mundo, pero rescatando para la conciencia percibiente los dones superiores de una revelación en sí misma creadora. Para los surrealistas tal disposición constituía el único modo de conquistar la dimensión de lo maravilloso en lo real.

A tal fin, sólo la práctica de un "automatismo psíquico" bastaba para lograr ese milagro, ya patentizado por lo demás en la intencionalidad de los sueños. Pero todo al precio de la mayor imprevisión, sin represión alguna, libremente, lanzándose cada cual a lo desconocido. Bretón recetaba: "Escribid de prisa, sin tema preconcebido, escribid lo suficientemente de prisa para no poder frenaros, y para no tener la tentación de leer lo escrito. La primera frase se os ocurrirá por sí misma, ya que en cada segundo que pasa hay una frase, extraña a nuestro pensamiento consciente, que desea exteriorizarse".

Esta aprehensión de los procesos fenomenológicos de la conciencia debía conducir, necesariamente, a rescatar formas de experiencia mística en ciertos trances de iluminación interior. Pero ello no ocurrió sino en lo referente al propio impulso creador. De ahí que predomine una apetencia de infinito, si se entiende por este infinito lo que siempre resta como in formulable en el universo mismo. Ana Balakian, en su libro *Literary Origin of Surrealism*, ha señalado que "el único dios que el surrealista acepta es su propia imagen de lo inconcebible". Y, a continuación, agrega: "La humanidad está evaluando constantemente los fenómenos del mundo de acuerdo con *standards* de "orden" y luego encontrando lo "maravilloso" y lo "místico" dentro de los límites de ese orden y como un resultado de sus propios esfuerzos de simplificación. Por lo tanto, según los surrealistas, lo inconcebible es el "desorden". De este modo el desorden viene a ser el verdadero Dios".

Esto explica por qué los surrealistas entendieron el signo del escándalo, de la enajenación caótica, como el ejercicio propio de la libertad, admitiendo a la vez la transgresión de lo prohibido

como un estado de recuperación integral del hombre, ya que es allí, en esas zonas de la represión, según lo aprendieron del psicoanálisis freudiano, donde se concentran las energías genuinas del ser; esas fuerzas son otorgadas por igual a cada hombre y ellas subyacen en nuestro inconsciente. Sólo corresponde liberarlas. Pues bien, fue por este camino del desafío y la esperanza que el surrealismo aspiró a convertirse también en ideología, en sistema de lucha para la liberación total del hombre.

"El surrealismo —proclamaba en tal sentido Paul Eluard—, instrumento de conocimiento y, por eso mismo, instrumento de conquista y de defensa, lucha por sacar a la luz lo que se oculta en las profundidades de la conciencia humana. El surrealismo lucha por demostrar que el pensamiento es común a todos; lucha por reducir las diferencias existentes entre los hombres y por eso se niega a servir un orden absurdo, basado en la desigualdad, en el engaño, en la cobardía". En consecuencia, sólo su método que no despreciaba incluso las representaciones de lo psicopatológico, podía ayudar integralmente a superar los traumas inhibitorios de la frustración social.

Su promesa fue ardorosa y adorable, pero su rito de ingreso a lo "maravilloso" no pasó de ser una práctica de puras técnicas oníricas, tanto asociativas como verbales. Los acontecimientos de la segunda guerra mundial, los sistemas totalitarios y, sobre todo, la pérdida de centralidad del hombre existencial en los reductos dialécticos de la historia, la supertecnificación de la sociedad de consumo y la comercialización de los medios de producción fue lo que en definitiva y de un modo implacable volvió aún más infructuoso el alcance reparador y espiritual de tanta imaginación poética.

Esta ha sido la real respuesta que "nuestro siglo" ha dado a los afanes de sublimación del grupo surrealista. Así, pues, como un signo apocalíptico del fenómeno mismo de la disgregación de la interioridad del individuo, el surrealismo quedó, más que nada, como un resplandor agónico del espíritu en su lucha contra la propia negatividad. Su poética iluminó formas inusitadas de la poetización, pero como proyecto ideológico o cultural, el surrealismo no pudo alentar ni sostener tampoco una nueva imagen del hombre que escapara a la contradicción de lo histórico.

Sin embargo, la experiencia positivamente "democrática" del surrealismo ha sido, quierase o no, el común denominador estético de todas las demás actividades poéticas que, al margen de la escuela, vienen produciéndose incluso hasta el presente. La destrucción de los nexos del lenguaje (ese "asintactismo" como lo ha

llamado Gillo Dorfles) ha venido a consumarse así sin trabas, desde Apollinaire a García Lorca; pero alcanzaron sin duda su más alta metodización (cual una nueva "revelación de lo real") en el surrealismo; en este sentido, el surrealismo alimentó, por reflejo, con sus técnicas disociadoras, el sentimiento más auténtico de esa busca de originalidad y compenetración humana que define las mejores vocaciones poéticas de nuestro tiempo —mucho más que el deseo de seguir apareciendo como "legisladores", "profetas" o "ideólogos" con que muchos poetas a veces quieren investir sus facultades y que no siempre resulta comprensible sino en términos de absolución de lo humano con el fin de allegarse a los umbrales de la eternidad.

4

SIN embargo, muchos grandes poetas de este siglo que vivieron al margen de los procesos vanguardistas como Hopkins o Unamuno han mantenido siempre esta apertura del ser a la eternidad, sin declinar en sus casos la condición de visionarios que resulta de toda experiencia radical con la existencia. Otros han vuelto a restituir, imitándolas del pasado, las grandes visiones escatológicas del mundo humano. Este tipo de proyección universalista quizá fue el requisito de una necesidad de grandeza o el resultado de un salto a la espectacularidad del pensamiento simbólico. Lo cierto es que la altiva construcción de la historia universal, hecha por Dante, conformó el intento poético de T. S. Eliot o del último Pound. St. John Perse reprodujo el tono litúrgico de los libros sagrados en una idéntica ambición de "cubrir la historia entera del hombre". Paul Valéry buscó recrear la vieja unidad eleática del movimiento y la quietud. Rilke creyó ver en el designio mismo de las cosas una apetencia hacia lo invisible. Hart Crane recogió del mundo alucinado de lo concreto la facticidad operante de lo mítico. En fin, García Lorca, en su visión de New York, retornó a las fuentes caóticas del lenguaje para expresar la resonancia aturdidora de un universo en constante creación y estallido.

Con tales proyectos aspiraron a la plenitud de un mensaje para la posteridad. El más alto testimonio de esta actitud positiva se ha dado justamente en el poema de Bertolt Brecht, *An die Nachgeborenen*, donde el poeta asume su papel de padecimiento en un mundo de injusticias y de luchas desesperadas, como un héroe de resistencia, también sumido en la violencia: "*Ay, nosotros / Que queríamos preparar el suelo para el amable vivir / no pudimos ser amables*". Es el último esfuerzo de la solitariedad contra un mundo

excesivamente controlado, automatizado y vuelto de pronto inhumano. Esta visión aguza el sentimiento de derelicción en un insoslayable "tiempo de indigencia" espiritual, donde como decía W. B. Yeats en su poema *The second Coming*, "*the best lack all conviction, while the worst / are full of passionate intensity*".

La verdad es que todos estos poetas ejercieron el arte de la poesía como un destino, y en muchos casos se sintieron otra vez en el papel de iluminados, como si estuviesen realmente poseídos de poderes transformantes o conductores de la realidad. Así hablaron de instancias de advenimientos o moralizaron su mensaje. Influyeron en el espíritu de la época, sobrecargándola de contricción, pero *ideológicamente* fracasaron frente a las masas y no pudieron competir con la politización de la vida impuesta por los Estados. Su fracaso es tremendamente significativo puesto que sin poder entrar en la acción directa no dejaron por ello de mantener viva su función, la cual consistió en formular los contenidos vivenciales y la aspiración de salvación de una época trágica.

Por ello, en un mundo de consumos *standardizados*, la poesía terminó por perder definitivamente su valor social. Y en tal trance, frente a la coacción de la cosificación, tornóse cada vez más laberíntica, irónica, un instrumento ya sólo reservado a la sabiduría y abierto a voluntarios procesos de nadificación a través del poder mismo de la palabra. Por el momento los poetas han quedado aislados y sus obras, calibradas en los más complicados sistemas de defensa de sus esencias embriagantes, no han podido evitar, paradójicamente, convertirse ellas mismas en mercancías, aunque sólo sean para minorías cada vez más selectas, exiguas (o renacientes).

EL ESCRITOR, SU PAIS Y SU EPOCA*

Por *Dardo CÚNEO*

ESTA comisión directiva, electa por aclamación, vale decir, que hoy recibe el gobierno de la SADE sin necesidad de previa confrontación electoral, según lo preveen los estatutos cuando no hay candidaturas que se opongan, y que lo hace con manifiesto apoyo de sobrada mayoría, muy próximo al consenso general; esta comisión, digo, asume sus labores en circunstancias excepcionales para nuestra sociedad y para nuestro país.

La SADE ha venido rebasando, en los últimos tiempos, por exigencia de nuevos significados, las modalidades que le sirvieron con anterioridad. El edificio antiguo, que se agrieta y derrumba, pareciera indicar el momento oportuno para despedirnos de aquellas modalidades ya insuficientes. Se trata, ahora, de ensanchar las bases nacionales de la institución y de sumarle nuevas miras. "Aspiramos —y reitero aquí el voto fundado en el plenario del Consejo Federal Consultivo, en octubre de hace un año— a hacer de la SADE una federación de entidades provinciales y regionales, integrando en sus filas las expresiones de la creación literaria del conjunto del país. Queremos vivir en la órbita del país y sus necesidades, de la época y su ritmo de cambio. Necesitamos contar con un instrumento suficientemente fuerte para participar en la vida nacional desde el punto de vista de los intereses y las responsabilidades de la cultura. Los empresarios tienen sus organizaciones, los trabajadores tienen sus poderosos y eficientes sindicatos; las Fuerzas Armadas constituyen una presencia decisiva: la Iglesia, a su vez, lo es desde su perspectiva de "aggiornamento". Son fuerzas de poder en la vida argentina. Pero, ¿quién inviste y hace presente, en esos niveles, a la cultura? ¿Quién le propone al país una síntesis cultural al día? Para eso queremos una SADE representativa de la participación específica del escritor. De esta manera, nuestro oficio, el mejor oficio, asumirá toda su significación y todas sus responsabilidades.

* Palabras pronunciadas por su autor al hacerse cargo de la presidencia de la Sociedad Argentina de Escritores, el 28 de septiembre del año en curso.

A esos votos les damos, hoy, fuerza de programa inmediato. Para ello, no necesitamos desmentir la continuidad tradicional de SADE, que a todos, de alguna manera, nos ha albergado, que pertenece a todos, que si no fue mejor se debió a que todos no supimos hacerlo, y que tiene, para orgullo también de todos, su raíz en Leopoldo Lugones, escritor combatiente, buen padre fundador.

Este nuevo período se inicia, como querría la invitación juvenilista de Horacio, a la intemperie, a una relativa intemperie gracias a la solidaridad de Argentores. Obligándonos a sacar provecho de la apreciación cervantina que tiene al camino como mejor que la posada, la falta actual de sede nos sirve para advertirnos que la sede, en definitiva, del escritor argentino es el país todo. Con lo que quedamos comprometidos, desde acá, a que ningún muro antiguo o reciente, que nos proteja en el futuro, nos aisle del país y sus llamadas.

El país está necesitado de soluciones prontas para su crisis de cuarenta años. Todo indica, en relación a los ritmos de la época, que cada vez son más breves los plazos y mayor el desaprovechamiento de su tiempo histórico para ordenar sus muchos recursos y energías, de acuerdo a su posible destino nacional de grandeza. A esta empresa no han acertado sus actuales clases dirigentes, reclusas en climas coloniales, mientras el país es un muestrario de aptitudes: apto el territorio para sustentar el diseño de una nación completa; aptas sus clases populares en el desempeño de toda índole de oficios modernos. Las pruebas de esa aptitud se nos viene mostrando desde las diversas regiones del interior, donde madura la perspectiva de la Argentina que podemos y debemos ser. Por eso, no es casual que las energías que obran en SADE en los últimos tiempos hayan partido desde ese interior y su madurez; que la vice-presidencia de esta comisión corresponda a Juan Filloy, que vive y desvive en su Río IV, como Unamuno en su Salamanca, anoticiándose todos los días de las fiebres del mundo; tampoco es casual que de esta misma comisión participe Guido Miranda, el ensayista del noreste, veterano en indagaciones y corazonadas.

En nuestra SADE se vierte, pues, esta experiencia reciente de la vida argentina: el interior empujando nuevos turnos argentinos. ¿Qué pide ese interior? Los suyos son, inicialmente, votos existenciales. Aledo Luis Meloni ha sido maestro rural durante treinta años en un pueblito chaqueño y compone su copla:

Yo no le pido a la vida
cosa de mucho valer;
sólo le pido una nada:
que me devuelva la sed.

Héctor David Gatica es maestro rural en los llanos riojanos, organiza cooperativas agrarias y dice en su verso el enlace de hombre, tiempo y región:

La carga que una llama alza en Socompa
es la misma que pesa en nuestro abuelo.

Esos votos existenciales del interior se amplían en desafío para dar paso a energías de siempre reprimidas y que no consienten más la represión. La sociedad cerrada quiere ser sociedad dinámica, dando ocupación a sus aptitudes, destino a sus generaciones nuevas, expansión a sus potencias culturales. Y esas exigencias, propias de la naturaleza física y social de esas regiones, cuando no tienen respuestas de previsión y ordenamiento, explican, si no justifican, las explosiones de violencia de Córdoba, de Tucumán, de Catamarca, de Corrientes. Esos desafíos importan nuevas dimensiones de vida argentina. Y la crisis que fatiga y envejece al país mozo que nos empeñamos en no ser, no conocerá manera de redención posible si los métodos de movilización de los recursos y energías para la Argentina del año 2000 no abarcan a todo el territorio, si no se incorpora a todo el país a una moderna unidad nacional, tal como lo ensaya, en el radio de sus cometidos, en estos momentos, la SADE.

I. *En las crisis argentinas, aceptamos como
nuestra la responsabilidad de
la proposición cultural*

PARA ello, asumimos conciencia de la crisis. Hay una evidente diferencia entre tener conciencia de la crisis y ser juguete de ella, pero lo que pudiera inducir a error es que para tener conciencia de la crisis hay que vivirla, meterse en ella, componer el supuesto de que la crisis, pudiendo como puede, nos desencuaderna, nos lastima hasta la depresión de sombra abandonada. Todo ese riesgo es necesario, es inevitable, para saber a la crisis desde sus comprometedoras fraguas, desde sus muros derruidos que aún no son escombros, desde los nuevos cimientos que aún no son casa. Solamente así, alcanzado y mellado por ella, se la consigue saber en sus dimensiones; solamente así podemos encargarnos de enfrentarla. En cambio, si no nos metemos dentro de ella por propia resolución, nos encontraríamos en medio de ella sin posibilidad alguna de iniciativa; precaviéndonos de ella, ella nos incorporará sin manera de deliberación de nuestra parte; temiéndola nos dejará sin destino, nos vencerá. El primer camino oferta como compensación

del riesgo el ejercicio posible de la conciencia de la crisis. El segundo no es camino hacia nada. El camino no lo hacen los testificadores, sino los protagonistas, no el testigo que supone salvarse, sino el combatiente que se quema. En los días de transición el que se quema es el que se salva.

Y esto no es cosa de militancia política del escritor, sin que pueda dejar de serlo. Es cosa del propio oficio. Cuando un pueblo se convoca a trabajar su futuro, no es imprescindible que el escritor se transforma necesariamente en lidiador. Esa gran empresa colectiva requiere de él como escritor, como intérprete del conflicto y de la redención. Pero, también se dará, de seguro, que esa gran empresa colectiva, a través de la plenitud de fuerzas que libere, transforme a los lidiadores en escritores, en poetas. Esa liberación de fuerzas es, de por sí, una poderosa aventura cultural. Y los mejores intérpretes son siempre los que se queman en el combate. Así ha venido siendo en América Latina desde los días de Bernal Díaz hasta los del general Paz y José Martí.

En estos momentos, no podemos sino asociarnos a las expectativas suscitadas por lo que podría suponerse un nuevo período de actividades políticas en el país. Lo hacemos de acuerdo con el Unánime del ensayo condenador del apoliticismo. "Donde no hay intensa vida política —decía en ese ensayo—, la cultura es flotante, carece de raíz". Pero, al asociarnos a tales expectativas, no incurrimos en apreciaciones o procedimientos de la política excluyente de los enrolamientos partidarios. La tradición que le trabajaron a SADE sus fundadores define a nuestra sociedad como un campamento abierto donde se encuentran, sin disgusto para nadie y comprensión para todos, el conjunto de los escritores argentinos con la diversidad de opiniones sobre todo tema de su propio interés. En esta comunidad de SADE ninguna opinión incomoda a otra, y a través de todas ellas, en esa medida que el respeto no lleva a la colisión y la diversidad resguarda contra todo patrón uniforme, se reflejan sobre nosotros las variantes representativas del conjunto nacional, que ellas lo son, tal como corresponde se reflejen sobre un taller de síntesis, que somos nosotros.

II. *En el conjunto nacional, tenemos nuestra propia representación: somos el partido argentino de la cultura*

Lo somos en relación directa entre la naturaleza de nuestro oficio y estos días de transición. La *belle époque* había instituido la ca-

rrera literaria, así llamada para suponer que, detrás de aristocratizantes fronteras, el escritor se aislaba en la exclusiva preocupación de sí mismo, de su obra, de un tipo de escalafonamiento que le favoreciera con el prestigio discernido por los comandos de la sociedad tradicional. Los disidentes de esas mecánicas se inclinaban, a su vez, hacia una *literatura comprometida*, que acreció en los años 30, al declinar la *belle époque*. Ni una ni otra versión del escritor corresponden legalmente a nuestros días. La *carreera literaria* sólo puede sobrevivir como anacronismo, pues la naturaleza del oficio sabe actualizar y rehacer las funciones de éste de acuerdo con los climas sociales de su actuación, y se lleva mejor, en la época de cambio, con los servicios de una militancia cultural. La *literatura comprometida*, así como quiso ser entonces, y suponía tomar partido y circular consignas, no tiene lugar exclusivo ahora, pues al ampliar y profundizar los conflictos, la época de cambio, que compromete a todos y a todo, relaciona irrevocablemente al universo y obra del escritor con el conjunto social en remoción. Todo el panorama de su país y época es su panorama. Y la naturaleza del oficio se presta, ahora mejor, para que, incorporado de cuerpo entero en los conflictos de su país y de su época, se haga cargo de las vertientes más profundas, es decir, de las contradicciones, para trabajar con ellas —como Diderot, entre los que mejor supieron hacerlo— la posibilidad de la síntesis.

La legitimidad del lugar que ocupa el escritor en época como la nuestra, se funda en su posible —y necesaria— aptitud de síntesis.

III. *Nosotros, el partido argentino de la cultura, asumimos el encargo de trabajar la síntesis cultural nacional.*

UNA cultura se hace de encuentros. El desempeño de una cultura se define en el encuentro de la acción del hombre con los recursos de su ambiente, a los que disciplina para su aprovechamiento, recursos que el hombre asocia a su acción, los organiza, los modifica, y en la medida que los toma a su servicio les confiere un destino humano. Nunca mejor definida la cultura y sus trámites que por Burckhart: "La cultura, en el sentido más estricto de la palabra, responde a nuestras necesidades terrestres y espirituales, y constituye la suma de todas las creaciones espontáneas que han mejorado la condición material de los hombres (situación social y progreso técnico), o que han expresado la vida intelectual y moral (artes, literatura y ciencias)".

La cultura es operación de conjunto, horizontal y sintética, casi todo lo contrario de lo que ha venido ocurriendo entre nosotros, donde una historia incompleta, conducida por el Estado rioplatense de los ganaderos, sometió al país a permanecer irremediabilmente dividido y a aceptar los modelos sociales, económicos y literarios de la colonización de turno. La historia fue como doble vía maniquea de desintegración obligada, y sus conflictos, es decir, sus disociaciones, condicionaron la vida de la cultura y restaron fuerza unitaria a la literatura. Piénsese que esta tendencia disociadora alcanza al personaje Martín Fierro, que descarga sus resentimientos de pobre paisano perseguido por el orden colonizador sobre el indio, el negro y el gringo, sus socios de la sociedad popular; y no era casual que así fuera porque así lo quería el orden colonizador que alentaba las divisiones y el enfrentamiento en la sociedad popular que aquellos integraban. Se hizo nación tributándola a los negocios del puerto, abandonando territorios de frontera, descartando explotaciones mineras, matando propios procesos industriales, confinando al noroeste al abandono, al sur en la soledad mientras no se resguardaba de saqueo la plataforma atlántica, y cuando se ganaban territorios lo era para depósito de rebaños, no para asentamiento de hombres. Así se sancionó la incapacidad argentina para el aprovechamiento y transformación de sus recursos, para el empleo de sus energías, es decir, para la fundación de la cultura sobre las aptitudes de todo su territorio y su hombre popular. Así se desbarató, de entrada, el ejercicio de la síntesis; así se explica que en la tentativa de lograrla fracasaran Alberdi, Sarmiento y Lugones. Así también, y desde luego, la versión predominantemente europeizante de la actividad literaria. En 1924, la más significativa insurrección literaria bonaerense declaraba: "Acentuar y generalizar, a las demás actividades intelectuales, el movimiento de independencia iniciado en el idioma por Rubén Darío, no significa, empero, que habremos de renunciar, ni mucho menos finjamos desconocer que todas las mañanas nos servimos de un dentífrico sueco, de unas toallas de Francia y de un jabón inglés". Es decir, la que proponía *Martín Fierro*, en su cuarto número, era literatura para minoritaria sociedad de consumidores de manufactura importada. Y sin sociedad popular y productora no se dan culturas nacionales.

Como si hubiéramos deliberado el desencuentro, lo que se consagraba como expresión culta tenía lugar de este lado, como en sociedad cerrada, y por estar confinada a ella, por más eficaz y brillante que fuera, no era suficiente para dejar de ser colonial. El país suspendido era mucho más que el país manifestado, y los vacíos potenciales eran inmensos índices de cultura desaprovechada.

IV. El factor más activo de esta época de cambio es el progreso tecnológico. Y este, que lo podría todo, puede ser un gran inhibidor de cultura

INTERESA, aquí saber que llega a nosotros con pasos represivos y colonizadores: su tendencia es la de anular los procesos de diferenciación y originalidad culturales, e imponer modelos uniformadores. La enumeración de los riesgos con que bloquea a la cultura se resumen en el aparato de televisión que dentro de nuestra casa está procurando la puertorriqueñización de América Latina. La comunicación por satélite reducirá a las agencias centrales del poder político el control de la información, y con ello la regulación de opiniones en sectores masivos. A través de ella, los de esta región terminaríamos hablando el lenguaje del aviso de la Coca-Cola.

Avisarnos de estas perspectivas requiere enseguida una estrategia de descolonización, que tiene dos apremiantes vertientes. Una, la de alterar las relaciones de poder en los comandos del progreso tecnológico para que éste proyecte sus ventajas y no sus terrores; pero estas relaciones de poder se definen en términos políticos que no son, acá, los nuestros. La otra es la de apresurar los procesos de integración cultural, que sólo pueden realizarse en el nivel de asimilación y recreación de técnicas modernas con que movilizar, ordenar y transformar los recursos y energías del país para consolidar la nación completa. En esta vertiente está nuestro lugar y funciones: gestores de síntesis cultural para esa nación que no debe demorarse sino ya con riesgo de no ser.

Estas funciones nuestras se inician en el reclamo de que la cultura participe —e inspire— la fijación de las metas nacionales. Los llamados planes de desarrollo, que presumen fijarlas, vienen siendo obra de tecnócratas, en cuya formación no cuentan para nada los valores de diferenciación cultural, como que proceden con uniformados modelos de fabricación ajena, y se definen en su incoherencia para interpretar de nuestra realidad sus claves y matices. Con esos planes podríamos llegar a ser sucursales de una civilización, pero nunca nación configurada sobre bases de leyes propias de tradición y devenir. Son, en definitiva, una forma de servidumbre, pues se proponen reproducir, entre nosotros, sociedades económicamente avanzadas y culturalmente en crisis, y no desarrollar sobre nuevas pautas culturales nuestra economía, nuestra sociedad, a partir de sus variantes y esencias, y en confrontación con una época, que necesariamente debe ser época de grandes aperturas.

Ubicados en esta época, nos corresponde advertir que las tendencias a la vista del progreso tecnológico que tienden a inhibir las

diferenciaciones nacionales de cultura son las mismas que tienden a ahuecar y deshacer al hombre en cualquier lugar del planeta. Es suficiente aludir al ejemplo del uso desvirtuado de la imagen, reiterada con apelaciones primitivas, reemplazando a la palabra y a su poder personal de disconformidad y creación, y al inmediato ejemplo de la palabra sacrificada a una arquitectura carcelaria de *slogan*, para darnos por enterados que los actuales comandos del progreso tecnológico utilizan los alcances de éste para consolidar las formaciones y reacciones masivas y confinar al hombre a la suerte de despojado de identidad y diversidad. De ahí, que la causa de las culturas nacionales sea una misma con la causa de la condición humana. De ahí, que la causa nacional sea también causa de la liberación del hombre, y que la escena de una y otra sea la época. En esa escena, las dos causas unidas quedan relacionadas con las corrientes que inciden en el cambio. Votemos por aquellas corrientes que pongan los poderes del progreso tecnológico en manos de agentes de servicios humanos y liberación total, tal como ésta podría darse si la suma de mecánicas y poderes del progreso tecnológico no jugaran en favor de partidos monopolizadores. Se daría, entonces, la seguridad y la libertad en un plano de redención. Desde nuestro campo, de ambiciosos postulantes o creadores de cultura nacional, comencemos por liberar a la imaginación de las vedas del terror impuesta por las tendencias presentes del progreso tecnológico y que sofocan los alcances y significados de la época de cambio. Votemos por el hombre liberado, cuya libertad comienza en el radio de su cultura nacional, de su sociedad plural y abierta, sin crimen racial, ni discriminaciones sociales. Ambiciosos de una síntesis cultural nacional para Argentina, votemos por la utopía universal, amigos, porque es tiempo y época para eso.

Desde su enunciado griego y sus versiones renacentistas, la utopía era la ciudad y su entorno en un orden armónico y justiciero de su abundancia. Había que dar con la ciudad. El camino hacia ella era el de la navegación hacia lo desconocido. Ahora, en cuanto el progreso tecnológico se identifique con fines humanos, la certidumbre de la utopía está a la vista y la ciudad puede ser armónica y justiciera. Ahora, la utopía es el hombre, dueño y beneficiario común de la ciudad, el hombre liberado en un mundo uno y plural. Votemos, amigos, por el hombre como el centro de la utopía, por el hombre en su posible osadía de aprendiz de Dios.

LOS HORIZONTES DE LA SEMANTICA ESPAÑOLA

Por *Gisela B. HUBERMAN*

LA semántica, término acuñado por Michel Bréal¹ en 1897, es la ciencia que estudia el significado de las palabras y la evolución histórica del significado desde que el vocablo fue registrado por primera vez, hasta su significado actual. Principalmente, la semántica trata de establecer y aislar reglas que describan el cómo y el cuándo del cambio del sentido de las palabras.

En el análisis del significado de un vocablo se pueden considerar dos puntos de vista: uno, el modo de estudiar al vocablo aislado, sin considerar sus alrededores, analizando únicamente su valor lingüístico. El segundo punto de vista, es el considerar las palabras como parte de un todo, analizándolas dentro del contexto lingüístico en el que viven.

Es evidente que los estudios de semántica española, por lo reciente que la ciencia misma es, empezaron a desarrollarse dentro de un campo científico solamente a principios de este siglo. No se puede afirmar que se han llevado a cabo estudios verdaderamente científicos sobre el desarrollo del significado del léxico español con anterioridad al siglo xx.

La semántica española ha sido estudiada muy poco, y sólo algunos temas han sido tratados. Los primeros estudios con bases científicas fueron llevados a cabo por E. Cotarelo,² en 1916. El autor analizó en esta obra los períodos históricos de florecimiento o decadencia de ciertas palabras castellanas. Asimismo, Cotarelo se interesó por las causas que influyeron en la vida de las palabras haciéndolas muy populares o, por el contrario, causando su extinción. Cotarelo también estudió los cambios de significado que una palabra suele tener en el curso de su vida, ofreciendo los varios sentidos que un número de vocablos han tenido en los tiempos del español antiguo, así como los significados modernos. Este estudio de semántica comparativa y semántica histórica es importante por ser

¹ Bréal, Michel: "Essai de Sémantique", Paris, 1897.

² Cotarelo, E.: "Semántica española" en *Boletín de la Academia de la Lengua Española*, Madrid, 1916, III, pp. 685-705.

el primero que estudia, con la ayuda de la lingüística moderna, el desarrollo del vocabulario español.

La primera obra sobre la semántica española general es de Félix Restrepo,³ de 1917. Aquí el autor estudia el movimiento semántico de la lengua, los cambios de significado que acosan al léxico en general, la formación de nuevas palabras por medio de los cruces de significado. Restrepo concluye que la lengua está en continuo movimiento y que está íntimamente relacionada con el constante vaivén de la marea semántica. También explica de qué manera se forman nuevas expresiones y cambios de sentido, o aún, cómo desaparecen por completo las palabras, relacionando estos hechos a una clasificación lógica. En la última parte de la obra Restrepo ofrece un análisis muy interesante sobre los procesos psicológicos que tienen lugar en el individuo y las influencias sociales por cuya causa las innovaciones lingüísticas llegan a generalizarse en todos los niveles de la lengua. Esta obra sobresa por su nueva técnica en el estudio del significado de los vocablos, por el análisis del autor de las causas más importantes que causan los cambios de significado en la lengua y por la clara visión del autor del importante papel que desempeñan los procesos sociales y psicológicos en el cambio constante del sentido de las palabras. Restrepo observa que la semántica, mientras estudia la sustancia de las palabras, y no su forma, debe poseer reglas, un método y un sistema seguros; eso es, principalmente, lo que su obra trata de ofrecer, y por lo tanto, es una excelente introducción a la difícil y todavía novísima ciencia.

Generalmente, los estudios que se han llevado a cabo sobre semántica española tratan, en su gran mayoría, sobre problemas semánticos especiales de vocablos u oraciones que han tenido un cambio de significado radical en el curso de los años. Un estudio de este tipo puede ser ejemplificado por el artículo de J. de Entrambasaguas,⁴ de 1952, donde el autor analiza los cambios de sentido que ha sufrido la frase "hacer el primo". El autor presenta aquí las causas históricas y sociales que pudieron haber influido en el desarrollo semántico de la frase, siguiendo, de este modo, el camino que había señalado Restrepo con anterioridad.

Una obra importantísima sobre la semántica del léxico hispanoamericano fue llevada a cabo por A. Malaret.⁵ En su "Semántica americana" de 1943, Malaret ofrece una larga lista de vocablos que

³ Restrepo, Félix: "El alma de las palabras. Diseño de semántica general". Bogotá, 1917.

⁴ Entrambasaguas, Joaquín de: "Hacer el primo", estudios dedicados a Menéndez Pidal, III, 1952, 55-94.

⁵ Malaret, Augusto: "Semántica Americana", Puerto Rico, 1943.

han sufrido cambios de significado en el lenguaje americano. El autor apunta diecisiete causas diferentes que han ejercido una fuerte influencia en los cambios de la morfología y significado del vocabulario hispanoamericano. La obra señala el modo en el cual el ambiente y las lenguas del sustrato actúan sobre la evolución morfológica y semántica del léxico. Sin embargo, el autor reafirma el parentesco básico y esencial entre el léxico de España y el de América. Cada vocablo va acompañado de un gran número de ejemplos que ilustran su significado y su empleo actual. Este tema fue expandido y completado dos años más tarde por Charles E. Kany.⁶ Kany ofrece una colección muy extensa de términos y vocablos en Latino-América, donde muestra las tendencias semánticas, más importantes que se encuentran en los diversos niveles lingüísticos, poniendo un énfasis muy especial en el análisis del significado de los términos del habla popular. El autor explica y clasifica las divergencias de significado en el habla de los hispanoamericanos respecto a la norma general en España. Presenta, asimismo, las nuevas formas que han surgido en el Nuevo Mundo y que son poco conocidas en el español medio. Esta obra es importante no solamente por presentar un claro panorama de las varias capas lingüísticas hispanoamericanas, sino por comparar los varios significados del léxico entre los varios países de Hispanoamérica y presentarlos, finalmente, como paralelos semánticos del español peninsular.

En 1954 aparece una obra de Robert Vilches Acuña,⁷ "Semántica española", en la que el autor incluye acepciones primitivas y el cambio de significado de un gran número de palabras españolas, alrededor de mil doscientos vocablos, cuyo sentido ha cambiado en la época moderna. El autor expone causas y principios de la semántica general para explicar los fenómenos de la evolución semántica española en la época contemporánea, y relaciona la vida de las palabras con las actividades varias que el hombre tiene en su vida. La obra, aunque en extremo interesante, debería de haber sido más larga para dar crédito a su título un tanto general.

J. Bourciez,⁸ analizó en 1956 los cambios de sentido en las lenguas románicas. El autor afirma que los cambios de sentido en estas lenguas se hacen por medio de extensiones o restricciones progresivas. Por ejemplo en el español "cuarto", era la parte de una división de un todo en cuatro partes, pero que, por medio de la exten-

⁶ Kany, Charles E.: "Semántica Hispanoamericana". Traducción del inglés de Luis Escobar Barena, Madrid, 1962. (La obra fue publicada originalmente en 1945).

⁷ Vilches Acuña, Roberto: "Semántica Española". Buenos Aires, 1954.

⁸ Bourciez, Jean: "Cambios de sentido" en *Elements de linguistique romane*. Paris, 1956.

sión, ha venido a designar una recámara. Asimismo, señala Bourciez, otro método o causa de cambio en la contigüidad de ideas. Por ejemplo "plática" en español antiguo quería decir "práctica" o "experiencia", y que por la contigüidad de ideas, ha venido a significar conversación. Esta contigüidad de ideas es notable sobre todo, observa el autor, en el español, pues es un lenguaje muy inclinado a hacer comparaciones y crear metáforas de todo género.

En los últimos años, entre 1960 y 1970, los estudios sobre la semántica española han tomado un giro más especializado. Los análisis semánticos se han concentrado, sobre todo, en el estudio del desarrollo semántico de las diversas partes de la oración. Así, por ejemplo, surgen estudios como el de Luis Crespo,⁹ que se ocupa en analizar el desarrollo semántico de los verbos "ser" y "estar". El estudio de Carlos Clavería,¹⁰ que analiza el desarrollo de los cambios de significado de un sustantivo, en este caso es el vocablo "belén". El autor lo identifica con la idea de "alboroto" por la participación de los gitanos en las celebraciones religiosas y especialmente navideñas. También se ha llegado a estudiar el desarrollo semántico de los tiempos en el español. por R. Bays,¹¹ quien describe detalladamente el sistema de tiempos del español en los tres estados principales de su evolución: el período antiguo, el español clásico y el español contemporáneo.

Finalmente, se deben mencionar los estudios de semántica española acarreados por W. E. Bull,¹² que han brindado un gran paso hacia el desarrollo de este campo. El propósito principal de Bull es el de establecer una ciencia de semántica estructural por medio de la cual se pueda llegar a predecir el sentido que tomará en el futuro una frase particular, con la sola exposición de sus partes. El autor presenta un análisis lingüístico y morfológico del verbo español, sus formas, sus funciones y sus significados, usando como la base de este estudio las nociones de tiempo y de orden. El propósito de Bull es el de descubrir, a través del análisis lingüístico, cuáles son los significados que se expresan regularmente por medio de los afijos verbales.

Por conclusión, se debe afirmar que el estudio de la semántica es importantísimo, pues ningún otro aspecto del lenguaje exhibe el poder, para bien como para mal, que posee el lenguaje humano,

⁹ Crespo, Luis: "Los verbos 'ser' y 'estar' explicados por un nativo", *Hispania*, XXIX, 45-55, 1946.

¹⁰ Clavería, Carlos: "Contribución a la semántica de 'belén'", *Hispanic Review*, XXVII, 1959, 345-360.

¹¹ Bays, R.: "The Semantic Development of Tenses in Spanish", disertación doctoral. Yale University, 1968.

¹² Bull, W. E.: "Time, Tense and the Verb". Berkeley, 1960.

en el grado que el significado de las palabras, en su aspecto semántico, lo ha logrado hacer. Y sin embargo, el estudio de la semántica española apenas se ha iniciado. Se necesitan muchos más estudios de filología y de semántica para poder penetrar verdaderamente en el espíritu de la lengua. Mientras más se conoce el verdadero significado de las palabras, mejor podremos conocer el espíritu y el alma hispánica. El horizonte que los pocos estudios de semántica han dejado entrever, es demasiado vital, extenso y atrayente para poder ser una ciencia relegada a segundo término.

ATLAS NACIONAL DE CUBA

RECIENTEMENTE se ha puesto en circulación esta valiosa obra de 48 x 38 cm., en magnífico papel, que contiene 152 páginas, cuidadosamente impresas.

Preparado por la Academia de Ciencias de Cuba y con la cooperación del Gobierno Soviético, es una demostración de lo que puede lograrse en el campo científico, con ayuda de la cooperación internacional.

La aparición de esta obra es uno de los grandes acontecimientos científicos mundiales; indudablemente que se trata del mejor y más completo Atlas General de un país en particular, que se haya publicado en los últimos años.

Tanto por su contenido, como por su presentación, supera a las dos ediciones del Atlas Soviético Universal y el Atlas del Club Turístico Italiano que se habían considerado como las máximas obras de este tipo.

Se terminó de imprimir a fines de 1970 en la Unión Soviética y se puso en circulación al iniciarse el presente año.

Los autores y el cuerpo directivo se empeñaron en que esta obra, concluida en septiembre de 1969, fuera un homenaje a la Revolución cubana en el décimo año en que había llegado al poder.

El 27 de abril de 1965 la Academia de Ciencias de Cuba aprobó el programa elaborado dentro del Instituto de Geografía de la Academia, por una comisión integrada por el Dr. Antonio Núñez Jiménez, Presidente de la Academia, el Académico F. F. Davitaya de la Academia de Ciencias de la República Socialista Soviética de Georgia, el Dr. Salvador Massip, entonces Director del Instituto de Geografía, el Dr. A. M. Ryabchicov, profesor de la Universidad Lomonosov de Moscú, la Dra. Sarah E. Ysalgué, el Dr. Ya G. Mashbits del Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S. y el Dr. Juan Torrente.

Puesto en marcha el plan, se integró un Consejo de Dirección formado por el Capitán Dr. Antonio Núñez Jiménez como Presidente, como vicepresidentes el Dr. Salvador Massip, la Dra. Sarah Ysalgué Ysalgué, los académicos J. P. Guerasimov y F. F. Davitaya; quedando como Director el Dr. Pedro Cañas Abril y Secretario el Dr. Juan Torrente. Completó el Consejo un numeroso grupo de vocales cubanos y soviéticos que participaron activamente en el asesoramiento de la preparación de la obra.

Como es de suponerse fue necesaria en Cuba, la colaboración de numerosas instituciones y organismos del poder público, de la investigación científica y de la actividad económica en general. En el preámbulo de la

obra se enlistan 41 instituciones y organismos como participantes en este gran esfuerzo.

Para su dibujo definitivo e impresión, intervinieron en la Unión Soviética ocho organismos dependientes, unos de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., otros de la Universidad Lomonosov y del Consejo de Ministros.

Durante los años de 1967 y 1968 tuve oportunidad de visitar varias veces Cuba y seguir de cerca los trabajos de elaboración del Atlas. En primer término se hizo una gran movilización para recabar los datos existentes, concentrarlos en el Instituto de Geografía y proceder a su representación en forma gráfica.

El examen de los nombres de los autores, muestra que la investigación básica fue hecha por científicos cubanos y que los soviéticos cooperaron principalmente para la elaboración e impresión de las cartas. Demuestra también cómo es posible lograr una eficaz elaboración entre dos grupos de científicos a pesar de que los separe la barrera idiomática, cuando se hace una correcta planeación y existe un firme deseo de actuar, formando un todo homogéneo.

En Cuba, los recopiladores nacionales reunieron la información, prepararon los borradores y a la vista de ellos, se discutió la representación definitiva en juntas a las que vinieron a la Isla los asesores soviéticos.

Una vez que se concluyó la etapa de recopilación y representación inicial, fueron enviados a la U.R.S.S. los borradores y tras ellos el Dr. Salvador Massip y su esposa, la Dra. Sarah E. Ysalgué para vigilar el dibujo de los originales y la final impresión. En varias ocasiones recibieron el auxilio del Dr. Pedro Cañas Abril y del Dr. Juan Torrente.

Es admirable la voluntad de la pareja Massip-Ysalgué, no obstante la avanzada edad de ambos, su mala salud y el clima del norte de la U.R.S.S., con gran entereza y especial empeño permanecieron diez y ocho meses trabajando intensamente.

El papel de magnífica calidad, especial para cartas geográficas, se adquirió en Finlandia.

El plan del Atlas es racional y lógico como puede observarse en los siguientes títulos correspondientes a los grandes grupos:

Introducción

Mapas Geográficos Generales

Mapas de la Naturaleza

Mapas Económicos

Mapas de la Población y de la Cultura

Mapas históricos

Datos informativos complementarios

Índice de nombres geográficos

Con acierto en la introducción se señalan los objetivos y a la vez las dificultades que se tuvieron en la elaboración del Atlas, por lo que es preferible reproducir los siguientes párrafos:

"El Atlas Nacional de Cuba es una obra cartográfica compleja, de carácter científico: expresión visual sintética de la sistematización de múltiples informaciones científicas sobre la naturaleza, la población, la economía, la cultura y la historia del país. Refleja tanto los caracteres físicos del Archipiélago Cubano como lo esencial del pueblo que lo habita: sus logros en la lucha revolucionaria por la libertad, la construcción del socialismo, la derrota de la intervención yanqui, el establecimiento de la independencia y la soberanía plenas del Estado y la transformación de su vida económica."

"En el proceso de creación del Atlas se han utilizado numerosos materiales relativos a los recursos naturales: clima, agua, relieve, suelo, vegetación, fauna, yacimientos minerales, etc., que componen un cuadro global del estudio geográfico de Cuba."

"Esto implica una cuidadosa generalización de los materiales acumulados como consecuencia de investigaciones de Geografía, Geología, Geofísica, Meteorología, Climatología, Economía, Demografía y otras ciencias que estudian la Tierra y la actividad del hombre relacionada con la misma. Antes de la Revolución, tales conocimientos eran muy pobres en lo referente a Cuba. El estudio científico del país estaba en ciernes y las posibilidades de la ciencia cubana eran muy reducidas; por lo tanto, en esa época hubiera sido imposible realizar trabajos como este Atlas."

"Su publicación podrá servir eficazmente, en el orden práctico, a los organismos estatales: para la preparación de sus planes y proyectos, para la distribución racional de sus fuerzas productivas y para satisfacer otras muchas necesidades —frecuentes en sus tareas cotidianas— de pronta información cartográfica. Será útil asimismo en el ámbito de la educación, como texto para uso de los centros de enseñanza superior, y como fuente para la confección de atlas escolares. También aportará beneficios apreciables como acervo de cultura para el pueblo en general, ávido de conocer, mejor a su patria."

"La Revolución ha introducido cambios radicales en la vida económica, cultural y espiritual del pueblo cubano, que, liberado del capitalismo y del imperialismo, se halla ahora en el proceso de construcción acelerada del socialismo y el comunismo. La ciencia del país se levanta con fuerza, en un rápido proceso de gran desarrollo. La preparación de investigadores y especialistas nacionales ha logrado un auge sin precedente. Cuba está forjando su economía nacional y ha sentado ya bases firmes para un vigoroso progreso en esta dirección. La meta revolucionaria de convertir un país subdesarrollado económica y culturalmente en un país de alto nivel de vida en ambos aspectos, se va cumpliendo pese a todas las vicisitudes provocadas por el criminal bloqueo imperialista."

"La construcción de una sociedad socialista y la reestructuración de la economía nacional, exigen un estudio riguroso de los recursos naturales y laborales de la nación y de su aprovechamiento racional, es decir, del medio geográfico y del medio social. De esta consideración surgió la idea de contribuir a ese estudio mediante la creación de un instrumento básico para dicha finalidad: un atlas integral de Cuba."

"En el proceso de la preparación del Atlas fue necesario resolver diversos problemas: unos, de carácter metodológico, otros, derivados del insuficiente desarrollo de ciertas ramas científicas en el país. En algunos casos (por ejemplo, en cuanto a los suelos de Cuba), se decidió presentar mapas expresivos de opiniones distintas, precisamente como una manifestación exacta del estado polémico actual de los conocimientos sobre algunas cuestiones del país, respecto a las cuales no se ha llegado todavía a un "consensus" de criterio, lo que es consecuencia de la falta de estudios científicos más completos acerca de las mismas. Por lo que concierne a los mapas demográficos, ha sido indispensable utilizar como último dato censal, el mapa de la población según el censo de 1953, último realizado en el país, aunque, para suministrar una información más reciente, se aporta, al mismo tiempo, el mapa de población estimada de 1965."

La impresión es nítida y los registros impecables; los colores empleados son suaves y agradables, seguramente resultado de emplear numerosas pantallas. Además, es notoria la preocupación de armonizar los colores y despertar en el lector, al contemplar las cartas, una primera impresión de agrado.

En la mayoría de las cartas se emplea la proyección cónica equivalente, adecuada para un territorio tan alargado y angosto.

El dibujo de las líneas es fino y preciso, cuidando de que no haya excesiva información; aparece la necesaria para el tema del mapa. Las letras son de buen tamaño y en ningún caso es difícil su lectura.

Cuando el tema lo amerita por su importancia, el mapa es a escala de 1:1 500 000 y en ese caso toma dos páginas del Atlas; pero en la mayoría de los casos, las cartas son de 1:2 500 000 con recuadros complementarios en que se usan cartas de 1:500 000.

Larga sería la descripción de los mapas, por lo que me limitaré a enumerar los más salientes y sólo en algunos casos se harán comentarios. Aparece en el Atlas la Carta Geológica, la Sísmica, la Hidrogeológica, la de Evolución Paleontológica, de Angulos de Pendiente, de Carso; varias relativas a Climatología, Hidrográfica, de Suelos, de Vegetación, Zoogeográfica, de Regiones Naturales y otras sobre las características del Mediterráneo Americano.

La parte dedicada al examen de la economía cubana es extraordinario, comenzando con el texto introductorio que muestra en forma sintética las

características fundamentales de la economía nacional, antes del triunfo de la Revolución y además, la nueva situación que se está creando.

Dentro de este grupo se muestra el uso del suelo en diversas cartas, las áreas de cultivo de la caña de azúcar, de tabaco, de frutales, verduras, cereales, de las características de las granjas estatales; también en varias láminas se muestra la situación de la ganadería y una novedosa carta llamada de "hidroeconomía".

De las láminas dedicadas a la industria, sobresale la que se refiere a la azucarera. Otra más sobre la industria tabaquera, la minería, etc.

Respecto a la asombrosa expansión de la actividad pesquera, que se antoja increíble, se muestran las actividades de la flota cubana en el norte del Atlántico, en el Mar Caribe, en el Atlántico Central y las aguas próximas al norte del Brasil y en las costas occidentales de África.

Una carta ambiciosa que he estudiado con envidia constructiva, pues he fracasado en mis intentos de hacerla para México, es la que muestra la estructura geoeconómica cubana en el año de 1966 y que fue preparada por el buen amigo Orlando Montejo.

Con gran claridad y objetividad y a nivel municipal, se presenta la localización de las ramas industriales y su producción total, localización de centrales azucareros, de los yacimientos mineros de importancia en explotación, plantas generadoras de electricidad, puertos marítimos y las principales ramas productivas de la agricultura y ganadería.

Otro grupo de láminas presenta la infraestructura del transporte tanto ferrocarrilero, carretero como el de aviación y marítimo.

En una pequeña carta de Europa se señalan las rutas que siguen las flotas soviética, búlgara, yugoslava, de la R. D. A. checoslovaca y polaca, uniendo Cuba con Europa, que muestran la amistosa solidaridad de esos países para romper el bloqueo que los Estados Unidos ha querido hacer víctima a Cuba. También se señalan las rutas de los barcos cubanos en sus visitas a Europa.

En un pequeño planisferio se indica cómo la bandera cubana visita Canadá, México, Japón, China, la República Democrática de Vietnam, República Democrática de Corea, Singapur, la India y Marruecos.

La carta del comercio exterior en 1966 es también impresionante, pues demuestra cómo Cuba ha logrado romper el bloque estadounidense. Se hace figurar el comercio con 29 países, dejando fuera otros cuyo monto sea inferior al 0.1% del comercio exterior de Cuba. De América sólo figura Canadá; de África, Marruecos y la RAU; de Europa la mayor parte, pues sólo se omite Portugal, Irlanda, Luxemburgo y Austria; de Asia aparecen Siria, Irán, Malasia, Japón, China, Vietnam y Corea.

Los fenómenos demográficos, son tema también de varias láminas y a continuación los indiscutibles logros, que internacionalmente se reconocen, a la revolución cubana, en su obra social. Las láminas dedicadas a la edu-

cación, cultura, salud pública, educación física y deporte, son a la vez interesantes por su presentación y la información que ofrecen. El panorama de las instituciones encargadas de buscar la salud pública, es objetivamente mostrado en forma detallada.

Remata este valioso Atlas, con la reproducción reducida de algunos de los mapas antiguos: El de Juan de la Cosa, de 1500; un fragmento de "Partes de las Américas Occidentales" 1597; otro fragmento de "Mare du Nord" 1688, "The Isle of Cuba" 1768 y la carta de Humboldt de 1820.

Aparece también un detallado, pero claro y objetivo mapa, en que se muestran las exploraciones costeras y terrestres que se realizaron en la isla, en los siglos xv, xvi y xvii.

Otro grupo de cartas se refiere a su lucha por la independencia de 1868 a 1898 y a las sublevaciones armadas y luchas populares de 1902-1952, para concluir con una impresionante carta que muestra la lucha del pueblo de Cuba desde 1953 al realizarse el ataque al Cuartel Moncada hasta el triunfo de la Revolución, al finalizar 1958.

En un recuadro aparece un plano de las operaciones militares que permitieron la "derrota del ataque contrarrevolucionario en Playa Girón (1961)".

Como es natural, tratándose de esta clase de obras, su preparación final e impresión requieren bastante tiempo, por lo que la información resulta atrasada en varios años. La más reciente que figura en la obra, es de 1967 y ésta terminó de imprimirse en 1970.

Por ello, al final aparecen algunos datos, números informativos complementarios y sobre todo la "actualización de algunos datos económicos importantes" a 1969.

El índice de nombres geográficos es muy breve. Da la impresión que no figuran en él todas las referencias correspondientes. Selectivamente examinamos algunos casos y constatamos que sólo se consideran algunas de las láminas; por ejemplo en La Habana sólo se cita la carta física de la provincia, pero no así en relación con la agricultura, ganadería, educación o industria.

Presencia del Pasado

LA ESTRUCTURA ORIGINARIA DE LA CIUDAD HISPANOAMERICANA: GRUPOS SOCIALES Y FUNCIONES

Por *José Luis ROMERO*

LA gran mayoría de las ciudades hispanoamericanas se ajustan a uno de los modelos de la ciudad europea medieval: el que corresponde a la ciudad fundada. Con escasas excepciones fueron todas ellas el resultado de un designio consciente, elaborado en su conjunto y en sus detalles y, finalmente, realizado. Esta circunstancia no sólo caracteriza las estructuras urbanas y la estructura socioeconómica y sociocultural de toda el área, sino que, además, configura los rasgos del proceso de desarrollo de las ciudades.

Desde el punto de vista de las estructuras urbanas, la "invención" de la ciudad, su fundación jurídica y su implantación física, suponía la determinación precisa de quiénes eran los miembros del grupo civil y del grupo político que, desde ese momento, la constituía. También significaba la determinación precisa de las propiedades urbanas y suburbanas —solares, chacras y estancias que aquéllos poseían. Tales actos suponían una vigorosa institucionalización de la situación socioeconómica, anterior, por cierto, a todo proceso espontáneo. La situación originaria estaba, pues, preestablecida y fijada teóricamente. Fue, en consecuencia, a partir de una estructura socioeconómica y de una situación dadas, desde donde comenzó a desarrollarse un proceso espontáneo que, naturalmente, consistió en la lenta modificación de tales estructuras y situaciones.

Signo claro de esta singular dinámica fue el cambio de sitio de muchas ciudades. De hecho, la fundación fue casi siempre improvisada, hecha sobre la base de una rápida apreciación de ciertas ventajas inmediatas del lugar, pero sin que existiera la experiencia suficiente como para prever inconvenientes diversos que luego se presentarían. Quizá estuvo siempre en la mente de los fundadores la idea de que la fundación no tenía por qué ser definitiva. Lo cierto es que, en muchas ciudades, el primer signo de adecuación y corrección de las situaciones fue el cambio de sitio. En algunas ciudades, como en Veracruz, la ciudad fue mudada dos veces. Pero

en otros casos la incertidumbre fue más prolongada. El caso más extraordinario es el de la instalación humana en el valle de Catamarca (Argentina), y los sucesivos traslados de la ciudad que recibió el nombre de Londres, fundada por primera vez en 1558, cuatro años después del matrimonio de Felipe II con María Tudor. La ciudad cambió tantas veces de sitio que el cronista Pedro Lozano la caracterizó a principios del siglo XVIII, como "la casi portátil ciudad de Londres, que no acaba de arraigarse en lugar alguno". La misma frase había usado el padre Lozano para referirse a la ciudad de Concepción del Bermejo, fundada por Alonso de Vera en 1585, y con respecto a la cual, el fundador escribía tres meses después que había recibido poder de las mismas autoridades que él acababa de instaurar "para que pudiera mudar esta ciudad en la parte más cómoda".

Muchas otras ciudades cambiaron de sitio. Algunas veces, como en el caso de Santo Domingo o de Santiago de Guatemala, porque la primitiva ciudad había sido destruida y, al reconstruirla, pareció preferible elegir un sitio diferente. Otras, porque con el tiempo se comprobó que el sitio elegido originariamente era malsano y se buscó uno mejor. Así ocurrió con San Juan de Puerto Rico y con Quito. Pero intervinieron muchas otras causas, a veces combinadas. La Victoria, Mariquita, Huamanga, Arequipa, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza y Buenos Aires volvieron a erigirse en lugar distinto del que primero había parecido aceptable. Algunas veces fue opinión de muchos que había que mudarla, sin que se lograra consentimiento suficiente. Así pasó con Nuestra Señora de la Paz (Bolivia), según Cieza de León. Y el mismo cronista hablando de Panamá, opina por su cuenta que hubiera debido cambiarse, y que solamente la indiferencia de sus pobladores —que se consideraban de paso en la ciudad— la mantenía en el mismo sitio.

Si el cambio de sitio fue una respuesta a una situación antes desconocida, también lo fue la despoblación y desaparición de la ciudad. Casos muy típicos son los de las ciudades de Esteco y de Concepción del Bermejo. Pero el número de casos semejantes es tan grande que López de Velasco, en su *Geografía y Descripción universal* de 1574, suele agregar en alguno de sus capítulos un párrafo especial que titula precisamente "Pueblos despoblados". Si se analizan las explicaciones de López de Velasco, se advierte que fueron muy diversas y encontradas las causas que motivaron el despoblamiento. Unas veces fue el descubrimiento de que eran intolerables las condiciones de clima y de salubridad, como fue el caso de muchos de los primeros establecimientos en el trópico, cuyos caracteres ignoraban los españoles; otras fue la imposibilidad de sostener los ataques

de los indios, como en Guayaquil o en las ciudades del Arauco; otras por la acción de corsarios, como Burburata, en la gobernación de Venezuela; otras, en fin, por conflictos jurisdiccionales, como hubo de suceder en muchas ciudades, como Buenaventura en la gobernación de Popayán, y sucedió en algunas, como en los Angeles en la gobernación de Tunja. Pero quizá en todos los casos la despoblación cerraba siempre, además de las motivaciones inmediatas, otras menos claras y en el fondo de mayor influencia. La ciudad que no se quiso repoblar ni defender estaba, sin duda, en una situación insostenible. Caso típico fue el de Buenos Aires en 1541, cuando Domingo Martínez de Irala, gobernador de Asunción, ordenó su despoblación. El sitio de Buenos Aires era excelente y, como dice López de Velasco, "la tierra y comarca de la buena y mejor de aquellas regiones, donde todo se da tan bien como en España". Pero la fundación de 1536, realizada por Pedro de Mendoza, fracasó porque los españoles no encontraron lo que iban a buscar, ni estaban dispuestos a hacer lo que hubiera sido necesario para sostener la ciudad y prosperar. La llegada de un grupo de pobladores genoveses en 1538, encabezados por León Pancaldo, no sólo no mejoró la situación sino que la agravó, puesto que acrecentó las necesidades sin que nadie —ni los conquistadores españoles ni los mercaderes genoveses— supieran qué hacer para satisfacerlas. El relato de Ruy Díaz de Guzmán es transparente:

"...Irala (en Asunción) consultó luego con ellos (sus capitanes) lo que se debía hacer para la conservación de los españoles que habían quedado en el puerto de Buenos Aires, y en acuerdo fue decretado deliberadamente que, atento a la imposibilidad de poderse sustentar aquel puerto, entonces se desamparase y se recogiese la gente en un cuerpo, donde juntos pudiesen hacer efectos convenientes al bien común de la Provincia y Real Servicio."

Buenos Aires fue, pues, despoblada de intento para reforzar la población de Asunción, porque, considerando la actitud de la población española en relación con las posibilidades ofrecidas por la región, las perspectivas de la ciudad eran negativas. Este caso es significativo. Propuesta la ciudad según un plano ajeno a toda experiencia, las actitudes de los pobladores y las posibilidades de la región, tanto desde el punto de vista de los recursos naturales como desde el punto de vista de las relaciones con las poblaciones aborígenes, comenzaron a producir ciertas variaciones en el proyecto propuesto por la ciudad fundada. Si las situaciones resultantes de esas variaciones conservaban un mínimo incentivo, la ciudad perduró;

pero si no podían ofrecer nada, la despoblación fue la respuesta al proyecto inicial, condenado por utópico.

El proceso de lenta modificación de la estructura originaria de la ciudad se advierte también a través de los cambios que se operan en sus funciones; y no sólo en el cambio de unas funciones por otras o en el agregado de unas funciones a otras, sino también en la manera de cumplirlas, y en los cambios que se suscitan en las relaciones entre los grupos sociales adscriptos a ellos.

La magnitud de la aventura y, sobre todo, la desproporción entre los recursos humanos con que contaban los españoles y la magnitud de lo que se ofrecía ante sus ojos para dominar y poseer, obligó a los conquistadores a una táctica elástica en la que se sucedían los momentos de audaz expansión territorial y los momentos de retracción y reordenación de las fuerzas. Estos últimos momentos requerían un ámbito urbano, y por eso la ciudad hispanoamericana tuvo siempre una función militar en su origen. Pero los conquistadores no podían saber cuál era el alcance exacto del peligro ni los caracteres de la respuesta militar que podían esperar. La ciudad tuvo, en consecuencia un tipo de fortificación primaria —según los recursos materiales que ofrecía la tierra—, y un tipo de organización militar que condicionó en cierta medida la estructura urbana. Los "vecinos" no sólo fueron en su origen miembros de la comunidad civil y de la comunidad política, sino también de la comunidad militar. No hubo un ejército al lado de la población civil, sino un solo cuerpo, lo cual significaba, inversamente, que se entremezclaban los poderes civiles y militares, pese a la organización de la ciudad bajo el gobierno de un cabildo. Mientras más peligro había, más militarizada era la sociedad.

Este peligro fue de diverso tipo, y por eso fueron diversas también las consecuencias de la organización sobre la estructura social urbana. En principio, el peligro fundamental fue el de los indios. Pero no todos los grupos indígenas tuvieron el mismo grado de peligrosidad. Al cabo de unos pocos años, los españoles pudieron establecer con claridad el grado de belicosidad de las tribus circundantes, el número de sus miembros y las posibilidades de ataques. Las ciudades que se habían situado en zonas de escasa población indígena o entre indios pacíficos que se tornaron amigos, perdieron rápidamente su carácter militar. Tal fue el caso de Asunción. En México o en Perú la situación fue prácticamente la misma una vez sobrepasada la etapa militar, pues la población indígena había sido muy bien conocida durante la guerra, sometida y controlada. De ese modo tanto Lima como México —e igualmente muchas ciudades de ambas regiones— pudieron declinar su organización militar

y constituirse civilmente sin interferencia de otro tipo de relaciones. El caso opuesto fue el de las ciudades chilenas al sur del Bio-Bio —Concepción, Villa Rica, Valdivia, Osorno— que debieron organizarse permanentemente en pie de guerra, porque los araucanos no habían sido sometidos sino obligados a replegarse y eran tribus particularmente belicosas. Pero en otras ciudades hubo otros peligros: los piratas y corsarios, que amenazaron los puertos donde podía concentrarse la riqueza. En estas ciudades amenazadas por europeos la situación fue distinta. Era necesaria una defensa a la europea. Las fortificaciones debieron ser más sólidas, y la guarnición militar —constituida por soldados profesionales— fue un grupo disciplinado que se agregó a la población urbana como un sector bien definido y no muy integrado.

Los singulares caracteres de la conquista durante su primera etapa, a lo largo del siglo XVI, permitieron a los españoles que acariciaran la ilusión de constituir una sociedad estratificada en la que ellos —muchas veces gentes de origen muy modesto— constituyeron una aristocracia militar y política, superpuesta a las clases laboriosas; los miembros de estas clases laboriosas serían los indios y los negros, y luego los mestizos y los zambos, y ocasionalmente algún español o criollo venido a menos por un azar individual. Esa ilusión no era, en última instancia, sino el resultado de trasladar idealmente a América la ciudad española, situándose en ella los conquistadores españoles como estaban en España los hidalgos, aunque ellos no lo fueran. Signo de esta decisión fue el desprecio total por el trabajo manual, la preferencia por el ejercicio de las armas, la certidumbre de que la riqueza les era debida, y otros rasgos que caracterizaron a los conquistadores y que se proyectaban sobre la ciudad hispanoamericana dándole un carácter —o acaso una apariencia— de ciudad hidalga.

Refiriéndose a la actitud de los españoles, dice fray Gerónimo de Mendieta en su *Historia eclesiástica Indiana*:

"Como los españoles de aquel tiempo se veían señores de una tan extendida tierra, poblada de gente innumerable, y toda ella sujeta y obediente a lo que les quisiese mandar, vivían a rienda suelta, cada uno como quería y se le antojaba, ejercitándose en todo género de vicios."

La *Descripción del virreinato del Perú*, de 1625 aproximadamente, describe más cuidadosamente aún la actitud de los españoles que se sentían miembros de una clase superior y procuraban legitimar su situación:

"La propiedad desta gente de Lima y Reino del Perú es, preciarse mucho de no dar su brazo a torcer a nadie, aunque sea más rico y poderoso que ellos. Son soberbios, jactanciosos y precianse de que descenden de grande nobleza y que son hidalgos de solar conocido. Es tanta su locura, que el que en España fue pobre oficial, en pasando del polo ártico al antártico luego le crecen los pensamientos y le parece que merece por su linaje juntarse con los mejores de la tierra. Y por esta razón y locura que en sí conciben dan muchos en perdidos, sin quererse sujetar al trabajo. Otros que les dice mejor la suerte vienen a alcanzar casamientos con que se hacen ricos. Y en viéndose con bienes de fortuna les crecen mayores pensamientos y se toman títulos de caballeros. Que yo bien conocí algunos que están en esta opinión, y por émulos enemigos que tuvieron y por las ocasiones que dieron, los hicieron caer de su estado y se les descubrió ser en gente humilde y de poco valor. Y causa de estas cosas es que no se quieren conocer, y así no faltan otros envidiosos de sus bienes y honras que los hacen caer por la menor ocasión que les dan."

Esta situación fue, finalmente, aceptada como un hecho, y la Corona buscó una manera de satisfacer la inquietud de los emigrados de España y conquistadores de América. Una ordenanza de Felipe II incorporada a la *Recopilación de Leyes de Indias* (IV, 6, 6) resolvía el problema de modo categórico e inesperado:

"Por honrar las personas, hijos y descendientes legítimos de los que se obligaron a hacer población y le hubieren acordado y cumplido su asiento, les hacemos hijosdalgos de solar conocido, para que en aquella población, y otras cualesquiera partes de las Indias, sean hijosdalgos y personas nobles de linaje y solar conocido, y por tales habidos y tenidos, y les concedemos todas las honras y preminencias que deben haber y gozar todos los hijosdalgos y caballeros de estos reinos de Castilla, según fueros, leyes y costumbres de España."

No obstante, la sociedad misma, así constituida, impulsaba a los grupos que no lograban la riqueza a buscarla de un modo semejante a aquél por el cual antes la habían alcanzado otros grupos. La *Descripción* citada es muy explícita en esto:

"A otra suerte de gente de menor cuantía y que no puede usar tan bien ni con tanta libertad el arte de la adulación ni tienen caudal para andar en vagabundos de unas tierras a otras, y también porque se inclinan más al trabajo y al ejercicio de las armas y a comer a cuenta del rey, estos tales se meten soldados, porque todos los años

se hace en Lima gente para el Reino de Chile. Y los llevan debajo de sus banderas a pelear con los araucanos. Y les dan en Lima doscientos pesos, con que se visten. Con esto limpian la tierra y envían gente contra los indomables araucanos. Y pocos destos soldados vuelven al Perú."

Era, pues, una actitud semejante a la que movió al tesorero Montalvo a aconsejar la fundación de pueblos con los "mancebos" o "hijos de la tierra de Asunción".

Pero a corto plazo la función militar de la ciudad debía declinar. Fuera de las regiones donde los indios vecinos se mantuvieron hostiles durante largo tiempo y de los puertos amenazados por los contrabandistas, corsarios y piratas, la actividad militar dejó de ser fundamental. En cambio la actividad económica de la ciudad, y en especial la actividad comercial, comenzó a acrecentarse. Bien administrada, la encomienda permitía el rápido enriquecimiento de ciertos grupos. Acaso más rápidamente lo alcanzaban también los que obtenían la concesión de una rica veta minera. Pero fue el comercio la actividad que creó el núcleo más sólido y duradero de ricos. Refiriéndose a los comerciantes de Potosí, dice la *Descripción* de 1625 ya citada:

"Es grandes el trato que (Potosí) tiene de mercaderes y grandes y ricas tiendas con toda suerte de mercaderías; tiene grandes correspondencia en Lima, en México y en Sevilla, y echa muchos hombres muy riquísimos a vivir en España."

Este proceso de enriquecimiento creaba una gran movilidad social. En algunos casos la acentuaba esta emigración de América a España, que dejaba abierta la vía para sucesores y competidores. Pero mucho más la acentuaban otros fenómenos de competencia. Uno era la llegada ininterrumpida de nuevos españoles y otro la aparición de proles numerosas que, organizadas dentro del sistema del mayorazgo, arrojaba a la lucha económica a buena cantidad de segundones.

Los segundones, y en general los hijos de españoles, fueron una preocupación social para quienes vigilaban el agitado proceso socioeconómico que se manifestaba en el ámbito colonial. La Real Cédula de Felipe II de 1545, recogida en la *Recopilación de Leyes de Indias* (IV, 7, 18), disponía que se prefirieran a los descendientes de conquistadores "que no tengan solares ni tierras de pasto" para otorgarles tierras en las nuevas colonias. El solo hecho de que existieran esas situaciones y la Corona creyera necesario remediarlas, da idea de la magnitud del problema. La ciudad fundada, en efecto,

había creído resolver el problema fijando propiedades a los fundadores. Pero una generación después la situación podía haberse complicado tanto, que se produjeran crisis de terrible tensión, como las que, de hecho, se produjeron. La *Descripción* de 1625 caracteriza ese grupo muy bien:

"Y también hay pobres soberbios que ya que no pueden morder, ladran, y siempre andan con la cabeza baja mirando donde pueden hacer presa, ni se quieren sujetar ni hay razón con ellos. A esta gente tal llaman soldados no porque lo sean, sino porque son bien andantes de unos lugares para otros, siempre con los naipes en las manos, por no perder ocasión de jugar con cuantos topan, y por si acaso topan con algún novicio o chapetón que no está diestro y bien disciplinado en su malicia, o que no alcance su malicia, con naipes falsos les dan mates y les quitan el dinero y la hacienda, y tal vez los dejan a pie, porque les ganan hasta las cabalgaduras. Son grandísimos fulleros, que su cuidado no es otro más que entender en el arte de engañar. Esta gente es mucha la que anda por el Perú."

Esta situación, creada en el seno de los grupos hispánicos, se explica a partir de la transformación de las funciones urbanas. El gobierno español creía resolver el problema del primer grupo fundador asignando tierras y, sobre todo, mano de obra indígena gratuita a los españoles para que la usaran en su provecho y en la actividad que quisieren. Pero la ciudad, fuera de las actividades militares y administrativas, creaba por sí una nueva función: la función comercial; y esta función, desarrollada según las posibilidades y características locales, se integraba dentro del ámbito de la vigorosa economía mercantil —y mercantilista— de la Europa metropolitana. A causa de esa integración, dentro de los esquemas y límites del sistema monopolístico, se desarrolló una actividad comercial muy activa que trató de sortear esas limitaciones y estimuló una vigorosa competencia. Muy pronto, al margen de la riqueza en tierras y en mano de obra indígena, se desarrolló una riqueza en dinero que operó sobre la estructura económica preestablecida por los actos jurídicos-económicos de los fundadores. Si, según el sistema originario, no debía haber españoles pobres, los hubo al cabo de muy poco tiempo; y las diferencias económicas se complicaron con distintas situaciones sociales surgidas en el seno del grupo español, a las que se agregaron más tarde las que creó la aparición y el rápido incremento del grupo mestizo.

Las medidas de gobierno modificaron el ordenamiento económico de algunas ciudades. Así, la autorización concedida en 1526

a los comerciantes del vasto territorio de los Habsburgo para operar en América creó un cierto sistema, que se modificó sustancialmente en época de Felipe II y alteró las posibilidades de ciertas ciudades. El régimen de flotas y galeones, vigente desde 1564, modificó el cuadro de las posibilidades comerciales. Las autorizaciones especiales para comerciar en cierto sentido, como la que se dio a Buenos Aires en 1602, renovada en 1608 y 1614, promovían cierto desarrollo; pero otra disposición, como la creación de la aduana seca de Córdoba en 1623, podía modificarlo. Pero al lado de todo ese aparato y por entre sus rendijas, las necesidades buscaban su satisfacción por vías ilegales, a través del contrabando. Es sabido que Buenos Aires fue un centro de contrabando desde no mucho después de su fundación. También lo fueron La Habana, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Cartagena, Portobelo, ciudades hacia las cuales se orientaba el contrabando que operaba desde Barbados, San Cristóbal, Martinica, Tobago, Jamaica o Curaçao.

Tanto el tráfico dirigido mediante medidas oficiales como el tráfico ilegal, suscitaban la creación de grupos limitados, con intereses comunes muy concretos y que alcanzaban una gran riqueza, desproporcionada sin duda con respecto a las posibilidades de quienes no ejercían ninguna de esas dos actividades. También tenían posibilidades diferentes los grupos mercantiles de las ciudades no autorizadas normalmente para el comercio con España o el extranjero y los de los puertos dedicados a ese tráfico, especialmente los grandes, como Veracruz, Portobelo, Cartagena y La Habana, pero aun también los menores como El Callao, Panamá o Buenaventura. En principio, la explotación de las grandes posibilidades que abría el tráfico monopolista fue aprovechado directa o indirectamente por quienes tenían capital o influencia. El rico encomendero podía reinvertir parte de sus ganancias en esta clase de operaciones, y por eso el ignorado cronista de la *Descripción* ya citada dice, luego de haber descripto cómo se hacía el comercio en Lima:

"Con esto se puede entender lo que son los mercaderes de Lima, y venden del virrey al arzobispo. Todos tratan y son mercaderes, aunque por mano ajena y disimuladamente."

Cualquiera fuera el grado de desarrollo que la ciudad alcanzara, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista económico, su inexcusable papel de centro administrativo y, a veces, político determinó la aparición de ciertas formas de vida y el desarrollo de ciertos grupos sociales. Como centro administrativo y político, las grandes ciudades fueron al mismo tiempo

sede del poder civil y del poder eclesiástico; este último fue muy vigoroso y, en ocasiones, más que el primero, sobre todo cuando el funcionario civil —virrey, gobernador o capitán general— estaba personalmente bajo la influencia de algunas de las órdenes religiosas más influyentes, como ocurrió con el conde de Lemos en Lima o Pedro de Cevallos en Buenos Aires.

Los grupos sociales vinculados a la administración no aparecieron en el primer momento, puesto que por entonces las funciones públicas correspondieron a los fundadores como una pequeña carga inherente a los privilegios que se le concedían. El acta de la fundación de la ciudad señala la necesidad de asignar funciones públicas a los nuevos pobladores, y de esa asignación resulta una identificación entre la función de poblador propiamente dicha y la de soldado por una parte y la de funcionario o magistrado por otra. Así lo dice expresamente la de Buenos Aires:

“digo que, en cumplimiento de lo capitulado y asentado con su Magestad por el dicho señor Adelantado Juan Ortiz de Zárate, y en lugar del dicho señor, licenciado Juan de Torres de Vera y Aragón, adelantado, su sucesor y en nombre de la magestad real del Rey Don Felipe, nuestro señor, hoy sábado día de nuestro señor San Bernabé once días del mes de junio del año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo, de mil y quinientos y ochenta años, estando en este puerto de Santa María de Buenos Aires, que es en las provincias del Río de la Plata, intitulado nuevamente la Nueva Vizcaya, hago y fundo en el dicho asiento y puerto una ciudad, la cual pueblo con los soldados y gente que al presente tengo y he traído para ello, la iglesia de la cual pongo su advocación de la Santísima Trinidad, de la cual sea y ha de ser iglesia mayor y parroquial contenida y señalada en la traza que tengo hecha de la dicha ciudad; y la dicha ciudad mando que se intitule la ciudad de la Trinidad, y porque conforme a derecho, en las tales ciudades a allende de los gobernadores y justicias mayores, ha de haber alcaldes ordinarios para que hagan y administren justicia, y regidores para el gobierno y otros oficiales y en nueva población, a mi como justicia mayor me compete el derecho de elegirlos, de establecer y nombrar y señalar y dar principio de su año, y señalar el remate y día en que han de vacar y ser otros elegidos; por tanto, acatando las calidades, habilidad y cristiandad de vos, Rodrigo Ortiz de Zárate y don Gonzalo Martel de Guzmán conquistadores y pobladores de esta ciudad de puerto y provincias, vos señalo y nombro por tales alcaldes ordinarios; y así mismo, a vos Pedro de Quirós, y Diego de Lavarrieta y Antonio Bermúdez y Luis Gaitán y Rodrigo de Ibarrola y Alonso de Escobar, por regidores de esta dicha ciudad a los

cuales, y a cada uno de ellos, doy entero poder cumplido en lugar del dicho señor Adelantado. En nombre de su Real Magestad para que usen sus oficios conforme a las leyes y pragmáticas de Su Magestad y los dichos alcaldes hagan justicia así de oficio como de pedimento de partes, según y como y tan copiosamente lo hacen y usan y ejercen los dichos oficios en las otras ciudades, villas y lugares de los Reinos y Señoríos de Su Magestad, y le sean a los unos y los otros guardadas las gracias, y honras, o franquicias, y libertades y excepciones, que a los tales oficios tienen les suelen ser guardadas. Y les sean acudido con sus salarios y derechos conforme a las leyes y pragmáticas y aranceles de Su Magestad y nuevas tasaciones hechas en estas provincias por los gobernadores, de las que para todo lo susodicho e a ello anexo y dependiente y concerniente, les doy entero poder cumplido con todas sus incidencias y dependencias y con libre y general administración. Y mando a los caballeros, escuderos y soldados, y hombres buenos de este Real, los hayan y tengan y obedezcan por tales, so las penas en derecho establecidas. Y porque según costumbres en muchas ciudades se tiene por estilo vacar los dichos oficios el día de San Juan de cada un año, por la presente establezco y mando que los dichos oficios vacuen el día de San Juan de junio del año próximo venidero de ochenta y uno, y por la mañana el tal día, antes de misas mayores, se junten a cabildo los dichos alcaldes y regidores, todos los que hubieren y pudieren ser habidos en esta ciudad y voten y elijan nuevos alcaldes y regidores para el año siguiente que los sucedan en los dichos oficios; y los que, conforme a derecho por la dicha elección fueren electos, sirvan los dichos oficios por el año siguiente, en fin del cual, se guarde la orden dicha, y así vaya cada un año guardándose la dicha orden para siempre, en tal manera que Su Magestad sea servido, y esta ciudad y vecinos y conquistadores estantes y habitantes sean tenidos en justicia, con tanto que los dichos alcaldes y regidores ante todas cosas hagan aceptación de los dichos oficios y la solemnidad del juramento, que en tal caso se requiere, en fe de lo cual hice e hago la presente escritura de ciudad y señalamiento de justicia y regimiento ante el presente escribano y testigos que es hecho en el dicho día mes y año, susodichos testigos: Antonio Tomás y Antón Higuera y Pedro Hernández, y otras muchas personas."

Esta organización política, administrativa y judicial, se ajustaba, en general, a las normas universales que para todos los casos de fundaciones establecía la ordenanza 43 de Felipe II (*Recopilación de leyes de Indias*, IV, 7, 2.):

"Elegida la tierra, provincia y lugar en que se ha de hacer nueva población, y averiguada la comodidad y aprovechamientos que puede

haber, el gobernador en cuyo distrito estuviere o confinare, declare el pueblo qué se ha de poblar; si ha de ser ciudad, villa o lugar, y conforme a lo que declarase, se forme el concejo, república y oficiales de ello, de forma que si hubiere de ser ciudad metropolitana, tenga un juez con título de adelantado, o alcalde mayor o corregidor, que ejerza la jurisdicción *in solidum* y juntamente con el regimiento tenga la administración de la república: Los tres oficiales de la hacienda real, doce regidores, dos fieles ejecutores, dos jurados de cada parroquia, un procurador general, un mayordomo, un escribano de concejo y dos escribanos públicos, uno de minas y registros, un pregonero mayor, un corredor de lonja, dos porteros; y si diocesana o sufragánea, ocho regidores y los demás oficiales perpétuos; para las villas y lugares, alcalde ordinario, cuatro regidores, un alguacil, un escribano de concejo y público, un mayordomo."

Cuando comenzó a producirse la diferenciación económica y social entre los pobladores —y en muchas ciudades comenzó muy pronto—, quedó establecido que la función pública correspondía sólo a los miembros de ciertos estratos superiores. La *Descripción del virreynato del Perú* de principios del siglo XVII establece muy claramente para la población de Lima la relación que hay entre la población social, las cargas militares, y las cargas políticas. Dice:

"Tiene toda la ciudad ocho capitanes de infantería. Cada compañía de estas tiene ciento y cincuenta hombres. De gente de a caballo tiene seiscientos hombres; y estos se entiende que, así los de infantería como los de a caballo, no son soldados de paga, porque la ciudad no tiene presidio ni gente de guarnición ni paga. La gente de a pie, son mercaderes, zapateros, sastres y de otros oficios. Los de a caballo son arrieros y chacareros, que estos son labradores en nombre español, y son mayordomos de chácaras y estancias y de otros oficios, y no es gente tan buena como la de a pie. Tiene la ciudad a lo más cien caballeros, que a estos los llaman vecinos, porque tienen los más de ellos rentas que les pagan indios.

Y tiene la ciudad veinte y cuatro regidores que entran en la cuenta de los cien caballeros, porque todos los regidores lo son y son los más principales, porque ellos son el gobierno de la ciudad."

En rigor, se repetía en América el mismo proceso que se había producido en España. La tendencia general fue restringir el acceso a los cargos públicos, de modo que sólo le correspondieran a quienes, en el proceso de creciente diferenciación económica, habían logrado mantener o alcanzar cierto grado de fortuna. En 1554 una

disposición de Carlos V (*Recopilación de Leyes de Indias*, IV, 10, 6) establecía:

"Declaramos y mandamos que en la elección en los cabildos de pueblos donde no estuvieren vendidos los oficios de regidores, y otros concejiles, no pueden ser elegidas ningunas personas que no sean vecinos, y el que tuviese casa poblada, aunque no sea encomendero de indios, se entienda ser vecino."

Desde 1518, además, la Corona designó en las ciudades "regidores perpetuos". Pero un cambio importante se produjo cuando la Corona comenzó a vender los cargos públicos, a partir de 1559. Primero fue el de escribano, luego los de alférez real, de receptor de penas, de alguacil mayor, de fiel ejecutor, y finalmente el de regidor. Los cargos se hicieron propiedad privada y hereditaria, y al cabo de poco tiempo se había constituido una oligarquía administrativa y política que constituyó en casi todas las ciudades un círculo estrecho y cerrado.

Sólo podían competir con él otros grupos —verdaderos grupos de poder— que gravitaban vigorosamente en la ciudad. En primer lugar los grupos eclesiásticos: los que constituían la curia, los que formaban las distintas órdenes, generalmente hostiles entre ellos y con intereses encontrados, y en segundo lugar los grupos mercantiles, que pugnan por poner la totalidad de la organización urbana al servicio de sus intereses. Pero además jugaban otras fuerzas en la conducción política de la ciudad. En aquellas que por ser capitales reunían a las más altas autoridades eclesiásticas y civiles, los conflictos entre el virrey o el gobernador y el obispo o arzobispo fueron, no sólo tema de pintoresco escándalo, sino también causa de la formación de dos núcleos políticos que, a veces representaron distintas tendencias y que, algunas veces, significaron dos polos de tensión en el seno de la vida urbana.

Uno de estos grupos de poder —el clero— encarnaba eminentemente la función cultural de la ciudad. Cualquiera sea la opinión que se tenga sobre el grado de sinceridad de los españoles cuando sostenían que el fin de la conquista era la conversión de los infieles, es innegable que tuvieron una preocupación muy viva por los problemas religiosos, lo cual puede y debe entenderse como preocupación por los problemas culturales. De hecho, los eclesiásticos que acompañaban a los pobladores tuvieron una autoridad considerable, precisamente porque esa preocupación era muy fuerte; tan considerable que muchos de ellos creyeron poder polemizar con la autoridad civil, discutir sus órdenes y, finalmente, no acatarlas o dictar otras contradictorias. En el orden institucional la compe-

tencia se tradujo en una serie de querellas, de las cuales quizá las más significativas fueron las de México, donde, a principios del siglo XVI, el arzobispo Juan de Zumárraga puso en interdicción a la ciudad de México. Cosa semejante ocurrió a principios del siglo siguiente con el virrey conde de Priego.

Pero más importante que los términos institucionales de la querella es la inequívoca comprobación —en estos como en otros casos— de que el poder eclesiástico gozaba de mayor apoyo popular que el poder civil. Este hecho no era inexplicable. Para los mismos fines que los conquistadores, sin duda, la iglesia había decidido usar otros medios. El problema quedó claro con el comportamiento de las órdenes religiosas, como puede verse a través de la prédica de fray Bartolomé de las Casas y fray Antonio de Montesinos, de los franciscanos, y en especial de fray Toribio de Motolinía, y de los jesuitas más tarde. Este comportamiento, experimentado en los primeros tiempos en los mismos centros indígenas, como hizo Vasco de Quiroga en Michoacán, se puso en práctica en las ciudades, desde los conventos urbanos, hacia los que convergía el apoyo de las clases altas piadosas y de las clases populares indígenas y mestizas.

Esta concurrencia del apoyo de diversos sectores dio fuerza social a los grupos conventuales, que constituyeron focos muy bien definidos dentro de la ciudad. A sus frailes les correspondió tanto sostener la fe de los españoles como adoctrinar a los indios. Por esta vía se convirtieron en instrumentos activísimos de un proceso de aculturación. El ejercicio de la catequesis y de la enseñanza general les permitió alcanzar su objeto; pero ayudó mucho a ello el ejercicio de la caridad pública. Casas de caridad y hospitales diversos configuraron la misión pública y popular de los frailes. La limosna regular, la ocasional intervención protectora y, sobre todo, la acogida de enfermos y lisiados, aproximaron a los frailes a las clases populares y facilitaron su relación con ellas. Pero es evidente que había una actitud, previa a esa acción, favorable a la comprensión y capaz, en consecuencia, de establecer los términos de la comunicación entre ambas culturas.

Podría decirse que esa comunicación fue uno de los más curiosos fenómenos de la vida urbana. Los sermones de los predicadores sentaron, en el pequeño ámbito urbano, opiniones netas y polémicas sobre todos los puntos de la convivencia social. A través del sermón ejercía su poder social la congregación en todos los niveles; y la controversia entre las órdenes, lejos de ser "querellas de frailes" como solía decirse despectivamente, era un cotejo de opiniones sobre los nacientes problemas de la ordenación de la convivencia.

Sin duda contribuía mucho a la influencia social de las congregaciones su considerable poder económico. Sus muchos privilegios los usaron para ejercitar este poder social y político, pero de tal manera que lograron cierta adhesión y simpatía. Gracias a ellas, los privilegios pasaron inadvertidos para las clases populares y adquirió relieve, en cambio, su acción protectora. Ese apoyo —más aún que la autoridad que les confería la Corona o les aseguraba el poder espiritual y la inquisición— transformó a las órdenes religiosas en vigorosos grupos de poder dentro de la vida urbana.

DISEÑO CRITICO DE LA CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA

Por *Javier RONDERO*

AL comenzar el año 1820, aparentemente reinaba en casi toda la Nueva España la más completa tranquilidad; y parecía que definitivamente había concluido la llamada guerra de "insurrección". Habían sido sometidos casi todos los insurgentes, a excepción del indomable Vicente Guerrero, en la región del Sur, quien con unos dos mil hombres armados, mantenía la tea encendida por Morelos; y entre los bosques de Veracruz vagaba errante el igualmente indómito Guadalupe Victoria.

Desde septiembre de 1816, hasta enero de 1821, se habían acogido a la gracia del indulto, 32 mil 475 hombres.¹

A este propósito Miguel Lerdo nos informa que² "Aunque quedaban todavía algunas pequeñas partidas de insurgentes que no se habían sometido al Gobierno, su corto número y la poca importancia de los puntos en que se hallaban confinados, hacía que se les viera con desprecio, esperando que no tardarían en desaparecer de la escena. Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez, Morelos, Matamoros y otros de los primeros hombres que iniciaron la lucha para independer este país de su metrópoli, habían recibido sucesivamente en un patíbulo el glorioso premio que inmortaliza por lo común a los varones esforzados que acometen empresas temerarias para mejorar la suerte de sus conciudadanos".

Muchos habían perecido combatiendo en aquella sangrienta y dilatada lucha; otros se encontraban encerrados en diversas prisiones, y por último, la mayoría, agotados por tantas privaciones, en una lucha a la que no se le veía fin y careciendo de un Jefe que diese dirección adecuada a sus esfuerzos y sacrificios, se habían acogido al indulto que el Virrey Apodaca prodigaba a cuantos se lo solicitaban. Sin embargo, como se percibió poco después, la paz

¹ Según resumen que de acuerdo con declaraciones oficiales, publicadas en la "Gaceta de la Epoca", formulara Miguel Lerdo de Tejada en sus "Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz". México. Imprenta de Vicente García Torres, en calle de San Juan de Letrán # 3. 1857.

² *Op. cit.*

era sólo aparente, ya que la convicción acerca de la Independencia, hacía cada día más prosélitos en la opinión "de la gente medianamente pensadora" y no aguardaba para poder consumarse, sino una ocasión propicia. Esta se presentó con el restablecimiento de la Constitución de 1812 en España, jurada en Madrid en marzo de 1820 y por Apodaca en México, el 31 de mayo y por los demás el 8 de junio de ese mismo año.

Las libertades consagradas en la Constitución, facilitaban la propaganda en favor de la emancipación, y alarmó al alto clero que veía amenazados sus privilegios, tanto por la Constitución de 1812, como por el nuevo régimen liberal que comenzaba a regir en España. El alto clero en la Nueva España estaba integrado por españoles, y por lo tanto enemigos naturales de la independencia, así como adversarios encarnizados del liberalismo.

Por otra parte, la prolongada insurrección iniciada desde 1810, había difundido por todos lados la aspiración hacia la independencia, y al terminar el año de 1820, era ya un sentimiento profundamente arraigado en la mayor parte de los mexicanos.

Además, una nueva generación había crecido y se había formado en medio de esta cruenta lucha y para ella la noción de independencia le era ya connatural.

Por otro lado, la guerra había deteriorado la economía del país, y el Gobierno español requería fuertes sumas de dinero, cada día más difíciles de extraer para sostener un numeroso ejército de cerca de 85 mil hombres, de los cuales solamente 25 mil formaban la caballería, quienes eran los instrumentos de represión sin los cuales el Gobierno español, no podía sostenerse en la llamada América Mexicana.

Desde que se promulgó en México, a mediados de 1820, la Constitución liberal española, se percibió claramente la inevitabilidad de cambios sociales. Principiaban a gestarse, a formarse dos partidos, sin nombre ni etiqueta, pero que se integraban por diversos grupos y que desde entonces, con todas sus variables y vicisitudes, han actuado en la política de México: el partido de los *cambios* y el partido de la *inmovilidad*. El primero hablaba de libertad y de progreso, el segundo de orden público y de religión.

Estas voces indeterminadas y vagas en sí mismas, como nos ilustra a este propósito José Luis Mora,³ eran entendidas de diversa manera por cada uno de los afiliados en ambos lados, que no cuidaban mucho de darle un sentido preciso a tales conceptos, en

³ Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837.

razón de que "las cosas, por entonces eran de una importancia secundaria respecto de las personas".⁴

Sin embargo, es necesario subrayar, para entender bien el sentido de los acontecimientos políticos de la época, que los liberales españoles, partidarios de las libertades en su país, y todos ellos anticlericales, no eran, sin embargo, partidarios de la independencia de la Nueva España; sólo eran partidarios de que en ésta se limitaran los privilegios del clero y se instaurara la libre emisión de las ideas. Por esto, hay que diferenciar claramente la posición de los liberales mexicanos, ante todo partidarios de un régimen autónomo en México, y de los liberales españoles, partidarios de un gobierno *dependiente* de una monarquía española constitucional, representativa y liberal.

Los "serviles", partidarios del absolutismo de Fernando VII, y celosos defensores de los privilegios y de la cabal hegemonía de un clero triunfalista, se encontraban completamente derrotados en España. Después de jurada la constitución en la metrópoli, se liberaron a los presos políticos, se abolió la inquisición, y circulaban folletos y periódicos políticos amparados en la libertad de expresión. La inmensa mayoría de los jefes y oficiales del Ejército, se había afiliado a la masonería que propugnaba estas ideas liberales, y las logias llegaron a tener influencia decisiva en los actos del Gobierno.

El Rey se vio en el caso de formar su gabinete con los propios presos políticos, a quienes había vejado y torturado. Estos promovieron de inmediato la cuestión del castigo de "los Persas", y se decidió que fueran las Cortes, cuando se instalaran, las que determinarían las penas respectivas. Se designó con el nombre de "los Persas", a los Diputados, quienes después de haber aprobado en las Cortes de Cádiz la Constitución liberal de 1812, suscribieron una representación a Fernando VII, solicitando anulara éste la propia Constitución, lo que hizo el 4 de mayo de 1814. Fueron en número de 69 los diputados trásfugas, y el más prominente de ellos había sido Antonio Pérez, mexicano, quien había sido Presidente de las propias Cortes, y se prestó a disolverlas.

Se les llamaba "los Persas", porque su representación se iniciaba para justificar el despotismo, con el siguiente párrafo: "era costumbre de los antiguos persas, pasar cinco días en anarquía después del fallecimiento de su Rey, a fin de que la experiencia de los asesinatos, robos y otras desgracias, los obligase a ser más fieles a su sucesor", Pérez fue premiado después por Fernando VII, al promoverlo como Obispo de Puebla, en la Nueva España,

⁴ *Op. cit.*

y se le concedieron numerosos beneficios, en premio a su abyección. Los liberales en el poder no podían olvidarlo ni perdonarlo, y exigieron el castigo y las pérdidas de sus canonjías y beneficios, así como las del resto de "los Persas". ¿Puede uno imaginarse el terror del Obispo Pérez, al enterarse de todo esto, y cómo veía aterrizado la próxima instalación de las Cortes en España, que serían, repito, las que se ocuparían de imponer las penas que merecían los Persas? El Obispo Pérez se decidió, de inmediato, a actuar para impedir que en México se jurase la Constitución española liberal. Se dirigió a diversos Obispos, incluyendo al de Guadalajara, el navarro Ruiz Cabañas; y al Arzobispo de México, el aragonés Pedro José de Fonte, acérrimo enemigo de la independencia.⁵ En la Ciudad de México, el Dr. Matías Monteagudo, Rector de la Universidad, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de México y Prepósito del Oratorio de San Felipe, se reunía en sus habitaciones, en el Templo de la Profesa, con Miguel Battaller, Regidor de la Audiencia, español extraordinariamente inteligente y perspicaz, pero enconado enemigo de la independencia; con José Isidro Yáñez, Oidor de la Audiencia, con José Antonio Tirado, el Inquisidor, y otras personas de influencia. Para no suscitar sospechas, fingían asistir a ejercicios espirituales, pero lo que tramaban era convencer al Virrey, a fin de que éste no jurase la Constitución de 1812 y se siguiera aplicando las Leyes de Indias, en espera de que Fernando VII, de quien se decía era virtual prisionero de los liberales, escapara de Madrid y viniera a residir en México; y a este propósito se propalaban rumores en el sentido de que ésta era la intención del propio Rey.

Es indispensable hacer hincapié para no perder el hilo conductor de esta trama y entender los acontecimientos posteriores, que los hombres de la Profesa no veían en esos días a Iturbide como el Jefe militar en el cual apoyarse. Por más que Iturbide fuese experimentado militar, de un valor excepcional reconocido, el hecho es que no tenía mando alguno y era un Coronel retirado. Los hombres de la Profesa tenían la mira puesta en el General José de la Cruz con grado superior en el ejército, y en aquel entonces Comandante de la Nueva Galicia, que comprendía un vasto

⁵ Fonte gobernó la Arquidiócesis de México, de 1815 a 1823. Se opuso a la independencia hasta el último momento. En 1822, al reprobarse en España por las Cortes liberales el tratado de Córdoba, se retiró a Cuernavaca para no colaborar con Iturbide ya Emperador, y se embarcó sigilosamente para España desde Tampico. No regresó jamás a México, ni renunció hasta que se lo exigió la Santa Sede, el año de 1837, habiéndose mientras tanto opuesto siempre en España, al reconocimiento de la Independencia de México.

territorio extendido por todo Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes, Durango y San Luis Potosí. A tal efecto enviaron emisarios tanto a Cruz como al Obispo de Guadalajara, Ruiz de Cabañas. A este propósito Lucas Alamán, por lo que le refirió el Lic. Zozaya, amigo de Iturbide, escribe en su "Historia de México" que éste, recomendado por Monteagudo, tuvo una conferencia con el Virrey, el cual a la vista de un retrato de Fernando VII, le expresó la opresión que sufría el Rey de España y la violencia con que se le había arrancado el juramento de la Constitución a pesar de que se pretendía que lo había hecho con libertad. Esta primera entrevista de Iturbide con el Virrey no es verosímil. Tendría que haberse efectuado durante el mes de mayo de 1820, ya que era el lapso, inmediatamente posterior a conocerse en México la jura en Madrid de la Constitución y antes de la fecha 31 de mayo en que el Virrey la juró en México. Pero el mismo Don Lucas en páginas posteriores relata cómo el Teniente Coronel Miguel Badillo, que tenía a su cargo el ramo de guerra dio el nombre de Iturbide como la persona apta para suceder al Coronel José Gabriel de Armijo, Comandante del Sur, y fue entonces cuando el Virrey inquirió sobre Iturbide y le llamó para darle el mando el día 9 de noviembre de 1820. Por esto y por lo que se verá más tarde, lo más probable es que Iturbide no asistiera a las juntas de la Profesa, aunque sí estaba en relación personal con el Regente de la Audiencia, Bataller, a quien conoció desde 1816.

Los hombres de la Profesa sin embargo, no lograron su propósito porque los acontecimientos se precipitaron en forma distinta y contraria a los intereses de los serviles.

Al mismo tiempo que los absolutistas se reunían con el propósito de impedir en México el establecimiento de la Constitución, se reunían justamente para lo contrario, en la casa de los Capellanes del Convento de las Teresas, en la calle de Santa Teresa y después en el número 20 de la calle de Coliseo Viejo, el Oidor de la Audiencia Felipe Martínez de Aragón, español liberal con su yerno Don Fausto de Elhuyar, Decano y Director de Minería, famoso hombre de ciencia, y unos cuantos franciscanos con otras personas, que formaban el núcleo central de una logia masónica intitulada "Arquitectura Moral" y que habían establecido desde 1818.

La llegada de las tropas expedicionarias españolas, hizo cobrar gran importancia a las logias, especialmente a las de Veracruz, ya que todos los jefes y oficiales que llegaban, tanto del ejército como de la marina, pertenecían a la masonería llamada "Escocesa".⁶

⁶ Llamada así por seguir el rito del escocés Miguel Ramsay, que en

Los comerciantes de Veracruz, con rarísimas excepciones, eran todos liberales y la mayor parte de ellos partidarios de la Independencia.

Pero aquí hay que distinguir de nuevo entre unos y otros. Mientras que los comerciantes establecidos en Veracruz sí eran partidarios de la emancipación, los militares aunque liberales, como casi todos los españoles, eran contrarios a ella, y aún la mayoría de los mexicanos, por disciplina militar, sostenían al Gobierno Español: por ejemplo, los militares de alta graduación Manuel y José Rincón, combatían a los insurgentes en Veracruz, lo mismo que José Morán, Marqués de Vivanco, y a la sazón Gobernador de Puebla. Igualmente lo hacía el Marqués de Castro Terreño, de la familia del Villar, y pariente del primero. Estos sólo se sumaron a la independencia, pocos días antes de la entrada de los insurgentes a la Ciudad de México.

Entre la aristocracia, aunque se haya dicho lo contrario, Iturbide contó con muy contados apoyos, entre los que se destacaron los Cervantes: el Marqués de Salvatierra y su hermano el Conde de Santiago de Calimaya, así como el Marqués de San Juan de Rayas, riquísimo minero y finalmente el Conde de Jala y Regla, Pedro Romero de Terreros, quienes figuraron como miembros de la Primera Junta Soberana gubernativa. Pero la mayoría de los títulos de Castilla fueron siempre partidarios de los Borbones, y cuando vieron que éstos no aceptarían el trono mexicano, pretendían el advenimiento al mismo, de un príncipe austriaco.

No podían tolerar que un joven Coronel criollo, que a pesar de pertenecer a una familia distinguida, no poseía título en la Nueva España, pudiera ser Emperador.

El comercio de Veracruz sí era liberal y sostuvo siempre a Iturbide.

Los comerciantes veracruzanos eran partidarios de una monarquía liberal, y cuando las Cortes de España repudiaron el Tratado de Córdoba, se alinearon de inmediato detrás de Iturbide, quien representó los intereses mexicanos en contra de los españoles.

Los veracruzanos más acaudalados, apoyaron a Iturbide hasta el final y le prestaron apoyo económico, como Don Juan B. Lobo, miembro que fue también de la Junta gubernativa, don Pedro del Paso y Troncoso, Prior del Consulado de Veracruz y Vicente Fernández de los Ronderos, quien desde 1811, siendo un joven Teniente del Regimiento de Dragones de España, trató de sublevarlo,

unión de los Jesuitas quienes eran partidarios de la restauración de los Estuardo en Inglaterra, las habían establecido con un nuevo ritual masónico el siglo anterior.

sosteniendo que no existía ya ni Rey ni Junta en España, que tuviera autoridad en la América Mexicana⁷ así como los poderosos comerciantes Manuel Elguero, Pedro Antonio de Garay y Manuel Buch.

El comercio de Veracruz sufría la decadencia de las fuentes de riqueza de la Nueva España, provocada por la prolongada guerra de independencia.

Desde diciembre de 1817, el Consulado de Veracruz había publicado en un folleto, la necesidad de establecer la libertad de comercio, abriéndose así la comunicación mercantil con los Puertos de las demás naciones. Esta propuesta fue combatida por el muy conservador Consulado de México, sin poder rebatir los argumentos de los comerciantes liberales de Veracruz. Estos insistieron en sus razones, consignándolo así en la memoria de estatuto de la Junta del Gobierno del Consulado Veracruzano, su Secretario, Don José María Quiroz. Su Prior, Del Paso y Troncoso, honrado y respetado comerciante de este Puerto, insistió el 12 de octubre de 1819, en el mismo sentido ante el Virrey. Comparó el estado de prosperidad de La Habana, en donde existía comercio libre, con la decadencia patente del de Veracruz, y señalaba que mientras en el año de 1816 entraban a La Habana un mil ocho barcos, con un giro de 21 millones, en Veracruz, para proveer a toda la Nueva España, entraron sólo ciento sesenta y siete barcos, y cada vez menos en los años siguientes.

Troncoso se dirigió también al Ministro Español de Hacienda, Don José de Imaz, para hacerle saber que por falta de barcos, se estaba perdiendo por valor de 2 millones de pesos, la carga de grana que se cultivaba en el Sur de Veracruz y Oaxaca, y 140 mil pesos más de derecho de exportación, que se pagaba por ella.

La grana se exportaba a Europa, en donde se utilizaba como tintura en los textiles, hasta mediados del siglo pasado; industria que llegó casi a arruinarse durante la guerra de independencia, ya que los capitalistas españoles emigraron a Guatemala.

La respuesta de Fernando VII, con fecha 27 de septiembre de 1819, ordenó por Decreto la prohibición de entrada de barcos extranjeros al Puerto de Veracruz y "que en todas las expediciones que en adelante se concedieran para América, se entendiese excluido, así cuando no se expresase así en la real orden respectiva".

Esto hizo que los comerciantes de Veracruz se hicieran partidarios de las ideas independentistas y acérrimos enemigos, aunque todavía no declarados, de Fernando VII.

No es de extrañar, pues, que los propios comerciantes, aún los españoles, en Veracruz, forzaran al Comandante, General Dávila,

⁷ Ver manuscritos de Bertrán Cusiné.

a jurar la Constitución liberal, aún sin esperar órdenes de Madrid y que unos días antes, la Constitución liberal se jurara en Campeche.

Ello obligó al Virrey Apodaca a no poder detener ya por más tiempo la solemne jura en México y en el resto del Virreinato por todas las autoridades de dicha Constitución, en la forma más solemne y con la jubilosa participación del pueblo.

Desde este momento, se venían abajo los planes del Obispo Pérez y de los absolutistas, y a partir de entonces, Iturbide comenzó a forjar por él mismo su proyecto de independencia que cristalizó en el Plan de Iguala.

Aunque sea un dato muy poco conocido, Iturbide, como distinguido Jefe Militar, era también masón.⁸ Parece ser que había ingresado a las logias por incitación de su camarada, compañero de armas y confidente, Vicente Filisola, y en ella, ocupando un lugar prominente, también se hallaba en Guadalajara el General Pedro Celestino Negrete. Pero dejemos la explicación de los hechos, al propio Iturbide, quien en sus Memorias que fechó en Liorna, el 27 de septiembre de 1823, nos dice: "Formé mi plan conocido como el de Iguala; mío, porque solo lo concebí, lo entendí, lo publiqué y lo ejecuté." Un folletista ha dicho que es obra de una reunión de serviles que tenían sus juntas en la Profesa, edificio de la congregación de S. Felipe en México; cualquiera que haya leído el plan se convencerá por sólo su contexto, que no pudo haber sido dictado por el servilismo: prescindo de las ideas de aquellos a quienes se atribuye; son cosas en que ordinariamente el vulgo se equivoca: para mí son personas muy respetables por sus virtudes y saber: este escrito llegará a sus manos, y yo no me atrevería a llamarlo mío porque tengo bastante delicadeza para no exponerme a ser desmentido. Después de extendido el plan que luego se llamó de Iguala, lo consulté con aquellas personas⁹ mejor reputadas de los diversos partidos, sin que de una sola dejase de merecer la aprobación, ni recibió modificaciones, ni disimulaciones, ni aumentos. Me propuse hacer independiente a mi patria, porque éste era el voto general de los americanos, voto fundado en un sentimiento natural y en los principios de justicia; y voto que se consideró que era medio único de que prosperaran ambas naciones. Los españoles no han querido convencerse de que su decadencia empezó con la

⁸ En la "Historia General de la Masonería", aparece el apellido de Agustín de Iturbide, como voz esdrújula o sea Agustín de Itúrbida (ca vasco quiere decir camino fuerte) y así se firmaba hasta que el pueblo convirtió la voz esdrújula en grave. Historia General de la Orden Masónica (Diccionario Enciclopédico de la Masonería), tomo III, Editorial Kier, S. A. 1962. Buenos Aires, p. 425.

⁹ Los licenciados Azcárate y Espinosa de los Monteros.

adquisición de aquellas colonias: los colonos sí lo estaban de que había llegado el tiempo de emanciparse. Los políticos dirán, yo no escribo disertaciones".

Iturbide, hombre de acción, procedió de inmediato a preparar y realizar su plan, del cual nos dice Lorenzo de Zavala¹⁰ que: "los que examinen el valioso plan llamado de Iguala, por haberse publicado en aquel pueblo por primera vez, teniendo presentes las circunstancias en que se hallaba la nación mexicana, convendrán en que fue una obra maestra de política y de saber... el plan, como se ve, conciliaba todos los intereses y elevando la Nueva España al rango de una nación independiente, que era el voto general, hizo callar delante de este inmenso beneficio, las pretensiones particulares de los que querían la república, y de los que deseaban la monarquía absoluta. Todos los hijos del país se unían en el principio de nacionalidad, cada uno reservaba para después sus pretensiones diferentes. Dentro de poco veremos desarrollarse este germen de ideas, envueltas todavía en las tinieblas o sofocadas por el grande interés de la causa común".

A este efecto, Iturbide envió propios y misivas por todos lados el día 24 de febrero, día en que se proclama el Plan de Iguala. Dirige una carta al Virrey, Conde de Venadito, en el que como dice Luis Villoro:¹¹ "Su intención principal parece ser el evitar la transformación del orden antiguo, en el sentido de las nuevas ideas".

Sin embargo, esto es sólo apariencia externa, deliberadamente expresada para justificarse ante el Virrey, ya que su pensamiento íntimo es claramente manifestado dos días antes, o sea el 22 de febrero de 1821, al General Don Celestino Negrete, español liberal, a quien escribió que "Mi estimado amigo: habrá usted notado en el proyecto que le expliqué en mi última carta de 25 del próximo pasado y 5 del presente, algunas cositas que no se conformarán absolutamente con el genio e ideas de Ud.; como no se conforman con las mías, pero la consideración de que es preciso adherirse a algunos caprichos o preocupaciones del común de los socios, me hace abrazarlas, seguro de que después entrarán por la buena dirección en las reformas útiles, para lo cual hay de antemano, medidas exactas". Hay que subrayar de esta carta los vocablos, *reformas* y *medidas exactas* que expresan¹² el pensamiento político de Iturbide, inclinado ya al liberalismo e influido por sus amigos

¹⁰ Lorenzo de Zavala. Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830.

¹¹ Luis Villoro. "El Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia".

¹² P. Mariano Cuevas S. J. El Libertador. Editorial Patria, S. A.

íntimos y después cercanos colaboradores, Licenciados Azcárate y Espinosa de los Monteros, todos ellos masones liberales, al igual que el destinatario de esta carta que se comenta.

Iturbide, influido por estos dos, era ya convencido del régimen monárquico constitucional, representativo y moderado. Hay que recalcar que ya designado Iturbide, Emperador, tuvo en su gabinete, como Secretarios de Relaciones Interiores y Exteriores, primero al Cura Don José Manuel Herrera, de ideas liberales, quien había sido Vicario de los ejércitos de Morelos y Agente Diplomático de éste en los Estados Unidos; y en los últimos días del imperio, a Don José Cecilio del Valle, gran liberal, de origen hondureño y quien había representado a Guatemala en el Congreso del Imperio Mexicano.

De origen insurgente era también otro liberal, Don Andrés Quintana Roo, Subsecretario de Relaciones del Imperio Mexicano. El Secretario Particular de Iturbide, ya Emperador, lo fue don Francisco de Paula Alvarez, quien lo había sido antes de O'Donoghú y también liberal y masón. Este redactaba en estilo roussoniano, los manifiestos políticos de Iturbide.

La lucha, desde principios de 1822, no era entre serviles, que ya habían sido rebasados en el movimiento de consumación de la independencia y liberales, sino entre liberales mexicanos y españoles; éstos dominaban las Logias escocesas, manejadas ocultamente por el General y después Teniente General Pedro Celestino Negrete, suprema autoridad militar después de Iturbide y a quien reconocían como verdadero jefe los militares "escoceses", siéndolo aparentemente Nicolás Bravo.

Bravo había sido "cultivado" por los españoles desde que éste perdonara la vida a 300 españoles, generosa, pero indebidamente, ya que debería haber exigido el canje por otros tantos insurgentes. Bravo, se había indultado, y desde entonces, hasta su muerte, fue el apoyo más eficaz, primero, de los españoles conservadores, y después, de los mexicanos reaccionarios. Bravo, todavía en enero de 1823, cuando se unió a los militares "escoceses", quienes traicionaron a Iturbide en el Plan de Casamata, manifestó expresamente que no era republicano sino monarquista moderado.

Nicolás Bravo, instaurada la República, se une a los españoles, durante la Presidencia de Guadalupe Victoria, éste sí uno de los republicanos convencidos desde siempre y quien combatiera abierta y limpiamente a Iturbide, desde que fuera proclamado Emperador, mientras que Bravo lo servía en el Consejo de Estado del Imperio, aprobando las órdenes de aprehensión contra los conspiradores republicanos, Fray Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bus-

tamente, Anastasio Zerezero y la expulsión de Miguel Santamaría, veracruzano, quien fungía como Ministro de Colombia.

Bravo, es combatido y derrotado en su intento reaccionario por Guerrero y expulsado a Guayaquil. Perdonado por este último, se levanta de nuevo contra él, y a las órdenes de Bustamante, lo persigue después con órdenes de aprehenderlo y fusilarlo.

Más tarde Bravo se levanta contra Gómez Farías —la más acendrada conciencia histórica y el reformista más limpio e indeclinable— al grito de "Religión y Fueros", y se convierte en instrumento de Santa Anna, cuando éste apoya a los centralistas.

Los tres generales claves de la política mexicana de 1823 a 1847, son: Bravo, como Jefe Militar de los reaccionarios y de los centralistas; Gómez Pedraza de los moderados y Santa Anna, siempre santanista, es el único de quien pueden echar mano los federalistas para apoyarse en él cuando así se lo admite su oportunismo político. Así vemos cómo Gómez Farías unido a Santa Anna en 1833, como Vicepresidente y abandonado por éste, se ve en el caso, en 1846, de repetir la misma fórmula, en el federalismo y unirse de nuevo con el caudillo veracruzano.

Conviene repetir que en 1821 y 1822, los liberales españoles de origen, van a ser los enemigos de Iturbide, en contra de los liberales mexicanos, quienes lo apoyan. Don José María Fagoaga y Don Francisco Sánchez de Tagle, ambos liberales y ambos aristócratas, son los enemigos más acérrimos de Iturbide, ya que eran borbonistas; partidarios de una monarquía constitucional y liberal, pero con un príncipe español primero, y después con uno austriaco, cuando se repudiaron los tratados de Córdoba. Lo que no toleraban era que un Coronel criollo, pudiera ser emperador. Igualmente pensaban y sentían los militares que en la última hora se habían sumado al Plan de Iguala, como el Marqués de Vivanco, también enconado enemigo de Iturbide. El imperio mexicano se había proclamado desde diciembre de 1821, faltando sólo la designación del monarca. Cuando en marzo de 1822, se discutió el nombramiento de Iturbide en el Congreso, Fagoaga y su grupo se opusieron, con el argumento de que el Congreso no tenía facultades para hacerlo, ya que no estaban vigentes los tratados de Córdoba. A esto se opuso con vigor Don Valentín Gómez Farías, Jefe liberal del partido mexicano, quien junto con Lorenzo de Zavala, José María Bocanegra y sumando 47 Diputados, sostuvieron que el Congreso, al ser constituyente, sí tenía facultades para nombrar Emperador, y presentaron la iniciativa de que fuera designado como tal, Iturbide. Gómez Farías, el hombre de la Reforma y el gran transformador de México, a quien principalmente se debe que nuestro país re-

chazara su pasado colonial, se oponía a un príncipe español o europeo, con toda razón, ya que veía con toda claridad que en esta forma la independencia política de México quedaba por completo mediatizada, y por ello era el más decidido partidario de que se coronase a Iturbide, al que apoyó en el Congreso, hasta que fue disuelto.

Colaborador importante de Iturbide, lo fue también Don Lorenzo de Zavala, uno de los talentos más extraordinarios de México y quien en su "Ensayo Histórico sobre las Revoluciones de México", demuestra ser el analista más perspicaz de la historia del imperio de Iturbide, y un historiador honrado y veraz. Zavala, después de disuelto el Congreso, medida que él mismo aconsejó, formó parte de la Junta instituyente que él había sugerido y que tenía por objeto convocar a un nuevo Congreso y eliminar a los obstructionistas de Iturbide. Gómez Farías no aprobó esta medida y se separó por completo de Iturbide, cuando éste la adoptó (31 de octubre de 1822).

Zavala era el más encarnizado enemigo de los borbonistas. Por eso, después de fusilado Iturbide, fue el promotor de las Logias Yorquinas, a las que ingresaron casi la totalidad de los Iturbidistas. Todos éstos fueron después federalistas y combatieron a los antiguos borbonistas y los primeros republicanos, como en el caso de Fray Servando Teresa. Ahora bien, ¿por qué se dio en nuestra historia, la paradoja de que el mismo hombre que había unido a todos, revelándose como hábil político y quien diera a México su Bandera Nacional, símbolo de la unión; en menos de un par de años abdicaba y ya no unía a los mexicanos, sino que los dividía, lo mismo que sucede hoy día con su memoria?

Esto nos lo explica Justo Sierra, el historiador mexicano más honrado, penetrante y objetivo, y en cuya interpretación se funda la nuestra expresada en estas páginas; cuando nos dice¹³ "Entonces llegó a México la noticia de la repulsa indignada e irracional con que habían sido acogidos los tratados de Córdoba por las Cortes españolas; los borbonistas quedaron desconcertados y se pegaron a los republicanos y antiguos insurgentes, que dirigidos y organizados por las logias masónicas, comenzaron a hacer llegar al Congreso peticiones en favor de una república como las de Colombia, el Perú y Buenos Aires. Mas no era ese el sentimiento público; la exaltación contra España, un sentimiento inmenso de júbilo porque la repulsa de las Cortes había dejado al Imperio dueño de sí mismo y le había dado un carácter nacional, rompiendo la última liga posible con la metrópoli; un deseo vehemente de retar al poder de

¹³ Evolución política del pueblo mexicano.

Fernando VII, poniendo frente a él a un monarca nacido del movimiento mismo de la independencia, eran los caracteres de la opinión dominante y avasalladora. Iturbide aparecía más que nunca ante las multitudes como un guía y como un faro: *era el orgullo nacional hecho carne*. Esto explica el "imperialismo" de los Gómez Farías y los Zavala, los futuros jefes del partido radical, empeñado en extirpar del país hasta el último rastro de la preponderancia española. . . . Es inútil la discusión sobre la conducta que debió haber observado Iturbide para evitar el escollo de un trono sobre arena cimentado; después de los acontecimientos y en vista de las consecuencias funestas de su ensayo, es sumamente fácil el papel de profetas retrospectivos, y ahora podemos darnos la satisfacción de una censura implacable, demostrando que más habría convenido a él y al país que, rompiendo los compromisos de Iguala, hubiese inaugurado una dictadura eminentemente ilustrada y organizadora, forma natural de los gobiernos de transición, hasta que las amenazas de España hubiesen terminado y la República, compacta y fuerte, se hubiese desprendido bien de la matriz colonial. . . . El Imperio, a pesar de su popularidad, nació muerto, porque nació indigente y defraudó instantáneamente las esperanzas de cuantos en él veían una piedra filosofal, una receta para convertir en oro para los empleados, posición a que aspiraban todos los mexicanos, los inagotables tesoros naturales del país más rico de la tierra, lo que era un axioma por tal modo evidente, que quienes se atrevían a criticarlo eran tachados de malos patriotas. . . . Mas la situación financiera devoraba las entrañas de aquel régimen que, a pesar del desprendimiento de Iturbide, resultaba por todo extremo caro, y que fue frustráneo, precisamente porque fue insolvente".

A Iturbide como lo presintió inmediatamente Poinsett lo hundió su penuria económica.

Lorenzo de Zavala, "gran ambicioso y gran audaz", era el más inteligente consejero del Emperador. "Iturbide era para él un instrumento admirable para realizar el propósito esencial: la independencia nacional y social respecto de España".¹⁴

Ramos Arizpe también fue partidario de Iturbide a quien ayudó convenciendo a O'Donoghú de la conveniencia de firmar los Tratados de Córdoba, y posteriormente a someter a Don Felipe de la Garza, republicano, lo sojuzgó primero y después logró de Iturbide que lo perdonara y le devolviera el mando militar. Ramos Arizpe al igual que Gómez Farías combatieron a Iturbide una vez disuelto el Congreso.

¹⁴ Justo Sierra. Evolución política del pueblo mexicano. Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 132.

Esta medida era aconsejada por Zavala, quien juzgaba la necesidad de instaurar un gobierno fuerte de tipo liberal, una dictadura ilustrada que acabara con el antiguo orden colonial.

Como señala Justo Sierra y nos lo enseña la Historia, la dictadura ha sido la forma de gobierno en los lapsos en que se destruye por completo un orden social para instaurar otro nuevo, pero Iturbide, que como militar había sido decidido, duro, severo y hasta cruel, influido posteriormente por las ideas liberales, era un convencido ya como Emperador, de la monarquía constitucional moderada, representativa y liberal y no se decidió a asumir la dictadura. Esto lo colocó no entre la espada y la pared, sino entre dos espadas para que ambas lo ensartaran.

Iturbide había cometido el error de minimizar a los antiguos combatientes insurgentes, con excepción de Vicente Guerrero a quien nombró Mariscal de Campo y Capitán General y Comandante del Sur.

Además Iturbide para justificar su pasado realista desconocía los grandes y más importantes merecimientos de los iniciadores de una obra que él consumara, obra que no hubiera podido realizar sin la heroica lucha de los que la promovieron, de un Hidalgo, de un Morelos y finalmente de un Guerrero —varón ejemplar por la reciedumbre de su carácter, por la tenacidad de su lucha y por la limpieza de sus propósitos—, quedando mal así Iturbide con unos y con otros, con los primeros insurgentes y con los de última hora, y no le quedó al final otra alternativa que la dictadura o la abdicación. Se decidió por esta última.

Pero quienes lo vencieron fueron los militares realistas que lo traicionaron en Casa Mata, como Vivanco, Negrete y José Antonio Echávarri, joven General de 26 años, quien le debía todo a Iturbide. Ya que Santa Anna, quien proclama la República, había sido derrotado, lo mismo que Guerrero y Bravo.

¿Qué significó el triunfo de Iturbide?

Fue el gozne de una nueva puerta que se abría. El nuevo umbral que unía dos partes: la conservación de un orden y la transformación del mismo como acertadamente lo estima Luis Villoro.¹⁵ Iturbide adoptó medidas liberales como el establecimiento del derecho general de ciudadanía, la abolición de las castas y de la discriminación de los empleos públicos, la supresión de las trabas que se oponían a la libre industria, a la explotación minera y al comercio y redujo las alcabalas. Así como amplió decididamente la instrucción pública. Por esto, su ascenso supone no solamente la persistencia sino también el cambio y la transformación del pasado.

¹⁵ *Op. cit.*

Fue significativo que el Poder Ejecutivo que le sucediera, compuesto por sus enemigos, Negrete, Bravo y Victoria, tuviera como alma y cerebro a Don Lucas Alamán, Jefe de los conservadores del antiguo orden colonial. Estos tuvieron que ser después desplazados por Guerrero que encarnaba el auténtico movimiento popular, apoyado por Zavala y la mayor parte de los antiguos iturbidistas.

A breves rasgos, este es el esquema, el bosquejo de la consumación de la independencia y de los inicios de nuestro México como nación independiente.

EN TORNO A LOS ZAPATISTAS EN *EL AGUILA Y LA SERPIENTE* DE MARTIN LUIS GUZMAN

Por Noël SALOMON

Si bien nos afirma M. L. Guzmán que en sus crónicas-novelas sobre la revolución mexicana no necesitó "barajar conceptos políticos"¹ no evitó el enfoque ideológico. ¿Cómo habría podido evitarlo? La obra literaria en cuanto obra artística, se sitúa más allá de la Ideología, pero no por eso deja de hundir raíces en ella. Siempre existen condiciones ideológicas en la elaboración de la obra de arte. Desde luego no debemos reducir ésta a sus condiciones —como hacía el socio-ideologismo de Plekhanov.² Pero imposible queda olvidar que ella afirma su autonomía estética *dentro y a pesar* del contexto de creación cuya impronta conserva de algún modo.³

El mismo M. L. Guzmán en su Discurso de Ingreso en la *Academia mexicana de la lengua* admitió que su experiencia de la realidad revolucionaria entró en conflicto con las definiciones ideológicas de la patria que de su preparación intelectual heredara. Allí nos dice que el choque provocó en él duda e interrogación trágicas:

No conseguía poner de acuerdo con las verdades que estaba respirando, ni su conciencia patriótica sobre lo inmediato y actual ni su concepto histórico de México. Y si sufría por lo uno, lo otro lo angustiaba.⁴

En el mismo Discurso el escritor nos revela que el desgarró entonces sufrido por él le paralizó como tal:

¹ Cf. M. L. Guzmán, *Apunte sobre una personalidad. Discurso pronunciado en la Academia mexicana, el 19 de febrero 1954.* in *Academia*, Cía. General de ediciones, México, 1959, p. 42.

² Cf. G. Plekhanov, *L'art et la vie sociale*, Editions sociales, Paris, 1949.

³ Sobre el particular existe una abundante literatura. Uno de los más importantes libros sobre esta cuestión teórica es el de Pierre Macheray, *Pour une théorie de la production littéraire*, ed. F. Maspero, Paris, 1966.

⁴ *Academias*, p. 38-39.

Porque para hablar de tal modo, le faltaba el concurso de un imposible: que la materia revolucionaria, vista por él directamente, no hubiese chocado con las definiciones patrias recibidas por él, como en quinta esencia a través de la historia.⁵

¿Cómo resolvió su conflicto el escritor? Según sus propias palabras fue llevando a cabo *por medios literarios* una operación mágico-mitológica. Sustituyó la tremenda realidad vivida por una imagen estética y depurada de la Revolución que por su pujanza y evidencia se convirtiese en otra definición ideológico-mítica armonizada con las anteriores definiciones que le había legado su cultura. Ya antes de que se pusiera a escribir M. L. Guzmán había experimentado, en lo más hondo de su sensibilidad y a pesar de las condenas culturales o morales de la "intelligentzia" de la cual era parte integrante, el afán de absoluto histórico y la sed de hagiografía patriótica:

El punto era éste: ¿Cómo se reflejaría la imagen de la Revolución, cómo la de sus hombres, en el espejo de la historia mexicana? ¿Sería posible limpiarlos de sus impurezas —a ello y a ellos—, y de lo que en algunos caudillos, quizás de los más salientes, se señalaba como verdaderas deformidades? ¿Se les podría abrillantar hasta hacerlos dignos de lucir, creadores de un México nuevo, con las mayúsculas de oro que en los tableros patrios recuerdan a los héroes mayores? ¿O había él de convenir, para oprobio de todos, en que era la insensatez, era el crimen, era la infamia, quien traía a México el bien, mientras la virtud se ponía a salvo de los peligros, incapaz de alcanzar y procurarse lo que el mal estaba consiguiendo? *Porque no ignoraba que lo más inteligente y culto del México de aquellos días fallaba inflexible contra la Revolución y contra todo lo revolucionario.*⁶

Aquejado por tan profundo y grave problema no le encontró remedio sino tomando alguna distancia con los acontecimientos (años) y la tierra (varios exilios). Sólo entonces, nos dice, pudo realizar un acto que se le antojó *meramente literario* ("convertir en valor literario lo que había visto y vivido en la Revolución"), a pesar de que tal acto tuvo como efecto una depuración histórica semejante a la que logran los siglos al captar el pasado de la patria:

Entonces... es cuando comprende que para entender y sentir al México revolucionario con toda su trascendencia moral y bajo su verda-

⁵ *Ibidem*, p. 41.

⁶ *Ibid.*, p. 39.

dera luz, no necesita barajar conceptos políticos o leyes sociológicas, ni ver a los protagonistas en algunos de sus hechos aislados, así sean proezas fantásticas o intimidaciones candorosas que lo retraten fielmente en el momento elegido. La cabal respuesta en cuanto se pregunta la encontrará siguiendo en su vida, en sus móviles, y en las consecuencias de sus motivaciones y su carácter a quienes hicieron la Revolución y la personificaron según los conoció él, *pues ello equivaldrá, al menos en su concepto, a la depuración derramada por los siglos sobre las otras etapas afirmativas de la historia mexicana, igual que acontece con la historia de cualquier pueblo y a despecho de las debilidades que a todo hombre aquejan.*⁷

Debemos reconocer la honestidad de esta declaración donde M. L. Guzmán confiesa que, siendo incondicional de los *fin*es de la Revolución —a pesar de no pocos *medios* condenados por su conciencia moral⁸— quiso ser, en cuanto escritor, no sólo un producto de la historia mexicana sino también un productor de su interpretación. Para realizar su tarea literaria necesitaba transformar lo eventual y transitorio de la existencia efectiva de los Revolucionarios (“lo más discutido en nombre de la verdad o de la mentira”) en arquetipos de lo mexicano armoniosamente articulados con los arquetipos anteriores de la historia nacional:

⁷ *Ibid.*, p. 42.

⁸ Sobre el problema del “fin” y de los “medios” tantas veces tratado a propósito de las revoluciones de ayer y hoy (ya planteado en el siglo xvi en relación con debates sobre “la Razón de Estado”) parece que M. L. Guzmán adopta una actitud tajante al decir en el Discurso de la Academia: “Ni se le ocultaban tampoco muchas generalizaciones históricas, cada una suficiente, con su mero enunciado, a dejar la Revolución Mexicana limpia de toda culpa con respecto a sus medios” (*Academias*, p. 43). En realidad otra es su postura en *El águila y la serpiente* donde precisamente aborda en forma de interrogación trágica el problema de la interdependencia dialéctica entre *fin*es y *medios* (dicho en otros términos se pregunta si cualquier medio conduce al fin deseado). En cambio en las *Memorias de Pancho Villa*, por haberse instalado el narrador en el “yo” del Caudillo, todo queda justificado por la grandeza del fin y la pureza de las intenciones. P. Villa ignora lo que es la “mala conciencia” y mediante argumentos las más veces históricos liquida todo sentimiento de culpabilidad moral. Véase entre otros ejemplos la justificación que da del asesinato de David Berlanga (ed. Cia. general de ediciones, México, 1963, p. 739): “¿He de dejar, por blanduras mías delante de los yerros de curritos y licenciados que el grande triunfo del pueblo se malogre?” Excusado es decir que tal versión se sitúa en las antípodas de la que ofrece *El águila y la serpiente* donde se afirma la condena moral y se habla de “crimen horrible”.

En otros términos necesitaba, para no ser una contradicción ante sí mismo, explicarse la existencia y la grandeza de los Pancho Villa y de los Emiliano Zapata —los dos revolucionarios más característicos—: pero explicárselos no como fatalidades históricas a la vez deplorables y útiles, sino como algo que, lejos de resultar en su concreción íntegra opuesto a la *idea de México* era plausiblemente concebible dentro del marco mexicano, concebible en la forma de grandes personalidades cuya aparición no requería disculpas individuales ni nacionales, ni tenía por qué suscitar rubores, antes estaba en armonía con lo máximo de lo que México había dado de sí...⁹

Bien se sabe que M. L. Guzmán aprovechó el tesoro de sus recuerdos, la capacidad de su inteligencia y el brillo de su talento para explicar la figura de P. Villa el "Caudillo del Norte". Desde *El Aguila y la Serpiente* (1917-1926), cuya prosa cinceló sin tregua en sucesivas ediciones, hasta las *Memorias de Pancho Villa* (1958) también pulidas y complementadas poco a poco, M. L. Guzmán no dejó de esculpir la estatua de P. Villa "tel qu'en lui même l'éternité le change", según la consabida expresión de Stéphane Mallarmé. A pesar de que no pocos libros o artículos y tesis de Universidades norteamericanas se dedicaron al tema "villista" bajo la pluma de M. L. Guzmán creemos que lo más importante queda por decir. Precisamente habría que mostrar actuando y "en devenir" el proceso de "mitificación" casi platónica (obvias son las huellas de "platonismo" en el antiguo miembro del *Ateneo de la Juventud*) al que alude él mismo en su Discurso de la Academia. Sería de señalar la tarea de depuración histórica a la que se dedicó; el escritor para captar mejor lo que llama la "esencia" o la "Idea" de México en su figura. Así se arrojaría luz sobre su creación *literaria* así como sobre su contribución al desarrollo de la "leyenda" revolucionaria (en el sentido latino: "legenda" = *lo que debe leerse*). No cabe duda de que, merced a hermosas dotes de observación, M. L. Guzmán supo ver la "riqueza humana" de tipos revolucionarios que a pesar de sus taras y debilidades, encarnaban importantísimos elementos del porvenir mexicano. Por haber tenido esta penetración analítica, el escritor fue capaz de expresar el futuro incluso cuando su preparación de intelectual capitalino le llevaba a juicios condenatorios de contenido ético-cultural. Sobre el particular nada más aleccionador que el tratamiento del tema de los zapatistas en *El Aguila y la Serpiente*.

⁹ *Ibid.*, p. 44.

A primera vista las páginas dedicadas a la ocupación del Palacio presidencial por los soldados de E. Zapata a fines de 1914 (Capítulo V, Libro quinto, "Los zapatistas en Palacio") conllevan una censura cultural y moral de parte de un autor "urbano" (en todos los sentidos de la palabra era un hijo de la "urbs" mexicana)¹⁰ chocado profundamente por la irrupción de la "Barbarie" del campo en el universo de la "Civilización" simbolizado materialmente por alfombras, tapices y cuadros. Porque obvio es que la tradicional antítesis "Civilización y Barbarie", antaño establecida por D. F. Sarmiento en el *Facundo* y manejada por tantos liberales latinoamericanos al abarcar el proceso de sus sociedades (piénsese en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos), acondiciona ideológicamente la visión del zapatismo en *El Águila y la Serpiente*, en lo que llamaremos el primer nivel de significación del texto. Recordemos lo esencial de estas páginas. Con José Isabel Robles el personaje central de la obra (nadie ignora que se trata del joven M. L. Guzmán) acompaña a Eulalio Gutiérrez durante la visita que el Presidente nombrado por la Convención de Aguascalientes hizo al Palacio Nacional antes de instalarse en él. Los recibe Eufemio Zapata en cuyo poder se halla el edificio. En seguida llama la atención al personaje narrador el contraste —rarísimo para su mirada de intelectual— entre el ambiente refinado de una arquitectura por él bien conocida¹¹ (arquería, pilastras, escalera monumental, etc. . .) y los grupos de soldados zapatistas rudos y casi "salvajes" que allí están acampeando y vivaqueando.

Porque a no dudarlo aquel palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo muy nuevo y muy raro.¹²

Esta impresión de un choque frontal entre dos mundos culturales incompatibles e inconciliables se repite como un "leit-motiv" en la narración de la visita. Primero se nota la falta de armonía entre el marco y la silueta campesina de Eufemio Zapata vestido a lo indio cuando sube por la escalera de honor:

¹⁰ Cf. Evocación de su niñez y adolescencia en el *Discurso de ingreso en la Academia, Academias*, p. 19-36.

¹¹ *Ibid.*, p. 36.

¹² M. L. Guzmán, *El águila y la serpiente*, ed. M. Aguilar, Madrid, 1928, p. 336. Se sabe que la edición Aguilar es la "princeps". Tomaremos de ella nuestras citas.

Con su pantalón ajustado —de ancha ceja en las dos costuras exteriores—; con su blusa de dril —anudada sobre el vientre— y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar conforme ascendía de escalón en escalón los históricos días que estábamos viviendo: *los simbolizaba por el contraste de su figura, no bumilde sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio.*¹³

Pero la disonancia no se limita al contraste de conjunto que hace la silueta campesina con un ambiente arquitectónico donde desentona y quiebra una armonía codificada por la cultura. Surge ella del contacto de la más ínfima parte del cuerpo "ajeno" con el "organismo" en que pretende insertarse:

Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto (p. 337).

En la visión del narrador la heterogeneidad orgánica entre Eufemio Zapata y el Palacio se explaya en una nota cómica. Era de esperar. Es una situación antigua la del "rusticus" que hace reír al "civilizado" por su insensatez e ignorancia, cuando un escritor le coloca hirsuto y atolondrado en medio de un salón de Palacio. Con un enfoque aristocrático de escarnio y mofa para con los villanos, hacia el año 1500, Juan de la Encina ponía en escena a unos pastores paletos quienes soltaban simplezas y ocurrencias en el Castillo de los Duques de Alba. Con óptica, desde luego distinta, pero todavía acondicionada por la oposición cultural entre dos medios sociales, M. L. Guzmán otorga a Eufemio Zapata una "simpleza" que le caracteriza netamente como un hombre "de a caballo", muy cercano a los gauchos pampeanos de D. F. Sarmiento cuya cosmovisión dependía del caballo: antes de ver la "silla presidencial", es decir antes de entrar en Palacio, creía él —según sus propias palabras— que se trataba de una "silla de montar":

Desde que estoy aquí vengo a ver esta silla todos los días, para irme acostumbrando.

"Porque —afigúrense nomás— antes siempre había creído que la silla presidencial era una silla de montar". Dicho esto se dio Eufemio a reír de su propia simpleza y con él reímos nosotros (p. 338).

¹³ *Ibid.*, p. 337.

El final de la narración de la visita del Palacio confirma que según la visión de M. L. Guzmán identificado al personaje central, en el gran catálogo de las especies humanas, los zapatistas se definen básicamente como "hombres de a caballo". En efecto, dicha su "simpleza" sobre la silla presidencial, Eufemio Zapata lleva a los visitantes hasta las cocheras y caballerizas donde —como veremos— demuestra que allí está en su verdadero medio. (p. 338-339). Significativamente se acaba la visita pasando por la sala de los traspacios donde se hallan reunidos unos cien jefes y oficiales zapatistas, apiñados, amontonados, sentados sobre las mesas, o echados por el suelo, todos borrachos (p. 339). No cabe duda de que para el culto M. L. Guzmán existe un divorcio sin remedio entre este mundo de los zapatistas revolcados en su bestialidad y el de la gente civilizada y consciente al cual pertenece él:

...Sin lugar a dudas acabábamos de caer en un mundo distinto del nuestro, tan distinto que lo desconcertábamos con sólo llegar... (p. 339).

La incompatibilidad es de orden cultural y como lo anunciamos es atañedora al viejo conflicto entre "Civilización" y "Barbarie" en función del cual los filósofos de la Historia del Siglo XVIII,¹⁴ y luego del Siglo XIX, explicaron el proceso de desarrollo de las sociedades humanas. Quien lo dude tiene que leer el capítulo que sigue —el de la descripción de "los zapatistas en Palacio". En éste (cap. V, libro quinto, intitulado "Un Ministro de Fomento") leemos:

...Todavía sentía empapada el alma en el hábito de orgía bestial con que la *barbarie* zapatista acababa de revelárseme en la guarida de Eufemio, caliginosa y aterradora... (p. 341).

Nos parece importante observar que en ediciones que vinieron después de la "princeps" (en una fecha que valdría la pena precisar consultando toda la serie) M. L. Guzmán substituyó la ex-

¹⁴ Se sabe que la palabra "Civilisation" aparece probablemente por primera vez bajo la pluma del padre de Mirabeau autor de *L'Ami des Hommes* en 1756. Vino a ser una palabra clave del vocabulario de los filósofos de la Enciclopedia. Para ellos la "Civilisation" se convirtió en meta de la dinámica histórica. En 1770 d'Holbach afirma que "une chaîne d'expériences successives conduit l'homme sauvage jusqu'à l'état où nous le voyons dans une société civilisée où il s'occupe des sciences les plus sublimes et des connaissances les plus compliquées" (*Essai sur les préjugés*).

presión "Barbarie zapatista" por la fórmula más neutral: "facción zapatista".¹⁵ Admitimos que sea ésta una "corrección de estilo";¹⁶ pero significa también un evidente paso atrás en la censura ideológica: "facción" no conlleva las connotaciones culturalmente negativas que durante largos años implicó en América latina el vocablo "Barbarie";¹⁷ es una palabra menos "marcada" y al fin y al cabo "clásica" para designar las distintas fuerzas de la Revolución que se enfrentaron:¹⁸ "Facción" en vez de "Barbarie" disminuye la intensidad de la contradicción histórica y por eso creemos que compromete a M. L. Guzmán más de lo que se podría pensar a primera vista. No en vano el naturalista Buffon proclamó "Le style est l'homme même". En el caso considerado la modificación de palabras realizada por M. L. Guzmán —probablemente más de unos veinte años más tarde que la primera redacción¹⁹— refleja "a posteriori" la duda dolorosa que aquejaba al escritor, antes que tomara la pluma, según revela él mismo en el Discurso de la Academia de la lengua:

¹⁵ Por ejemplo en ed. Cía. general de ediciones, México, 1964.

¹⁶ Durante el año universitario 1965-1966, siendo Presidente del Jurado nacional del concurso de "Agrégation" para cátedras de español en Francia, introdujimos *El águila y la serpiente* en el programa oficial. Con este motivo el señor Porfirio Muñoz Ledo, consejero cultural de la Embajada mexicana en París nos sugirió que le enviásemos a M. L. Guzmán un cuestionario sobre el conjunto de su obra. Este nos contestó de la forma siguiente a propósito de las correcciones que habíamos constatado en *El águila y la serpiente*:

"El texto de la edición *princeps* de *El águila y la serpiente* tiene muchas correcciones de estilo si se compara con el texto de las inserciones hechas en los periódicos; pero entre ambos textos no hay ninguna diferencia importante. Después, a medida que las ediciones se han multiplicado, y siempre que me ha sido posible, he introducido algunas otras correcciones, *siempre de estilo*. No creo que ninguno de estos casos haya dado lugar a variantes de importancia".

¹⁷ José Martí parece ser uno de los pocos intelectuales que rehusaron el dilema "Civilización-Barbarie" para explicar la historia de América Latina. Cf. notre article *José Martí et la prise de conscience latino-américaine*, in *Cuba sí*, n° 35-36, Paris, 1970.

¹⁸ Esta es la palabra que usa Jesús Silva Herzog. Cf. *Breve Historia de la Revolución mexicana. (La etapa constitucionalista y la lucha de facciones)* (tomo II, Fondo de Cultura Económica, 1960).

¹⁹ Se sabe que *El Águila y la Serpiente* salió a luz primero en folletines del periódico *El Universal* en México en 1926. Pero según el mismo autor empezó a escribir su novela casi diez años antes. En contestación a nuestro cuestionario del año 1966 nos escribió:

"Empecé a escribir *El águila y la serpiente* en 1917, y cuando se hizo la publicación en folletones ya estaba concebida en su integridad y escrita en su mayor parte".

Emiliano Zapata, el otro predilecto de los juicios condenatorios inapelables era sólo el Atila del Sur, un devastador, un degollador insaciable en sus atrocidades y sin embargo, a él, Zapata le aparecía como el sostenedor único durante años y contra la furia de todo un régimen social en armas del principio revolucionario que luego se consideraría básico e intocable. Y la pregunta se le venía rápida al pensamiento: si esas enormes tareas, irrealizables sin el concurso de una aspiración nacional quedaban encomendadas a los bandoleros ¿dónde habría que ponerse para estar al lado de los hombres de bien? ¿O es que hacía falta el mal para la obra, mal que entonces no debía ser denunciado, sino glorificado? (*Academias*, p. 40)

Es de decir que en *El Aguila y la Serpiente* el aspecto social del zapatismo —“básico e intocable” a posteriori— no aparece en ninguna manera. Para que M. L. Guzmán lo sacase a relucir como tema, habría sido menester que en el momento en que escribió su texto (entre 1917 y 1926) participara él de la interpretación más o menos “socialista” del movimiento agrarista que parece haberse desarrollado sobre todo *después*. Ya lo dijimos en *El Aguila y la Serpiente* no hay tal interpretación sino una visión impregnada por la ideología cultural del liberalismo (al estilo militante del siglo XIX). La perspectiva de M. L. Guzmán —aunque muy distinta por el acento humano— no difiere básicamente, por lo que a los presupuestos *intelectuales* se refiere, de la de su adversario José Vasconcelos en *La Tormenta*. Este también vio la ocupación de la ciudad de México por tropas revolucionarias a fines de 1914, ora zapatistas ora villistas, con la mirada del intelectual culto²⁰ quien piensa la historia de América latina en función de la conocida antítesis de D. F. Sarmiento.²¹ Corriendo el riesgo de pa-

²⁰ Remitimos a la definición que de sí mismo dio indirectamente J. Vasconcelos en *La Tormenta*: “Pertenece Rivas lo mismo que yo a la clase media profesional que inventa, posee y administra los tesoros de la cultura en todas las latitudes. Verdadera aristocracia del espíritu, se halla esta clase colocada entre la rudeza y la incompetencia de los de abajo y la corrupción, el estulto egoísmo de los de arriba” (Ed. Botas, México, 1948, p. 200).

²¹ J. Vasconcelos precisamente hace una referencia a “Civilización y Barbarie” en el capítulo intitolado con ironía “Don Eufemio en Palacio”. Escribe a propósito de la dominación del país por Pancho Villa: “A la oficina de Eulalio instalada en el carro pullman que nos conducía a la Metrópoli, llegaban noticias que nos hacían vislumbrar como en el fondo de una pesadilla, el retroceso de México a la época de la montonera sudamericana y del caudillaje santanista. De pronto se hacía realidad otra vez en nuestro suelo, el tipo del Facundo de Sarmiento, la bestia que la Ar-

recer iconoclasta nos atreveremos a decir que a nivel de la ideología cultural y desde determinado enfoque social no vemos zanja que no se pueda salvar entre la visión de los zapatistas en Palacio de *El Aguila y la Serpiente* y no pocos estereotipos del anti-zapatismo que empezaron a circular en 1911 y se repitieron luego al estilo de un estribillo en la prensa ora reaccionaria, ora carrancista. Harto sabido es que el "científico" F. Bulnes ha publicado que el montón de las fuerzas revolucionarias se reclutó en un pueblo cerril, obtuso, semi-desnudo, maloliente, más enemigo del jabón que no de la dictadura.²² Desde 1911 la prensa capitalina y provinciana (en particular el periódico católico *El país*, defensor de los intereses de clases de los grandes hacendados de Morelos) y no pocos diputados aplicaron a los zapatistas definiciones por el estilo, pintando a su jefe como a un moderno Gengis Khan y denunciando a las "hordas de forajidos de Zapata".²³ La campaña psicológica en contra del "vandalismo" zapatista no cesó ni un momento y al ocupar México, D. F. en nombre de Carranza, Pablo González llamó a los soldados agraristas "lobos vestidos de ovejas que se exhibieron en la ciudad, alegando como título a consideración el pedido de limosnas".²⁴ Los partidarios de Carranza dueños del gobierno arremetieron igual contra Pascual Orozco y contra Emiliano Zapata calificándolos de individuos "de rudeza selvática [...] de apetitos orgiásticos de sangre y de crimen".²⁵ Aunque no habla de sangre ni crimen a propósito de los zapatistas en Palacio, M. L. Guzmán —como vimos— menciona en la edición "princeps" de *El Aguila y la Serpiente* lo que él llama el "hábito de orgía bestial" de la "barbarie zapatista" (p. 341). Es de preguntarse si entonces su pluma no hizo eco —a nivel de los esquemas ideológicos y de las inconscientes solidaridades históricas que implica siempre el lenguaje— a un estereotipo bastante difundido. No significa, desde luego, que contra toda verdad transformemos al escritor en partidario de Carranza ya que harto sabido es que

gentina liquidó desde el cuarenta. Y peor aún porque Facundo Quiroga nunca dominó a Buenos Aires...". (*La Tormenta*, ed. cit., p. 202).

²² F. Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, 1920, p. 423. Una parte de tal definición coincide con la que del villano rústico daban los medios aristocrático-urbanos al final de la Edad media en Francia e Italia.

²³ Moisés González Navarro, *Zapata y la revolución agraria*, in *Caravelle*. IX. Toulouse. 1967, p. 12, piensa que los artículos antizapatistas de *El país* bien pudieron escribirse por la pluma del "comtiano" F. Bulnes.

²⁴ *Informe que el general de división Pablo González rinde a C. Venustiano Carranza...*, Imprenta J. Chévez y hermanos, 1915. p. 4-5.

²⁵ Moisés González Navarro, *op. cit.*

se volvió anticarrancista. A Villa y Zapata los carrancistas juzgaron como hombres de "silvestre estulticia".²⁶ A base de dicha expresión despectiva, descubrimos una vez más la bipolaridad de la antítesis "Ciudad-Campo" que, como sabemos, encuadra la visión de los zapatistas en Palacio en *El Aguila y la Serpiente*.²⁷ La acusación de vandalismo en contra de E. Zapata no cesó hasta que asesinaron en 1919 al famoso "Atila del Sur".²⁸ Pero con eso no terminó su carrera el membrete de "Bárbaro" que le habían puesto sus muchos adversarios. Bajo plumas que fueron a la vez anti-porfiristas y enemigas de la "carranclanería" —según la palabra creada por J. Vasconcelos— se vuelve a repetir la idea expresada por F. Bulnes de que el zapatismo correspondía a un "bárbaro atavismo".²⁹ J. Vasconcelos fue uno de los más apasionados y tajantes al escribir mucho más tarde en *La Tormenta* (1936):

La doctrina subterránea del zapatismo era la vuelta de México al indigenismo de Moctezuma... El teocalli de los sacrificios humanos es la única institución que pervive. Los zapatistas la traían perfeccionada con el uso de la ametralladora y la pistola automática (p. 204).

Como se ve la reacción antizapatista fue muy amplia y se desbordó más allá de las fronteras de clanes, partidos o temperamentos.²⁹ Creemos que se explica globalmente por muy importantes

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Notemos también que al evocar los desmanes cometidos por las tropas villistas en la ciudad de México, M. L. Guzmán escribe: "... en el panorama urbano de la gran ciudad descollaban, con estruendo, hechos a la medida de las montañas y del campo". (*El Aguila y la Serpiente*, ed. Aguilar, p. 350).

²⁸ Tal expresión tuvo tanta difusión como la de "tigre de los llanos" aplicada a Facundo César Quiroga. Lo mismo que una vidalita integró en sus versos el símil dedicado al caudillo riojano, un corrido de Eduardo Guerrero retomó la expresión aplicada al caudillo sureño afectándola de signo positivo. Cf. *Triste despedida de Emiliano Zapata* in *Los corridos de la Revolución*, Selección de Herrera Frimont, Biblioteca enciclopédica popular Secretaría de Educación Pública, México, 1946:

"El Atila me llamaron
los que me combatían,
pero ya todo acabóse
y murió ya a quien temían."

²⁹ Cf. Moisés González Navarro. *op. cit.*, p. 31.

²⁹ El mismo J. Vasconcelos quien repudia las atrocidades villistas la acepta cuando se aplican a los zapatistas. Cf. *La Tormenta*, ed. cit., p. 208: "Nos salvó del retorno indígena el salvajismo de Fierro que noche a noche fusilaba, por su cuenta y gusto, diez, veinte coroneles indígenas zapatistas".

que fueran las alianzas transitorias y las contradicciones secundarias, por la contradicción mayor de intereses y mentalidades que en aquel entonces dividía la sociedad mexicana: la oposición "Ciudad-Campo" vinculada con la economía "semi-feudal, semi-burguesa" legada por el porfiriato.³⁰ De no haber sido así, no podríamos entender que hasta obreros de ciudades se pusieron al lado de V. Carranza y aceptaron luchar con las armas en contra de los villistas.³¹

En estas condiciones no hay como para asombrarse de que el liberal y urbano M. L. Guzmán haya introducido en *El Aguila y la Serpiente* un juicio ideológico-cultural de signo negativo a propósito de los zapatistas. Tampoco debe sorprender que haya contado francamente en esta novela-crónica cómo estando al servicio del Gobierno Convencionista se las ingenió, corrompiendo a algunos jefes para no abastecer en armas a las tropas zapatistas que daban batalla a los carrancistas en Amozoc y Puebla.³² Semejante política objetiva y subjetivamente "carrancista" u "obregonista" se compaginaba lógicamente con la visión ideológico-cultural arriba definida.

Quizás se nos opondrá la declaración de M. L. Guzmán en el Discurso de la Academia mexicana de la lengua que ya citamos, donde el escritor afirma que tuvo consciencia de la índole *sociál* del zapatismo, en el mismo momento en que estaba inmerso en los acontecimientos revolucionarios:

... y sin embargo a él Zapata le aparecía como el sostenedor, único durante años y contra la furia de todo un régimen social en armas,

³⁰ Cf. nuestro ensayo *Féodalisme et capitalisme au Mexique de 1856 à 1910*, in *Recherches internationales*, n° 32 Paris, 1965.

³¹ Sobre el pacto de la "Casa del obrero mundial" con el Constitucionalismo en 1914-1915 ver el texto del manifiesto in J. Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana*, Fondo de Cultura económica II, 3ª ed., México, 1964, p. 117. Ver también J. A. Meyer, *Les ouvriers dans la Révolution mexicaine: les Bataillons rouges* in *Annales* (Economies, Sociétés, Civilisations), 25e année, n° 1, Janvier-Février 1970, p. 30-35.

Desde luego la alianza de los sindicatos obreros con V. Carranza no podía durar muchísimo, porque poco a poco la "lucha de clase" entre obreros y capitalistas iba a cobrar una importancia cada vez mayor en la economía mexicana. De ahí la ruptura entre sindicatos y V. Carranza hacia 1916 (Congreso de Veracruz). Cf. J. Silva Herzog, *op. cit.*, p. 197.

³² Cf. Libro sexto, Cap. I, "Una forma de gobierno". "Durante los días en que los zapatistas pugnaban por arrojar de Puebla a las fuerzas de Alvarado, yo agoté todos los recursos inimaginables para no proveerlos de armas, cartuchos, ni locomotoras" (ed. cit., p. 348). "... pero si se percataban de mi desecho de no ayudarlos o lo sospechaban siquiera me ponían en terribles aprietos y armaban formidables escándalos" (ed. cit., p. 349).

del principio revolucionario que luego se consideraría básico e intocable.

Ni qué decir tiene; no ponemos en duda la sinceridad de tal profesión de fe pronunciada en circunstancias solemnes en 1954. Veremos que la interpretamos en un sentido que redunde en provecho del *escritor* pero no creemos que permita arrojar luz —a nivel ideológico— sobre la visión de los zapatistas en *El Águila y la Serpiente*. En realidad la idea —en cuanto "idea"— de la significación social del zapatismo no emergió en la obra literaria de M. L. Guzmán sino más tarde, cuando empezó a redactar sus *Memorias de Pancho Villa* (desde 1938, durante el período Cardenista). Entonces fue cuando desarrolló con un estilo netamente "hagiográfico" el tema de una maravillosa e idílica armonía de esencias entre Pancho Villa y Emiliano Zapata, soldados del pueblo al servicio de la "Causa del Pobre" contra la Injusticia Social.³³

¿ENTONCES cómo puede resolverse en pro de la coherencia de una personalidad la contradicción que constatamos —a nivel de las *conceptualizaciones*— entre un M. L. Guzmán cuya cultura se sentía herida por el espectáculo de los zapatistas con huaraches en Palacio, en *El Águila y la Serpiente* (1917-1926) y un M. L. Guzmán quien en las *Memorias de Pancho Villa* (1938 et sq.) y el *Discurso de ingreso en la Academia mexicana de la lengua* (1954), integra a Zapata junto con P. Villa en el panteón de los semi-dioses revolucionarios? Es normal que los conceptos de M. L. Guzmán hayan evolucionado a lo largo de un período que duró más de treinta años. Por otra parte obvio es que participó él en una "recuperación ideológica" que rebasó —con amplitud— a su persona y cuya historia queda por hacer.³⁴ Sin embargo creemos

³³ Cf. *Memorias de Pancho Villa*, Cía. general de ediciones, México, sexta ed., 1963, p. 666, la contestación de P. Villa a los delegados de E. Zapata que le expusieron el Plan de Ayala: "... conforme a mi juicio somos hermanos todos los hombres que salimos a luchar contra Victoriano Huerta, y que buscamos en el triunfo de nuestra causa no el encumbramiento de una nueva tiranía sino el advenimiento de leyes justas que acaben con la explotación de los pobres por los ricos..." Cf. también, capítulo II "Villa y Zapata celebran junta en Xochimilco y sellan allí su unión para defender la causa del Pueblo" (p. 722 y sq.) y capítulo III "Los ejércitos de Zapata y Villa desfilan en triunfo por la ciudad de México" (p. 729 y sq.).

³⁴ Limitándose al caso de M. L. Guzmán se puede observar cómo en las *Memorias de Pancho Villa*: toda "Barbarie" de los partidarios de E. Zapata desaparece. En cambio se ponen de relieve —sin alterar la verdad— los

que se pueden vislumbrar en la *profundidad* del ser de M. L. Guzmán revelado por el texto de *El Aguila y la Serpiente* los elementos que un día venidero permitirían que se resolviese la contradicción. De hecho en cuanto *artista* —a pesar de las limitaciones de su ideología en determinada época, y a pesar de los juicios culturales gobernados por la antítesis "Civilización y Barbarie"— M. L. Guzmán captó sinceramente y supo expresar en *El Aguila y la Serpiente* la riqueza humana del "zapatismo", detectar en la ganga el tesoro de la pepita. Observador verídico y directo se mostró sensible a lo que le ocultaba su sistema de pensamiento y fue capaz de traducirlo a nivel *estético*. F. Engels observó que Balzac políticamente reaccionario supo pintar y denunciar a *nivel literario* las taras de la burguesía francesa del siglo XIX en su *Comédie Humaine*.³⁵ De igual modo D. F. Sarmiento enconado enemigo ideológico de la Barbarie del campo argentino, destacó artísticamente en el *Facundo* la riqueza humana de los gauchos.³⁶ La mirada aguda de M. L. Guzmán escritor pasó a través de la corteza cultural y penetró hasta la fibra y la verdad que significaban los zapatistas en Palacio. Cuando, en 1966, le preguntamos en un cuestionario, si él no "revalorizó" al movimiento zapatista en una época posterior a la de la elaboración de *El Aguila y la Serpiente*, nos contestó:

El zapatismo descrito en *El Aguila y la Serpiente* es el que pudo ver y juzgar el personaje central e íntimo de la obra: un joven criado y educado en la ciudad de México, estudiante de la Universidad, que de pronto, a impulso de sus ideales redentores, se va a los campos de la Revolución. Aquí tropieza con la realidad, realidad brutal, y que si bien no hace mella en su pensamiento idealista, no impide que vea a los hombres tal como fueron. Además, no se dice en *El Aguila y la Serpiente* que el zapatismo no haya tenido la esencia que la historia de México le ha reconocido después. El autor del libro plantea sólo una interrogación. [...] Más aún: en el fondo de *El Aguila y la Serpiente* bulle el ímpetu, generoso y creador, aunque indefinido, del pueblo mexicano movido por la Revolución, y de ese ímpetu

signos de "Civilización" que ellos ostentaban. Cf. ed. cit., p. 665-666, lo que dice P. Villa de los delegados zapatistas en la convención de Aguascalientes:

"Venían entre aquellos un licenciado de nombre Paulino Martínez y otro licenciado de nombre Antonio Díaz Soto y Gama que eran hombres de mucha civilización y de grandes conocimientos tocantes a todas las cosas".

³⁵ Carta a Miss Harkness escrita en inglés en Abril 1888.

³⁶ Remitimos a las páginas de descripción literaria de los pintorescos tipos gauchescos: *El Baqueano*, *El payador*, *El gaucho malo*, etc. . .

son personificaciones supremas Pancho Villa y Emiliano Zapata, no los Carranza, ni los Obregones, ni los Pablos González.

De hecho una lectura profundizada del texto permite descubrir en la evocación de los zapatistas de *El Aguila y la Serpiente* "este ímpetu generoso y creador aunque indefinido del pueblo, movido por la Revolución" de que nos habló M. L. Guzmán en su carta. Si resulta "indefinido" se debe precisamente al hecho de que no recibe allí *definición* ideológica, sino que es captado y expresado directamente a nivel *estético* y *humano*, de modo por decirlo así intuitivo. Le llaman la atención al joven estudiante confrontado con los zapatistas en Palacio la dulzura y la humildad de los más de ellos. De los dos hombres quienes de lejos acompañaron a los visitantes por las salas adornadas con cuadros, dice él:

Formaban una doble figura extrañamente lejana y quieta. Todo lo veían muy juntos, sin hablar, descubiertas las cabezas de cabellera gruesa y apelmazada, humildemente cogido con ambas manos el sombrero de palma. Su tierna concentración, azorada y casi religiosa, *si representaba allí una verdad*. (p. 338).

Eufemio Zapata a quien el joven estudiante vio como un ser elemental y primitivo, tampoco carecía en su visión de este "candor envidiable" ni de esta sencillez ingenua que la religión otorga a algunos santos rústicos (verbigracia San Diego de Alcalá, San Isidro labrador de Madrid, etc., en las comedias de Lope de Vega).

y todo iba diciéndolo en tono de tal sencillez que a mí me producía verdadera ternura... (p. 338).

Bien mirado por muy primitivo que resulte Eufemio Zapata en la descripción de M. L. Guzmán posee una cultura no desdeñable, que es precisamente una cultura de "primitivos" en los cuales —según palabras de C. Lévy Strauss en *La pensée sauvage*— se acumuló tanta experiencia humana como en los sedicentes "Civilizados". Su ciencia del caballo es signo de una "Civilización" cuya cálida presencia sintió M. L. Guzmán y supo trasuntar literariamente en su narración:

Entre colleras, riendas, bocados, tirantes —todo oloroso a cuero engrasado y crujiente— mostró él *una increíble suma de conocimientos precisos*. De caballos igual que de criarlos que arrendarlos y lucirlos parecía saber no menos. De todo esto nos habló con entusiasmo... (p. 339).

Por fin —quizás sea esto lo más importante— M. L. Guzmán introdujo en el retrato de Eufemio Zapata un rasgo que le caracteriza como típico representante de los "pobres" y de "los de abajo", hechos a la vida dura y a la miseria de los jacales. Por decirlo así, bajo la pluma del escritor, Eufemio Zapata viene a ser un como símbolo de ascetismo y austeridad revolucionaria.³⁷ En Palacio, escribe M. L. Guzmán "había encontrado habitaciones a su gusto en el más mezquino y escondido de los traspáticos". Explicando a los visitantes el motivo de este ruin refugio, en un lugar donde no escaseaban las lujosas moradas, el general zapatista tuvo una frase que por sí sola implicaba un programa de ejemplar sencillez.

Estoy aquí —nos dijo— porque como siempre he sido pobre, en cuartos mejores no podría vivir (p. 339).

Al atribuir estas palabras a Eufemio Zapata, M. L. Guzmán tipifica como auténtico vocero de los desheredados campesinos a quien fue co-firmante del Plan de Ayala. Sin sermón ideológico, meramente por la pintura fiel y directa el cronista-novelistas deja ver que el hermano de Emiliano Zapata es en efecto —pese a sus defectos y especialmente su alcoholismo— uno de aquellos jefes zapatistas de quienes J. Silva Herzog ha podido escribir:

...conocían bien la miseria que padecía el habitante del campo, la habían sufrido en su propia carne y por eso tenían idea de sus necesidades elementales insatisfechas...³⁸

Por cierto la penetración analítica de M. L. Guzmán —"de una asombrosa precisión de laboratorio" escribimos hace veinte años³⁹— le permite distinguir entre los oficiales zapatistas dos com-

³⁷ Aquí pensamos en la postura moral de José Martí quien frente al Evangelio de la riqueza y del éxito social (venerados en los U.S.A.) y frente a lo que él llamaba "el goce babilónico" enalteció para los pueblos latino-americanos la grandeza de la pobreza y la miseria frutos de su historia pero no inherentes a su naturaleza humana. Cf. nuestro ensayo *José Martí et la prise de conscience latino-américaine*, in *Cuba sí*, n° 35-36, Paris, 1971. Significativo es que en el retrato que nos dejó de San Martín triunfador en Santiago insistiera J. Martí en el espíritu de pobreza del Libertador "...mina desde su casa de triunfador en Santiago —donde no quiere "vajilla de plata" ni sueldos pingües— el poderío del virrey en el Perú". (*Album el Porvenir*, Nueva York, 1891).

³⁸ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana*, Fondo de Cultura económica, 3ª ed., 1964, I, p. 218.

³⁹ Noël Salomon, introducción a la edición comentada de M. L. Guzmán,

portamientos. No todos ellos son santos o ascetas. Unos siguen siendo fieles a su sencillez ingenua mientras otros, codiciosos y atraídos por el dinero, se dejan corromper.⁴⁰ Pero basta que M. L. Guzmán haya captado la verdad humana de los primeros para que, pese a la propia ideología cultural del escritor quede legitimada de antemano su declaración pro-zapatista del Discurso de la *Academia Mexicana de la lengua en 1954*.

EN fin de cuentas no coincidimos con algunos eminentes críticos quienes, sin distinguir entre la perspectiva ideológico cultural y la percepción ético-humana de M. L. Guzmán en el *Águila y la Serpiente* recalcaron el primer aspecto sin señalar el segundo. Verbigracia disentimos del juicio de nuestro respetado y querido amigo el profesor Manuel Pedro González no por haber afirmado él que M. L. Guzmán dedica "varias páginas a ridiculizar la ignorancia y el asombro primitivo de los zapatistas ante los esplendores de la capital", sino por haber agregado que el escritor "no puede ver o percibir la virtud humilde".⁴¹ Creemos, al contrario, que vio *a la vez*, contradictoriamente, el ridículo y la virtud humilde de los zapatistas en Palacio.

Al ser intérprete fiel de la vida M. L. Guzmán vislumbró la verdad zapatista a pesar del sistema de valores en nombre de los cuales condenaba a los agraristas acampados en la gran ciudad. Tenemos aquí un ejemplo más de lo que C. Vallejo llamaba "la creación política del arte", creación genuina que no se sitúa a nivel de propaganda o de catecismo circunstancial, sino a nivel de verdad profunda expresada por medios estéticos directos y de valor duradero.⁴² Así es como M. L. Guzmán contribuyó —a nivel

El águila y la serpiente, Classiques Hachette (Collection Hispanique), Paris, 1953.

⁴⁰ Refiriéndose a sus propias maniobras de corrupción cuando negaba armas y pertrechos a los zapatistas el personaje central declara "Y había de ver cómo se me encrespaban algunos subordinados de Zapata por lo común generales de calzón y blusa de carabina en bandolera, de cananas cruzadas sobre el pecho — y cómo otros explotaban económicamente la situación: estos generales de pantalón de charro, de guayabera de dril y de pistola en funda con bordados de plata" (p. 348).

Implica el reconocimiento de la "verdad" representada por los generales zapatistas "de calzón y blusa".

⁴¹ Manuel Pedro González, *Trayectoria de la novela en México*, ed. Botas, México, 1951, p. 208.

⁴² Cf. C. Vallejo, *Los artistas ante la política*, in *Mundial*, 30 de Diciembre de 1927 — *Sobre el proletariado literario* in *Mundial*, 28 de Marzo

literario— a la elaboración de una mitología revolucionaria donde las figuras históricas adquieren dimensión de arquetipos y paradigmas. Así es como se convirtió en "productor literario" de la historia de su "nación". En efecto, la mitología patriótica no sólo ayuda a los pueblos a vivir su historia sino también a hacerla de un modo verdaderamente activo junto con las fuerzas materiales de producción, la demografía, la geografía... Un pueblo sin mitología sería un pueblo sin raíces y en definitiva sin "nación" porque la palabra "nación" como lo explicó el lingüista Emile Bienveniste supone la comunidad de un pasado.⁴³

de 1928 — *Literatura proletaria* in *Mundial*, 21 de Septiembre de 1928. C. Vallejo rechaza la propaganda en el arte pero afirma que el artista es un "taumaturgo político" quien obra "para siglos de humanidad". Precisa: "... el arte no es un medio de propaganda política sino el resorte supremo de creación política..." (30 de Diciembre de 1927).

⁴³ Emile Bienveniste in *Noms d'agents et noms d'action en indo européen*, Paris, 1948 fue quien estableció la importante distinción entre: a) "natus" = nacimiento del sujeto, b) "natio" = acontecimiento *pasado* que concierne a *los demás*, o sea "todos los que *por el pasado* tienen algo común en su nacimiento".

BREVE HISTORIA DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

EL 3 de septiembre de 1934 es la fecha de fundación del Fondo de Cultura Económica. Fue iniciativa de Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor. La primera Junta de Gobierno quedó formada por Daniel Cosío Villegas, Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Manuel Gómez Morín, Carlos Prieto y otra persona que no recuerdo, pues todo lo que voy a escribir desde la fecha anotada hasta 1965 es fruto de mi memoria en numerosos casos. Unos meses después de la escritura constitutiva renunció Gómez Morín y la Junta de Gobierno me nombró para sustituirlo.

La forma legal fue un fideicomiso constituido en el Banco Hipotecario Urbano y de Obras Públicas del que era gerente Gonzalo Robles. Se reunieron \$21 000.00, cuatro aportaciones de \$5 000.00 cada una de la Secretaría de Hacienda y de tres organismos descentralizados. El Banco Nacional de México contribuyó con \$1 000.00.

A los que fundamos el Fondo —me puedo considerar entre ellos— nos preocupaba que los estudiantes de la Escuela de Economía carecieran de libros en español para prepararse adecuadamente, ya que los que existían en nuestra lengua eran poquísimos y anticuados. Como al principio teníamos muy poco dinero importamos libros en inglés para venderlos a estudiantes que supieran el idioma. Sin embargo, entre 1935 y 1937 publicamos un folleto y dos libros: "El dólar plata" (folleto) por William P. Shea, traducido por Salvador Novo con prólogo de Antonio Espinosa de los Monteros; "Karl Marx" por Harold J. Laski, traducido por Antonio Castro Leal, y "Origen y evolución del capitalismo moderno" por Henri Sée, traducido por Macedonio Garza. Después, poco a poco, vinieron otros libros a medida que conseguíamos nuevas aportaciones. Entre 1937 y 1939 obtuvimos del Banco Agrícola \$40 000.00; y cuando estuve de Gerente General de la Distribuidora de Petróleos Mexicanos obtuve de los compradores de nuestro petróleo \$65 000.00. De suerte que para fines de ese año el capital del Fon-

do se había elevado —incluyendo utilidades— a \$130 000.00 aproximadamente.

En los primeros tres años no hubo director del Fondo sino tan sólo un secretario. El primero fue Antonio Castro Leal y el segundo Emigdio Martínez Adame. No recuerdo con precisión si fue en 1936 o en 1937 lo que voy a referir a continuación:

Daniel Cosío Villegas había sido nombrado encargado de Negocios de México en Portugal. Cosío le escribió una carta personal en plan de amigos a Ramón Beteta, subsecretario de Relaciones Exteriores. Parece que en esa carta se hacía crítica al gobierno y se empleaba un lenguaje con una que otra insolencia mexicana. Beteta en un acuerdo con el general Cárdenas le leyó esa carta como si hubiera sido documento oficial y el presidente ordenó cese fulminante. Semanas después Daniel estaba en México. Le propuse a la Junta de Gobierno del Fondo que le ofreciéramos a Cosío la dirección de la editorial. Se aprobó mi proposición y recibí el encargo de hablar con él. Así lo hice y después de tres días de reflexión aceptó el encargo. Desde ese momento se puso a trabajar y lo hizo desde entonces con singular eficacia hasta el 30 de junio de 1948. Daniel Cosío Villegas es un hombre superdotado intelectualmente, alegre, ingenioso y simpatiquísimo cuando está de buen humor y chocante y grosero cuando no lo está. En ocasiones fue exigente, demasiado exigente con el personal, privándose así de buenos colaboradores como en el caso de Javier Márquez, obligado a renunciar al puesto que desempeñaba y marcharse a los Estados Unidos.

Tal vez fue a principios de la década de 1940 cuando nominamos miembro de la Junta de Gobierno a nuestro amigo el licenciado Eduardo Suárez, secretario de Hacienda. Eduardo Villaseñor pasó de subsecretario de la misma dependencia del Ejecutivo a director general del Banco de México. Otros miembros de la Junta desempeñábamos cargos de responsabilidad en el gobierno. En consecuencia llegamos a tener poder e influencia. No me es dable precisar las fechas en que en dos ocasiones invitamos a comer en el Banco de México a varias personas acaudaladas de la iniciativa privada; tal vez fueron en 1943 ó 1944. En cada uno de los convites, Cosío Villegas tomaba la palabra explicando las finalidades del Fondo de Cultura y solicitaba a nombre de la Junta de Gobierno que ayudaran a su consolidación y progreso. En la primera ocasión obtuvimos \$190 000.00; en la segunda, cantidad semejante, más un cheque de \$100 000.00 que Jenkins le entregó al día siguiente al licenciado Suárez. Total muy cerca de medio millón de pesos, de aquellos pesos con un poder de compra muchísimo mayor que los pesitos de noviembre de 1969, mes en que esto escribo.

En el segundo trimestre de 1948, Cosío Villegas solicitó licencia por dos años para separarse de la dirección del Fondo, por haber obtenido una beca de la Fundación Rockefeller para escribir la historia moderna de México. Habló conmigo una mañana proponiéndome que lo sustituyera. Le dije que me era imposible porque recientemente me había nombrado la Universidad profesor de Carrera y que era incompatible con trabajos administrativos. Días después presentó formalmente su solicitud de licencia por dos años y propuso que lo sustituyera Arnaldo Orfila Reynal, encargado del Fondo de Cultura en Buenos Aires. Aceptamos lo uno y lo otro, lamentando su separación temporal y reconociendo que su dirección había sido eficiente. El 30 de junio entregó la dirección a Orfila. En esa fecha el capital del Fondo había llegado a poco más de \$2 200 000.00 y el número de libros editados, sin contar reediciones, a 354.

Es necesario aclarar que al disponer de mayores sumas de dinero se fue ampliando la actividad editorial de la institución abarcando otras ramas del conocimiento además de la Economía, de tal manera que a fines de 1948 se habían publicado libros de Sociología, Historia, Filosofía, Política y Derecho, Ciencia y Tecnología, Antropología, Lengua y Estudios Literarios, autores y escritos anónimos de nuestra región bajo el rubro de Biblioteca Americana, monografías contemporáneas sobre países latinoamericanos, el primer tomo de la Colección de Breviarios y la Colección Tezontle.

Arnaldo Orfila Reynal resultó un director tan eficiente como Daniel Cosío Villegas y todavía más laborioso. Se entregó a su trabajo con entusiasmo y dedicación muy difícil de superar. Cada vez el prestigio del Fondo crecía en todo el mundo. Sus libros estaban presentes en todos los escaparates de las librerías de América Latina. Muchas personas calificadas afirmaron en más de una ocasión que el Fondo de Cultura Económica le hacía más bien a México que todas sus misiones diplomáticas; y la editorial, considerada como la más importante de nuestra América por la calidad de sus ediciones, marchó viento en popa durante la década de los 50 y los primeros años de la siguiente. El gobierno federal veía con simpatía nuestro esfuerzo y nos ayudaba financieramente con pequeños subsidios cuando era menester.

En 1946 compramos un lote de terreno en una calle estrecha al sur de la ciudad con la mira de construir un edificio para el Fondo. Resultó que el lote fue cercenado al trazarse la Avenida Universidad. Fuimos indemnizados por el Departamento del Distrito Federal, quedándonos todavía un terreno bastante extenso. Se inició la construcción del edificio en 1956, y a fines de 1957 y comienzos de 1958 lo ocupó la imprenta Panamericana, los almacenes y las

oficinas del Fondo que habían estado durante varios años en una casa alquilada en Pánuco 63. La Secretaría de Hacienda, de la que era titular el licenciado Antonio Carrillo Flores nos ayudó con algunas sumas para terminar la construcción del nuevo albergue.

Se me estaba quedando en el tintero, como antes se decía, lo que voy a relatar a continuación: vencida la licencia de Cosío en junio de 1950, solicitó ampliación por dos años más. Antes de junio de 1952 dijo que quería regresar a la dirección del Fondo. En alguno de los diarios de la ciudad de México habíamos leído que en vista de que no había terminado la historia moderna de México, la fundación Rockefeller le prorrogaba su ayuda por más tiempo. Ante esta situación comisionamos a Martínez Adame, muy amigo de Daniel, lo mismo que todos nosotros, para que le preguntara si efectivamente estaba resuelto a volver a encargarse de la dirección permanentemente. El resultado de la entrevista Martínez Adame-Cosío fue un desastre. Emigdio nos informó que Daniel se disgustó y dijo que no tenía que dar cuenta de sus actos a los miembros de la Junta de Gobierno. Al día siguiente nos envió su renuncia irrevocable en su doble carácter de director y miembro de la Junta en un tono que cabe calificar por lo menos de descortés. No tuvimos más remedio que aceptarla, contestándole en forma comedida que la mentábamos su decisión.

En 1947 nombramos miembro de la Junta de Gobierno a Ramón Beteta, nuevo secretario de Hacienda y en 1953 a Antonio Carrillo Flores, titular de dicha Secretaría en el gobierno de don Adolfo Ruiz Cortines. Las relaciones del Fondo con el gobierno eran muy amistosas y nos pareció conveniente para fortalecer y ampliar cada vez más la labor editorial, contar con el apoyo del ministro de Hacienda en turno. Debo aclarar que todos ellos eran amigos nuestros desde hacía muchos años y que los veteranos de la Junta de Gobierno que más nos interesábamos por la marcha del Fondo, nos reuníamos semanalmente para estudiar y conocer sus problemas con el director Orfila Reynal. Llamo veteranos de la Junta a Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame y Jesús Silva Herzog.

Al pasar Gonzalo Robles de la gerencia del Banco Hipotecario Urbano y de Obras Públicas a la dirección general del Banco de México en diciembre de 1934 o enero de 1935, pasamos el fideicomiso de aquella Institución de crédito a ésta, donde permanece desde entonces.

Frecuentemente el Banco de México, el Banco Nacional de Comercio Exterior y la Nacional Financiera nos ayudaban con diferentes sumas; mas según mis recuerdos a partir del último año del go-

bierno alemanista y durante el sexenio posterior cesó esa ayuda sustituyéndose por \$500 000.00 anuales que con carácter de subsidio acordó a favor del Fondo de Cultura Económica la Secretaría de Hacienda por conducto del Banco de México.

De conformidad con los precedentes y con la idea de continuar recibiendo el subsidio anual, resolvimos nombrar miembro de la Junta al licenciado Antonio Ortiz Mena, flamante nuevo ministro encargado de la Hacienda Pública, quien aceptó con beneplácito la designación; nada más que hubo una diferencia importantísima que no percibimos de momento. Como ya dije los anteriores secretarios de Hacienda eran antiguos amigos nuestros y a Ortiz Mena no lo conocíamos los del pie veterano, con excepción de Martínez Adame. Esta pequeña diferencia, por lo menos en parte, habría de tener posteriormente lamentables consecuencias. Ya sabemos que el culto por la amistad es una de las grandes virtudes del mexicano de todos los niveles sociales. Cuando falta, todo suele dificultarse y complicarse.

Por algo así como por tradición a los secretarios de Hacienda los nombrábamos presidentes de la Junta de Gobierno. Los anteriores a Ortiz Mena actuaron siempre como compañeros nuestros sin jamás asumir actitudes de superioridad, navegando el Fondo sin dificultades cual navío en aguas apacibles. En 1959 y 1960 recibimos el consabido subsidio, reuniéndonos de cuando en vez con el licenciado Ortiz Mena; no sé si también recibimos \$500 000.00 en 1961; no puedo afirmarlo ni negarlo.

Hay un dato importantísimo que no quiero se escape. A principios de 1961, el Fondo de Cultura publicó el libro de C. Wright Mills "Escucha, yanqui", traducido del inglés, en el cual el sociólogo norteamericano defendía a la revolución cubana. La edición de 20 000 ejemplares se agotó rápidamente y fue menester hacer la segunda edición. En los Estados Unidos se vendieron más de 350 000; pero a la Embajada de los Estados Unidos en México no le gustó que tradujéramos y publicáramos un libro que circulaba libremente en su país y envió una nota con matiz de protesta al gobierno de México. Esto no es una conseja, es rigurosamente cierto. Mi amigo el licenciado Raúl Salinas Lozano, entonces secretario de Industria y Comercio, me dijo que él había leído la nota por haberla tenido en sus manos; y, probablemente la malhadada nota preocupó al Secretario de Hacienda al pensar que ponía en peligro las peticiones de créditos a organismos internacionales. El hecho es que durante 1961 se negó con fútiles pretextos a recibir en su despacho a los miembros de la Junta de Gobierno: y sin ninguna atención para nosotros, sin la más leve cortesía aconsejada por la más elemental decencia, abusando del poder que disfrutaba, el licenciado don An-

tonio Ortiz Mena dio la primera puñalada al Fondo de Cultura Económica.

El 27 de febrero de 1962, nos reunimos como de costumbre el delegado fiduciario del Banco de México, Plácido García Reynoso, Eduardo Villaseñor, Gonzalo Robles, Emigdio Martínez Adame, Arnaldo Orfila Reynal y yo. Desde luego nos enteramos de un acuerdo del Secretario de Hacienda al Banco de México, ordenando modificaciones substanciales al contrato de fideicomiso, nombrando un comité técnico y dejando a la Junta sin autoridad ni función alguna. Grande fue nuestra sorpresa lo mismo que nuestro disgusto y preocupación. Yo reaccioné violentamente y anuncié a mis amigos que presentaría desde luego mi renuncia. Fui a mi oficina y dicté la carta que transcribo textualmente:

"Febrero 27 de 1962

"Sr. Lic. Emigdio Martínez Adame
"Secretario de la Junta de Gobierno
"del Fondo de Cultura Económica
"Presente.

"Muy distinguido y fino amigo:

"En vista de que estoy completamente inconforme con el acuerdo, inexplicable desde muchos puntos de vista, dictado por la Secretaría de Hacienda para modificar el contrato de Fideicomiso constituido por el Fondo de Cultura Económica en el Banco de México; y además porque tal acuerdo lesiona mi dignidad de hombre limpio, presento mi renuncia irrevocable como miembro de la Junta de Gobierno de la Institución mencionada, a la cual serví con lealtad y profundo interés desinteresado durante algo más de 27 años.

"Aprovecho la ocasión para repetirme atentamente a sus órdenes como su amigo y seguro servidor.

"Jesús Silva Herzog

"c.c. Al C. Secretario de Hacienda y Crédito Público
"c.c. Al Sr. Arnaldo Orfila Reynal, Director General del Fondo de Cultura Económica".

La firmé y la envié inmediatamente con un propio. Al recibirla Martínez Adame fue a ver a Ortiz Mena, logrando que quedara sin efecto el injustificado acuerdo, conviniéndose en que se nom-

brarían dos nuevos miembros de la Junta de Gobierno, al licenciado Agustín Yáñez y al licenciado Jesús Rodríguez y Rodríguez. Mi renuncia, no obstante repetidas gestiones, jamás fue contestada. Mis grandes amigos Villaseñor, Robles y Martínez Adame, según mis noticias, tacharon mi conducta de irreflexiva y violenta. Ellos, seguramente llevados por el cariño a la Editorial en que durante tantos años habían trabajado con singular empeño, resolvieron permanecer en la Junta, probablemente con la idea de salvar la editorial en alguna coyuntura propicia, por ejemplo al salir Ortiz Mena de Hacienda. Desgraciadamente éste no salió de Hacienda y no se presentó la coyuntura propicia.

No es ocioso subrayar el hecho de que los miembros de la Junta de Gobierno jamás recibimos honorarios por nuestros servicios. En los últimos años la Dirección del Fondo nos enviaba un regalo consistente en una caja de vino tinto o blanco con motivo de las fiestas navideñas.

Pasaron los meses y los años. La libertad editorial de que el Fondo había gozado en el curso de 27 años, fue contenida por el temor de disgustar al gobierno de México o al de los Estados Unidos. Con frecuencia el licenciado Rodríguez ejercía funciones de censor y algunos buenos libros no pudieron darse a la luz pública.

El pie veterano de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica, lo mismo que los secretarios de Hacienda desde Eduardo Suárez hasta Carrillo Flores habíamos pensado y creído que se trataba de una empresa privada, porque no por el hecho de recibir ayuda en forma de subsidios gubernamentales debía considerarse como organismo descentralizado o de participación estatal. ¿Durante largos años no recibieron subsidios los molinos de harina para abaratar el pan? ¿Los molinos de nixtamal en el Distrito Federal no reciben todavía hoy subsidios para abaratar la tortilla? ¿Y qué por esos hechos la Secretaría de Hacienda puede adueñarse de esas grandes o pequeñas entidades económicas? ¿Y son por ventura lo de los subsidios antes señalados los únicos casos? La respuesta es tajantemente negativa.

En mi opinión el licenciado Antonio Ortiz Mena no conocía la historia del Fondo de Cultura ni procuró conocerla.

En septiembre de 1964 comenzó a circular en la ciudad de México "Los hijos de Sánchez" por Oscar Lewis. El libro tuvo desde luego copiosa demanda, de tal manera que bien pronto se agotó la primera edición de 6 000 ejemplares y fue necesario imprimir la segunda. Lewis es un distinguido antropólogo norteamericano.* que utiliza cintas magnetofónicas en las conversaciones con los in-

* Lewis murió después de escrito lo anterior.

dividuos a quienes investiga. Después hace los cortes que considera convenientes, luego se pasan en máquina y los da a las prensas. Así ha publicado varios libros sobre mexicanos y puertorriqueños paupérrimos. Sé que hace poco estuvo en Cuba varias semanas para llevar al cabo sus tareas de investigador. El libro que resulte de este trabajo, por las condiciones especialísimas que prevalecen en la isla antillana, será de seguro importantísimo por las comparaciones a que se prestará entre los pobres de diferentes estructuras económico-sociales.

Conviene hacer notar que "Los hijos de Sánchez" apareció primero en inglés y que antes de resolver publicar el libro en español varias personas escuchamos parte de las cintas. Todos sin excepción nos entusiasmos al escuchar los relatos vivos de mujeres y hombres representantes de una clase social marginada, que habitan, sufren y aman en las vecindades de nuestra capital de contrastes irritantes: el palacio y la pocilga; la opulencia y la miseria; el lujo en el vestir y los harapos; el zapato y los huaraches o los pies descalzados; hartazgo y hambre; cultura e ignorancia, y nuestros dos grandes mitos: nuestra Señora de Guadalupe y nuestra Señora la Revolución.

El realismo lacerante de "Los hijos de Sánchez" no les gustó a los condotieros de la política. Dijeron que ese libro nos desprestigiaba ante las naciones extranjeras y que era inmoral; y es que hay quienes piensan que las llagas sociales no deben curarse sino ocultarse, aun cuando el mal cunda y llegue a ser incurable. Seguramente eso mismo pensaron el ingeniero José Domingo Lavín y el licenciado Manuel Ramírez Arriaga, presidente y secretario general de la todavía benemérita y respetable Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Presentaron acusación ante la Procuraduría General de la República contra Oscar Lewis y el Fondo de Cultura Económica. Debían ser sancionados. El escándalo fue mayúsculo y vino la controversia en los periódicos llenándose muchas páginas. Puede estimarse que el 90 por ciento de las opiniones publicadas se pronunciaron a favor del autor y de la Editorial. El resto quedó entre hipócritas y beatos que añoran los buenos tiempos de la Inquisición. Pasado cierto tiempo el licenciado Antonio Rocha, a la sazón procurador general de la República, contestó a los acusadores que no había delito que perseguir.

La propaganda a favor de "Los hijos de Sánchez" fue enorme. Se agotaban ediciones con rapidez. En un momento dado el Fondo recibió pedidos por miles de ejemplares de México y del extranjero; pero en vista del escándalo se juzgó necesario consultar a la Junta de Gobierno si debía o no hacerse una nueva edición. Rodríguez y Rodríguez se opuso transparentándose que cumplía instrucciones de

su jefe Ortiz Mena; y el que hizo nuevas ediciones del libro tan discutido fue Joaquín Díez-Canedo.

El hecho es que desde marzo de 1962, nada podía resolverse en la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica sobre publicación de libros, sin el visto bueno de Antonio Ortiz Mena por medio de su subordinado. Y mis queridos amigos Robles, Villaseñor y Martínez Adame, esperaban pacientemente la coyuntura propicia para salvar la antes libre empresa editorial. El gozo al pozo como dice el decir popular. El 10. de diciembre de 1964, el secretario de Hacienda en el sexenio de López Mateos fue confirmado en su alto cargo, de hecho nada menos que la Vicepresidencia de la República.

Los meses de 1965 fueron pasando aparentemente sin novedad; pero Ortiz Mena no estaba todavía satisfecho de su ofensiva contra el Fondo de Cultura; había que ir más lejos, mucho más lejos. El día 8 de noviembre en la noche Orfila me habló por teléfono para decirme que el licenciado Rodríguez le había notificado que al día siguiente debía entregar la dirección a Salvador Azuela por instrucciones de la superioridad. Me quedé sorprendido e indignado no sólo por el hecho en sí, sino por la forma descortés, casi brutal con que se trataba a quien había servido a la Institución con honradez y lealtad durante 17 años. Al día siguiente en la mañana el atropello fue consumado.

Unos cuantos días más tarde, un secretario de Estado amigo mío me refirió lo que ahora cuento con mis propias palabras. Al saber que Orfila iba a ser sustituido por Azuela fue a ver al Presidente para decirle que a su juicio Azuela no era la persona indicada porque su escasa dedicación al trabajo la había comprobado en más de una ocasión. Al mismo tiempo le presentó tres candidatos muy superiores. El licenciado Díaz Ordaz le contestó: por eso le damos algo sin importancia. El actual director es extranjero, ya tiene mucho tiempo y conviene sustituirlo. Sin embargo, vaya a ver a Ortiz Mena. Mi amigo fue a verlo y el de Hacienda le manifestó que eso ya no tenía remedio en vista que hacía dos horas le había notificado su nombramiento al susodicho Azuela. En mi opinión el Presidente de la República no tenía idea de la obra realizada por el Fondo de Cultura Económica y había sido mal informado. Con criterio burocrático mexicano, juzgó indeseable para una institución la experiencia acumulada por una persona durante más de tres lustros y había que desperdiciarla para destejer y volver a tejer la tela de Penélope. cosa por desgracia muy frecuente en la administración pública de México.

Ahora conviene dar unos cuantos datos que reflejen la obra realizada por el doctor Arnaldo Orfila Reynal: durante su gestión

se editaron 1 036 nuevos libros sin contar las numerosas reediciones; se abrieron secciones nuevas como Letras Mexicanas, Psicología y otras que de momento no recuerdo; se dio importancia a la Colección de Breviarios que por su iniciativa se publicó el primer ejemplar a fines de 1948; se robustecieron las relaciones con todos los países de América, con España, Francia, Italia y Alemania; en fin, al 9 de noviembre, no obstante la acción negativa del censor Rodríguez, el Fondo de Cultura Económica había alcanzado un desarrollo formidable no igualado por ninguna otra empresa editorial de México en toda nuestra historia. Balance al 31 de diciembre de 1965: Capital líquido \$24 752 142.00; Reserva de Activo \$6 228 137.00; Pasivo \$2 364 375.00; Caja y Bancos \$946 735.00; y dicen los que saben de estas cosas que los números hablan por sí mismos.

El 18 de noviembre se organizó una cena de desagravio al doctor Orfila Reynal. La invitación la firmaron Alí Chumacero, Fernando Benítez, Jesús Silva Herzog, Guillermo Haro, Pablo González Casanova, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara, Eli de Gortari, José Emilio Pacheco, Ricardo Martínez, Vicente Rojo, Benjamín Carrión, Horacio Flores de la Peña, Elvira Vargas, Fernando Solana, Víctor Flores Olea y Luis Cardoza y Aragón. Asistieron más de 500 personas representantes de lo mejor de la inteligencia mexicana. Vino expresamente de Buenos Aires para asistir al homenaje, el doctor José Luis Romero ilustre historiador argentino y ex rector de la Universidad de Buenos Aires. Hicimos uso de la palabra el propio Romero, Guillermo Haro, Fernando Benítez y yo, exaltando la labor magnífica del homenajeado. Haro propuso la fundación de una nueva editorial, absolutamente independiente que se denominaría Siglo XXI. Y ahí está la pequeña empresa que en unos cuantos años le ha puesto la muestra a la antes próspera y libre editorial, hoy en penosa decadencia. Siglo XXI es un éxito impresionante, sencillamente porque su director es Orfila, porque el que sabe sabe, el "know how" que dicen los yanquis.

En numerosos diarios y revistas de México y de otros países se reconoció la extraordinaria obra editorial del Fondo de Cultura, con excepción de un periódico de la ciudad de México que, sarcasmo inaudito, se llama "El Sol". La sorpresa por el cese de Orfila fue inmensa entre los escritores, artistas, científicos y profesores universitarios. Muchos columnistas de aquí, de Argentina, Venezuela, Colombia y España lamentaron lo ocurrido, y sólo algunos *calumnistas* que ven en todas partes y a toda hora diablos rojos con tranchetes, se alegraron y aplaudieron.

Orfila Reynal al hacerse cargo del Fondo de Cultura firmó un contrato con el Departamento de Fideicomiso del Banco de México. Al ser cesado se le indemnizó de acuerdo con la Ley del Trabajo.

El licenciado Salvador Azuela se sorprendió de que hubiera miles de libros en los almacenes y eso le pareció grave inconveniente. Había que deshacerse de la mercancía a como diera lugar. Y lo que hizo fue vender a mitad del costo a la Librería Zaplana decenas de libros de calidad, que hubieran salido a precios de catálogo en un par de años. ¿Para qué hacer comentarios sobre operación tan singular? Fue apenas el comienzo de medidas imprudentes, poco meditadas. Veía enemigos por todas partes, por lo cual liquidó a varios empleados excelentes del antiguo personal, privando a la Institución de hombres capaces, honestos y con gran experiencia en el desempeño de sus tareas.

Las sesiones de la Junta de Gobierno se fueron espaciando cada vez más. Los veteranos de la Junta, mis caros amigos no siempre sabían lo que pasaba. El señor Azuela los fue haciendo de lado, acordando directamente con Jesús Rodríguez y Rodríguez. Así fueron pasando los meses desde 1966 hasta fines de 1968 o principios de 1969. No tengo por el momento el dato preciso.

Seguramente la Secretaría de Hacienda se dio cuenta de que el Fondo andaba de mal en peor y juzgó necesario poner remedio a la enfermedad aplicando ventosas o parches calientes. No era posible cesar a Azuela porque hubiera significado confesión de error, cosa inadmisibles porque los funcionarios mexicanos jamás se equivoan.

Lo que se hizo fue modificar el contrato de fideicomiso, nombrando un comité técnico con el indispensable Rodríguez; dos economistas: Ernesto Fernández Hurtado y Víctor Urquidi, aquel subdirector del Banco de México y este presidente del Colegio de México. El cuarteto se completó con Francisco Monterde, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Española. Plácido García Reynoso, delegado fiduciario, fue sustituido por el abogado Alfonso García Belaunzarán, otro subdirector del Banco. Tengo noticias de que a don Plácido se le notificó haber sido relevado de su cargo, telefónicamente. El ingeniero Gonzalo Robles, el licenciado Emigdio Martínez Adame y el señor Eduardo Villaseñor, se enteraron por medios indirectos de que ya no tenían nada que ver en el Fondo de Cultura Económica. Ellos, miembros fundadores de la Junta de Gobierno desde 1934, fueron tratados desconsideradamente por el arrogante ministro.

Yo acuso ante la historia al Secretario de Hacienda Antonio Ortiz Mena de haber cometido un delito de lesa cultura, con daño para México y para el resto de los países de nuestra estirpe idiomática.

Posdata. En diciembre de 1970 fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica el licenciado Antonio Carrillo Flores,

persona inteligente y laboriosa. Es seguro que levantará al Fondo del fondo abismal en que había caído; mas es seguro también que la editorial no volverá a la situación en que se hallaba hace 10 años. La razón es sencilla: el gobierno por arte de "birlo birloche" se adueñó de la empresa; y una editorial oficial, dígame lo que se diga, jamás podrá gozar de completa libertad.

HISTORIA Y PENSAMIENTO ECONOMICO DE MEXICO. VOL. IV POR DIEGO G. LOPEZ ROSADO*

ESTA obra de historia de la economía de México, la cual comprenderá en total seis volúmenes, nos entrega el IV, que versa sobre comercio y los sistemas monetario y de crédito. En rigor se trata de la historia económica como gran cuadro de fondo, y del pensamiento, asimismo económico, que genera; tal vez fuera mejor, por tanto, que el adjetivo: *económico*, calificara por igual a la historia y al pensamiento. De otro modo hay anfibología en el sentido de que se da lugar a suponer que sólo se trata de la historia común, por un lado; de otro: el pensamiento de los economistas. Como está el título es correcto; pero no denota cabalmente al libro de que nos ocupamos.

En la introducción de cada volumen se advierte que se afrontan estudios históricos de las actividades de mayor relevancia en el país y de índole económica, desde la época prehispánica hasta el año de 1925. En dos volúmenes posteriores (V y VI) se expondrán los siguientes temas dobles, respectivamente: finanzas públicas y obras públicas; clases sociales y partidos políticos. A doce llegará el total de temas tratados en el libro del Lic. López Rosado.

La obra completa figura, conforme a explícita advertencia, entre los textos universitarios aceptados por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Se espera así que, mediante el método monográfico en el tratamiento de las cuestiones fundamentales, debidamente sistematizadas y resumidas, ahorre el estudiante tiempo y esfuerzo, dado que informaciones y datos concernientes, se encuentran por lo general dispersos en numerosos libros y publicaciones, muchos de ellos difíciles de obtener.

Hasta no verse completados los doce temas de este libro de seis volúmenes, habría que reservar un juicio de balance sobre el todo y sus partes, con mayor razón por tratarse de obra pedagógica.

La primera virtud y obligación de todo texto académico, es llenar cabalmente sus funciones, conforme a los planes o programas de estudio. A la fecha ya se debe haber medido en las escuelas de economía del país, por lo menos la eficacia de los tres primeros volúmenes. Nos aventuramos a pensar que tal juicio puede ser comprensivo, dada la escasez de textos semejantes o a las dificultades materiales, para avocarse a las fuentes idó-

* Editorial Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Económicas. 442 pp. México, 1971.

neas. Aparte de que en muchos asuntos y tópicos del dominio de las ciencias sociales, no hemos rebasado en México la etapa de la mera exploración de datos y nos vemos impedidos de establecer por ahora las grandes líneas de generalización o las apreciaciones sobre las perspectivas más amplias. Ahora sí que habría de aplicarse el apotegma, dado el poco estímulo que recibe la investigación, de que, por acumular datos como preocupación principal, llega a ocurrir que los árboles impidan ver el bosque.

Se puede caer en el vicio de la excesiva recopilación y quedar así incurso en la sentencia del historiador Clavijero, quien dijo de cierta obra de un colega suyo: que resultaba tan erudita que la erudición ocultaba lo que se trataba de averiguar: la verdad.

Dicho de otro modo: la claridad meridiana deberá ser requisito primigenio en el texto escolar y todo lo que siga se dará por añadidura. En estos libros de López Rosado podrá haber elementos nebulosos, pero eso se debe a la obscuridad de las fuentes; también a su carácter controvertible en el momento dado en que se auscultaron; asimismo a que el equipo de trabajo parece no estar lo suficientemente maduro y hace mal una que otra cita o se acreditan a quien no es su autor original; o bien por el apresuramiento en la redacción se contradice en el espacio de unas cuantas páginas, por ejemplo: tras haber afirmado que los aztecas no tenían un concepto del valor económico como el de esta época, habla de los *acaudalados* comerciantes; o sobre el punto de si conocían o no la rueda.

La historia antigua de México está muy vista al través de prismas actuales, con la preocupación de comprenderla e interpretarla conforme a preocupaciones modernas. En este orden de ideas convendría compenetrarse más de las aportaciones etnohistóricas sobre nuestro mundo antiguo. El historiador sin la ayuda del etnólogo, no acertará a comprender la verdadera naturaleza del papel que desempeña el calpuleque, por ejemplo, como servidor público. En tratándose de los conceptos de los servicios públicos, según los puntos de vista hispanos e indígenas en el siglo XVI, se aprecian diferencias abismales. Las hay todavía hoy entre los modestos funcionarios indígenas (generalmente no oficiales) y las que abrigamos nosotros los del México ciudadano. Aquéllos sirven por servir y para perder en todo caso, nunca para ganar ventajas personales y menos traducidas en dinero. Esto para nosotros resulta misterio inextricable. Pero así y todo, esa será la norma del México del futuro, si queremos que nuestro país progrese para que sus habitantes sin excepción vivan con entera dignidad.

En las exposiciones subsiguientes sobre la historia del comercio, puede pecarse tal vez por exceso (profusión de datos), quizá por defectos en el método. Asimismo por falta de apreciaciones más precisas, por ejemplo: lo aportado por Florescano sobre el vital comercio del maíz en el siglo XVIII, según su excelente libro publicado por El Colegio de México. Tal vez vertebrar mejor el pensamiento de los ideólogos, con la realidad misma del proceso económico de que se trate.

Dos cosas distintas son el estudio histórico de la vida económica, por una parte; por otra: el estudio de la ideología sustentada por economistas, hombres de estado, etc. Entreverar uno con otro resulta un tercer esfuerzo, que no vemos logrado del todo en esta obra.

A propósito no deja de ser evidente limitación, remitir generalmente al lector a una sola fuente, por lo que se refiere a los principales pensadores. Esta fuente, indirecta, citó además fraccionalmente, conforme a su muy particular criterio, las ideas que le parecieron.

La parte relativa a moneda y crédito creemos que está mejor lograda, aunque en ésta se persista en no juzgar los hechos dentro de la lógica de su tiempo, por ejemplo: en el caso del crédito durante la Colonia que, usurario como fue, desempeñaba su precisa función. El mercado de capitales, raquítrico como era, entra en crisis hacia el fin de la dominación española no tanto por sus defectos naturales, sino cuanto por la agresión colonialista de la metrópoli, que impuso por la fuerza la consolidación de vales de la corona española.

Al abordar la época contemporánea en las dos primeras décadas de esta centuria, la obra nos suministra datos y juicios interesantes, aunque se diga por ahí que el general Calles "emitió" la ley del Banco de México.

Nos hubiera complacido la explicación más objetiva de la crisis financiera de 1907, durante la cual los bancos redujeron préstamos y apresuraron al mismo tiempo los vencimientos, dado que tras ella estaba la mala situación económica general del país. Pudo ser también lo contrario.

Casi conmueve saber que las compañías extranjeras que operaban entonces en México, no competían con las del país por el crédito, pues lo obtenían en el extranjero mediante la emisión de valores. Lo que va de ayer a hoy —pensarán los lectores— ahora en que también disfrutan del precario ahorro nacional. El salvavidas del flotante dólar lo constituye una moneda dura: el peso mexicano, dirán los enterados que, a pesar de su peso específico no se hunde. Se podría hacer el símil agrícola de que el águila y la serpiente de nuestra moneda, son el abono del USC (United States currency): el dólar, que sembrado aquí fructifica por tres, cuando menos.

Muy sugerente contemplar lo que significó la Revolución Mexicana en cuanto a sus efectos sobre los sistemas monetarios y de crédito. No se compagina mucho con el verdadero sentido histórico, aplicar el remoquete de: "feudal", con el que se calificaba al régimen de Porfirio Díaz, a la maniobra financiera de Limantour, por ejemplo, en relación con el control de nuestros ferrocarriles.

Pero sí causa euforia pensar que, desde el régimen de don Venustiano Carranza, no se permite a los bancos que se declaren en quiebra (salvo la excepción de los efectos de la crisis de 1929 entre nosotros), ni que pueda haber a la fecha banqueros de tipo "científico". Los mal pensados dirán que los de ahora son más finos en la maniobra, como eran los de París en tiempos de don Porfirio, si se les comparaba con los criollos.

Suele haber en toda obra grande campo muy extenso que se antoja propicio para señalar defectos; pero no se trata de indicar aquí inadvertencias secundarias, sino problemas de contenido y estructura. Pese a todo, el libro de López Rosado, como texto o libro de consulta constituye aportación importante. Por sí mismo dará la pauta para que maestros y alumnos, los lectores y ni qué decir el autor mismo, lo sometan a la crítica de la experiencia.

Sería conveniente que en los dos próximos volúmenes, una sola persona redactara el texto a fin de que no se caiga en desfallecimiento de estilo, que conducen a la obscuridad de los conceptos.

LUIS CÓRDOVA

Dimensión Imaginaria

SOY TODO LO QUE MIRO

Por Marco ANTONIO MONTES DE OCA

Para Manuel Durán

Huellas y más huellas
En la nieve ultrajada
Mejor bañarse bajo la luz de un álamo
Ser todo cuanto miro
Agua en el agua
Niño de bruces en el pozo del sol.

Sorpresa blanca
Te acuclillas y saltas
Me lames la mano con tu llama
Mueves cabellos que una lágrima pega al rostro
Vete de aquí sorpresa
Quema la selva de arpas
Y al viento que la hace gemir
Porque es su amante consumado.

Siempre no te vayas
Sorpresa
Déjame ser todo lo que miro
Tus pavos irreales me interesan mucho
Tus nubes que bajan sin convertirse en lluvia
Me interesan mucho.

A caballo persigo miles de pájaros
Requeridos para formar el primer pegaso
Tus flancos incandescen
Entre la inmensidad y mi estupor
Coro de las anticipaciones
Tupida amarillez:
El mundo que nos prohíbe volar
Nos debe su propio vuelo.

P O E M A S *

Por Sara DE IBAÑEZ

Hoy

Hoy que todo está vivo
como un sol que madruga
y el viento es mar de cantos
y el mar no tiene arrugas;
fresco rumor de abejas
el verano rezuma,
y una sangre con alas
por la alta luz circula.
Hoy que todo comienza
para no acabar nunca,
y un latido compacto
cielos y tierra junta;
entre tantos espejos
como Dios me asegura,
sólo una imagen negra,
sólo una imagen muda,
con ojos en que toda
la muerte se vislumbra;
sólo mis ojos andan
lejanos, en la bruma,
cargados con su muerte
como bayas maduras.

Muertos

Arboles muertos, rocas muertas
y pensamientos destruidos,
cosas a medio andar su ruta

* De *Diario de la muerte*, uno de los tres libros que Losada editará con el título de *Canto póstumo*.

entre podredumbre y olvido;
a veces un hálito tierno,
una ráfaga de tomillo;
a veces labios sin tiniebla,
que orillan rumores divinos;
a veces un rayo que cruza
los huesos de Dios y los míos;
instantes que rompen en nieve
promesas de flor y alarido;
y muertos y muertos y muertos
danzando en el polvo con brío,
ciñendo con alas marchitas
mi ronco y dorado martirio;
y muertos que miran temblando
con ojos de miel y de frío,
construyen extrañas florestas
y labran praderas de armiño.
No se fueron, jamás se fueron:
yo prolongo su estar hundido
por un túnel de tersas llamas
viene su oído a mis oídos.
viaja en espina por mi carne
la desnudez de su latido;
a veces con manos de greda
toco los pífanos del vino,
del fondo del mar se levanta
su ceniza con mi respiro;
y rozo el dédalo del fruto
con un tacto desconocido.
No se fueron, jamás se fueron,
me emparedan con cuarzo y libro,
me sofocan con muselinas
y con cabellos amarillos;
rocas, árboles, pensamientos,
lágrimas, pétalos, vestidos;
la hora sedienta, el tiempo absorto
que en su espiral intacta miro,
gira en mis antros como un cielo
en sus galaxias suspendido,
todo me vive en su ancha muerte
y en llaga lúcida lo vivo.

Puerta de los Endriagos

El verde se llevaba mi cabeza
por el viejo color de la manzana
de ocho años, herida por mi boca,
y entre sus dientes ácidos cuajada.

El azul dividía mi cintura
con un curvo cristal de espuma en daga
y el índigo quemaba mis costillas
con el filo polar de una galaxia.

Vi el amaranto corazón del vino
brillar bajo su piel como una brasa,
cuando el endriago rojo se bebía
mi sangre, antiguo mar de voz quebrada.

Y bajo el iris de nocturna puerta,
a la amarilla lumbre de su sombra,
el monstruo de oro derramó mis miembros
sobre el umbral como cansadas hojas.

Por Roberto IBÁÑEZ

El Desnudo

Junto a un arcángel mofletudo,
en el pringoso cambalache,
un acordeón se comba, mudo
como una hache.

Entre abatidos abalorios
de una difunta primavera,
fragan sus bizcos desposorios
un pantalón y una pollera.

Una guitarra se enmaraña
entre un bostezo y un rezongo.
¡Noches de canto, afile y caña,
en el esdrújulo bailongo!

Una vacante dentadura,
deshidratada y manifiesta,
recuerda el vaso de agua pura
en el asueto de la siesta.

Con un desdén de naftalina,
aristocrático y enteco,
un frac perchado se confina
en la tragedia de su hueco.

Frente a un ropero tumefacto
un zorro estira el yerto hocico;
y se interroga, estupefacto,
por su color, un abanico.

Despliega un casto ñandutí
su telaraña de calostro.
Y un marco en tela carmesí
vive la víspera de un rostro.

Calla Gardel su "Yira, yira . . ."
 en un contuso disco viejo.
 Y un ojo suelto y verde mira
 ojos sin cara en el espejo.

Ese paraguas, viudo esquivo,
 lutos dipsómanos enfunda:
 él, que en las lluvias, efusivo,
 era bruñida flor rotunda.

Rabia un revólver y se oxida . . .
 Ay, el ciruja que lo trajo,
 entre el pingajo y el suicida,
 optó —se ve— por el pingajo.

¿Y esa bombilla de oro y plata?
 ¿Dónde el porongo querendón
 y la amistosa rueda grata
 junto al hipnótico fogón?

En la penumbra, fiel vigía
 —sin ojos, claro— un maniquí,
 no en carne propia, en paja expía
 un imposible: hacer pipí.

En vagos mares parietales
 laxa un timón su flor violenta.
 ¡Ah, la aspersión de espuma y sales
 en el cancán de la tormenta!

Ya sin el busto femenino
 —tos y percal—,
 muerde su labio leporino
 aquella máquina a pedal.

Daga del tiempo de Saravia.
 lejos del bélico teatro,
 con filo afónico se agravia
 ya sin la luz del año Cuatro.

De punta en negro, un piano esconde
 su dentadura,

porque le duele, él sabe dónde,
una lejana partitura.

(Va esta variante: Un piano orea,
noche cuajada, su color.
Pero entre teclas balbucea
un soliloquio de alcanfor).

Pálida prófuga de osarios,
rumia y espera o desespera,
junto a relojes arbitrarios
una ripiosa calavera.

(O también: Una calavera,
en el caos del habitat,
su esqueleto reclama, austera,
para el Valle de Josafat).

Yerra un suspiro sin regazo.
Hijo del Hombre, frágil Hijo...
Quiere soltarse en hondo abrazo
un extenuado crucifijo.

* * *

Sueños prendados. Pobres sueños.
Sueños o ex sueños sin rescate.
Sorda coral de los pequeños
en sedicioso disparate...

Alguien. oh sueños fugitivos
de polvorienta ejecutoria,
con impotentes posesivos
aún os instala en su memoria.

Y por los años va el Desnudo
(¡ay, el ambiguo cambalache!),
mudo su pecho, mudo, mudo:
como una hache.

Oración

En el hombre que se desliza
por los años y por las calles,
del pan al pan, del sueño al sueño,
con manos tristes y fatales.
En el caballo y en el perro
bajo la aguda lluvia unánime.
En el árbol que se deshoja
sin que pueda ampararlo nadie.
En la nube que se despide.
En el pájaro de la tarde.
En el zaguán apenumbado
de los amantes.
En los andenes ya vacíos,
en los talleres, en las cárceles,
en el tumulto, en el silencio,
en lo próximo, en lo distante,
en solitarias muchedumbres,
en recusadas soledades,
en un mundo de hostiles puertas,
reconocerme y expiarme.

El Extraño

Sí, te transfiero mi esqueleto,
mi triste sangre,
el sueño cruel de cada noche,
ciudad sin cara, inabarcable.
Mudo viajero del asombro,
soy el Extraño por tus calles.
Pero entre abrazos infinitos
quisiera darme.
Ser uno más en esa casa,
no un extranjero en sus umbrales.
Saludar rostros en lo oscuro.
En claro lecho remansarme.
Oler estancias misteriosas,
tutear presencias fantasmales,
oír mi nombre en labios idos.
ver mi niñez entre esos árboles.

Como en el alma y en la frente,
sentir mis muertos en el aire.
Y recobrar tu aliento puro,
ay, compañera inexpliable.

FENIX DE LOS INGENIOS

Por *Enrique ANDERSON IMBERT*

VENCIENDO su repugnancia, Fray Javier de Herrera se encaminó hacia la Casa de Comedias. La última vez que había puesto los pies en uno de esos corrales —escuelas de vicios, fábrica de mentiras, bocas del infierno— fue para interrumpir la representación. ¡Ah, qué triunfo! ¡qué triunfo de la Oratoria sobre la Dramática! Saltó al tablado, levantó el crucifijo y se puso a predicar. Ni que el sol se hubiera detenido. Los farsantes se pasaron dejando gestos y frases en suspenso: una comedianta alcanzó a recobrar la vergüenza y cruzó los brazos sobre los pechos desnudos; el gracioso de pronto quedó mudo y terriblemente serio... Y mientras la comedia de Lope de Vega disparaba con la cola entre las piernas por detrás de los telones, Fray Javier la sustituía con la tragedia de Nuestro Señor Jesucristo, evocada en palabras de oro. Saliendo por fin de su parálisis uno de los actores quiso disculparse:

—Padre, que aquí no hacemos cosas deshonestas, sino lícitas y permitidas...

—¿Negaréis, mi hermano —había replicado él— que es mejor lo que yo hago que lo que vos hacéis?

Eso había ocurrido muchos años atrás, cuando todavía estaba vigoroso. Ahora, ya viejo —¡ay, acababa de cumplir los setenta y dos!— volvía otra vez al teatro donde, otra vez, representarían una comedia ¿de quién? ¿de quién iba a ser! de Lope.

Lope, Lope, Lope... Siempre Lope. Lope, el Enemigo. Porque el enemigo del púlpito era el teatro, y el teatro era Lope. Todos los enredos del amor impuro se cifraban en él; y a esos enredos debía la fama. Lope sabía que en Madrid lo atacaban, pero como nunca había estado en las Indias suponía que en las Indias no. De aquí que, en *El Peregrino en su Patria*, se jactara de la afición por sus obras "en las Indias, donde no se atrevió la envidia". ¡Astuto modo de curarse en salud! Achacaba a la envidia lo que era un justo sentimiento de indignación por la liviandad de sus comedias. Fray Javier, por Lope, no sentía envidia sino desdén. Cierta que otro que no fuera él lo envidiaría. Después de todo la envidia,

que es el deseo de quitar de en medio a quien ha subido más alto, se aviva cuando es un igual quien nos usurpa los aplausos; y Lope y Fray Javier eran iguales. Habían nacido el mismo día y a juzgar por los numerosos grabados de Lope se parecían como dos gotas de agua: cabeza erguida, de cráneo redondo, frente despejada, ojos grandes y vivos, nariz fuerte, labios gruesos, mandíbula recia. Esos grabados, desde el primero, en *La Arcadia* —un Lope casi cuarentón, de mejillas tersas, pelo rizado, barba en punta y un bigote de insolentes guías— hasta el último, en *Triunfos divinos* —demacrado, de mirada honda, pelo canoso y al rape, todavía bigotudo pero, en vez de barba, una breve mosca— habían sido para Fray Javier un espejo donde él mismo se vio envejecer. Y no sólo el parecido físico: ambos estaban dotados de la palabra artística. Fray Javier, si bien secretamente, también había compuesto jornadas en verso —que luego quemó— nada más que para probarse que era capaz aun en eso de aventajar al otro. Y Lope, a su vez, también se había ordenado sacerdote. Aunque sus vidas corrían paralelas —una en la corte de Madrid, otra en la no menos suntuosa corte de Lima—, Fray Javier no tenía por qué envidiarle. El había renunciado a las letras para consagrarse a la oración y, ascéticamente, volaba por encima y se granjeaba los bienes del cielo; Lope, al tomar los hábitos religiosos —disfraz de quita y pon para una aventura más— no había renunciado ni a sus amores sacrílegos ni a sus oficios canallescos al servicio de un duque libertino. ¿Envidia él? ¿él, que —Dios lo sabía— sólo ambicionaba que reconocieran la superioridad de la elocuencia sagrada? ¡Ay! no lo había conseguido: ¡la gloria, que sonreía a uno, ni siquiera coqueteaba con él! Mas la culpa era de los malos cristianos que preferían el entretenimiento al provecho, la novedad a la ley. La fama de Lope y la oscuridad de Fray Javier eran signos de la destrucción de las costumbres. Por eso ¡no por envidia, no! es que durante treinta años Fray Javier había tratado de detener la influencia de Lope y sus imitadores. Sí. Desde 1605 —recordaba bien la fecha porque el año anterior se había inaugurado la Catedral— las *Comedias* de Lope empezaron a llegar, primero en libros, en seguida en representaciones. Entonces se vio cómo hombres y mujeres se mezclaban para perder el tiempo y tomaban como modelo los indecentes pensamientos y lascivos meneos de tanto amor histriónico. Escándalo. El arte incitaba al pecado y con arte los limeños disfrazaban sus pecados. ¿Qué mucho si los mismos virreyes del Perú —el Marqués de Montesclaros, el Príncipe de Esquilache, el Conde de Chinchón, que en Madrid habían sido amigos personales de Lope— favorecieron sus comedias? Escán-

dalo. El resultado era que en palacios y conventos, en plazas y corrales el teatro gozaba de más publicidad que el púlpito y el amor profano oscurecía al amor divino. Aun una monja que Fray Javier conocía, María de Rojas, había remitido a Lope, con el seudónimo 'Amarilis', una epístola amorosa. Escándalo.

Mortificado por el despecho, Fray Javier avanzaba a largos pasos por las calles de Lima, ahora corte opulenta en edificios y vanidades. No sabía qué iba a hacer —¿se atrevería, como en sus buenos años, a interrumpir la representación?— pero en todo caso quería hacerse presente y presenciar el nuevo escándalo. Porque un nuevo empresario, Julián de Iraola, había levantado una nueva Casa de Comedias, había formado una nueva compañía de actores y había anunciado que esa tarde, antes de estrenar la nueva producción de Lope, "el Fénix de los Ingenios", aparecería a la vista de todos el Fénix en carne y hueso. ¡Cómo! ¿Lope en Lima? Si era así, Fray Javier quería enfrentarse con su rival.

Habían empedrado la calle que conducía al coliseo de altos muros de adobe. En el portón principal le cerraron el paso y tuvo que pagar la entrada como cualquier hijo de vecino. El patio era amplio, con pilares de roble que sostenían una techumbre también de madera. A cada costado se extendían dos hileras de aposentos superpuestos. En la de abajo, los aposentos se recataban detrás de celosías caladas: Fray Javier adivinó que allí se ocultaban mujeres, sacerdotes y regidores que no querían ser vistos. ¡Ya había oído él, sí, sí, de hombres que se metían en las cazuelas de las mujeres! Atrás, las galerías altas; adelante, los escaños bajos. Todo el local, colmado de sexos. Un telón, decorado con pinturas disparatadas, cubría la tablazón del escenario. Se oyeron unas vihuelas y apareció Iraola en el proscenio, muy gallardo con sus calzas de seda y su ancha gorguera encañonada. Con exagerada cortesía, para captarse la benevolencia del concurso, recitó una loa y luego dijo:

—Habéis oído hablar del Ave Fénix, que muere en sus propias llamas y renace de sus propias cenizas. Por no haberla visto, muchos la creyeron extinta. O creyeron que aparecía una vez en cada ciclo de un universo que también se deshace y rehace. O que era una mentira útil para las alegorías de los poetas. Yo, desde niño, tuve fe en ella; tanto, que ofrecí una fortuna a quien me la trajera. Un mercader andaluz aceptó mi encargo. Durante años y años la buscó por Arabia, por Egipto, por la India . . . Ya resignado a no encontrarla, de la India volvió a nuestras Indias y de pura casualidad, donde menos esperaba, pero allí donde el gran Colón dijo que estaba el Paraíso, una tarde sorprendió al fénix contemplando el sol poniente desde una palmera. La cazó, me la trajó;

y hoy veréis, no sólo una comedia de Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios, sino también al Fénix verdadero.

Dicho lo cual Iraola descorrió el telón. En el centro del escenario se vio una gran jaula alfombrada con ramas, astillas, nardos y alhucemas; y en el centro de la jaula, posado en una alcándara, un gran pájaro que miraba al público con ojos de rubí. Tenía la mole y figura de un águila pero no era un águila; tenía el multi-color plumaje de un papagayo pero no era un papagayo; tenía el penacho de un faisán pero no era un faisán; tenía la pomposa y bordada cola de un pavón pero no era un pavón.

Fray Javier pasó revista con su memoria a las parejas del Arca de Noé, se acercó cuanto pudo y examinó al pájaro. Después giró sobre sí mismo y examinó al público, que por su disposición fabulosa le maravilló más que el fabuloso pájaro. No sintiéndose ya con bríos para saltar al escenario y predicar la cruz, llevó a Iraola aparte y le reprochó el fraude.

—Si hay fraude, Padre —contestó Iraola— el defraudado he sido yo, pues precio de fénix pagué por lo que decís que es un pajarón. Pero no es fraude. Contadle las plumas. No le falta ni una: son las trescientas sesenta y cinco que . . .

—Cuidado con la Inquisición. Tu calendario debe de ser anterior al gregoriano y aun al juliano. Con arreglo a ese calendario tuyo crees que en cada año unas horas sobrantes crecen como un gusano que, a lo largo de solsticios y equinoccios de mil cuatrocientos sesenta años, echa plumas de fénix y se metamorfosea en un ciclo que apenas se cierra se vuelve a abrir . . .

—¿Uh? Yo dije solamente que creía en el Fénix . . .

—Creéis porque os conviene creer —dijo Fray Javier—. Os aviso que en un sermón denunciaré esta burla.

Y sin esperar la comedia se retiró al monasterio, mascullando anatemas. Durante treinta años había fracasado en sus intentos de desacreditar a Lope de Vega. Ahora tenía que desacreditar al fénix mismo. Ante todo leyó *El Fénix y su historia natural*, doscientas sesenta y una eruditas páginas que cinco años atrás le imprimieron en Madrid a Joseph Pellicer de Salas y Tovar. Le desagradó que en el primer capítulo, al saludar a Lope Félix de Vega Carpio como "el Fénix de España", Pellicer amonestase: "calle el odio". ¿Por qué había de callar, si el odio de Lope tampoco callaba?

Mientras Fray Javier preparaba su sermón, que le llevó más tiempo del que había calculado, el público empezaba a aburrirse de un fénix que no sabía hacer nada. Ese pájaro bobo, o acaso embalsamado con las tinturas del iris, miraba con ojos hermosísimos y resplandecientes, sí, pero no se movía.

—¿Qué le pasa a esta ave que no se mueve? —gritó un mosquetero—. ¿Para tamaña bobería hemos pagado un patacón?

Iraola tuvo que explicar:

—No os impacientéis, que estáis frente al rey de las aves. Más rey que cualquier rey mortal. Ni debe la nobleza de su raza a los padres ni la transmite a los hijos. Nace de sí mismo y de su propia muerte renace. Es natural que, consciente de su propia leyenda, se porte con tal majestad. En el Arca de Noé, entre tantas parejas, él fue el impar.

La concurrencia mermó en los días siguientes. El negocio fue de mal en peor. Iraola quiso enseñarle al pájaro algunos trucos: que hablara como los loros, que robara objetos como la urraca... Inútil. El fénix se negaba a aprender. Con la esperanza de que ofreciera alguna escena erótica Iraola le soltó en la jaula hermosas hembras de garzas, guacamayas, papagayos, faisanes y pavos reales. El fénix, solterón, ni las miró.

—Sí, como decís, es ejemplar único de su especie —gritó otra voz—, ni órganos genitales ha de tener.

—Así ha de ser no más —contestó Iraola— y por eso vive tanto, que no hay cosa que acorte más la vida que el coito venéreo pues habéis de saber que el semen es una superfluidad de la digestión tercera que se engendra en la más benigna sangre del hígado...

Iraola vio que se le venía encima una inundación de risotadas y con buen juicio se calló y volcó allí su propia risa.

A todo esto Fray Javier había terminado su sermón y lo pronunció en la mañana de un domingo:

—Que los paganos, de Claudiano a Ovidio, vieran en el fabuloso Fénix una imagen de la eternidad y la resurrección, es perdorable. Era un mito tributario de las antiguas concepciones astrológicas de los pueblos orientales. Pero para los católicos no hay más eternidad que la de Dios Padre ni ha habido más resurrección que la de Dios Hijo. A un comediante afortunado se le llama en estos días Fénix de los Ingenios. Ya sabéis a quién me refiero: a Félix Lope de Vega Carpio. ¿Habéis oído bien?: Félix, Fénix... Si fuera un mero juego de palabras, vaya y pase. Pero el juego es más grave: la hipérbole se ha hecho un sacrilegio pues en el mundo de la cristiandad "Fénix" es metáfora santa ajustada a la imagen de nuestro Salvador, y comparar al Fénix con Lope es comparar a Lope con Cristo. Como si ya esa blasfemia no fuera bastante, reparad en la intención de embaucaros. El pájaro que habéis visto en el corral no es el Fénix: es, en el mejor de los casos, un cóndor pintarrajeado y adornado con plumas falsas y penachos postizos; y, en el peor de los casos, es un monstruo que abortó de

la copulación entre animales distintos. Con este monstruo sí que podríais comparar a Lope. Llamadle, si os place, no Fénix de los Ingenios, sino Monstruo de la Naturaleza.

El sermón de Fray Javier fue contraproducente. Sin querer, reavivó la curiosidad de los limeños, quienes, amigos de sutilizar, acudieron al teatro aun en mayor número que antes porque lo que ahora les interesaba era, no el ave fabulosa, de la que se habían desengañado, sino el espectáculo del engaño mismo.

Un negro gritó:

—Ea, señó Iraola, que Fray Javier ha dicho que to'esto es embeleco.

Iraola lo negó.

—Si es un Fénix de verdad —tornó a gritar el negro—, que arda.

—¿Que fenezca el fénix? Imposible. Arde el fénix cada quinientos treinta y dos años; y sólo Dios sabe por qué edad anda ahora. Demás que arde cuando él quiere, no cuando nosotros queremos.

Iraola empezó a preocuparse por pullas y carcajadas, alborotos y riñas. Especialmente temía a los negros, que en Perú eran cuarenta mil y estaban siempre a punto de alzarse. ¡En mala hora se le ocurrió exhibir al Fénix! ¿Y si lo hiciera desaparecer?: que algún pirata, por ejemplo, se lo llevara lejos... No. El público protestaría con más violencia. Si se libraba del pájaro tenía que ser a la vista de todos... Abrió la puerta de la jaula para que el pájaro se escapara. No se escapó. Entonces Iraola empezó a maltratarlo. Que lo odiase, que huyera... Cuando estaban a solas, le arrojaba agua, lo insultaba, le pegaba. Nada. Le quitó la comida, porque la verdad es que su fénix no se alimentaba de fragancias solamente. Una semana después el pájaro estaba flaco, triste. Sin embargo, cuando le abrían la jaula permanecía en su sitio, tan adaptado al travesaño de su jaula como a una palmera del Paraíso.

Desde Buenos Aires había llegado a Lima un poeta satírico que hizo circular unas coplas. El Fénix —decía en sustancia— ha encontrado esta corte tan corrompida y moribunda que también quiere morir y resucitar en otra parte, olvidado de los vicios que vio. Debe de estar envejeciendo a razón de un siglo por día porque se lo ve ya abatido, enfermo, cerca de la muerte.

Llegaron las coplas a oídos de Fray Javier. Se alegró porque su aborrecimiento por la Casa de Comedias envolvía también al pobre pajarraco. Casi se rió —él, que no sabía reír— al imaginarse qué pasaría si metiese en la jaula una caña por cuyo hueco fuera

un hilo de pólvora hasta tocar en la otra punta un cohete escondido... Agarró el bastón y se largó al corral.

Era una tarde hermosa: la del 27 de agosto de 1635.

Ahí estaba el avechicho, decaído, con la vista débil. Alguien quiso hurgarlo con un palo. Entonces rompió su inmovilidad. Cuando bajó de su percha en un vuelo torpe y fatigado la gente gritó, silbó y pateó. Pero de repente hubo un gran silencio, como si el pájaro hubiera matado a todos de una mirada; y fue cuando juntó ramas, se sentó en ese nido, alzó el pico de nácar y trazó el curso del sol en un semicírculo de oriente a poniente, entonó un melodioso canto, batió tres veces las alas, cerró los ojos y se adormeció.

La multitud, ahora, de tan atenta apenas respiraba. Por primera vez Fray Javier supo lo que era ser público porque por primera vez fue parte del público. En eso, la pira ardió en grandes llamaradas, para arriba, para los costados. A la manera, no de un lento incendio, sino de la explosión de un volcán, todo el madramen de la Casa de Comedias fue otra pira y perecieron las trescientas personas que allí se apretaban.

No sobrevivió ni un testigo que pudiera decir si vio renacer al flamante Fénix de las cenizas de su viejo corazón. Al día siguiente el chismoso coplero argentino difundió la sospecha de que Fray Javier, cegado por su pasión, había incendiado el teatro achicharrándose en el holocausto. Meses más tarde, sin embargo, una noticia, traída en el último barco, lo sobrecogió como la revelación de un misterio: la noticia era que aquel 27 de agosto de 1635, mientras ardía en Lima el corral, Lope de Vega moría en Madrid.

OCTAVIO PAZ Y LAS MASCARAS

Por *Thomas MERMALL*

I

DESDE la publicación de *El laberinto de la soledad* se destacan en la ensayística de Octavio Paz dos obras que revelan la continuidad y coherencia de su pensamiento: *Postdata* (1970) y *Conjunciones y disyunciones* (1969). La primera, reacción crítica a la represión en la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, pone al día el tema de la mexicanidad; la segunda trata de forma más amplia, explícita y matizada los temas universales que campean por todo el *Laberinto*: el conflicto entre la vida y la muerte, la oposición yo-otro, la idea del progreso —noción enriquecida por el contacto del autor con la cultura oriental y la lectura de Claude Lévi-Strauss. La preocupación por las “máscaras mexicanas, motivo principal del *Laberinto*, llevaba implícita una teoría de la cultura: la mexicanidad es una peculiar impresión histórica de la condición humana. Esta singularidad nacional es una manifestación concreta de mitos universales y estructuras inconscientes que Paz llama máscaras, las cuales son nada menos que la historia, la parcial ocultación y revelación entre los hombres de su esencial semejanza. En *Postdata* el autor vuelve a decirnos que “el carácter de México, como el de cualquier otro pueblo, es una ilusión, una máscara; al mismo tiempo es un rostro real. Nunca es el mismo y siempre es el mismo”.¹

Tanto en el *Laberinto* como en los últimos escritos de Paz es evidente la tonalidad sicoanalítica. La idea de un trauma histórico (i.e. el de la Conquista) —eje de la hermenéutica en el *Laberinto*— sigue siendo decisiva para la interpretación de la historia mexicana. “La persistencia de traumas y estructuras infantiles en la vida adulta es el equivalente de la permanencia de ciertas estructuras históricas —o más bien *intrahistóricas*— en las sociedades. Tales estructuras son el origen de esos haces de rasgos distintivos que son las civilizaciones. Civilizaciones: estilos de vivir y morir”.²

¹ *Postdata*, México, 1970 (2a. ed.), p. 105.

² *Ibid.*, p. 64.

Estas estructuras inconscientes constituyen el sustrato ideológico, la vida subterránea e invisible de un pueblo. Y precisamente, por no manifestarse del todo sino bajo cambiantes históricas, forman esa línea secreta de la existencia que Paz denomina "el otro México." El *otro* tiene varios sentidos en el pensamiento de Paz. Es, desde luego, la realidad síquica reprimida que conduce a la enajenación de la persona de su propia interioridad y a la incomunicación con los otros. Luego, el *otro* se refiere al México subdesarrollado que el México moderno ignora; y por extensión, al llamado tercer mundo frente a la explotación de los países industrialmente avanzados. En lo que toca a México y su historia el sentido más alto del *otro* es el pasado que siempre reaparece como un presente oculto. En fin, "el *otro* México, el sumergido y reprimido reaparece en el México moderno; cuando hablamos a solas hablamos con él: cuando hablamos con él, hablamos con nosotros mismos".³ El acceso a esa realidad siempre latente es por el desciframiento del mito que se presenta en forma de un enigma histórico.

Si en el *Laberinto* fue el Conquistador la proyección arquetípica del poderoso, al que el mexicano niega pero simultáneamente imita, ahora lo es la pirámide, símbolo de la realidad político-religiosa de los aztecas. En la pirámide se ejecutaba ritualísticamente por medio del sacrificio humano la ceremonia que aseguraba la continuidad del cosmos. Por consiguiente, la pirámide era el tiempo petrificado y la imagen del Estado. Para Octavio Paz el PRI es una máscara moderna del estado azteca, una metáfora de la pirámide que revela un poder petrificado en la legalidad y la cerrazón ideológica, resistente a la crítica e impregnado de una culpabilidad aplastante que se descarga en el acto violento.

En el *Laberinto* Paz señaló la importancia del caudillo como imagen mítica que el mexicano incorpora a su conciencia histórica. En *Postdata* pone de relieve otra imagen autoritaria, pero esta vez una figura que proviene no de la herencia española sino de la precolombiana. Junto a la imagen de Cortés, origen del machismo y trabazón de la dialéctica señor-siervo, se incorpora ahora la figura sacerdotal del tlatoani azteca. Mientras el conquistador o mejor, el caudillo, es "personalista, épico y excepcional" el tlatoani es "impersonal e institucional, lo que explica que la figura abstracta del Señor Presidente corresponda a una corporación burocrática y jerárquica como el PRI".⁴ Sin embargo, fueron los españoles los que inconscientemente transmitieron este culto a la legalidad e

³ *Ibid.*, p. 103.

⁴ *Ibid.*, p. 136.

impersonalidad: los virreyes españoles, herederos de México-Tenochtitlán, son los sucesores de los tlatoanis. El caudillo vivió la historia como hazaña, el azteca como rito, "entre estos dos extremos, la hazaña y el rito, han oscilado siempre la sensibilidad e imaginación de los mexicanos".⁵

Otra coincidencia entre la sicología de los jefes aztecas y el PRI es, según Paz, el sentimiento de culpa basado en la usurpación del poder. Los aztecas sabían que eran solo un interregno y que usurpaban el reino de los legendarios toltecas, herederos legítimos del quinto sol. Debido a su noción cíclica del tiempo los tlatoani esperaban la reparación y el castigo debidos, acontecimiento cuya confirmación vieron en la llegada de Cortés. También el PRI, observa Paz, "fue concebido como una solución de excepción y transición, [frente al PNR] de modo que la continuación de su monopolio político tiene cierta analogía con la usurpación de México-Tenochtitlán y su pretensión de ser eje del quinto sol".⁶ La persecución y la agresión resultado directo del sentimiento de culpa saltan a la superficie de la historia el 2 de octubre en la plaza de Tlatelolco, ahora la nueva Plaza de las Tres Culturas. En el *Laberinto* vimos el desdoblamiento de la imagen del padre mítico en la figura del Conquistador; ahora, Paz nos descifra el legado doble de la Revolución. La autoridad institucional, heredera de la Revolución se revela en Tlatelolco no como una representación liberal y benigna sino como un poder que se venga en los jóvenes de su propio pasado revolucionario. El sentimiento de culpa por haber traicionado los ideales de la Revolución se expresa, según Paz, en la persecución de los que encarnan en su aspiración y conducta esos ideales. Además: simultáneamente y por una colaboración sutil e imperceptible entre el pueblo y la autoridad, ésta glorifica a su víctima.

Pero si la víctima permite ser glorificada es porque en cierta medida se identifica con el opresor. Este es un punto esencial en el *Laberinto* y el argumento principal de *Postdata*. "Los mexicanos" —escribe Paz— "en su inmensa mayoría, han hecho suyo el punto de vista azteca y así han fortificado, sin saberlo, el mito que encarna la pirámide y su piedra de sacrificios".⁷ Dos ejemplos nos ofrece el autor. El primero es el hecho poco frecuente en la historia universal de identificar la nación con el nombre de la capital, la sede del poder azteca y símbolo de la dominación de los demás pueblos indígenas. Observa Paz: "Haber llamado al país entero con el nom-

⁵ *Ibid.*, p. 107.

⁶ *Ibid.*, p. 139.

⁷ *Ibid.*, p. 118.

bre de la ciudad de sus opresores es una de las claves de la historia de México".⁸ Pero la identificación inconsciente más completa con el opresor la ve el autor en el Museo de Antropología. Apunta que el museo es una imagen falsa del pasado precolombiano porque los aztecas, cuya cultura se destaca a expensas de otros pueblos, no representan la culminación de la civilización indígena. Sin embargo, los mexicanos han escogido a los aztecas como arquetipo de su cultura. Otra vez el símbolo se hace transparente: "la glorificación de México-Tenochtitlán en el Museo de Antropología es una exaltación de la imagen de la pirámide azteca... El régimen se ve, transfigurado, en el mundo azteca".⁹

Si en el *Laberinto* la crítica de Paz fue dirigida en gran medida a la herencia colonial e implícitamente contra los Estados Unidos, en *Postdata* resalta casi exclusiva y enfáticamente la autocrítica. Concluye el estudio con esta afirmación "los verdaderos herederos de los asesinos del mundo prehispánico no son los españoles peninsulares sino nosotros, los mexicanos que hablamos castellano, seamos criollos, mestizos o indios".¹⁰ La pirámide, imagen aplastantes, es el otro México que no se puede ignorar sino aprender a descifrar y disolver con la crítica. Crítica de la Pirámide es crítica de México.

II

Es costumbre de Octavio Paz extender temas nacionales a un ámbito universal. Motivo siempre latente en *Postdata* es la protesta estudiantil mexicana y su trágico desenlace el 2 de octubre que sirve como piedra de toque para una crítica del gobierno. En las páginas concluyentes del libro, el autor enfoca el tema de la rebelión estudiantil en un contexto mundial. La usurpación de la herencia revolucionaria por el PRI y la usurpación de la herencia tolteca por México-Tenochtitlán son traducibles a términos políticos contemporáneos: "el quinto sol —la era del movimiento, los temblores de tierra y el derrumbe de la gran pirámide— corresponde al período histórico que vivimos ahora en el mundo: revueltas, rebeliones y otros trastornos sociales".¹¹ En *Postdata*, pero más explícitamente en *Corriente alterna y Conjunciones y disyunciones*, la preocupación por lo mexicano se plantea en el contexto multiforme de la idea del progreso, con sus variantes el desarrollo, la tecno-

⁸ *Ibid.*, p. 115.

⁹ *Ibid.*, p. 147.

¹⁰ *Ibid.*, p. 146.

¹¹ *Ibid.*, p. 139.

logía y desde luego, los temas predilectos de Paz: la historia y la utopía.

Para Paz el Progreso es una manifestación descariada y morbosa del deseo por la utopía; es un intento de abolir la historia y recobrar un estado prístino e intemporal. La utopía es la negación del progreso, el anhelo de escaparse de la represión, la renuncia y la culpa —deformaciones históricas de los instintos de vida y muerte— mantenidos por la dialéctica entre el siervo y el señor. La crítica que Paz hace del Progreso revela la deuda que tiene con Marx, Nietzsche y la tradición poética de Occidente que viene de Blake, pasando por los románticos alemanes hasta el segundo Freud. Sin embargo, a pesar de esta filiación utópica Paz no es del todo, en lo que toca a *Laberinto* y *Postdata*, un pensador utópico. En una carta al autor de este artículo el poeta se explica:

Me inspiré, por una parte, en los libros de antropología que en esos años [1940-50] leía con pasión y, de nuevo, en el gran sueño poético, del romanticismo al surrealismo, por una suerte de sociedad libertaria comunista. Pero mi conclusión, por lo que toca a México y su Revolución, no fue utópica: la Revolución significó, al fin de cuentas, modernización: somos contemporáneos de todos los hombres. Esa frase, que he visto y oído citada muchas veces, ha sido mal interpretada: somos contemporáneos en un desamparo, una carencia. Estamos condenados al progreso...¹²

Que los países semidesarrollados están condenados al progreso no quiere decir que crean en el progreso —i.e. que la historia se encamina en una dirección racional y previsible. La resignación a la inevitabilidad del progreso por el llamado tercer mundo sería una actitud pragmática, un modo de acceder a la modernidad para librarse del yugo económico de los países poderosos. Pero la creencia en el Progreso como imagen de un futuro mítico se ha esfumado: "la filosofía del progreso muestra al fin su rostro verdadero: un rostro en blanco, sin facciones. Ahora sabemos que el reino del progreso no es de este mundo... El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser".¹³ He aquí el sentido de nuestra "carencia" y "desamparo."

Hoy tanto la escatología cristiana como la tradición racionalista no pueden dar respuesta adecuada sobre el curso de la Historia. El marxismo es para Paz "la porción más lúcida y generosa del

¹² Escrito en Austin, Texas, a 24 de septiembre de 1969.

¹³ *Postdata*, p. 26.

pensamiento moderno" capaz de explicar la estructura de la realidad pero no su dirección histórica. La razón dialéctica sirvió en un tiempo la misma función subversiva y nihilista que la crítica de Nietzsche, pero como ciencia carece de fundamento filosófico. "La dialéctica" —afirma Paz— "no puede fundarse a sí misma porque su esencia consiste en negarse apenas se afirma".¹⁴ El marxismo, desde luego, no ha perdido su atractivo como ideología, pero por lo que toca al progreso "es la última tentativa del pensamiento occidental por reconciliar razón e historia".¹⁵ En suma: estamos presenciando, según el autor, el fin de la concepción rectilínea del tiempo. El hombre sigue siendo un ser tempóreo y temporal, pero el tiempo ya no constituye la ordenación y previsión racional de su actividad. Por consiguiente, la abolición del futuro significa también el fin de lo que hemos conocido por revolución. Los trastornos políticos de hoy, tanto en el llamado tercer mundo como en los países industriales, no son ni rebeliones ni revoluciones sino *revueltas*: un cambio radical cuyo significado se nos escapa porque no corresponde a nuestras ideas de lo que es o debe ser una revolución.

La cultura contemporánea nos ofrece varios ejemplos de la desintegración de la conciencia del tiempo. El sentido último del uso de las drogas es para Paz "una crítica del tiempo lineal y una nostalgia por otro tiempo." Pero para que las drogas sean auténticas vías de salvación hace falta la presencia del rito y la ceremonia, exigencias que la sociedad moderna no puede suplir porque ha rechazado el rito, sin el cual no hay vuelta de los tiempos o de la fecha sagrada.¹⁶ Con el ocaso del futuro y la inconsecuencia del pasado quedamos en un "aquí y ahora", un aquí que está en todas partes. Pero esta celebración del instante no es el momento sublime que Paz llama "presencia amada" porque la vida de hoy no está reconciliada con sí misma. Otro ejemplo de una crítica al despliegue racional del tiempo sería la dramatización del *happening* que anula la distancia entre el espectador y la acción y echa abajo la secuencia y organización espacio-temporal que viene caracterizando el arte occidental desde el Renacimiento.

Pero lo que Paz llama nuestra carencia y desamparo no es tanto la desorientación histórica causada por la pérdida de la imagen del futuro como las consecuencias deshumanizantes del progreso que

¹⁴ *Corriente alterna*, México, 1969, p. 129.

¹⁵ *Los signos en rotación*, Buenos Aires, 1965, p. 19. Cito la primera edición de este ensayo que también forma el epílogo a la segunda edición de *El arco y la lira*, México, 1967.

¹⁶ *Corriente alterna*, p. 112.

nos ha dado "más cosas y menos ser." La plenitud del ser consistiría en la unidad del hombre consigo, en el reconocimiento del *otro* como realidad complementaria y fundamentante y la posibilidad de encarnar en símbolos, imágenes y ritos la esencial relación entre hombre y mundo. En el *Laberinto* bajo los signos vida y muerte Paz ha demostrado cómo la unidad originaria del hombre se desdobra en contrarios cuyo conflicto forma la trayectoria de la civilización occidental. La utopía progresista, la noción del tiempo histórico lineal, estriba en un dualismo a ultranza que ha sacrificado la espontaneidad, la alegría y la facultad simbólica en nombre de la razón mecánica y la moral; ha creado una fisura, una barrera infranqueable entre el sujeto y el objeto, el alma y el cuerpo, el principio de placer y el de la realidad. Por la acumulación de sublimaciones el yo pierde su identidad en el *otro* y se vuelve agresivo y dominador. La separación es la caída, el pecado original, la enajenación. La enfermedad del Occidente es la "idolatría del yo" y la negación del *otro*. En *Conjunciones y disyunciones*, Paz, fiel al pensamiento binario que marca su obra, introduce signos más abarcadores que vida-muerte para designar el inherente dualismo de la cultura occidental. Los signos *cuerpo* y *no-cuerpo* son términos que ahora designan una relación de oposición o afinidad entre las realidades que conocemos por alma-cuerpo, naturaleza-síquis, materia-espíritu. *Cuerpo* y *no-cuerpo* no significan; sólo expresan una relación universal, básica e históricamente cambiante. Por ejemplo, los contrarios vida-muerte tendrían significados distintos en cada cultura pero en todas ellas serían hasta cierto punto análogas.

Conjunciones y disyunciones es sin duda, hasta el momento. la obra ensayística más lograda del autor. Revela no sólo un profundo y extenso conocimiento de la cultura oriental sino también un rigor filosófico y un denuedo intelectual extraordinarios. El estudio abunda en intuiciones brillantes y es contribución decisiva a la filosofía de la cultura. El libro es, entre otras cosas, un estudio comparativo del diálogo entre el signo *cuerpo*, y el signo *no-cuerpo* en el budismo tántrico y el protestantismo. El tantrismo es, como veremos, el *otro* al protestantismo igual que el Oriente es en términos filosóficos el *otro* del Occidente. Demuestra Octavio Paz con varios ejemplos cómo en el protestantismo existe una extrema disyunción entre el alma y el cuerpo (rigidez moral, utilitarismo, literalismo en la interpretación de textos sagrados, etc.) y una extrema conjunción en el tantrismo (absorción del cuerpo por el espíritu, rito, simbolismo, disolución y unión de los contrarios). Señala el autor además la inestabilidad de los signos. Por ejemplo,

el signo *no-cuerpo* ha cambiado históricamente pasando de una significación religiosa (la divinidad), a un sentido filosófico (el idealismo) y ha parado en nuestro tiempo en una ecuación del materialismo. La relación de los signos es también contradictoria y dialéctica: mientras una concepción religiosa niega la realidad del cuerpo y lo exalta por el erotismo, otra, centrada en la encarnación, transfigura y espiritualiza a la carne. No hay erotismo sin el signo *no-cuerpo* y no hay religión sin el signo *cuerpo*.¹⁷

Nuestra época —conciencia histórica lineal, mito del progreso— es del signo *no-cuerpo*: sublimación de los sentidos, postergación del placer, técnica como instrumento de la voluntad de poder; en fin, ética protestante, transformación "racional" de la naturaleza, negación del cuerpo, aniquilación del *otro*. El Occidente, según Paz, no ha podido mantener un diálogo eficaz entre los signos *cuerpo* y *no-cuerpo* a causa de la extrema disyunción de los signos: "En Occidente, el tiempo rectilíneo postuló la identidad y la homogeneidad; por lo primero, negó que el hombre es pluralidad: un yo que es siempre otro. . . por lo segundo, exterminó o negó a los otros: negros, amarillos, primitivos, proletariados, locos, enamorados —a todos los que, de una manera u otra, se sentían distintos".¹⁸

Ya que la dialéctica occidental es incapaz de superar la exacerbada escisión del hombre moderno Paz encuentra una respuesta filosófica más radical y decisiva en el pensamiento oriental. En la relación *cuerpo* y *no-cuerpo* del budismo, destaca el autor el hecho de que la dialéctica de la conjunción asimila al contrario en vez de aniquilarlo. El signo *no-cuerpo* no es para el budista realmente lo opuesto al signo *cuerpo* sino que asume la forma lógica del principio de identidad por el cual el mundo fenomenal es últimamente idéntico con la vacuidad. Al contrario de lo que se ha pensado en Occidente, la noción de un "yo" único, como un ser aparte es ilusorio, ya que el budismo concibe la salvación en la forma de la negación y simultánea reintegración de todos los particulares en una unidad originaria. El yo reprimido y agresivo del Occidente brota del puritanismo que corrompe el instinto vital con la muerte; en oposición a esta aniquilación del cuerpo, la rama tántrica del budismo es un sistema de encarnación (contra el literalismo protestante) de las imágenes sagradas, un rito destinado a suprimir las diferencias entre el cuerpo y el alma, lo sagrado y lo profano, lo puro y lo impuro, la vida y la muerte, disipándolas todas en la vacuidad. La ceremonia tántrica libra al cuerpo en tanto que utiliza

¹⁷ *Conjunciones y disyunciones*, México, 1969, pp. 41-52.

¹⁸ *Corriente alterna*, p. 222.

la unión sexual en sitio sagrado como acto simbólico de reconciliación entre los principios opuestos. En resumen, el tantrismo con su lenguaje simbólico (reversibilidad de los términos, polivalencia de significados) supera las dicotomías y fisuras tan nocivas en Occidente porque reúne y reintegra los elementos y suprime las diferencias. Nuestro dualismo, por otra parte, nos ha dado la dispersión, división y exclusividad del ser.¹⁹ Con la excepción de algunos brotes heréticos como Boehme, Blake y Freud la noción de la unión indiferenciada de los signos *cuerpo* y *no-cuerpo* es ajena a la cultura occidental. Hoy, los nombres de Norman O. Brown, R. D. Laing y el mismo Paz difunden y exaltan esta corriente mágica. Ahora nos es comprensible el interés de Octavio Paz por la obra de Lévi-Strauss: las conclusiones teóricas del estructuralista francés niegan la primacía y exclusividad del yo pensante y reducen la historia humana a una relación intemporal. Es decir, el antropólogo francés coincide en su concepción de la cultura con el budismo en que el hombre en cuanto un ser exclusivo es una ilusión; es un ente que no es ni signo ni significado sino una relación y nada más. La singularidad del yo como centro de conciencia y la exclusividad de la historia universal se muestran ahora como máscaras.²⁰

III

LA necesidad de recobrar una imagen del cuerpo y restablecer una tensión complementaria entre los signos opuestos plantea para Paz un problema de índole tanto filosófica como poética ya que en su obra se confunden poesía y metafísica. La misión filosófica consiste en abolir el dualismo occidental por un diálogo más saludable entre los signos *cuerpo* y *no-cuerpo* y la faena del poeta es dar figura al mundo de hoy y reconocerse en el otro. Entre las nuevas circunstancias a las que tiene que enfrentarse el poeta hay dos que sobresalen: la pérdida de la imagen del mundo y la crisis de los significados. Cabe ahora esclarecer esta crisis de la imaginación.

Si las revueltas de hoy apuntan al ocaso de lo que hemos conocido como tiempo, historia y progreso, si la antigua cosmología se ha desvanecido, la realidad que hemos conocido por mundo aparece ahora como fragmento y dispersión: centros aislados, yos incommunicables. Si por "mundo" entendemos una orientación es-

¹⁹ *Conjunciones y disyunciones*. pp. 62-92.

²⁰ *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo*, México, 1969, pp. 124 ss.

pacial y temporal y la posibilidad de encarnar la realidad en imagen entonces el mundo de hoy carece de figura. Para el hombre antiguo los templos, mezquitas y catedrales estaban llenos de significados y junto con las mitologías y filosofías ofrecían una definitiva imagen del mundo. En nuestro tiempo una nueva realidad cubre la tierra: la técnica. Pero la técnica no es un lenguaje y no tiene significado y, por ende, no nos ofrece una imagen del mundo; la técnica es una realidad en cuanto *res extensa*, algo que puebla el espacio y se interpone entre nosotros y el mundo.²¹ He aquí la crisis de los significados: la palabra poética queda sin fundamento semántico; es una crisis mucho más aguda de lo que experimentó el poeta de la primer mitad del siglo xx. Lo que en esos días pareció nihilista, observa Paz, no fue sino el asalto a los significados tradicionales, una tentativa de reforma semántica. "Hoy el nihilismo de la nueva sociedad industrial, nunca soñada por Nietzsche, ha vuelto anacrónicos todos los significados, sin excluir a la rebelión contra los significados".²²

Por otra parte la técnica es un signo activo que ofrece nuevas posibilidades poéticas: "la técnica libera a la imaginación de toda mitología y la enfrenta con lo desconocido. La enfrenta a sí misma y ante la ausencia de toda imagen del mundo, la lleva a configurarse. Esa configuración es el poema",²³ una búsqueda de un significado en un espacio vacío. Esta nueva estética no implica de ningún modo el retraimiento del poeta a su intimidad o un subjetivismo desengañado; al contrario, precisamente porque la realidad (la sociedad) aparece al poeta como pura negatividad "la imaginación no puede sino recuperar y exaltar —descubrir y proyectar— la vida concreta de hoy".²⁴ En fin, descubrir la figura del mundo en lo que se da como dispersión y fragmento transformándolos en palabra.

Ahora se nos aclara la coincidencia entre el budismo y el credo poético de Paz. El sentido de la realidad estriba en su propia negación; el sentido de la palabra se funda en su propia anulación. "Lo que nos propone el budismo es el fin de las relaciones, la abolición de las dialécticas —un silencio que no es la disolución sino la *resolución* del lenguaje".²⁵ Inspirado en el ejemplo de Mallarmé, Paz vislumbra en *Un coup de dés* el modelo del poema futuro, al que llama "poema crítico", o sea, "aquel poema que contiene su propia negación y que hace de esa negación el punto de partida

²¹ *Los signos en rotación*, pp. 20-29.

²² *Puertas al campo*, México, 1967, p. 7.

²³ *Los signos en rotación*, p. 28.

²⁴ *Ibid.*, p. 33.

²⁵ *Corriente alterna*, p. 73.

del canto... No dice nada y es el lenguaje en su totalidad".²⁶ El poema crítico es la palabra como negación y transformación continuos que se enfrenta con un mundo caído. He aquí el paralelo con el budismo: si el mundo fenomenal (*Samsara*) tiene sentido sólo como identidad última con la vacuidad (*Nirvana*) también la palabra sólo tiene sentido en cuanto es autoanulación, en cuanto su significado estriba en su propia negación. Si la vacuidad fundamenta el sentido del ser el silencio es fundamento de la palabra: "la actividad poética nace de la desesperación ante la impotencia de la palabra y culmina en el reconocimiento de la omnipotencia del silencio".²⁷ En resumen: el fundamento formal del poema es el espacio abierto y en blanco; su fundamento filosófico es el silencio. He aquí un ejemplo:

Soy
una arquitectura de sonidos
Instantáneos
Sobre
Un espacio que se desintegra

Silence:

Nirvana es Samsara
Silencio es música

.
Música no es silencio
No es decir
Lo que dice el silencio
Es decir
Lo que no dice.
Silencio no tiene sentido
Sentido no tiene silencio

("Lectura de John Cage" *Ladera Este*)

El espacio, los ritmos y los silencios engendran el sentido que apenas constituido se anula. La palabra en metamorfosis: "Ritmo hecho de un doble movimiento de separación y reunión. Pluralidad y simultaneidad".²⁸ ¿Qué dice este poema que "gira alrededor de

²⁶ *Los signos en rotación*, p. 44.

²⁷ *Corriente alterna*, p. 74.

²⁸ *Los signos en rotación*, p. 64.

un sol que todavía no nace?" Es pregunta, iminencia. No osa nombrar la nueva realidad.

Para concluir repetiré ese importante dictamen del autor de que la imaginación no puede sino recuperar y exaltar la vida concreta de hoy. Esta vida, empero es también "un infierno circular". Extraordinaria faena la del poeta, descubrir la verdadera vida —la otredad— en este árido mundo de la técnica, la dispersión y el fragmento. ¿Cómo, pues, recobrar la imagen del mundo si lo que conocemos por mundo se presenta en plena negatividad de todo lo que hemos conocido como *otro*? Desde luego, Paz no concibe el poema como programa político y no desea el encuentro entre poesía e historia. Como nota Ramón Xirau, para Paz "el fin del poema no puede ser el de hacerse historia sino el de mantenerse como experiencia excepcional y reveladora".²⁹ El poema gira alrededor de una ausencia y es una perpetua pregunta; si dice algo frente a la historia es sólo que ésta no pertenece a esa unidad prístina que el poeta busca. Sin embargo, el poeta vive en la historia y no puede sino responder a sus signos aun si éstos carecen totalmente de significados.

En otro lugar he señalado ciertas coincidencias entre el pensamiento de Paz y la visión freudiana de Norman O. Brown.³⁰ Ahora quisiera ofrecer algunas ideas del teólogo norteamericano Thomas J. J. Altizer cuyo pensamiento complementa las intuiciones centrales de Octavio Paz sobre la función de la imaginación en una época que marca "el fin de los tiempos". Por cierto, el lenguaje poético-místico no es ajeno a la obra de nuestro autor. Altizer pone de manifiesto —igual que Paz— que la experiencia y conciencia de lo que conocemos por amor se expresa en Occidente como pura negatividad deshumanizadora. Citando a Ibsen, Strindberg, Lawrence, y Sartre recalca la desintegración del concepto y realidad de lo que llamamos amor. Escribe: "Si la experiencia y realidad de lo que hemos conocido por amor se nos aparece en forma de negatividad total entonces el budismo puede señalarnos la dirección hacia la disolución de esa totalidad sosegando nuestras expresiones de amor y deseo".³¹ Pero Altizer ve esta carencia y negatividad en nuestro tiempo en un contexto más amplio. El teólogo norteamericano reconoce que estamos en un estado de caída, en un infierno de

²⁹ Ramón Xirau: *Octavio Paz: el sentido de la palabra*, México, 1970, p. 73.

³⁰ Thomas Mermall: "Octavio Paz: *El laberinto de la soledad* y el psicoanálisis de la historia", *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, 1968, pp. 97-114.

³¹ Thomas J. J. Altizer, *The Descent into Hell*, New York, 1970, p. 207. Traducción del autor.

nuestra existencia; pero esta condición no la concibe en un sentido dualista sino en el sentido apocalíptico y dialéctico del cristianismo primitivo que espera el fin de los tiempos. El antiguo *éon*, el mundo caído, está bajo el juicio divino e inexorablemente ligado a la llegada del reino de Dios. Pero para Altizer esta buena nueva no significa en nuestro tiempo el advenimiento de una realidad trascendente y primordial, sino la tácita aceptación de que esa realidad soberana, trascendente y *otra*, que el Occidente ha nombrado Dios y cielo se ha vaciado en el infierno, en la noche oscura de nuestra historia y que es redimible sólo con la negación total de la compasión budista. El nuevo Jerusalén, vacío de su sentido trascendental es el símbolo de un reverso total de esa realidad originaria y eterna que conocemos por amor y Dios. Igual que el cristiano *post mortem Dei* debe renunciar la experiencia enajenada que ha creado las fisuras criatura-creador, yo-otro y aceptar nuestra carencia y desamparo como la realidad dialécticamente inversa del tradicional reino de Dios, así el poeta debe cavar la roca del infierno que es nuestro mundo y anunciar su nueva figura. En lo que toca a la imaginación, parte Altizer de la intuición joyceana que la epifanía de nuestro paraíso es el reconocimiento de la pura facticidad y nihilidad de los objetos de nuestra experiencia la cual transformada en conciencia se configura como el mundo *interior* del poeta. Altizer pide una imaginación capaz de desencadenar esa interioridad enajenada y dialécticamente transformarla en una nueva imagen del mundo.³² Nada menos nos pide Octavio Paz. Hay grandes discrepancias, desde luego. Es cierto que Altizer a diferencia de Paz rechaza el rito y la fiesta y ve en los signos negativos de nuestra civilización una posibilidad más ancha que dialécticamente se podría transformar en visión humana auténtica. Es decir, a cambio de lo que opina el poeta mexicano, ve una *significación* (negativa) en la técnica. Pero ambos buscan la reconciliación de los contrarios la fusión de lo sagrado con lo profano en el instante glorioso. ¿Quién supiera nombrar la nueva realidad?

³² Altizer, "Imagination and Apocalypse", *Soundings*, Winter, 1970.

AMBIGÜEDAD TEMÁTICA DE *MULATA DE TAL*

Por Vicente CABRERA

EL enfoque temático de *Mulata de Tal* de Miguel Angel Asturias se lo hará desde cuatro puntos de vista: el de lo artístico-filosófico, de lo social, de lo religioso y de lo moral. Este intento interpretativo se justifica en la naturaleza especial de la forma de la novela en estudio que complica e imposibilita la inmediata percepción del tema. Es decir, se justifica en el hecho de que no aparece éste tan obviamente como sucedía en la novela anterior latinoamericana en la que, como en el caso de Doña Bárbara, aquél quedaba establecido aún antes de leerse la novela, porque ya su título lo denunciaba. En la novelística del mismo Asturias hay obras que, como las de la trilogía bananera, y aún *El señor presidente*, contienen un tema simple, definido y muy obviamente elaborado y presentado. La ambigüedad, característica del arte moderno, es pues el factor que define la necesidad de un estudio específicamente temático de esta obra.¹

Lo artístico-filosófico

EN *Mulata de Tal* se encuentra el comando de lo fantástico, absurdo e inconsciente sobre lo real, coherente y racional. Aquel elemento fantástico se justifica en tanto es parte integrante de la realidad poética inventada por Asturias y en cuanto aquél es, a su vez, medio de creación artística. Una realidad, según Asturias lo sugiere en su obra, es incompleta si contiene tan sólo lo obvio y lo que parece racional y real. Más validera y significativa es aquélla si es que en ella está incluido lo fantástico. ¿Cómo se ha logrado eficazmente expresar tal fusión? Pues a través de un estilo

(Nota núm. 1 de esta versión coincide con nota 1 de la versión anterior).

¹ La ambigüedad se hace manifiesta desde el título mismo de la obra: *Mulata de Tal*. Compárese éste con el de la novela mencionada de Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara*. El primero condensa lo ambiguo y el segundo lo, ingenuamente, obvio del tema.

especial y artificioso en que la fuerza de la palabra se confunde con la sustancia poética o grotesca de la materia novelada. El acierto estilístico es tan grandioso, que muy bien podría decirse que en la novela no importa tanto lo que se dice sino la forma como se lo hace.

Asturias revela, de este modo, una nueva y superadora concepción de realidad. Esta queda desmitificada, destronada de lo absoluto a lo relativo. Lo fantástico, que forma parte casi total de su novela, es tan real como lo real comúnmente concebido. En este sentido se puede hablar de un tema que, válido en sí, expone y practica la nueva visión artística-filosófica de Asturias frente a lo que es la realidad. Tal realidad, según lo ha dicho reiteradamente Asturias, pretende interpretar artísticamente la conciencia íntima y colectiva del indio guatemalteco. Si bien ésta puede ser la intención del autor, lo fantástico se explica en cuanto es parte integrante de una realidad poética independiente de una realidad histórica. Es decir que el caos novelístico de *Mulata de Tal* constituye una verdad poética y no una verdad social necesariamente.

Esta nueva visión artística está de acuerdo, desde luego, con la nueva promoción de novelistas latinoamericanos. Estos han llegado, en sus obras, a fusionar lo fantástico con lo real para crear, inventar, una nueva realidad novelística. La nueva realidad es inmediatamente aceptada por el lector. Este, gracias al potente estilo persuasivo del nuevo arte, no se preocupa de discutir si tal o cual hecho es o no posible y real.

Lo social

ASTURIAS había dicho:

Sin oír el grito, la voz de nuestra gente en la tierra, el lamento del mestizo que viene a nosotros con la esperanza de algo diferente, sin conocer todo este tembloroso, sufrido y agitado mundo... no puede existir literatura en nuestro país... Esta es mi regla personal, mi "comprometido credo".²

Estas palabras indican que un escritor como Asturias, de un país en transición social, buscará relacionar el arte con los problemas vitales de la comunidad respectiva.

² Esta es mi traducción del artículo de Guenter W. Lorenz, "Hearing the Scream: An Interview with Nobel Prize-winner Miguel Angel Asturias", *Atlas*, Vol. 14 (December, 1967), p. 57.

El elemento social es prominente en esta obra si se considera como social el conflicto que la Mulata simboliza: la combinación defectuosa de dos razas distintas que no han llegado a asimilarse total y positivamente.³ Pero si se considera dentro de lo social sólo aquello que como crítica el autor habla sobre las relaciones entre los que política y económicamente dominan y aquellos que están bajo su poder, se afirmará que en la novela lo social es mínimo y de relativa consecuencia.

Asumiendo lo primero, o sea el hecho de que representa la Mulata primariamente un conflicto de dimensión social, se tiene que presenta el autor el fracaso de una clase social: la mestiza. Para representar a ésta, usa Asturias a la Mulata; esto es, usa a un personaje típico que no ha logrado definirse e identificarse como unidad vital. Si no fuera por tres hechos —primero, porque la Mulata de algún modo es bella, segundo, porque sufre y llora su situación presente: quiere "deshacerse de su imagen presente a cambio de una futura imagen,"⁴ y tercero, porque reconoce que su vida es una lucha diaria para superarse— se pensaría que ésta estaría condenada a perpetua frustración. Efectivamente, no se ve a la Mulata como ente poseedor de cualidades esenciales que funcionalmente faciliten la armonía e integración deseadas. Sus puntos positivos o ventajas parecen no ser tan substanciales como son sus puntos negativos o deficiencias. Lo que quiere decir que los segundos son factores más determinantes que los primeros.

Asumiendo lo segundo, o sea que lo social comprendiera solamente lo que dice el autor sobre las relaciones injustas básicamente entre ricos y pobres, lo que en una colectividad de economía agrícola serían relaciones de terratenientes y peones, las referencias explícitas a lo social son pocas, brevísimas e inesperadas. Así éstas, más que un mensaje coherente y definitivo, constituirían, en algunos casos, meras digresiones hechas a propósito para aliviar al lector, momentáneamente, de lo absurdo y anárquico del argumento.

Hay varios ejemplos de estas referencias críticas muy poco elaboradas desde un punto de vista estético. Asturias, hablando contra el patrono y favoreciendo al trabajador, dice a través de la respuesta de Tazol a la pregunta de Yumí:

³ Asturias ha dicho que la Mulata representa la combinación de la raza blanca y la raza india. Véase Luis Hars, "Miguel Angel Asturias, o la tierra florida" en *Los Nuestros* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1966), pp. 87-127.

⁴ Miguel Angel Asturias, *Mulata de Tal*, tercera edición (Buenos Aires: Editorial Losada S. A., 1968), pp. 213-214, 49.

—¿Todavía hay antropófagos?

—Jamás se han acabado. No es que se coman el cadáver, materialmente, pero se hartan de carne humana los que explotan al hombre de trabajo, hacendados, cafetaleros, dueños de ingenios, en los que se confunden los cristianos y las fieras.⁵

Indicando que en países como Guatemala, mientras más iletrado e ignorante es el trabajador, es mejor para los intereses del patrón, ya que así aquél no tendría oportunidad para reclamar de éste lo que por derecho se le debe, Catalina Zabala dice a su marido: "Por el contrario, me cuentabas que cuando ibas a buscar trabajo de peón, si los patrones oían decir que sabías leer, te apartaban y no te daban trabajo."⁶

Refiriéndose al poder del dinero en una sociedad en la cual todo se mide cuantitativamente, en un diálogo de Tazol y Yumí se comenta:

—Los pobres procuramos no pensar. . .

—Bueno, pues al amanecer rico, como te despertarás uno de estos días, todos afirmarán que entiendes de todo, de finanzas, política, religión, elocuencia, técnica, poesía, y se te consultará. . .

—Por el hecho de ser rico, no porque sepa. . .⁷

O sea la vida se define por el valor de las riquezas. Lo que quiere decir que en pueblos como los de la América Latina, unos pocos ricos dominan la vida de la mayoría.

Hablando del terrateniente ambicioso y dañino, Asturias dice:

Sus pies desmoronaban los terrones de tierra floja en el camino que bajaba al río grande que pasaba por muchos pueblos, bien que los de Quiavicús, los ricos de Quiavicús, dijeran que era de ellos y trataran de apropiárselo, en ese adueñarse de una cosa con sólo retenerla un instante, empleando diques de mampostería o caballones de piedra.

Antes de llegar al río, dob'ó por un camino huidizo, quebradizo, entre ramas bajas de encinal de resiembra. Los ricos hacen con los árboles lo que quieren. ¡Ingratitud de las ingratitudes! Los siembran y cuando ya están alteando, los cortan, si la leña tiene buen precio, y por árbol cortado uno de resiembra, ya con la perra intención de cortarlos otra vez y otra vez y otra vez.⁸

⁵ *Ibid.*, p. 37.

⁶ *Ibid.*, pp. 56-57.

⁷ *Ibid.*, p. 16.

⁸ *Ibid.*, p. 12.

Aunque la crítica de acuerdo a la realidad social vigente sea acertada, técnicamente es artificiosa e inoportuna. Lanzó Asturias tal crítica sin que haya habido antecedente para ello dentro de la narración. No es consecuencia natural que fluye de antecedente naturalmente establecido con prioridad. Lo único que le llevó a insertar la crítica fue el simple hecho de que Yumí pasaba por cerca de un río y luego de un bosque para encontrarse con Tazol. Leyéndose cuidadosamente los dos párrafos anteriormente transcritos, se comprobará este hecho.

Todas estas citas que son referencias directas a los problemas sociales de Guatemala, hacen pensar en el hecho de que no puede Asturias, aun en obras como *Mulata de Tal*, dejar de ser explícito y lógico en la exposición de irregularidades sociales. Desde luego, esta crítica, como se dijo antes, estéticamente es molesta, aunque solamente se justifica perfectamente.

Considerando el caso de la Mulata como un problema social, junto con las referencias críticas que se acaba de mencionar, puede concluirse que lo social es elemento importante en la obra.

Reforzando este mismo aspecto social de *Mulata de Tal*, se puede decir que el motivo o arranque de la narración es de índole, además de moral, social: la ambición de Yumí en llegar a ser rico y poderoso en Quiavicús. Este campesino, que representa el pueblo guatemalteco, es lanzado a una tragedia por la ambición del dinero para superar a su rico compadre Timoteo. No vacila en entregar lo que más quiso, su mujer, al diablo Tazol con tal de que sus ambiciones se vean alcanzadas.⁹

Asturias critica directamente el hecho en sí, e indirectamente la civilización que perturbó la mente y la visión de la vida auténtica del indio, introduciendo preocupaciones negativas: la riqueza y su adquisición a toda costa. El autor confronta así un tema universal —la ambición, y un hecho social de consecuencias— ser rico, ser poderoso para dominar a los demás. Desde que sintió Yumí la loca necesidad de enriquecerse, dejó de ser feliz. La ambición le arrojó a una cadena de negativas aventuras que le llevaron hasta la muerte.

Lo religioso

EN el presente caso, habiendo un conflicto social, también hay un conflicto espiritual como secuela de la fusión nociva de dos

⁹ "...me haría rico, mucho más rico que el maldito Timoteo Teo Timoteo. Y qué no hace uno por ser rico: delinque, mata, asalta, roba, todo lo que el trabajo no da, con tal de tener buenas tierras, buen ganado, caballos de pinta, gallos de pelea y armas de lo mejor..." *Ibid.*, p. 15.

religiones opuestas, la cristiana y la pagana. Esto ha llevado a adoptar, inconscientemente, un conjunto complejo de creencias híbridas, lleno de las más absurdas aberraciones posibles.

La degradación religiosa del pueblo es prominente y significativa en la obra. Tazol entra con los Yumí a la "ciudad universitaria de los brujos," Tierrapaulita, "convertido en la cruz de Dios Santo."¹⁰ Hay una mezcla de lo pagano —Tazol, con lo cristiano— la cruz. Ambos son símbolos de poderes sobrehumanos y divinos, a los que debe el pueblo, por tradición, acogerse para encontrar amparo y satisfacción espiritual. Ambos son poderes que moldean negativamente la potencialidad anímica del ser. La misma confusión, y con mayor significado, se evidencia en la encarnación de Cashtoc —diablo pagano,— en el sacristán mestizo Jerónimo de la Degollación, y la de Candanga —diablo cristiano—, en el indio Yumí. Ambos son individuos racialmente diferentes que personifican poderes incompatibles.¹¹

La posición crítica del autor frente a la religión oficial católica, como elemento de la degeneración de la espiritualidad de la raza, es obvia. Asturias ve en ella una fuerza deficiente en el proceso de asimilación del carácter espiritual del indio. Asturias, al haber usado como parte de la materia novelable las pesadillas de un cura acosado por conflictos religiosos,¹² está proyectando el caos de la vida que opera sin un acicate espiritual definido; su definición es, según el autor, esencial, no importa el lado al que se incline.

Cuando, entre otros muchos pasajes relacionados con la crítica religiosa, se toma en consideración el del sermón del padre Chimalpín, se puede apreciar la inconsistencia y vacuidad real de la práctica religiosa a la vez que la poca escrupulosidad de quienes lo dirigen. El sacerdote presenta un sermón que es memorizado, que nada tiene que ver con el asunto, ni es lo suficientemente adecuado al tipo cultural de los que le oyen.¹³

La desvalorización de lo religioso es aún más evidente cuando el sacerdote, que debía luchar contra la superstición del indio, se entrega deliberadamente a ella.¹⁴

Aunque el autor por un lado es radical contra todo aquello que ofuscó la mentalidad y concepción espiritual, y con ello la concepción material de la vida del indio, parece asimismo, a la luz

¹⁰ *Ibid.*, pp. 99, 96.

¹¹ *Ibid.*, p. 191.

¹² *Ibid.*, pp. 166-168.

¹³ *Ibid.*, pp. 186-187.

¹⁴ El padre Chimalpín sigue las instrucciones del curandero Mucumuv Quim para curarse de las cicatrices de su cara. *Ibid.*, pp. 259-270.

de otras referencias en el libro, que lo que quiere es definir lo auténtico que debe existir, y de hecho existe, en las fuerzas que chocando produjeron la caótica persuasión religiosa del individuo. Así se ve al autor buscando un sentimiento religioso consistente y definido, un credo que no embrutezca la conciencia del progreso espiritual y material del nativo. "A mí se me hace," dice Jerónimo de la Degollación, "que el temor de Dios que nos inculcan de chiquillos nos hace temerosos de todo."¹⁵ Esta palabra "todo" parece incluir el temor aun a la superación social y económica del individuo.¹⁶

Lo moral

No se puede creer que, desde un punto de vista moral, plantee Asturias, en *Mulata de Tal*, el conflicto entre el bien y el mal en el sentido como lo ha propuesto Olazagasti. Ella dice:

En *Mulata de Tal* el tema principal tiene connotaciones éticas. Es la lucha de las fuerzas del mal representadas por los demonios, ya sean éstos indígenas o cristianos, que tienden a desorganizar ese orden natural que obedece a la armonía de las cosas creadas por Dios y que representan las fuerzas del bien.¹⁷

Se cree, más bien, que aquí se define el valor auténtico del hombre frente al mundo. Es decir lo que el hombre debe ser con respecto a los otros hombres. Asturias establece esto, no contraponiendo valores positivos representados por personajes ontológicamente aptos para ello a valores negativos, sino a través de ficciones absurdas y negativas en sí, que llegan a la falla del hombre. Cashtoc, en conferencia con sus diablos subalternos de la tierra, habla sobre lo que debe hacerse con el hombre individualista que no cumple con la misión que se le ha asignado en este mundo, o sea con la misión de ayuda y cooperación mutuas entre sus semejantes. Dice Cashtoc:

¹⁵ *Ibid.*, p. 248.

¹⁶ La autenticidad del cristianismo tal vez parece sugerirse con las siguientes palabras: "No se es cristiano porque sí, se es cristiano porque ello implica amar más, amar más es darse más, es abarcar, en la dádiva a cuanto nos rodea, plantel de dichas en que se cumple con todo, sin el grito diabólico de la exigencia despierta, de la llama carnal que no engendra sino cenizas." *Ibid.*, pp. 241-242.

¹⁷ Adelaida Lorand de Olazagasti, "*Mulata de Tal*", *Asomante*, Homenaje a Miguel Angel Asturias, Vol. XXIV, Núm. 3 (Julio-Septiembre 1968), p. 74.

—¡Una polvareda fue la creación y una polvareda queda de las ciudades que destruimos! ¡No más ciudades! ¡No más hombres que no son sino apariencia de seres, como el formado de barro, que se deshizo solo, y el de madera, colgado, como simio, de los árboles! ¡Los hombres verdaderos, los hechos de maíz, dejan de existir realmente y se vuelven seres ficticios, cuando no viven para la comunidad y por eso deben ser suprimidos. ¡Por eso aniquilé con mis Gigantes Mayores, y aniquilaré mientras no se enmienden, a todos aquellos que olvidando, contradiciendo o negando su condición de granos de maíz, partes de una mazorca se tornan egocentristas, egoístas, individualistas... hasta convertirse en entes solitarios, en maniqués sin sentido!¹⁸

Resumiendo la cita en una comparación, se tiene que debe el hombre ser y actuar con respecto a la sociedad como debe el maíz ser y actuar con respecto a la mazorca. Sólo entonces se salva éste de la destrucción.

¿Cómo se sabe que estas palabras de contenido filosófico son de Asturias y no tan sólo de Cashtoc? O sea, ¿Cómo se sabe que lo que Cashtoc ha dicho sobre el hombre y su misión, en esta cita, lo ha dicho por el autor? Para creer que estas son palabras de Asturias, es preciso tomar en cuenta dos hechos: primero, que la misma idea filosófica está plasmada en otras obras de Asturias, particularmente en *Hombres de Maíz*. En esta novela se deduce, como mensaje definido, la idea de que el hombre verdadero, el hombre de maíz, debe ser totalmente para su comunidad. Y segundo, que la misma idea se repite muchas veces en *Mulata de Tal*, unas veces explícita y otras implícitamente, como se verá luego.

El hombre aparece como un elemento rebelde y perturbador del orden de la creación al no operar en su vida social bajo los imperativos morales de ayuda, amor y entendimiento mutuos. Cashtoc dice:

—¡Plantas, animales, astros..., existen todos juntos, todos juntos, como fueron creados! ¡A ninguno se le ha ocurrido hacer existencia aparte, tomar la vida para su uso exclusivo, sólo al hombre que debe ser destruido por su pretender existir aislado, ajeno a los millones de destinos que se tejen y destejen alrededor suyo!...

—¡Por eso, repito, debe ser destruido el hombre y borradas sus construcciones, por su pretensión a singularizarse, a considerarse fin en sí mismo!¹⁹

¹⁸ *Mulata de Tal*, p. 172.

¹⁹ *Ibid.*, p. 172.

Aquí se repite aquello de que "destruir es crear." Es preciso aniquilar todo cuanto embarace el desarrollo de la vida comunitaria, de la vida de los verdaderos hombres de maíz. No se trata entonces de destruir la creación, como interpreta Olazagasti, sino de afirmarla, y asegurarla, eliminando todo cuanto quebrante su unidad, integración y armonía.

De estas referencias, se puede inferir que Asturias sugiere la idea del mal y del caos, como consecuencia de la falta de unidad y cooperación en la comunidad. Esta falta de unidad, cooperación colectivas es secuela de la falta de una definida conciencia moral, social y religiosa en la sociedad.

Es preciso ver ahora lo que moralmente representan Yumí y la Mulata.

Yumí, el protagonista de la novela, es un ente bueno, en sí es interesante apreciar cómo el autor, para reforzar el valor especial interno del personaje, lo presenta como un ser codiciado por su osamenta áurea. Dentro, muy dentro, del ser hay metafóricamente un valor esencial.²⁰ Este ser moralmente bueno vive feliz mientras no ha llegado a corromperse; o sea mientras se mantiene dentro de la calidad de hombre de maíz. Sólo cuando pierde éste tal calidad, o sea se corrompe, deja de ser bueno para volverse malo y objeto de destrucción. Yumí es malo y por tanto infeliz cuando, por las ambiciones de poder, entrega su mujer al diablo.

El segundo personaje importante en la novela es la Mulata. Esta, rigurosamente interpretada, escapa a toda norma moral, pues no se define como ser humano y mal puede ser juzgada dentro de algo que sólo éste puede ser considerado. No obstante, se podría hacer un enjuiciamiento moral en cuanto ella es fuerza que incide en la conducta del protagonista. La Mulata, personaje fuera de lo común, tanto por su belleza como por otras consideraciones de su ser, es un ente moralmente negativo. Ella es "¡todopoderosa por su crueldad sin límites!"²¹ Es "ambiciosa y perversa."²² "Vándala por naturaleza y sin más ley que su capricho."²³ Tiene una "rabiosa necesidad de destruir," todo cuanto halla a su alcance.²⁴

²⁰ "Para ella (la Mulata), de los huesos áureos de Yumí, salían las espinas luminosas... de qué sol tan interno... de qué luz tan profunda..." *Ibid.*, p. 209. Yumí es pues un sol resplandeciente, una luz profunda y sagrada, un ser, en fin, dignamente agraciado y bello, de valor intrínseco.

²¹ *Ibid.*, p. 57.

²² *Ibid.*, p. 52.

²³ *Ibid.*, p. 52.

²⁴ *Ibid.*, p. 46.

Así se comprende cómo, desde un plano moral, habiendo llegado Yumí a un estado de imperfección, fue atraído por algo o alguien moralmente compatible.

Dentro de la obra hay historias definidas que en sí forman unidades narrativas. Tales son por ejemplo las historias de los hombres jabalíes o salvajes o de las nueve vueltas del diablo. En algunas de las historias de este tipo, junto al valor folklórico y social, pueden hallarse sugerencias morales que se relacionan de algún modo con las palabras que Cashoc dijo sobre el hombre. Refiriéndose a la historia de los jabalíes, se tiene que éstos eran seres humanos, que por su borrachera fueron animalizados y quedaron con el disfraz que llevaban. Yumí cree que los jabalíes en el mundo saben mejor que los hombres.²⁵ Aquéllos son más sociables que éstos,²⁶ y por tanto más solidarios en la causa común de la vida. La misma idea se remata con una comparación adecuada. "Nos gustaría," dice la jabalí a Yumí, "quedarnos con el oso." (El oso al principio era detestado por los jabalíes.) "Nos haremos amigos y viviremos todos en comunidad."²⁷

Tomando en cuenta la incoherencia y lo absolutamente fantástico, que en el libro dominan, es posible preguntarse con relación al mensaje. ¿Por qué Asturias, si quiso proponer un mensaje relacionado con problemas vitales, no lo hizo bajo una fórmula comprensible y fácilmente captable? ¿Por qué quiso complicar más lo ya enigmático? Respondiendo a esto, se tiene que, como se dijo en la primera parte, quiere llegar Asturias a la esencia misma de los valores de su pueblo, usando la vía de lo inconsciente ya que este mundo fantástico es parte integrante de la vida real: sin él, ésta es incompleta y de poca consecuencia. Habiendo hecho esto, se vio Asturias en el caso de enfocar la vida y sus enigmas desde este plano fantástico, desde dentro. Si así lo hizo, era claro que las fórmulas dadas como mensaje habrían de ser entendidas e interpretadas también desde un plano predispuesto a lo irreal y fantástico. Pues eran productos de la inconsciencia. Dicho en otros términos, mal pudo haber propuesto Asturias fórmulas coherentes de interpretación si la materia confrontada era de distinta índole; esto es, de índole inconsciente y fantástica. Asturias no pudo traducir lo irracional con una fórmula racional convencional sino meramente exponerlo y hacer sentir al lector cómo ese enigma funcionaba y cuáles eran sus alcances. Asturias no pudo juzgar el mundo de lo maravilloso-real americano con normas racionales

²⁵ *Ibid.*, p. 73.

²⁶ *Ibid.*, pp. 73, 77.

²⁷ *Ibid.*, p. 78.

y entregárselo con fórmulas asimismo racionales, sino tan sólo representárselo, desde dentro, tal como es y funciona.

Todo lo que se ha querido sugerir en este estudio es que *Mulata de Tal* contiene, sin embargo de su técnica especial, un mensaje de tipo social, religioso y moral. Pero estos aspectos son parte de un complejo contenido que ha sido elaborado con una nueva visión filosófica y artística de la realidad: la visión de la realidad vista como un concepto relativo, cuya elaboración práctica es en definitiva el otro elemento temático de la obra.

UNA NOVELA NUEVA: *TANIT*, DE SENDER

Por *Marcelino C. PEÑUELAS*

ASÍ todo lo que se nos cuenta en *Tanit*¹ es insólito. Resulta también insólita la manera de contarlo. Las múltiples y repentinas dislocaciones del relato, en aparente revoltijo, adquieren con frecuencia visos divertidamente absurdos, sugestivamente incongruentes. Al mismo tiempo, los incidentes inauditos y las digresiones extemporáneas de la novela van insensiblemente adquiriendo coherencia interna en una secuencia fluctuante de correspondencias implícitas hasta formar un todo sueltamente estructurado. El lector acaba por vislumbrar que la inusitada línea del desarrollo narrativo no es otra cosa que un truco estructural de buena ley, una técnica singular revestida de irónico desenfado. La descoyuntada progresión del relato acaba por revelarse como un simple y deliberado pretexto, como un enfoque oblicuo del propósito de esquivar formas narrativas familiares.

El tono y el sentido de la novela quedan ya insinuados en las primeras páginas, en las sabrosas digresiones de un original "prólogo" donde se habla, entre otras cosas, de las incongruencias de los tontos, los locos y los niños, que con sus sorprendentes distorsiones de la realidad viven en un mundo propio, de perfiles mágicos y de trasfondo lírico.² El lirismo "factual" de la novela queda inmerso en un mundo parecido, deliberada e imaginativamente dislocado, que intenta atrapar ciertas facetas de la realidad por el envés.

"Tampoco las novelas de ahora son como las de antes", se nos dice en el curioso prólogo que sutilmente trata de preparar la atención del lector "anticipándole una tónica determinada y sugiriéndole una dirección".

¹ Barcelona, Planeta, 1970. 323 pp.

² El propósito de éstas, y de otras, digresiones queda revelado de forma tácita en el contexto total de la obra, y también con frecuencia en breves comentarios que indirectamente aclaran su intención: "Dice Shakespeare en *El Mercader de Venecia*: '... y entretanto los tontos juegan con las palabras'. Los poetas en ese sentido son los grandes tontos de nuestro tiempo. Tontos trascendentes elegidos de Dios". (p. 5) "Los equizofrénicos hacen uso frecuente de las palabras con una intención mágica. Por eso son parientes de los poetas". (p. 7) "Los manuscritos (...) revelaban el mismo chispeante mundo angélico-satánico-perruno de los chicos pequeños en el nivel de lo dislocado poético". (p. 25).

(p. 5) En *Tánit* nos encontramos a gran distancia temática y de intención artística de las narraciones que Sender escribía hace treinta o cuarenta años. Alejado del contacto directo de su tierra ha ido buscando otros temas y cultivando nuevas formas expresivas. Su obra en el exilio contiene frecuentes incursiones por caminos narrativos poco frecuentados, sobre todo en *La esfera*, *La orilla donde los locos sonríen* (octavo libro de la serie *Crónica del alba*), y en algunos cuentos como en los de *Las gallinas de Cervantes y otras narraciones parabólicas*. Pero *Tánit* no se parece a ninguna obra anterior, suya o ajena. Es una novela fresca, única, arriscadamente original. Con sorprendente desenvoltura mezcla en sus páginas los elementos más atrevidamente dispares que acaban por incorporarse al relato sin violencia, gracias a la extraordinaria agilidad, precisión y eficacia de la prosa.

Sobre los nuevos caminos de la novela el autor nos ha adelantado algunas ideas en un libro de diálogos.³ Al hablar de la novela del porvenir comenta: "...en algunos novelistas se ve apuntar el mundo de un futuro más o menos inmediato. Yo también, en algunas de mis novelas, me permito alguna anticipación sobre todo en algunas novelas inéditas que se van a publicar pronto". Sin duda, estaba pensando en *Tánit*. Más adelante añade: "...el artista tiene que buscar terreno virgen." "Hay que escribir grandes mentiras mágicas que propicien el advenimiento de nuevas y más altas verdades." Todo ello encaja perfectamente con el tema, el sentido y la técnica de *Tánit* que intenta ser, y lo consigue, una novela "nueva".

El desarrollo de la acción, el argumento, aunque despierta el interés del lector, tiene poca importancia en sí mismo. Es sólo un punto de partida y de referencia, un simple pretexto que acaba por esfumarse. Enrique, ingeniero y escritor extranjero que reside en Nueva York, nos cuenta incidentes relacionados con su misión secreta de "matar al tirano" de un país imaginario; su encuentro con Tánit, encantadora jovencita que trabaja en el ascensor de un rascacielos y en otras curiosas tareas, entre ellas la de lectora de manuscritos de temas infantiles para una editorial. Enrique descubre con sorpresa que quince años antes, en Túnez y en París, siendo Tánit muy niña, la había tenido en sus rodillas cuando él era amante de la madre. Tánit, aunque recuerda sus juegos infantiles con Enrique, no lo reconoce y él guarda el secreto. Sienten mutua atracción y surge el noviazgo. Deciden casarse pronto, a pesar de que ella le confiesa que acaba de quedar embarazada en sus amoríos con Agustín, joven por quien no siente especial interés. Podía habérselo callado, pero Tánit, mujer moderna y rebelde, tiene cosas así. Quiere provocar un aborto pero Enrique la disuade, al mismo tiempo que piensa: "La forma de tu rebeldía consiste en hacer

³ M. C. Peñuelas, *Conversaciones con R. J. Sender*, Madrid, Magisterio español (Novelas y Cuentos), 1970. Las tres citas incluidas corresponden a las páginas 171, 174 y 175.

el amor sin amor con Agustín, quedar preñada y luego negarte a aceptar los hechos." (p. 91) La boda se celebra en la terraza del rascacielos. Enrique, por su parte, tampoco da demasiada importancia al embarazo. Está esperando la orden secreta para tomar un avión que en dos horas lo llevará al lugar del atentado, del que probablemente no saldrá con vida. Así es que se casa, como él dice, "un poco en *artículo mortis*". Nadie, entre los invitados, sabe nada de su misión.

En el rascacielos, durante la fiesta de la boda, ocurren hechos sorprendentes y desfilan por la terraza toda clase de curiosos tipos —entre ellos la alocada madre de Tánit—, figuras conocidas del mundo literario de los años treinta, otras de la sociedad norteamericana de hoy y escritores como Dylan Thomas, Wallace Stevens, Carl Sandburg, Juan Ramón Jiménez. La presencia de los poetas en la "ciudad vertical" del rascacielos evoca impresiones, reflexiones e imágenes de sugestivo contraste: "En la terraza está Juan Ramón, *sbeik* melancólico enamorado del color, del silencio y de la sombra oblicua y última del limonero con racimos de azahar. La poesía de Juan Ramón es una especie de noche nupcial con una novia sin nombre aún, que no tendrá tal vez nombre nunca. El eterno galán de una eterna Dulcinea." (p. 161)

A lo largo del relato, y a partir del prólogo, van apareciendo en elaborado desorden toda clase de singulares incidentes, digresiones y comentarios que no parecen tener relación con la línea narrativa: ejemplos regocijantes de lo que los niños —"esos perros líricos de Dios"— escriben en los cuadernos de la escuela primaria. (Tánit los lee en un manuscrito para dar su informe a la editorial e ilustran el fondo de poesía que a veces yace en lo incongruente, o al revés); una teoría histórica sobre la Atlántida; hechos inauditos de ciencia-ficción en el laboratorio de Mr. Lightning (Sr. Rayo), un Júpiter moderno que recoge los rayos y almacena su energía para increíbles experimentos; continuos y jugosos comentarios sobre temas literarios; consideraciones sobre el amor, la mujer, la felicidad, la muerte. Sender hace uso de algunos elementos surrealistas para dar a la acción calidades mágicas, como ha hecho frecuentemente en otros libros. También, como de costumbre, las descripciones de personas y lugares adquieren calidades visuales e incluso táctiles como en algunos pintores del pasado.

Los contrastes repentinos se multiplican despertando, en sus correspondencias tácitas, soterrados ecos líricos. Por ejemplo, el espectáculo de la terraza, la falta del sentido de la esencialidad del hombre "práctico" de hoy inmerso en el caos mecanizado y vacío de las grandes ciudades, junto a la presencia de Juan Ramón, evoca en Enrique una incongruente y sugestiva imagen: "Entretanto, ahí va Platero por la Quinta Avenida cargado de cosas esenciales como iba en tiempos de Palos de Moguer cargado de flores." (p. 160) Poco antes, cuando la madre de Tánit le pedía dinero,

Enrique estaba pensando que "no hay nada más esencialmente práctico que la poesía. Ni siquiera un *credit card* es más práctico cuando llegan las grandes ocasiones y el jugárselo todo a cara o cruz." (p. 158)

La estructura narrativa, con sus continuas interrupciones, resulta compleja, algo caótica, y al mismo tiempo libre de oscuridad. Los heterogéneos elementos que la componen están incorporados al relato con naturalidad, formando desde diversas perspectivas tangenciales parte del sentido total. Las frecuentes dislocaciones adquieren cohesión externa mediante avances de la acción, retrocesos, deliberados titubeos y reiteraciones, de acuerdo con el tono conversacional de gran parte de la narración. ("Pero ahora caigo en la cuenta de que apenas he hablado de la vida privada de Tánit", p. 121) La coherencia interna surge sobre todo de la eficacia y el encanto de un estilo diáfano, preciso, "natural".

Con sus inesperados e irónicos cambios de tema y de tono la novela da la impresión de un continuo y arriesgado jugueteo literario, siempre al filo de la broma y de lo serio. Sender juega a capricho con las palabras, con las ideas y las situaciones, logrando mantener en todo momento un equilibrio difícil y un firme control de los múltiples significados y de sus correspondientes planos narrativos. A fuerza de sencillez y sobriedad ha alcanzado un dominio excepcional de la expresión que le permite comunicar a su prosa singular nitidez y eficacia. A pesar de empedrarla ocasionalmente con algún ripio, sobre todo con ese "digo" tan suyo que deja caer de cuando en cuando. No creo que se trate de descuido porque en *Tánit* tropezamos con la muletilla unas dos docenas de veces. La única explicación que cabe es la que el propio Sender nos insinúa en el prólogo de *Los cinco libros de Aviadna*. Comenta allí que los indios de Nuevo Méjico dejan en sus artes alguna imperfección (una mano con tres dedos o un rostro con un solo ojo) "para que por ella salga el diablo que está escondido (...). A mí me gusta también dejar en mis escritos, como hacen los indios, una ventana abierta para que el diablo salga si quiere. (El diablo de la perfección)". Es decir que la reiteración del "digo" es sin duda deliberada y con ella probablemente trata el autor de compensar con expresiones familiares la sofisticación "natural" del estilo y las posibles dificultades esotéricas del contenido. Sin embargo, creo que muchos lectores preferían que ese diablo quedara escondido. También hay unos contados descuidos en la puntuación, en las comas, quizá debidos a una apresurada revisión de las pruebas o a errores tipográficos. Pero estos insignificantes detalles no llegan a empañar la turgente frescura de la prosa. A veces, y por contraste, adquiere el tono "decadente" y el ritmo ondulante de las *Sonatas* de Valle Inclán: "Muchos incidentes históricos de aquel tiempo se debieron a la influencia de confidentes áulicas cuyos nombres quedaban en la discreta sombra de los palacios londinenses como el de la ninfa Egeria en la sombra del bosque milenario." (p. 71)

El libro se lee con fruición. El lector goza de los inauditos hechos narrados por la ironía y agilidad con que están trabados y, sobre todo, por la transparencia sugestiva del estilo. A la prosa de *Tánit* se le puede aplicar lo que Enrique dice de la poesía de Sandburg: "...en la repostería poética hay muchas falsas amarguras y muchos estimulantes químicos, pero el pan es siempre el alimento preciso y precioso." (p. 111)

En conjunto, la novela deja en el lector el regusto de un ágil y sabroso divertimento. No es necesario tratar de calar más hondo y buscarle interpretaciones ocultas para gustar plenamente de la lectura. Pero, entre bromas y veras, se puede vislumbrar entre líneas una ironía cáustica. Como en otras novelas de Sender puede verse, encubierta, una intención desmitificadora. La traza del rascacielos, rincón simbólico de Nueva York, surge así como una imagen caótica de la vida moderna en los países ricos. Imagen de un mundo mecanizado y aséptico, desequilibrado por la técnica y la abundancia y desorientado por el camino sin norte que en tal ambiente están tomando las relaciones humanas. Mundo de hoy con anticipaciones catastróficas del mañana. Imagen de un sistema de vida que ha ido complicándose y deshumanizándose a medida que se alejaba de Natura. El problema está insinuado a lo largo de la novela, sobre todo en el episodio de las vacaciones que Enrique y Tánit pasan en el campo, en un cómodo hotel situado junto a densos bosques. Gozan allí de una vida "un poco fuera de este mundo", intermedia entre la de Nueva York y la de plena naturaleza. Son felices por unos días y Tánit comenta: "Querría que la vida fuera siempre así. Nosotros juntos y muchas cosas naturales y simples alrededor." (p. 75) Pero el contraste extremo con la vida "vertical" de las grandes urbes lo evoca la feliz familia de labriegos hispanos que Enrique encuentra cerca de allí: "Poseían algunos animales domésticos (cabras y vacas) y las tierras que podían labrar. Apenas si veían dinero y no se afanaban en buscarlo. Su vida (...) parecía deslizarse al margen del tiempo." (p. 81)

Con esta perspectiva, Tánit ("la madre-virgen-diosa fenicia") surge como el arquetipo de la Mujer, de hoy y de siempre, presa en ese ambiente de vertiginosa incertidumbre. Goza de belleza, inteligencia, salud, y en el fondo es hasta una buena muchacha. Pero la vida le falla y ya ha intentado suicidarse dos veces. La tragedia agazapada en la vida falta de esencialidad que la rodea queda suavizada —y acentuada a la vez— por los inútiles escapes del erotismo, el alcohol y las drogas. En este medio Enrique logra mantener su personalidad en cierto equilibrio. Poeta y hombre de acción, situado al margen, puede observarlo todo con ligera indiferencia. Además, está enamorado y es hasta un héroe en potencia. El odio contra "el tirano" —que ha destruido a su familia—, el amor de Tánit y el secreto del atentado a punto de realizarse le hacen sentirse por encima del caos disolvente de la terraza. Allí hasta la muerte adquiere facetas irónicamente in-

sólitos. El cadáver "vertical" de Agustín en el ascensor sube y baja su camino póstumo en la barca electrificada de Caronte, sin cielo ni infierno al final, ante la impaciencia cómica de los invitados a quienes la policía no permite ir a los lavabos y forman cola esperando su turno. Alguien sugiere que lo hagan por orden alfabético.

El significado del desconcierto de la terraza queda insinuado en las últimas palabras del capítulo X. Ante el cadáver de Agustín, Enrique reflexiona: "Rígido y vertical. ¡Qué raro! / Hasta ahora la rigidez se adscribe a la horizontalidad. Para qué ha de estar un muerto de pie? ¿Y por qué en un ascensor? / Así es la vida, digo en estos tiempos de transición."

Al reflejar el desbarajuste de estos tiempos de crisis, por su original factura, y por las circunstancias anómalas de la vida del autor en que ha surgido, quizá *Tanit* sea también una novela de transición en la ya vasta obra de Sender.

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE LA LITERATURA PARAGUAYA

Por *Juan Bautista RIVAROLA-MATTO*

"Cambien ustedes la realidad que yo escribiré
entonces libros muy alegres"

Gabriel Casaccia

"Los escritores paraguayos son anormalmente
conscientes de los problemas de su historia y
de su sociedad"

Augusto Roa Bastos

ME permitiré decir algunas cosas que, acerca de la literatura paraguaya, no han sido dichas del todo, pero que se desprenden de los muchos trabajos dedicados al tema últimamente, en especial de los de Josefina Plá, Hugo Rodríguez Alcalá, Rubén Baireiro Saguier, Francisco Pérez Maricevich y Roque Vallejos.

En otras partes el escritor tiene la posibilidad de realizarse en su medio. Existen bases económicas, sociales y culturales bastante amplias para la actividad literaria. En el Paraguay tales bases son y han sido siempre muy estrechas, endebles y distorsionadas. No pudo formarse hasta ahora una capa social suficientemente numerosa, culta y pudiente que estuviera en condiciones de crear y consumir literatura. El país padeció largos períodos de aislamiento y de silencio, repetidas destrucciones y reconstrucciones. Acechado por la tragedia en cada encrucijada, poco es lo que pudo consolidar y proyectar en el tiempo. A esto hay que agregar que, después de la guerra contra la Triple Alianza, la historia monopolizó las cabezas mejor organizadas y las imaginaciones más fecundas, las cuales, antes que profundizar en el conocimiento del pasado, se empeñaron en desenterrar e inventar mitos que, por paradoja, la literatura estaba llamada a destruir. Por eso se ha afirmado que nuestra verdadera tradición literaria está contenida en las memo-

rias del coronel Centurión, en Juan Silvano Godoy, el padre Maís, Blas Garay, O'Leary, Cecilio Baez, Fulgencio R. Moreno, Manuel Domínguez y otros tantos historiadores. Y en efecto, en ellos puede encontrarse el compromiso, el vigor, la pasión y el arte que, con contadas excepciones, están ausentes en los tímidos y contrahechos engendros que pasaban por literatura. Es que en esa época, bajo la influencia del romanticismo primero y del modernismo después, la literatura estaba concebida como devaneo de bohemios y tipos raros, un juego socialmente inútil en una nación que soportaba tensiones tan agudas y que debía justificar su propia existencia.

De allí que la literatura propiamente dicha se desarrollara hasta los límites impuestos por las condiciones referidas. Vivió dispersa en periódicos de mezquina tirada, en alguna que otra revista de efímera existencia, en alguno que otro libro condenado a enmohecerse en el cuarto de los cachibaches una vez que el autor hubiera regalado a todos sus amigos ejemplares con dedicatoria.

Tuvimos así algunos bellos poemas, algún cuento logrado, una que otra buena obra de teatro, y pocas, muy pocas, novelas. Para contar las escritas por paraguayos hasta 1952 sobran los dedos de las manos. Es que este género literario difícilmente podía prosperar en un país semifeudal cuya élite poseedora de ligero barniz de cultura europea era extremadamente reducida y se hallaba ocupada en otra cosa. Tanto es así que la novela se insinúa en el Paraguay con los primeros brotes de autoconciencia de su enclenche burguesía y madura como expresión del fracaso de las primeras aventuras históricas de esta clase social.

EN 1947 se produce la derrota de una revolución democrática. Su consecuencia inmediata es el éxodo masivo de la cuarta parte de la población del país. En esta cuarta parte estaba comprendida la casi totalidad de la clase obrera y de sus dirigentes. La mayoría de los intelectuales, de los profesionales y de los estudiantes universitarios. La casi totalidad de los militares de escuela. La plana mayor y media de tres de los cuatro partidos políticos, a la que pronto siguieron fracciones del partido gobernante. Puede decirse que el centro de gravedad de la vida política y cultural del Paraguay se trasladó a la Argentina.

No se han estudiado todavía las causas y consecuencias de este desbandando sin parangón. Pero todos coinciden en señalar que fue en la Argentina donde aparecieron los primeros escritores paraguayos a nivel continental. Esto puede llevar a conclusiones simplistas, tales como que son producto de un ambiente más desarrollado.

Me pregunto, en cambio, cuántos escritores se malograron; qué hubiera sido de nuestra literatura si el Paraguay no se hubiera visto privado de una generación y no hubiera retrocedido cincuenta años en su desarrollo político y cultural. Me inclino más bien a considerar a los pocos escritores que lograron abrirse paso como a sobrevivientes de un naufragio, que, a diferencia de los historiadores de principios de siglo, no tenían detrás una epopeya sino una enorme vergüenza. Era común oír en los corrillos de la frontera, refiriéndose a episodios de la guerra civil: "Ya no nos queda siquiera el heroísmo. No hay que hablar de estas cosas." Este estado de ánimo se reflejó en la narrativa. Ya no tenía sentido hacer historia. Hasta ahora no se ha escrito un solo libro sobre la revolución de 1947.

Sólo dos grandes poetas conservaron la fe o acaso la ilusión: Herib Campos Cervera y Elvio Romero. No me detendré en ellos, sin embargo, porque, por aquel entonces, el hecho verdaderamente nuevo fue el nacimiento de la novela paraguaya.

AUNQUE hubiera preferido eludirlo por razones de parentesco, no tengo más remedio que referirme a José María Rivarola Matto. Su destino, y el destino de su obra, ilustran la idea que intento desarrollar. Después de haber participado en la guerra civil, tras de dos años de exilio en la frontera argentina, en arranque algo temerario, regresó al Paraguay llevando un manuscrito. Desde Asunción entró en tratos con una imprenta de Buenos Aires, y, en 1952, en edición de autor, apareció "Follaje en los ojos". Mutilada, impresa prácticamente con las pruebas de galera sin corregir, conteniendo vacilaciones e ingenuidades inevitables en un autor joven que no tenía nada detrás ni a su alrededor, pasó a ser, sin embargo, el esfuerzo narrativo de mayor aliento realizado hasta entonces. Pero, lo principal es que contenía ya algunos elementos que pronto darían fisonomía propia a la novela paraguaya. Aparece el tema del hombre que siente que debe hacer algo, que no sabe qué hacer, que nada puede hacer y que en realidad no tiene ganas de hacer nada y que se deja llevar por la corriente jugando su papel sin entusiasmo alguno como actor que desprecia su libreto. El protagonista muere en una incursión de contrabandistas a la que se ha metido con el fin de ganar el dinero necesario para escapar del monte abandonando a una muchacha campesina a la que ha raptado no se sabe si por amor o por capricho y que espera un hijo suyo. "Así perdura esta raza", son sus últimas palabras. En esta novela los hombres son pintados sin sentimentalismo; la explotación de los obreros del Alto Paraná es descrita sin dema-

gogia y se hace un esfuerzo por mostrar las cosas como son desde el punto de vista de un hombre que nada puede hacer para cambiarlas.

Pero, comienzo tan promisorio es prontamente ahogado por un ambiente admirablemente descrito por Roa Bastos:

"En el ámbito local —dice—, la tarea resulta desde luego más difícil. No porque un ojo implacable vigile y reprima sin descanso los desperezamientos de la inteligencia y de la imaginación. Después de todo, esto hubiera dado a la lucha su verdadero sentido. Sucede algo peor. La brutalidad de la fuerza, el desprecio por el espíritu y por la dignidad moral han invadido el aire que se respira, envenenan los pensamientos aun antes de ser formulados, crean una psicosis de enterrados vivos. En esta atmósfera sorda y asfixiante, toda posibilidad de comunicación pareciera reducida a cero. Ello hace superfluo el rigor de la censura oficial, pero también torna absurdo el hecho mismo de escribir. ¿Para qué, para quiénes? El esfuerzo por sobreponerse a esta siniestra fascinación es lo que consume el mayor gasto de energía espiritual."

Y aunque después José María Rivarola Matto escribe algunas buenas obras de teatro, su labor literaria pasa de un segundo a un tercer plano hasta interrumpirse por completo. La narrativa paraguaya iba a desarrollarse en el extranjero mediante la labor de dos escritores a quienes el drama colectivo había sorprendido en plena madurez.

En 1952 aparece "La babosa" de Gabriel Casaccia y en 1953 "El trueno entre las hojas", de Augusto Roa Bastos. En los quince años siguientes, con largas pausas, se publican "La llaga" y "Los exiliados" de Casaccia, e "Hijo de hombre" y alguno que otro cuento magistral de Roa Bastos. En el mismo lapso aparecen unas cuantas novelas y colecciones de cuentos en el Paraguay y en la Argentina, que, como dice Pérez Maricevich caben cómodamente en la sombra de estos dos grandes creadores.

CRÍTICOS y criticones se han ocupado hasta el cansancio de Casaccia y Roa Bastos. Así que procuraré referirme a algunos aspectos que hayan sido poco observados y desde el punto de vista que aquí nos interesa.

Casaccia ya estaba radicado en Posadas desde algunos años antes de la guerra civil de 1947. Quien haya vivido en la frontera argentino-paraguaya sabe que es como estar sentado en una piedra contemplando el incendio de un bosque con un río de por medio. No hay riesgo de quemarse y ante el observador se despliega el es-

pectáculo. Llegan hasta él fugitivos chamuscados, desfigurados por el fuego. Y como el instinto gregario de los paraguayos se agudiza en el destierro, pronto se constituyen pequeñas comunidades que reproducen con la mayor fidelidad, en un escenario que poco se diferencia del original y que casi ocupan por completo, las que fueron dispersadas por las llamas. Imposibilitados de obrar, se entretienen charlando. Cada cual trae su anécdota, desfigurada y ahondada por la imaginación y la pasión, que, en conjunto, no sólo revelan la experiencia y el espíritu colectivo sino que ya contienen elementos de elaboración colectiva. Es de imaginar su efecto en un observador tan sagaz, poseedor de intuición tan penetrante, como es Gabriel Casaccia. Conoce poco el guaraní. Esto limitaba la recepción de testimonios directos a determinado círculo de personas. Pero, lo que para otro hubiera sido una desgracia, a él le permitió profundizar sin dispersiones en un núcleo específico, como el bacteriólogo que fija bajo la lente del microscopio unos cuantos gonicocos. Lo que perdía en amplitud ganaba en profundidad.

Todo esto se adecuaba perfectamente a su carácter. Le venía como anillo al dedo.

Casaccia es un escritor muy singular, con ética y estética al revés que obran por contraste. Sus novelas, construidas de manera elemental, desarrollan anécdotas simples hasta la vulgaridad, que en apariencia no tienen nada de trascendente y que pueden ser confundidas con engendros del naturalismo más chato. Dice desdeñar los problemas de la forma, y en realidad es fácil encontrar en la prosa de este ex discípulo de Valle Inclán, quien según los alabadores de sus primeros trabajos poseía "castiza y bien cortada pluma", descuidos que a otros resultarían fatales. Aunque casi no habla el guaraní, su idioma está tan impregnado del espíritu de esta lengua, como lo está generalmente el castellano del paraguay más culto, que resulta mucho más identificable, más autóctono digamos, que el de Roa Bastos, que hace un esfuerzo deliberado por pulsar este instrumento. La descripción y el diálogo se desenvuelven sin artificio, como una lente que se moviera buscando enfocar lo más feo y de peor gusto. Y así, de sus páginas se desprenden personajes reales hasta la irrealidad, como si se movieran en somnolencia o ligeramente drogados, desconcertantes en su verdad casi aterradora por lo obvia, peor que desnudos. No comparto la opinión de quienes sostienen que esto se debe a su capacidad de análisis psicológico. Por el contrario, algunos de sus esfuerzos analíticos me parecen bastante ingenuos, elementales. Es el clima, y el acierto en descubrir el detalle revelador lo que perfora el objeto y lo fija como mariposa en el tablero. Valga como ejemplo Gilberto

Torres, el pintor que en "La llaga" se compra un reloj de ochenta mil guaraníes (unos seiscientos dólares) teniendo a su mujer y a sus hijos en la mayor indigencia. El reloj se convierte en todo un símbolo, en un curioso personaje que no abandona a Gilberto ni en los momentos más dramáticos. Algún crítico le ha reprochado que en sus novelas falten "protagonistas", que adolezca de "falta de profundidad y hondura en sus arquetipos individuales". Quien busque tales cosas en Casaccia demuestra que no lo ha comprendido en absoluto. La indefinición es el rasgo característico de sus personajes. Son pobres diablos incapaces de hacer nada de provecho, que ni siquiera son viciosos o perversos más allá de la mediocridad y la chatura. Ni héroes ni antihéroes. Gente que es y no es, que nada persigue y que se deja estar, como aquel coronel cuyo mayor talento consistía en aguantar las horas perdidas sin aburrirse ni hacer absolutamente nada. Para descubrir a los personajes de Casaccia basta mirar a nuestro alrededor o acaso en el espejo. El ojo penetrante de un escritor de raza como Vargas Llosa supo descubrir el secreto y darle la definición exacta cuando dijo que Casaccia alumbraba la realidad con rayos infrarrojos.

Pareciera que él mismo no tuviera conciencia de las proyecciones, de las implicancias de sus obras, que, si agotaran su contenido en el texto, si fueran "naturalistas" o "sicológicas" como algunos pretenden, no pasarían de novelones de tercer orden pasados de moda. Es que cuando lo singular es penetrado en sus recovecos revela el secreto de lo universal; y la verdad, que la ciencia hace inteligible, se hace sensible en el arte, se materializa en la imagen y trasciende en el símbolo. Sus tres novelas de madurez, "La babosa", "La llaga" y "Los exiliados" nos sugieren un pantano de aguas servidas, un criadero de mosquitos llamados a atormentar, como en las puertas del infierno de Dante, a aquellos que no fueron merecedores de la bienaventuranza ni de los horrores del Averno. El necio prostíbulo donde se desarrolla la mezquina intriga de "Los exiliados" nos hacen pensar en un escenario más amplio, y el amor edípico del adolescente de "La llaga" por una madre estúpida y ligera de cascos, se parece mucho a cierta categoría de desesperado patriotismo paraguayo.

Es natural que Casaccia no guste a sus compatriotas. Les asombra que este escritor que atenta a cada paso contra la literatura reciba premios en el extranjero, que lo elogien críticos eminentes, que se traduzcan sus obras. Es que molesta. Hace sentir esa inquietud indefinible que viene del inconsciente y pone mal la piel. Tal vez como al pobre Dorian Gray cuando miraba su retrato en el **altillo**.

Roa es todo lo contrario de Casaccia. Para compararlos tendríamos que desgajar de la obra de cada uno cierto aspecto que pueda responder a idénticas magnitudes. Algo así como cortar la nariz a Ariel y Calibán y ponerse a discutir cuál de ellas es la más hermosa. Pero, como hasta lo débil y defectuoso en cada uno de ellos están consubstanciados al conjunto, tan dentro de su lógica interna, que el vano esfuerzo del crítico sólo revelaría ineptitud en el oficio. Me detengo más en Casaccia no porque me incline a su favor, sino porque me parece que la valoración de este antiliterato es mucho más difícil que la de un estilista como Roa, quien describe el mundo chato, feo y estúpido de Casaccia mediante líneas, música y colores admirablemente combinados, que no hacen imprescindible un esfuerzo en profundidad ya que el lector puede conformarse con el brillo de la superficie. Aunque ambos son engañosos, cada cual a su manera: el uno con su vulgaridad, el otro con su esteticismo.

Paso a paso podemos seguir en Roa Bastos, desde "El trueno entre las hojas" hasta sus últimos cuentos, una progresiva, dolorosa, decantación de la idea. Un bucear sin término, un constante amasar de la arcilla. Pero si observamos con más detenimiento. Si dejamos de lado la envoltura y las huellas sutiles de la mano del artífice, podremos descubrir que acopia barro del mismo pantano que Casaccia. Al igual que los de Casaccia, los personajes más auténticos del universo de Roa son aquellos que están minados por dentro, envilecidos, impotentes. Al lado de ellos, los pobres diablos de Casaccia resultan niños de pecho, ya que éstos en el fondo son personas comunes y corrientes, "normales" en el más amplio sentido de la palabra.

Casaccia es un demócrata liberal que simpatiza con el pueblo y que se desentiende de la política. Perteneció a la clase media alta, estrechamente vinculada a los círculos dirigentes tradicionales. No sabe de necesidades extremas ni ha padecido la humillación social. Roa, en cambio, asume, aunque con vacilaciones y altibajos, ciertas posturas progresistas, populistas y, por momentos, hasta revolucionarias. Vinculado por su origen a la pequeña burguesía semi-rural, es un veterano catador de la pobreza sin remedio, de la frustración y el abandono, de las hieles más amargas de la desilusión y del resentimiento. De allí que la fría vivisección de Casaccia sea reemplazada en Roa por la fabulación de la historia, por vagos sueños reivindicativos que se concretizan en la creación de arquetipos imposibles, más parecidos a estatuas que a seres vivos. Y en el imperio de la forma, que en él es la respuesta a un imperativo profundo al que se entrega porque no puede eludir

sus dictados. Es decir, que en él es mucho más que la elección de determinada escuela o estilo literario, como suelen creer los críticos y los jóvenes escritores que necesitan proveer sus arsenales, sin comprender que detrás de la selección de un adjetivo o del ritmo de un período suele haber toda una vida, y que el artista madura cuando deja de preocuparse por zonceras. Es así que nos presenta personajes positivos aunque irreales, imposibles, como el viejo Macario, Gaspar, Cristóbal, Salú-í. Pero cuánta mayor profundidad, cuánta mayor hondura humana y fuerza testimonial se encierra en la fatiga del teniente Miguel Vera, falto hasta de la determinación —no del coraje— para pegarse un tiro, y que acaba su vida mediante el truco de hacerse asesinar por un niño al que ha ido preparando con morbosa delectación para un acto que él se imagina expiatorio.

Con Casaccia y Roa Bastos la narrativa paraguaya se decide a meter las manos en el barro nauseabundo para mancharse con él y moldear la efigie aterradora de un hombre comido por la lepra, que vive su propia muerte. Al mismo tiempo renuncia a la ingenuidad retórica para iniciar la búsqueda de un lenguaje propio, esto es, de un lenguaje capaz de instrumentar vivencias singulares y proyectar su espíritu en el tiempo. Plantean el problema del bilingüismo y ensayan soluciones más o menos felices. Y junto a la denuncia, al desenmascaramiento, que en ellos más se parece a revelación y confesión, tienden a enriquecer con su mensaje el patrimonio universal de la cultura, para ello Casaccia abandona la "castiza y bien cortada pluma" y descubre así su propio idioma, mientras que Roa elabora lentamente, se arranca cada frase como tiras de piel hasta quedar en carne viva. Se trata de una profunda lección moral y estética sobre la cual los escritores deberían reflexionar.

BIEN mirada la cosa, los recursos que cada uno emplea son los únicos adecuados a sus concepciones y a sus posibilidades. En Casaccia lo real se reduce a lo inmediato, mientras que Roa procede a deformarlo para darle la sugerencia del símbolo. Pero en ninguno hay percepción directamente inteligible. Se parece más bien al sueño de un angustiado que ve algo sin vínculo lógico aparente con el motivo de su angustia, pero que la expresa de manera más intensa que aquella que daría la representación del objeto mismo. Aquí el autor se confunde con su obra, se integra a ella como tático protagonista, se amalgaman testigo y testimonio. Esta suerte de "realismo onírico", característico de estos dos escritores,

vuelve a aparecer en un novelista joven del que hablaremos más adelante. Pero, esta transfiguración de lo real, al tiempo que revela sensibilidad y aguda intuición, pone de manifiesto, en último análisis, la pobreza conceptual, la indefinición ideológica, no de estos notables narradores, sino de la clase social que representan, y a la que ellos, como es natural, identifican con "el hombre", con "el paraguayo", con "el pueblo".

AHORA bien ¿por qué escritores tan diferentes se encuentran en las profundidades del infierno, el uno para dejar a sus criaturas en la puerta y el otro para arrojarlas en el fuego? Pues porque tienen mucho en común. Vivieron la engañosa victoria de la guerra del Chaco y el fracaso de la experiencia nacionalista revolucionaria de 1936. Vieron cómo el país iba desbarrancándose en un régimen de dictadura militar policiaca de naturaleza gangsteril, donde la inteligencia y el saber tienen pena de cárcel, que ha institucionalizado como "precio de la paz" el asesinato, la tortura el contrabando de drogas, y elevado a la más alta jerarquía social a los ladrones públicos y a los subastadores de la independencia y de la integridad territorial. Y vivieron también, como viven los artistas, con vidas innumerables, la derrota de la revolución democrática de 1947, diez veces más catastrófica que la guerra internacional, pues si en la guerra del Chaco el Paraguay perdió cincuenta mil hombres, la guerra civil le costó medio millón de emigrados y su derrumbe moral. Pues bien, la obra de ambos escritores expresa el estado de ánimo de la burguesía y de la pequeña burguesía paraguayas, protagonistas responsables de todas estas tragedias y que salieron de ellas con la amarga evidencia de su debilidad, de su falta de energía, de su incurable incapacidad para dirigir a la nación. Ambos son a la vez intérpretes de una intelectualidad postergada, sin peso en la sociedad; forzada a contemplar en la impotencia el reinado de la estupidez, de la fealdad, de la amoralidad y la barbarie. Que se ve reducida a la crítica negativa de Casaccia, en cuya obra no se descubre ni la más pequeña fisura por donde pueda filtrarse la esperanza; o, como en Roa Bastos, a la invocación de semidioses que apenas logran disimular su visión aberrante y descorazonada del mundo.

En esto no hay un juicio negador de su obra artística. Ni de su efecto positivo en la conciencia social. En este último sentido tienen el mérito de haber dado un golpe de muerte al chovinismo embrutecedor, a la autosatisfacción de la ignorancia; de haber revelado la irracionalidad, la irrealidad de lo real. Pero Roa no en-

cuentra otra salida que la autoinmolación truculenta, mientras en Casaccia, el protagonista de "La llaga" se pega un tiro ante la evidencia de que su madre es una mala hembra y que él mismo no es más que un vil delator.

ENTRE 1958 y 1966 ocurre una serie de fenómenos confusos a los que podríamos designar como la insurrección de los emigrados. Desde las "villas-miseria" de los suburbios de Buenos Aires hasta los departamentos del centro y a lo largo de toda la frontera, se agitan los paraguayos. Centenares de hombres cruzan el Paraná y el Paraguay y se internan en los montes, para retornar flotando en los ríos, crucificados en maderos de jangada, degollados, castrados, cegados con hierros candentes, y algunos con un hueco negro allí donde llevaron el corazón.

Como resultado de este nuevo fracaso, muchos exiliados se convierten en emigrantes. Renuncian definitivamente a la patria y a toda ilusión. Y son nuevamente las increíbles antenas de Casaccia las que intuyen el cambio y lo reflejan en la novela "Los exiliados", que desencadena sobre el autor una catarata de impropiedades. Poco después Roa Bastos escribe "Nonato", en el que expresa a su manera la desgarradora renuncia.

Entretanto, la burguesía ha pactado con la dictadura aunque no puede suprimir sus contradicciones con el régimen. El centro de la vida política y cultural del Paraguay retorna a su origen. Allí ha surgido una nueva generación que poco tiene que ver con las quijotadas y sanchadas de sus padres, que no se siente responsable del estado de cosas pero que sufre las consecuencias. Y en nuestra narrativa acaba de aparecer un nuevo personaje, Lázaro López, el antihéroe, creado por un novelista de veinticinco años. "Rebelión después", de Lincoln Silva, por la autenticidad de su testimonio, por la cualidad de reflejar, como se dice en guaraní, "yresáppe", en la retina del agua, los complejos procesos de la vida del hombre y de lo humano, está, sin duda alguna, en la línea de los grandes. Y asegura continuidad a nuestra narrativa que, hasta hace muy poco, daba la impresión de no ser más que un fenómeno fortuito.

Pero, la narrativa paraguaya que con Casaccia y Roa Bastos, según dijeron Josefina Plá, "salvó con botas de siete leguas un retraso de medio siglo"; que para eso tuvo que abandonar el pantano, y que lejos de ser expresión del desarraigo (que la hubiera conducido al narcisismo), es un testimonio sin concesiones ni hojarasca; que merece ocupar un lugar de privilegio en la literatura hispanoamericana, tal vez más brillante, tal vez más a propósito,

en algunos casos inflados artificialmente, para seducir a colegialas emancipadas, pero nunca más profunda, tiene también sus limitaciones. Las limitaciones que a todo lo humano da la historia.

A mí me parece que "Los exiliados" de Casaccia y "Nonato" de Roa Bastos marcan el punto crítico de esta honda narrativa. A partir de allí, agotado su mensaje, realizados sus fines y perdida su eficacia ante una realidad que se ha vaciado bajo sus pies para cargarse de nuevos contenidos, mucho me temo que empiece a girar sobre sí misma, que se ponga a urgar en la "memoria intrauterina", en la nostalgia de la inconciencia, de la obscuridad total. Un retorno hacia la nada aún peor que la muerte pues implica renegar de todo lo vivido.

Es que ni Casaccia ni Roa Bastos han podido descubrir y convertirse en intérpretes de un personaje que en el primero oficia de sirviente y en el segundo de fantasma. El único personaje que permanece a pesar de todas las frustraciones, inmolaciones, suicidios y deserciones. Porque su oficio es existir y desaguar esteros: el pueblo paraguayo.

LA GLORIA DE DON RAMIRO Y DON SEGUNDO SOMBRA: DOS HITOS EN LA NOVELA MODERNISTA EN HISPANOAMERICA

Por Luis B. EYZAGUIRRE

La gloria de Don Ramiro (1908), de Enrique Larreta, y *Don Segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes señalan significativos hitos que pueden aportar esclarecedoras luces a la novela modernista en Hispanoamérica. En sus semejanzas y diferencias ambas obras sugieren un momento de inicio, en el caso de la novela de Larreta, y otro de un modernismo ya marcado por las preocupaciones vanguardistas, en *Don Segundo Sombra*. Al estudiar a continuación estos momentos en las novelas en referencia lo haremos convencidos de que estamos contribuyendo a desentrañar aspectos fundamentales de un movimiento que predominó por más de una generación en el continente.¹

Las dos novelas pertenecen al tipo que Kayser denomina "de formación", donde se presenta al protagonista en búsqueda del ideal juvenil.² En estas novelas, dice Kayser, el peligro que corre el novelista es que "las premisas ideológicas de este tipo llevan... con facilidad a una estilización y esquematización, impidiendo así el pleno desarrollo de lo épico: la visión clara y amplia que debía abarcar toda la varia plenitud del mundo se enturbia y se limita."³

Es precisamente éste el riesgo que corren Larreta y Güiraldes en sus novelas. Y es revelador detenerse a considerar los caminos diferentes que ellos siguen para confrontar esta dificultad, pues son diferencias que contribuyen a explicar los distintos grados de vigencia de ambas obras. Mientras Güiraldes, en *Don Segundo Sombra*, soluciona el problema dando al final de su novela un sesgo que indica el paso de la adolescencia a la madurez y que confiere credibilidad a su personaje, Larreta persiste en su visión

¹ Consúltese a José Juan Arrom, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas: Ensayo de un método* (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1963), pp. 172-213.

² Varias otras novelas hispanoamericanas del período caben dentro de esta denominación, *Alsino* (1920), de Pedro Prado, entre ellas.

³ Wolfgang Kayser, *Interpretación y análisis de la obra literaria* (Gredos, Madrid, 1961), p. 480.

original y su novela se diluye en una estilización lingüística y en una esquematización romántica.

Como es frecuente en estas novelas de formación, las obras de ambos argentinos ofrecen rasgos que indican tendencias escapistas. Son numerosos los estudios que aluden al "escapismo modernista" de estas novelas, aunque todavía no se ha hecho hincapié en las claras diferencias de perspectiva que constituyen un factor importante para establecer distintos niveles de validez artística en *Don Segundo Sombra* y en *La gloria de Don Ramiro*. Un análisis de estas diferencias debe contribuir a explicar por qué *Don Segundo Sombra* continúa suscitando estudios que dan fe de su permanente actualidad, mientras *La gloria de Don Ramiro* se va perdiendo en un nebuloso pasado que poco tiene que decir al lector moderno. Algunas de estas diferencias de visión y perspectiva pretende elucidar también este estudio y, para hacerlo, se recurrirá a un estudio sistemático de los protagonistas, confiados de descubrir así las relaciones más íntimas de las respectivas unidades novelescas.⁴

De partida, indispensable es aclarar que el protagonista de *Don Segundo Sombra* no es la figura que da título a la novela sino el narrador, el muchachito que será más tarde Fabio Cáceres. Varios estudios de esta novela, valiosos en atisbos, han fracasado lamentablemente por haber equivocado al protagonista. Baste recordar a este de Ciro Alegría en "Notas sobre el personaje en la novela hispanoamericana." Acierta por separado en todo, pero todo se desploma cuando al referirse al protagonista habla de Don Segundo Sombra. Se da así la paradoja que pueda poner en duda la verosimilitud del personaje al mismo tiempo que defiende la calidad de la novela. A Don Segundo Sombra, dice Alegría, "jamás le ocurre nada malo, fuera del pequeño lío de pulpería en que empieza la novela. Es física y espiritualmente perfecto y nunca tiene ningún problema." Y agrega, poco más adelante: "La novela... es una obra de calidad por su bien proporcionada estructura, donde nada sobra ni falta, su estilo limpio y trabajado, su pampero aliento poético... Pero el personaje Don Segundo es altamente artificial y el defecto se extrema si lo cotejamos con ese otro gaucho Martín Fierro."⁵

⁴ Véase a Serge Doubrovski en *Pourquoi la nouvelle critique. Critique et objectivité* (Mercure de France, 1966), pp. 79-81. Doubrovski nos recuerda aquí que siendo la novela convergencia de todos los niveles significantes de lo humano, es natural que el hombre ocupe el centro de ella. Un estudio del protagonista debiera así conducir a lo que Sartre ha llamado una "totalité detotalisée".

⁵ Estudio recogido por Juan Loveluck en *La novela hispanoamericana* (Editorial Universitaria, Santiago, 1963), p. 100.

Referirse a Don Segundo Sombra como protagonista de la novela "es la equivocación más generalizada," dice J. M. Aguirre en un persuasivo artículo que debiera esclarecer este punto definitivamente.⁶ Don Segundo Sombra es la fuerza que mueve al muchacho, el ideal que éste se ha forjado, el modelo que ha de imitar. Al muchacho sí que le ocurren cosas, buenas y malas. Y es desde luego imperfecto, y se encuentra asediado por el problema de encontrar autenticidad, identidad para su vida. El muchachonarrador es el protagonista y, justo es reconocerlo, altamente verosímil como tal. Don Segundo Sombra, por su parte, es el símbolo del ideal que el muchacho tratará de conquistar. Don Segundo es el *mediador* en el triángulo que, de acuerdo con los conceptos y terminología de René Girard, forman protagonista-modelo-objeto deseado; o, si se prefiere, realidad-mediador-idealidad.⁷ Lo que sucede en *Don Segundo Sombra* es que el autor ha proyectado la figura del mediador con tal fuerza que a veces parece monopolizar el primer plano. Naturalmente esto acontece si nos olvidamos que el narrador es el muchacho y, por lo tanto, todo lo que sabemos de Don Segundo nos llega a través de los ojos y la imaginación de su discípulo.

Necesario, también, a un estudio de estas dos novelas es examinar el tipo de pasado que pretenden recrear y la manera en que sus autores lo hacen. En la obra de Güiraldes se idealiza un pasado relativamente reciente y se mitifica un tipo humano con raíces en el presente. De este modo la tendencia escapista aparece atenuada a lo largo de la novela y desaparece totalmente al final cuando pasado y presente convergen en un nuevo tipo de hombre. El personaje confrontado con la dicotomía realidad-idealidad, reconoce al término de su vagabundaje la imposibilidad de la empresa romántica, en que se empeñaba y resuelve abrazar la realidad de que pretendiera escapar. Solución dolorosa pero verosímil. En ella el aprendizaje de gaucho alcanza una personalidad real, y en ella también exhibe Güiraldes la atinada concepción que tenía de la novela.

⁶ "Don Segundo Sombra: Una interpretación más" (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, tomo XVII, 1963-1964, Nos. 1-2), pp. 88-99.

⁷ El concepto de "mediación" es básico para Girard, puesto que sostiene que a través de él se explicaría verdaderamente toda novela. Según este concepto, las novelas se clasificarían en *novelescas* (romanesque) y *románticas* (romantique). Son obras "novelescas" las que al final revelan la presencia del "mediador", "románticas", las que reflejan esta presencia pero no la revelan. Dejan así al personaje cogido en el engaño romántico que lo lleva a la ruina. Girard da al triángulo el nombre de "désir triangulaire". Consúltese a Girard en *Mensonge romantique et vérité romanesque* (Bernard Grasset, París, 1961), pp. 11-57.

En *la gloria de Don Ramiro*, por su parte, el protagonista deambula sonambulescamente en un pasado lejano en el tiempo y la distancia. La intención historicista literal del autor choca violentamente con los medios estilísticos estetizantes que emplea, de lo que resulta un desequilibrio que afecta a toda la novela. El protagonista está concebido con muchos de los resabios románticos que afligen la corriente modernista, e ilustra la tendencia escapista de principio a fin. Es un escapismo que no rehuye el plano físico, ya que vemos a Don Ramiro huir de Avila a Toledo, y de ahí a América, donde literalmente se difumina. Tal es así que aun su misma muerte nos llega indirectamente, de oídas. El cuerpo sobre el que caen la flor y la plegaria de la santa de Lima ha perdido su identidad por completo.⁸

Lo apuntado hasta el momento debe indicar que ambos protagonistas pertenecen básicamente a una categoría que aquí denominaremos la del vagabundo-romántico.⁹ Tanto el bisoño aprendiz de gaucho como el desventurado Don Ramiro están empeñados en una búsqueda romántica que implica una disociación de los conceptos

⁸ A los reparos ya conocidos de Amado Alonso en *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en "La gloria de Don Ramiro"* (Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1942), se pueden sumar los de varios otros críticos. Sábato, en *El escritor y sus fantasmas* señala: "Tenemos la sensación, al leer *La gloria de Don Ramiro*, de hacer arqueología. Los personajes no son vivientes ni actuales: son antiguos. Hay cierto aire de atmósfera viciada de herrajes oxidados" (p. 185). Luis Alberto Sánchez, por su parte, pone de relieve la falta de autenticidad de novela y personaje. En *América, novela sin novelistas*, p. 192, apunta que la novela de Larreta "constituye un alarde de dominio en la pasamanería, ebanistería y demás artes aplicadas del 600 español, pero no en la técnica de la novela, ni en el poder de sugestionar al lector, ni en los resortes psicológicos del personaje." En *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, p. 386, añade que "Ramiro no es el prototipo del caballero español, del hidalgo, puesto que creció entre deslealtades pequeñas y grandes, desde el sofaldeo y violación de Aldona, la mujer del campanero, hasta la vil entrega de Aixa, su amante islámica." Para Unamuno, por el contrario, es suficiente que Larreta capte el lenguaje de la época y, especialmente, que se haya interesado en el tema: "Es un generoso y feliz esfuerzo por penetrar en la España del XVI, y, por lo tanto, en el alma de España de todos los tiempos y lugares." (En *Obras Completas*, tomo I, p. 417).

⁹ Es este el personaje en el que se observa una clara disociación en su concepción de la realidad por una parte y de la idealidad por la otra. La búsqueda de la idealidad absorbe obsesivamente sus facultades y hace imposible que el protagonista, arrastrado por una imaginación desatada, pueda aprehender e incorporar significativamente a su conocimiento la realidad en la que actúa. Consúltese a Georges Ross Ridge, *The Hero in French Romantic Literature* (University of Georgia Press, Athens, 1959).

de realidad e idealidad. Las diferencias que empiezan a explicar los distintos niveles de verosimilitud de los respectivos personajes afloran ya cuando se observa el grado de conciencia con que cada uno se lanza a la búsqueda. Mientras el personaje de Güiraldes está consciente de buscar el estado ideal de gaucho, Don Ramiro, agobiado por los problemas con que lo echa al mundo su creador, sólo puede acometer contra los obstáculos que encuentra en su camino, sin nunca llegar a vislumbrar meta alguna. Cae, de esta manera, de desastre en desastre hasta desembocar en la extinción a la que estuvo condenado desde el principio. A esta altura de la novela, Don Ramiro se acoje de buen grado al refugio que le ofrece la muerte.

En *Don Segundo Sombra* el protagonista responde claramente a las características atribuídas al héroe romántico. Hasta los catorce años ha vivido una existencia libre y despreocupada. De origen misterioso, no tiene nombre ni padre conocido. En este momento aparece la transcendental figura de Don Segundo Sombra y la vida del muchacho encuentra objeto. El proceso de idealización del mediador por parte del muchachito se inicia en el punto mismo en el que su camino se cruza con el de Don Segundo. La visión le parece "enorme" y, después del breve encuentro, el protagonista narra su impresión:

Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río.¹⁰

Difícil no percatarse de la falta de corporeidad con que el muchacho describe a Don Segundo. Es la imaginación del narrador que ha empezado a adornar la figura del mediador con los ideales que lleva escondidos. La idealización continúa en la escena de la pulpería. La extraordinaria serenidad, aun impasibilidad de Don Segundo, hace crecer la admiración del muchacho. A tal punto que el rumbo de su vida queda decidido ahí mismo. Su existencia está ahora ligada a la de Don Segundo y la decisión adoptada es irrevocable: "Me voy, me voy —decía casi en alta voz" (pág. 358).

La búsqueda empieza y Don Segundo Sombra, en gran parte

¹⁰ Ricardo Güiraldes, *Obras Completas* (Emecé Editores, Buenos Aires, 1962), p. 352. Las citas de *Don Segundo Sombra* se referirán en adelante a esta edición y en el texto del trabajo se indicarán sólo las páginas correspondientes.

creación de la imaginación del muchacho, se ha convertido en el "mediador", de que habla Girard.¹¹ Por medio de él espera el personaje salvar la distancia que va de la realidad al ideal. Así es como a ello dedica el muchacho cinco años de su vida, con religiosa constancia y anhelante esperanza. Su peregrinaje incluye experiencias en los diferentes aspectos del mundo del gaucho: faenas ganaderas, relación con la naturaleza, cambios de fortuna, posición frente al amor y la mujer, superstición y religión. El protagonista absorbe todo con juvenil entusiasmo y llega finalmente a los umbrales del mundo ideal que ha soñado sólo para descubrir que ha sido creación de su fantasía. Fabio sufre como Tántalo al no poder entrar a este mundo. El ideal se le escapa cuando ya parece tenerlo. Ha de ser lo que *es*, hacendado con responsabilidades, en vez de lo que *quisiera ser*, gaucho libre. De obra que postula una "mentira romántica" se transforma al final en una que acepta la "verdad novelesca".¹² Esta transformación explica en gran parte la actualidad de *Don Segundo Sombra*, así como la verosimilitud del protagonista.

Muy distinto es el caso de *La gloria de Don Ramiro* y su protagonista. Ramiro, como personaje, no responde a ninguna concepción artística definida. Diversas y encontradas tendencias contribuyen a conformar la confusa personalidad de Don Ramiro, y en ningún momento llegan a constituir un todo armónico. Con héroe romántico participa de características que lo relacionan con distintos tipos sin que pertenezca a ninguno de ellos. Se observa en él la ineludible disociación realidad-fantasía, propia de todo héroe romántico. Pero, a diferencia del arquetipo romántico, Ramiro no tiene verdadera conciencia de sus acciones, ni tampoco de la naturaleza de su búsqueda. Su vagabundaje es el resultado de vagas ansias de algo indefinido y de fuerzas exteriores que inexorablemente lo van arrastrando a un final desgraciado.

Dos características románticas, aparte de la hipertrofia de la capacidad imaginativa, son tal vez las únicas constantes en la personalidad de Ramiro. Es, en primer lugar, el héroe pusilánime que no puede actuar positivamente porque su voluntad es muy inferior a sus deseos.¹³ Sus sueños de gloria y grandeza siempre sucumben al menor encuentro con la realidad. Es, además, el héroe fatal en los dos contextos en que este tipo se da en literatura romántica. Es fatal, primero, en cuanto sus acciones están predeterminadas, aunque el héroe actúa en cada caso de acuerdo con el concepto ro-

¹¹ Véase nota 7 de este trabajo.

¹² Girard, *Mensonge romantique*, pp. 292-293.

¹³ Véase Ridge, *The Hero*, p. 120.

mántico de inevitabilidad que destruye toda resistencia. Y fatal es, también, cuando actúa destructivamente, causando la ruina de las personas que entran en contacto con él.¹⁴ Si la novela se hubiera desarrollado dentro de estos moldes, es posible que no hubiera pecado de las varias incongruencias de que justamente se la acusa. Pero su autor determinó que estos elementos románticos fueran el marco en que se encuadrara el tema histórico que le interesaba, aparte de abrumar a su personaje con una carga naturalista que descarta toda posibilidad de cambio y desarrollo. Como si no hubiera todavía suficientes número de elementos dispares, los medios expresivos encargados de comunicar la experiencia son los peculiares del modernismo, especialmente los que tienen que ver con el virtuosismo parnasiano. De la mezcla de esta profusión de elementos surge una novela que no se ajusta a molde definido alguno, y se crea un personaje con absoluta carencia de autonomía literaria.

Amado Alonso se refiere a la inadecuación de tema y medios expresivos en la novela, así como también alude a la excesiva carga naturalista con que se apabulla al personaje. La premisa que *La gloria de Don Ramiro* como novela histórica no cumple, afirma Alonso, es encararse "con la materia tradicional de sus concepciones dentro de esta condición de mínimo pasado y de máxima actualidad perpetua, de máximo vivir personal y de mínimo ambiente cultural."¹⁵ En la obra de Larreta sucede lo contrario: en vez de que el pasado ilumine el presente, es éste el que presta sus luces (o sus sombras) para contribuir a fijar la materia histórica en un pasado estático, sin significación ni actualidad. La buena novela histórica (la de Scott, por ejemplo), nos recuerda Lukács, presenta la necesidad como una resultante, nunca como una presuposición.¹⁶ Y agrega, refiriéndose al exceso de fidelidad histórica y al virtuosismo expresivo: "this combination of sticking to the facts and dressing them up in 'belles lettres' is rooted in the writer's divorce from popular life."¹⁷ Difícil convencerse que Lukács no está hablando aquí de la novela de Larreta.

Don Ramiro tiene, pues, que actuar en un laberinto de tendencias conflictivas. (Conste que se usa la palabra "actuar" en su significación teatral). Desde su nacimiento, envuelto en las me-

¹⁴ *Ibid.*, p. 32. "Man of fate," llama Ridge a este tipo, en el que ve dos aspectos. Es el héroe "fated" o "fatal", según se destaque la inevitabilidad de su propio destino, o cause la ruina de otros.

¹⁵ Amado Alonso, *Novela histórica*, pp. 16-17.

¹⁶ George Lukács, *The Historical Novel*, traducción de Hanna y Stanley Mitchell (Merlin Press, London, 1962), p. 58.

¹⁷ *Ibid.*, p. 253.

lancólicas sombras de un secreto familiar, está marcado por la desgracia. Los pasos de los habitantes del viejo caserón familiar resuenan en los corredores con premonitorios ecos. En este ambiente el muchacho teje fantasías que contrastan violentamente con su vida gris. Y, a diferencia de protagonistas románticos más auténticos, Don Ramiro carece de voluntad para intentar convertir sus fantasías en realidad. Poder, gloria, dinero, amor, se esfuman ante sus ojos sin que el personaje tenga en ningún momento la posibilidad de alcanzarlos.

Hay, empero, una misión en la vida de Ramiro. Y, como todo lo que le acontece, esta misión le es impuesta desde el exterior. El exaltado cura Vargas Orozco le encomienda la tarea de mezclarse con los moriscos en el arrabal de Santiago para sorprender una conspiración. Ramiro acepta la empresa que le permite "recoger su desparramada energía," puesto que "hasta entonces, Ramiro divagaba por el mundo desmesurado y quimérico de las ambiciones nacientes."¹⁸ Con una tarea específica a que dedicar sus fuerzas, Ramiro está, sin embargo, condenado a fracasar. Su creador lo ha lanzado al mundo con una sensibilidad muy aguda que se exacerba al contacto de las muelles costumbres de los moriscos. Olvida su misión en los brazos de la bella Aixa. Luego sobreviene el hastío y con él la vergonzosa delación de la morisca. El personaje no ha servido los intereses de nadie, ni los suyos propios. Al participar en los ritos de los moros, traiciona su fe católica; así como delatando a Aixa, traiciona la fe que ésta le profesaba.

De todas maneras Ramiro estaba condenado al fracaso. La sensualidad que contribuye a su pérdida es producto de la sangre mora que corre por sus venas. El pretendido defensor de la limpieza de sangre y paladín de la fe católica es moro. De su contacto con los habitantes del arrabal de Santiago nacen sospechas con relación a su origen. Las dudas crecen y obligan a Ramiro a abandonar Avila. De ahora en adelante, intuyéndose perdido, Ramiro no hará sino acelerar el proceso de su destrucción que lo llevará a Toledo y luego a perderse en América. No cabe duda que el autor de la novela ha cargado innecesariamente las tintas naturalistas en la conformación de su personaje, restándole toda autonomía y credibilidad.

También revelador de las diferentes concepciones que tienen de la novela Larreta y Güiraldes es examinar las acciones de los pro-

¹⁸ Enrique Larreta, *Obras Completas* (Editorial Plenitud, Madrid, 1958), p. 87. Las referencias a *La gloria de Don Ramiro* en el texto de este trabajo corresponden a esta edición. Se indican entre paréntesis las páginas correspondientes.

tagonistas al enfrentarse con la inminencia de sus respectivos fracasos. Son diferencias que destacan el romanticismo desatado del desenlace de la obra de Larreta, en contraste con el verosímil y esclarecedor final de *Don Segundo Sombra*.

El capítulo XV de *Don Segundo Sombra* marca el final del aprendizaje del protagonista, al mismo tiempo que indica armoniosamente la mitad de la novela. Fabio ha llegado al término de su peregrinaje y el ideal parece estar al alcance de su mano. Consecuente con esto, la figura de Don Segundo, el mediador, pasa a segundo plano. El protagonista, en posesión del bagaje del gaucho, ha de decidir su destino por sí solo. Precisamente en este momento se subraya la merma de la influencia de Don Segundo al conferirle el autor corporeidad humana y revelarse su verdadero nombre: Ufemio Díaz (pág. 417). La desmitificación del mediador señala la emancipación del protagonista. Este ha llegado a la madurez.

Diversos anuncios y señales dan fe de la importancia de este momento definidor en la vida del personaje. Así se indica, por ejemplo, cuando en pos de su tropilla que se había alejado "como en busca de un punto de referencia," el muchacho se sorprende de la inquietud que sobrecoge a sus caballos y que se comunica a él mismo: "¿Por qué estábamos así desconfiados y como buscando abrigo?" (pág. 420). Más adelante se extravían en unos cangrejales donde el protagonista casi pierde una yegua de su tropilla: "—¡Ah! —dije—, un cangrejal. — Y me pregunté por qué me había dado ese día por hablar en voz alta" (pág. 420). Esa misma noche es testigo de la angustiosa alucinación de un gaucho viejo que en sueños recibe el anuncio de la muerte de un hijo. Inquietudes, misterio, superstición y muerte anuncian el cambio de rumbo de novela y personaje, señalándose la culminación del proceso de madurez del protagonista en el episodio con el toro. Trabado en duelo a muerte con el animal, como en un rito primitivo, el muchacho mata al toro y, totemísticamente, parece asimilar la independencia y vitalidad de éste.¹⁹ Así lo presenta Güiraldes:

Me caí sobre él. Mi cabeza, como la de un chico, fue a recostarse en su paleta. Y antes de perder totalmente el conocimiento, sentí que los dos quedábamos inmóviles, en un gran silencio de campo y cielo (pág. 439).

¹⁹ Consúltese a Joseph Defalco, *The Hero in Hemingway's Short Stories* (University of Pittsburg Press, 1963), p. 201. Aquí Defalco se refiere a la lucha del héroe contra las fuerzas que lo incitan a abandonar el ideal y a transigir con una realidad despreciable. No es ésta la situación del gauchito, pero el rito de la lucha conlleva idéntica significación.

No pasa desapercibido al narrador el cambio experimentado en su existencia, una extraña sensación de haber muerto para renacer a otra vida le domina:

Cerca nuestro había un rosal florecido y un perro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, muy contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro . . . otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo la impresión de muerte (pág. 440).

También en esta situación, sin Don Segundo, el muchacho sufre el desengaño amoroso y ya totalmente desposeído se refugia en los acogedores brazos de la pampa, tan "guacha" como él de cariño:

¡Qué sola me parecía la noche en que iba a entrar! Siempre, hasta entonces, lo tuve a mi padrino y con él me sentí seguro . . . Me habían indicado el camino. La silbé a la madrina Garúa y eché los caballos a su cola. Lo de siempre. Pero nunca había hecho tan noche sobre mí (pág. 451).

Fabio Cáceres experimenta en carne propia y en soledad el doloroso reconocimiento de la imposibilidad de alcanzar el ideal absoluto. En el rancho en el que inicia su nueva vida, Don Segundo no es ya la fuerza que lo motiva. La figura de Don Segundo Sombra se va esfumando visiblemente a medida que se acerca el desenlace. Durante los tres años que pasa Fabio en el rancho de su tutor, Don Segundo apenas si aparece en la narración. Raucho adopta ahora el papel de mediador, aunque con mucho menos fuerza que lo adoptara antes Don Segundo. Familiariza a su nuevo amigo con las obligaciones de su nueva vida hasta que llega el momento en que Fabio Cáceres, con responsabilidades de hombre adulto, ha de despedirse del ideal juvenil. Y, en un acierto que completa la armoniosa estructura de la obra, Don Segundo vuelve a las sombras de donde saliera. La función de símbolo y mediador que cumple Don Segundo en la novela queda perfectamente en evidencia en este pasaje. "Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser," pensó Fabio cuando conoció a Don Segundo. Ahora que se pierde en las sombras de un atardecer, recurre el mismo pensamiento: "Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo" (pág. 497).

Razón tiene el protagonista para decir: "Me fui, como quien se desangra" (pág. 497). Penosa separación del ideal juvenil, y triste

aceptación de la realidad. Pero, en la situación de Fabio, es la única solución verosímil.

Si el final de *Don Segundo Sombra* es poético, creíble, "novelesco" (de acuerdo con la terminología de Girard), truculento, increíble, "romántico" es el de *La gloria de Don Ramiro*. Si Fabio Cáceres, consciente de que había perseguido un ideal absoluto producto de su juvenil fantasía, renuncia a él y acepta la realidad, Ramiro, quien nunca tuvo conciencia de búsqueda alguna, persiste en su vagabundaje que le conduce a un callejón sin salida. Y antes de desembocar en él, fiel a su condición de héroe fatal, se vuelve contra sí mismo y apresura su propia destrucción, no sin antes destruir también los símbolos de las fuerzas que le condenaron. Así es como perecen a su mano Don Gonzalo —símbolo de la nobleza de sangre que a él su creador le negara—; Beatriz —símbolo del amor ideal que no pudo desprenderse de sus amarras terrenales—, así como también sacrifica a Aixa —encarnación de las fuerzas de la herencia que anulan sus posibilidades de desarrollo.

La no confesada envidia y fascinación que Ramiro siente por la posición social de Don Gonzalo se pone de manifiesto cuando el protagonista, para poder alcanzar a Beatriz, tiene que revestir su persona con las ropas del odiado rival, muerto a sus pies (págs. 209-210). Así ataviado, se olvida en las caricias de Beatriz para despertar bajo "el aletazo de la demencia" al tomar conciencia de que el beso que recibía era "la caricia suprema destinada a otro labio" (págs. 211-212). Fuera de sí, en completa derrota y sin tener donde ampararse, embiste ciegamente contra lo que tiene a su mano y ahorca a Beatriz con el Rosario (pág. 212).

Con la muerte de Gonzalo, y en especial con la de Beatriz, Ramiro ha eliminado toda posibilidad de solución. En verdad, ha roto toda relación con lo que pudo haber sido el medio para lograr la meta (el mediador de Girard). Solo, entregado a sus propias fuerzas, Ramiro no puede ahora sino acelerar su desgraciado fin. Pero antes tendrá que enfrentarse con otro episodio, testigo de sus debilidades.

Su fuga le lleva a Toledo, hasta donde le sigue el remordimiento de su aventura morisca. Allí, a tono con la religiosidad sensual de la ciudad también arrepentida, Ramiro cree expiar sus desvíos religiosos:

El recordaba añejas historias que había leído o escuchado referentes a Toledo, lúbricas historias que desprendían, como ropas de amantes, un olor de fiebre y de lascivia. Por eso aquella ciudad le hablaba ahora con el lenguaje de su propio dolor, cual si fuera el trasunto corpóreo de su alma (pág. 220).

El horrible Auto de Fe, en el que muere en la hoguera Aixa, engaña también a Ramiro. A despecho del horror que le inspira el cruel espectáculo, se esfuerza "en experimentar inmenso desahogo," para poder así considerarse purgado (pág. 243).

Sin más que hacer en Toledo, abandona la ciudad vestido de ermitaño y llega a Córdoba. Desposeído de familia, dinero y posición social, se le imagina que el único camino es el misticismo. Hay en consecuencia un débil intento de alcanzar la gloria por este camino. Pero la vacilante llama mística que pretendía robustecer es ahogada por la carencia de voluntad y por la arrolladora sensualidad de Ramiro.

El golpe que sella la suerte del protagonista es la revelación de su origen. El misterioso personaje moro que a lo largo de su vida se convirtiera en su ángel tutelar confiesa ser su padre. Ramiro revisa toda su vida a la luz de esta evidencia y se explica los enigmas que le cercaban. Ahora, por primera vez, puede tomar una decisión por sí mismo, con conciencia de su alcance y consecuencias. Ahora, cuando, precisamente, sólo queda abierto el camino de la huida y de la desaparición:

Quando hubo cambiado el sayal por aquellas ropas de otro tiempo y ceñido la espada, salió de la cueva y se puso a errar en la noche. No le quedaba ahora otra idea que huir sin descanso hacia el mar, otra esperanza que los galeones (pág. 250).

Se embarca en un galeón rumbo a América dejando tras de sí a otra víctima de su influencia de "hombre fatal." Casilda, la fiel criada, ve alejarse el barco que se lleva para siempre a su amo, lejos de su enamorada protección.

En el Perú de 1605 se pierden los pasos del héroe de *La gloria de Don Ramiro*. Aunque pasa por lo menos seis años en la Ciudad de Los Reyes, lo que allí le acontece se presenta indirectamente en el breve epílogo. El personaje pierde toda consistencia y los datos sobre su estancia en Lima llegan al lector envueltos en la evanescente atmósfera mística creada por la figura de Santa Rosa.²⁰

Se puede deducir, sin embargo, que los últimos años de la vida de Don Ramiro revelan una búsqueda desesperada de la muerte. Es la atracción que la muerte ejerce sobre el héroe romántico cuando todas las avenidas han sido exploradas y el héroe se resiste a acep-

²⁰ Amado Alonso, en *Novela histórica*, p. 298, sugiere: "el término adecuado para caracterizar este arte de segundo grado es el de esteticista."

tar la realidad. Entonces la muerte es la única puerta de escape, ya que significa el término de la agonía del vivir.²¹

Es el refugio que busca Ramiro, primero como capitán de una banda de facinerosos y, luego, ya tocado por la gracia de Santa Rosa, tomando el lugar de un desventurado indio en el inhumano trabajo de una mina. Allí, "en las entrañas de la tierra," contrae una fiebre mortal que lo libera por fin de sus sufrimientos. Huir a América y correr al encuentro de la muerte representan, pues, las dos posibilidades de autonomía novelesca otorgadas por el creador a su criatura. Y a ellas se acoge Don Ramiro.

La violencia y destrucción que caracterizan el final de *La gloria de Don Ramiro* contrastan con la filosófica, madura, aunque penosa aceptación de la realidad en *Don Segundo Sombra*. Fabio Cáceres tiene conciencia del cambio de situación en su vida desde la primera noche que pasa en el rancho de su tutor. No reniega de un bello pasado que representa la búsqueda de un ideal inalcanzable sino que, más bien, acepta la realidad del presente:

Yo había vivido como en una eterna mañana, que lleva la voluntad de llegar a su mediodía, y entonces, en aquel momento, como la tarde, me dejaba ir hacia dentro de mí mismo, serenándome en la revisión de lo que fue (pág. 494).

No hay, en consecuencia, violencias ni furias destructoras. Y hay, significativamente, sólo una pasajera alusión a la muerte que en ningún caso representa un anhelo suicida. Es meramente el doloroso desgarrar de la separación del ideal, dolor que Fabio quisiera poder olvidar en la muerte pasajera del sueño. Exhausto de emociones y de palabras, se vuelve hacia su nuevo amigo Raucho en esa, la primera noche de su nueva vida:

Me cansé de hablar y de removerme el alma. Callé un largo rato.
Mi compañero se había dormido. Mejor.
Ahí estaba la noche de quien me sentía imagen.
Morirme un rato . . .
Hasta que la raya de luz de la aurora, viniera a tajcarme a lo largo los párpados (pág. 494).

Morirse un rato, hasta que el nuevo día venga a señalar el comienzo de una nueva vida, con nuevas responsabilidades.

Contrasta fuertemente la actitud de Fabio con la de Ramiro. Es que el héroe de Güiraldes logra reconocer la existencia del mediador, así como intuye la falta de esencia de éste. No rechaza a

²¹ Véase Ridge, *The Hero*, p. 30.

Don Segundo Sombra porque percibe en él la fuerza ideal que le impulsó a la búsqueda, aunque ha llegado a darse cuenta de la imposibilidad de salvar la distancia entre la realidad y la idealidad. Sin él no habría alcanzado el cumplimiento de su misión: afirmar la propia personalidad. De ahí, entonces, la resignación, ponderación y tristeza que se desprenden del momento de separación. Características que nos llevan a pensar en el final de *Don Quijote*.²² Si tenemos que buscar el mediador en *Don Quijote*, lo encontraremos sin dificultad en el Amadís de Gaula.²³ Así, pues, el esquema Don Quijote-Amadís-ideal caballeresco, de la obra de Cervantes, corresponde exactamente a este otro: Fabio-Don Segundo-ideal gauchesco, en la novela de Güiraldes. Es el esquema que representa lo que Girard llama el "deseo triangular."²⁴

En *La gloria de Don Ramiro*, Larreta muestra ser romántico hasta el final. Nunca revela a su personaje la presencia del mediador (o mediadores). Ramiro continúa a lo largo de la novela convencido de que los deseos que le atenazan son los suyos propios.²⁵ Cuando el mundo de sus deseos se desploma, no le queda otro recurso que la huida y finalmente, la muerte. Final que vendría a dar la razón a Girard cuando sugiere que los finales románticos constituyen casi siempre desaparición o muerte del protagonista al tratar de alcanzar una verdad absoluta. Los finales "novelescos," por el contrario, son siempre conversiones y, por lo tanto, comienzos.²⁶ Un final "novelesco" sería, de esta manera, la prueba decisiva que transformaría a un "escritor romántico" en un "verdadero novelista."

²² De acuerdo con el esquema de Girard (*Mensonge romantique*), *Don Segundo Sombra* calza en el tipo de novela que él llama de la "mediación externa" (p. 18). En este caso la distancia entre las esferas de posibilidades de mediador y de personaje es lo suficientemente grande como para que estas dos esferas no se toquen. *Don Quijote* es también novela de mediación externa, así como lo es *Madame Bovary*. Interesantes paralelos se han establecido entre la novela de Flaubert y la de Cervantes. Perfectamente válido es postular, desde este punto de vista, un paralelo entre *Don Quijote* y *Don Segundo Sombra*. Girard afirma que es siempre fácil percibir las analogías entre dos novelas de la mediación externa (p. 18). Para que el paralelo ilumine y no confunda es necesario recordar que Fabio Cáceres es el protagonista de la obra de Güiraldes.

²³ Véase Aguirre, "Una interpretación más", pp. 90-91.

²⁴ Véase nota 7 de este trabajo.

²⁵ Consúltese Girard, *Mensonge romantique*, p. 23.

²⁶ *Ibid.*, pp. 293-297. En la novela hispanoamericana, aparte de Ramiro, hay en este grupo generacional otros héroes que corroboran este punto de vista. Recuérdense, entre ellos, a Arturo Cova, Alsino y Fray Rufino.

INFINITO, S. A.

(Comedia fantástica en dos actos, el primero dividido en dos cuadros, y el segundo en tres)

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

Fragmento del cuadro primero

MÚSICA adecuada (trozo sinfónico a elección del director) para dar sensación de infinito, de grandeza épica. La escena completamente a oscuras. Luego, reflector directo a cada personaje que vaya apareciendo. Cortina negra al fondo. Sólo se verán los rostros de los personajes, blancos completamente. Dar la impresión de que flotan en el aire, por lo que no deben estar al mismo nivel o altura.

Dr Honorio (de unos sesenta años):

¡Vaya! Me he materializado en una forma rápida y eficiente. He llegado puntual, pero debo esperar a que lleguen los demás. (*Mueve los ojos, arriba, abajo, a los lados*). No han llegado. ¿Por qué tardarán? Siempre es incómodo manifestarse del todo, y más en este lugar, pues aquí pasan con frecuencia los recién llegados, dando gritos o pidiendo informes. Esperaré. . . (*Se escucha un grito impresionante: ¡AAAY!*).

Dr. Honorio

Ya me lo temía. Viene alguien. ¡Qué lata!
(*Aparece un "fantasma": es una mujer muy alta [puede andar en zancos], con hermosa melena que le cae sobre la espalda, agitada por el viento, que le sacude cabellos y sábanas blancas en las que está envuelta. Mientras habla, desaparece el rostro del Dr. Honorio*).

Fantasma

¡Aaay! ¿En dónde estoy? ¿Dónde quedó mi cuerpo, que me abrigaba como un abrigo de pieles? ¡Aaay! Soy un soplo, una lla-

ma, una errante mariposa alimentada por el vacío. ¡Aaay! Cuerpo, ¿en dónde estás? ¿Por qué no me proteges con tu hermoso escudo de cal y huesos preciosos? ¡Ay! ¡Ay! (*Mutis*).

Dr. Honorio

¡Bah! Siempre lo mismo. Pero ya encontrará su ruta, y será guiada por los instructores. Es verdaderamente doloroso el primer despertar. Podríamos compararlo a los barcos ebrios cuando desaparecen en los acantilados, y luego atraviesan la soledad inmensa como un resplandor. (*Desaparece, y salen tres figuras blancas, ejecutando movimientos de danza, con hermosos cabellos, como revoloteando, como buscando algo*).

Figura 1a.

¿Dónde está? ¿Dónde está?

Figura 2a.

Sabemos que ha llegado, y que es una doncella que apagó el amor.

Figura 3a.

Su cuerpo era un jardín que esperaba la lluvia. . .

Figura 1a.

Pero la lluvia se transformó en tormenta. . .

Figura 2a.

Y la tormenta la azotó con todos sus granizos.

Figura 3a.

¿Dónde está? ¿Dónde está la doncella apagada por el amor?

Figura 1a.

La llevaremos a que aspire el aroma de las rosas inmatrimoniales. . .

Figura 2a.

La ungiremos con el óleo de los cometas apagados. . .

Figura 3a.

Y pondremos sobre su frente el resplandor sereno de las vírgenes.

Las tres, sucesivamente:

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está?
(Danzan y de repente se quedan inmóviles, con el cuerpo hacia atrás, cuando ven que avanza hacia ellas una muchacha vestida de novia, con su guirnalda de azabares).

Novia

¡Amado, aquí me tienes! ¿Qué esperas para traspasarme?

Las figuras, comentando:

¡Es ella! ¡Sí, sí! ¡Es ella!

Figura 1a.

Ven, hermosa niña; te llevaremos ante el Amado.

Novia (asustada)

¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hago yo aquí?

Figura 2a.

Nos ha enviado tu amor para que lo contemples.

Novia

¿De veras?

Figura 3a.

Sí. . . ven con nosotras. . . El te espera. . .

Novia

¡Oh alegría la de la lluvia cuando cae sobre los campos! ¡Oh festividad la de los ríos cuando reposan para siempre en el seno del mar!

Figura 1a.

Ven... ven... Lo verás... Dormirás en su pecho...

Figura 2a.

Te disgregarás como una gota de agua en la espalda del océano...

Figura 3a.

Despertarás en el sueño. que te envolverá con su manto de cristal... (*Se la llevan, lentamente. Mutis*).

Dr. Honorio

Me he conmovido. No siempre sucede así. Hay escenas tan violentas y desgarradoras... Por eso no me gusta venir a este sitio. ¿Pero dónde estarán mis amigos?

(*Reflector hacia la Sra. Estavilla, que aparece súbitamente con su rostro delgado y anguloso, de mujer sesentona*).

Sra. Estavilla

¡Aquí, doctor Honorio! ¡Aquí!

Dr. Honorio

¡Mi querida señora Estavilla! ¡Cuánto gusto! ¿Y Tomás?

Sra. Estavilla

Llegará tarde, como siempre. ¡Ah, estos muchachos! Ya puede usted hacer vibrar todas las ondas telepáticas, y como si nada. Porque no me negará usted que...

(*Reflector hacia el rostro de Tomás, joven de 28 años, bien parecido, aunque pálido como los demás*).

Tomás

¡Buenas noches, amigos! ¿Hablando mal de mí, eh? De mi tardanza, claro... Pero ya saben ustedes cómo son estas cosas. Se encuentra uno dormido, de repente lo llaman, y...

Sra. Estavilla (interrumpiéndolo)

Sí, sí, amigo Tomás Roig. Ya sé lo que usted va a decir. Pero su disculpa no tendrá eficacia. En la vida todo puede suceder; pero aquí...

Tomás

¿Quiere usted decir que no estamos muertos? ¡Por Dios, señora!

Sra. Estavilla

No quiero decir nada. Pero no me negará que somos diferentes, que somos...

Dr. Honorio

¡Vamos, vamos! No es el momento de hablar de esas cosas. ¿Para qué ponernos metafísicos, si estamos más allá de la física? ¡Ea! Ya estamos los tres, y debemos acudir a la cita. ¿Listos?

Sra. Estavilla y Tomás

¡Listos!

Dr. Honorio

Bien... ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Vamos!

Cuadro Segundo

(Después de la última palabra del Dr. Honorio, se apagan las luces, se escucha el trozo sinfónico del principio, y luego, a toda luz, aparece una gran mansión, con escalera practicable al fondo, y en el centro una esfera de cristal, con pilas, para encenderse en el momento oportuno. Sillitas de mimbre alrededor de la mesa con la esfera. Detrás de la escalera, como fondo, gran ventanal de colores, como los de las iglesias. Efectos de arte y columnas, de

buen gusto, pero dando sensación de rareza, de ambiente onírico. Aparecen los personajes anteriores en dicho salón, de smoking y traje de noche. Mucha luz. Se mueven con elegancia y hablan con naturalidad. El Dr. Honorio prepara unos cocteles y los sirve, mientras hablan).

Tomás

¡Qué bueno que ya nos manifestamos del todo! Siempre me pone nervioso la conversación mental.

Sra. Estavilla

A mí también. ¡Nunca me acostumbro! ¡Nunca! Y eso que ha llovido. . .

Dr. Honorio

¡Je, je! Un traguito no nos caerá mal. (*Sirve los vasos. Toman*).

Tomás

Nos han transmitido que esta noche lo sabremos todo.

Sra. Estavilla

No todo, amiguito, no todo. Hay cosas que jamás podremos saber, como no sea que la señora Apendini nos descorra el velo. Eso ha tratado de hacer desde hace tiempo, y nada. Hará, seguramente, otro experimento, y total como antes: ¡Nada!

Dr. Honorio (con animación no exenta de misterio)

De eso quería hablarles, señores. (*Pausa. Mira a uno y a otro*). ¿Saben ustedes para qué nos ha citado la señora Apendini?

Sra. Estavilla

Ya lo creo, o por lo menos lo imagino. Para intentar otra vez esa anhelada comunicación con el mundo de los vivos; para sentarnos, cerrar los ojos, entrelazar las manos e invocar a una persona que no haya fallecido. . . Eso ya lo sabemos.

Dr. Honorio

La señora Apendini no había podido establecer ese contacto porque carecía del agente capaz de realizar el fenómeno.

Sra. Estavilla

¿No contaba con nosotros? Usted recordará que yo fui, hasta seis meses antes de mi muerte, la colaboradora más eficaz de madame Apendini la médium más famosa de Europa.

Dr. Honorio

Sí, señora, no lo dudo. Pero usted, a su vez, olvida que murió en forma absolutamente natural, y... pues...

Sra. Estavilla

¿Y qué, doctor, si se puede saber?

Dr. Honorio

Que las muertes naturales no sirven para este caso. Una enfermedad prolongada va debilitando nuestras reservas síquicas de tal manera que al ocurrir el desprendimiento, la energía espiritual se encuentra prácticamente nula. Es necesario despertar de nuevo, reconquistar la mente, y ese proceso dura más de lo que creemos. Tal vez siglos...

Tomás (extrañado)

¿Quiere usted decir que hace muchísimos años dejamos de existir?

Dr. Honorio

Naturalmente, amigo Tomás. Nosotros tuvimos muertes comunes y lentas. ¿Verdad que ninguno recuerda el momento supremo?

Sra. Estavilla y Tomás

¡No!

Dr. Honorio

Pues entonces, ya podemos imaginar el trabajo de adaptación de nuestras potencias, lo largo y complicado de nuestro segundo despertar, nuestra integración en el espacio, en donde no existe línea que vaya de A a B pasando por C, puesto que somos unidad. centro eterno. . .

Tomás

(*Atajándolo vivamente y señalándolo con el dedo*). ¡Ya cayó usted en la metafísica, doctor, y hace un momento nos decía que no es el momento de ponernos trascendentales!

Dr. Honorio

Es verdad, pero las circunstancias me han obligado a ello, motivadas por el carácter de esta reunión. Todo puede suceder en esta dimensión. . .

Tomás

Por mi parte, le diré que me ocurre algo muy especial: si no reflexiono en mi situación, lo comprendo todo; pero en cuanto me esfuerzo en analizarla, caigo en un mar de contradicciones, y no me es posible entender nada. Sencillamente, no atino, me hago un lío. . .

Dr. Honorio

Pues eso mismo, hijo mío, le pasó a San Agustín. Dijo ese mismo pensamiento; claro, con otras palabras.

Tomás

¿Puede usted recordarlas?

Dr. Honorio

Desde luego: le preguntaron cuál era la definición del tiempo, y contestó: "Si no me lo preguntan, lo sé; si me lo preguntan, ya no lo sé".

Tomás

¡Qué interesante!

Sra. Estavilla

A mí esas reflexiones me hacen lo que el viento a la tumba. Mientras tanto, hénos aquí, obedeciendo los mandatos de la señora Apendini, y sin saber nada... nada... ¿Qué les parece si cambiamos de tema? ¿Por qué no recordar lo que fuimos, y cómo nos conocimos? Sobre todo, me gustaría saber cuáles fueron los comienzos de madame. Porque usted la trató antes que yo, doctor. Cuéntenos, cuéntenos.

(El doctor trae una silla, y se sientan en grupo. Cigarrillos, otra copa, etc.).

Dr. Honorio

En 1848, la señora Apendini conoció a Catalina Fox, de Hydesville. Catalina era médium, y en compañía de su padre realizaba notables experimentos síquicos. Esta joven, y más tarde su hermana Margarita, influyeron en el ánimo de su amiga para que aceptase formar parte del Club de Magnetizadores de Hydesville. Una vez en él, la señora Apendini reveló extraordinarias condiciones mentales, capaces de producir los más sorprendentes fenómenos. Pero con el tiempo surgieron algunas desavenencias entre la familia Fox y ella, pues el padre de la Médium no aceptaba sus ideas relativas al periespíritu.

Sra. Estavilla

(Cómica). ¿El periespíritu? ¿Y qué... es eso?

Dr. Honorio

Ejem... pues... podemos decir que es esa cobertura flúida que media entre el cuerpo y el alma. La señora Apendini estaba convencida de que el periespíritu es capaz de revelarse a distancia teniendo como agente a un ser vivo, y el señor Fox se negaba a aceptar esa hipótesis. Entonces, disgustada por el escaso interés que encontraba en el seno de aquella familia, se alejó de ellos, hizo un viaje de Hydesville a Nueva York, y organizó por su cuenta el club espiritista, que pronto tuvo muchos adeptos.

Sra. Estavilla

Uno de los primeros en ingresar al club fue usted, si no me equivoco.

Dr. Honorio

Sí, yo... y es explicable. Mi edad era avanzada, no tenía problemas económicos y sí bastante cultura, imaginación... En fin, que me entregué a la lectura de libros especializados.

Tomás

¡Y formó una biblioteca formidable! La recuerdo muy bien. ¡Con qué placer leí en ella *Los arcanos de la vida*, de Cahagnet! Y *Las mesas danzantes*, de Agenor de Gasparín. Pero, sobre todo, lo que más me impresionó fue *El libro de los espíritus*, de Allan Kardec, en donde se exponía toda la filosofía de ultratumba.

Dr. Honorio

Precisamente en esa obra fue donde encontré razones de peso que favorecían las ideas de la señora Apendini en lo que se refiere al periespíritu, cuya zona es propicia a las manifestaciones más sutiles del ser. "Si, como lo suponemos razonaba a propósito de mis lecturas—, el periespíritu envuelve el cuerpo y el alma, no siendo ni lo uno ni lo otro, pero participando de la naturaleza de ambos, resultará factible aislarlo y atraerlo por medio de un receptor fiel lo suficientemente adecuado para esa clase de intervenciones"...

Sra. Estavilla

Comunicaría usted sus meditaciones y lecturas a madame, ¿no es así?

Dr. Honorio

¡Claro! Y ambos llegamos a la conclusión de que tal especie de aislamiento era imposible de efectuarse en el mundo físico, a no ser por mediación de un espíritu que hubiera vivido pocos años en el cuerpo, y que, como consecuencia de una muerte súbita, pero no voluntaria (los suicidas están descartados), transformara el periespíritu en un cuerpo real y positivo. "Esto no puede suceder más

que en el otro mundo", decía, "y si algún día nos encontramos allá, prométame usted trabajar en ello". Y yo se lo prometí, aunque veía cuán difíciles y remotas eran esas posibilidades. Pero ella me animaba, diciéndome: "Yo no tardaré en morir, lo presiento". Y así fue. A los pocos meses dejaba el tiempo, tan alegre y decidida como si partiera a un viaje de placer. ¡Qué entereza!

Sra. Estavilla

¡Sí, una mujer admirable! Pero como le hizo falta para sus trabajos, usted me convenció de que yo fuera su segunda conejita de Indias.

Dr. Honorio

¡Ja, ja! Tiene usted razón.

Sra. Estavilla

Yo al principio rehusé, y más cuando oía ruidos y escuchaba voces por la noche, en mi cuarto, de manera que sufría de "fantasmitis" aguda; pero fui estudiando el asunto, y siendo mi temperamento impresionable, no tardé en acompañarlo en sus sesiones del "más allá", sobre todo cuando quedé convencida de que no era peligroso y de que tenía facultades nada comunes para... hablar con el silencio, y esas cosas.

Tomás

(*Festivo*). Y se sintió muy a gusto con las mesas giratorias y las respuestas en clave, y los desmayos de médiums farsantes, y la tinieblas con ruido... ¡Ja, ja, ja! ¿No era todo eso para usted fascinante?

Sra. Estavilla

Fascinante, sí, pero en el terreno de la seriedad, aunque confieso que en realidad me hubiera entusiasmado cualquier otra actividad exótica: atendiendo un hospital para pájaros, presidiendo un congreso de faquires... ¡Qué sé yo! Lo que yo quería era... desahogar mis emociones, mi genio interior... y fui a caer en los fantasmas. El asunto me fue ganando, hasta que llegué a ser la primera ayudante de madame Apendini, de quien después de fallecida, recibí varios mensajes... desde aquí... estando yo allá... ¡Les juro que

esas comunicaciones son más emocionantes que viajar en una de esas aburridas y anticuadas naves cósmicas!

Dr. Honorio

Y en esas comunicaciones que le envió madame, ¿no le dijo ella nada especial?

Sra. Estavilla

¿Cómo qué?

Dr. Honorio

Como, por ejemplo, haber hecho algún descubrimiento notable... poder realizar su teoría, algo así...

Sra. Estavilla

No... Solamente me decía que estaba bien, que me esperaba, y cosas por el estilo, pero... (*transición*) ¡Sí, sí! Ahora lo recuerdo. Durante una sesión me comunicó que ya sabía cómo trasladar al espacio a una persona viva, pero que no tenía los medios.

Dr. Honorio

¡Magnífico! Eso explica muchas cosas.

Sra. Estavilla

Pero no hemos oído a Tomás. A ver, ¿qué nos cuenta el caballero?

Tomás

Pues... muy pocas cosas. Yo era un muchacho que frecuentaba las reuniones sociales, y no tenía nada de ocultista, a no ser cierta propensión a la melancolía, herencia de mis abuelos.

Dr. Honorio

(*Al oído de la Sra. Estavilla, haciendo pabellón con la mano*).
Su abuelo fue un brillante discípulo de Swedenborg.

Sra. Estavilla

(*Cómica, porque no entiende ni jota*). ¡Ah!

Tomás

El doctor era mi profesor en la cátedra de filosofía, y además daba muy buenas clases sobre historia de las religiones. Un día visité su biblioteca, y me sentí atraído por el mundo síquico.

Sra. Estavilla

Luego ingresó a nuestro club y fue muy bien recibido. ¿Pero cómo hacía usted para asistir a nuestras sesiones, y jugar fútbol? Porque no me negará que el deporte y la oscuridad son dos cosas, no solamente diferentes sino enemigas a muerte.

Tomás

Nunca hablaba de mis prácticas ocultistas a los amigos de la Universidad, por temor a la burla o a una mala interpretación. Una vez... (*duda, sonríe*) tuve un altercado con mi novia, por estas cosas.

Sra. Estavilla

No le diría usted su secreto...

Tomás

Sí, tuve que decírselo, o mejor dicho, insinuárselo, y...

Sra. Estavilla

(*Alarmada, exagerando*) ¿Qué pasó?

Tomás

Pues... tuve que romper con ella. No me entendió...

Sra. Estavilla

¡Pero, muchacho de Dios! ¿Cómo le iba a entender? Si yo fuese joven, o, bueno, tuviese menos años, y mi novio me dijera que te-

nía una cita con un espíritu, me da un patatús y el fantasma hubiera sido yo.

Dr. Honorio

¡Ja, ja, ja!

Tomás

En fin, en mí se cumplió lo que dice la Cábala: "No juegues al espectro, porque terminas siéndolo". Al cabo de un año me volví reconcentrado y taciturno, y puse en las sesiones espiritistas todo mi empeño y sinceridad. El primero de nosotros en morir, fui yo. . .

Dr. Honorio

Víctima de ese padecimiento nervioso que suele afligir a los nacidos bajo el signo de Leo. Dos años después fallecí yo. . .

Sra. Estavilla

Y por último yo, que dejé las vanidades de la tierra compungida, llorosa. . . aunque resignada.

(Pausa. Suena un gong. bastante audible, pero lejano).

Sra. Estavilla

¿Escucharon? Ya viene. . .

Dr. Honorio

Sí, no debe de tardar en aparecer.

Sra. Estavilla

Y aún no nos ha dicho usted para qué nos ha citado.

Dr. Honorio

Es cierto, y les pido perdón. La señora Apendini nos ha citado porque ya tiene el agente capaz de trasladar a esta dimensión a un ser vivo.

Sra. Estavilla

(*Emocionada*). ¿De veras?

Tomás

(*Entusiasmado*). ¡Maravilloso!

Sra. Estavilla

¿Y quién es... el agente?

Dr. Honorio

¡Una niña!

Sra. Estavilla y Tomás

¿Una niña?

Dr. Honorio

Sí. Una niña que sufrió un accidente y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en este mundo. Para la señora Apendini ésta ha sido una preciosa oportunidad, y la ha sabido aprovechar. Aunque...

Sra. Estavilla

¡Siga, siga, por favor!

(*Pausa; el doctor mira a uno y a otra, y por fin dice*):

Dr. Honorio

La niña no sabe que está muerta.

Tomás

¡Oh!

Sra. Estavilla

(*Anhelante*). ¿No lo sabe? ¿Y cómo...?

Dr. Honorio

Nosotros debemos hablarle con mucha cautela para evitar las situaciones embarazosas; será fácil, porque, como les digo, se trata de una niña.

(La señora Estavilla se pasea nerviosa, golpeando la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha. Tomás se sienta y se sume en una honda reflexión. El doctor consulta el reloj, y luego se escucha un gong llenando todo el teatro, y aparece sobre la escalera del fondo la señora Apendini. Es una mujer de unos 50 años, elegantemente vestida, de fuerte personalidad, con una sonrisa afable que acentúa más su atractivo. A su lado, asustada, Julieta, niña de unos 12 años, mira a unos y a otros, así como al salón. Sus ojos interrogan a cada persona y a cada objeto que tiene delante. La señora Apendini la ha abrazado por el talle, en forma maternal, para infundirle confianza).

Sra. Apendini

¡Buenas noches, señores!

Los tres

¡Buenas noches!

(Baja lentamente la escalera con la niña).

CARLOS DROGUETT Y *ELOY**

EN Barcelona, Editorial Seix Barral ha reeditado una excelente novela, una novela cuya fama no se encuentra en justa proporción con el año en que fue publicada: 1959, cuando resultó finalista —dos votos contra tres— del premio internacional Biblioteca Breve. Doce años no han constituido tiempo suficiente para que la novela *Eloy* sea reconocida por un número de lectores digno de su importancia. Es cierto, ha ganado traducciones al danés, al alemán, al holandés, al checoslovaco y al italiano, y ha sido publicada en Chile, Argentina y Cuba; pero, si se repara en la mayor suerte de otras obras menores, ese logro no basta.

Si cabe una explicación para esta fama no alcanzada, es posible descubrirla en el comportamiento personal del autor; según declaraciones suyas "golpeó sistemáticamente la vanidad, las debilidades técnicas o conceptuales de sus colegas y compatriotas", y no se conformó con criticar a éstos, empezando por Neruda, sino que se extendió a escritores como Jorge Luis Borges ("lo respeto, aunque me parece un miserable políticamente") y Miguel Ángel Asturias ("brillantez precedera"); sin embargo, a los cuarenta y siete años de edad, en 1959, al ser reconocida *Eloy* por un jurado internacional, diecinueve años después de haber publicado el primer título, Carlos Droguett burló las presalias y dejó de ser "un desconocido en Chile y en América"; ahora, ya trasciende que es autor de *Los asesinados del seguro obrero* (1940), *60 muertos en la escalera* (1953), *100 gotas de sangre y 200 de sudor* (1961), *Patas de perro* (1965), *Supay el cristiano* (1967), *Los mejores cuentos* (1967), *El compadre* (1967), *El hombre que había olvidado* (1969) y *Todas esas muertes* (1971).

El compadre fue editada en México por Joaquín Mortiz; *El hombre que había olvidado* ganó el Premio Nadal de España, y *Todas esas muertes* ha obtenido el Premio Alfaguara 1971. Quien no conozca el modo de ser de Droguett desde el principio de su carrera literaria, quien ignore su disposición a la pelea desde que estaba circunscrito al ámbito de Chile, puede creer que sus declaraciones en entrevistas de los últimos años a nivel internacional obedecen a que esperó tanto tiempo en la sombra a fin de ser inclemente desde la luz; pero no ha sido así. Francisco Urondo, en la revista venezolana *Actual*, escribió hace dos años al final de una entrevista hecha a Carlos Droguett: "Pareciera inmunizado, dueño de una inmunidad olímpica; como si nadie pudiera reaccionar frente a las corro-

* Carlos Droguett, *Eloy*, Editorial Seix Barral, Barcelona, España, 1971.

siones. Su serenidad, inmutable incluso después de cada denostación, sólo puede ser atribuida a una cuidada omnipotencia o, simplemente, al coraje. Droguett sigue librando una lucha sin cuartel; no da tregua, no la pide".

Lo anterior respalda a quien creó *Eloy*, porque ésta fue escrita después de que siete títulos habían sido silenciados, después que toda respuesta favorable le había sido negada al autor; al margen del capillismo que tanto suele ayudar a cultivar el elogio mutuo, del buen tacto, de la auto-administración, de la sumisión, el autor continuó escribiendo con fe absoluta en el valor de lo que creaba y satisfaciendo así una vital necesidad. "No podría explicar por qué escribo —ha declarado en otra entrevista de Antonio Avaria de la Editorial Universitaria chilena. ¿Por qué bebe el alcohólico? El diría que porque no lo puede evitar. Yo tampoco, y como él, no lo considero una desgracia. Es más bien una fatalidad, tomando la expresión en su significado esencial."

Y así llegamos al momento de referirnos a *Eloy*, uno de los libros con el que Droguett ha oxigenado, vivificado y modernizado la relativista en su país; el desaparecido Ricardo Latcham hablaba del procedimiento novedoso utilizado en esta novela y recordaba a William Faulkner; sin embargo, se trata de algo más elaborado porque puede aludirse a Proust por la sujeción y dominio del tiempo, y a Dostoievski por la capacidad subjetiva y torturante del personaje. Por algo el autor chileno ha aceptado a Marcel Proust como su "maestro de temas y estilo" y se ha declarado "gran admirador de Dostoievski", y por algo, también, en contra de la euforia desmedida de los relativistas jóvenes, recuerda que en aquél se encuentra ya "toda la novela moderna; previó la antinovela. Ni Robbe-Grillet, ni siquiera Michel Butor agregan nada a la *Recherche*: es una obra gigantesca y genial; con razón Proust pasó enfermo dieciséis años. Su libro es producto de un insomnio total". Y este insomnio, precisamente, caracteriza por igual los derrumbamientos interiores del personaje Eloy. A través del insomnio o de la casi locura o del vicio, se producen y reproducen imágenes siempre fundidas dentro de un onirismo que, tarde o temprano, conduce a la confusión de la lucidez con el delirio y de la incoherencia con el lirismo.

El tema del relato descansa sobre una situación más propia de una anécdota que de una historia, dicha situación fue recogida por el novelista de un hecho verídico como es la culminación de la biografía de un bandido chileno atrapado pero que no se entrega ni se dispone a morir. La novela, como el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, no es voluminosa, cubre también alrededor de 130 páginas; el autor conduce el relato a través de dos voces fundamentales, la orientadora del narrador y la retrospectiva que se funde con el presente y se opone al futuro mediante un tenso y poco común monólogo interior; sí, hay otras voces, la Rosa, el Toño, la mujer sin nombre que le gusta a Eloy, el viejo cobarde, el Cabo al que

le atravesó la mano con el cuchillo para que lo soltara, pero las definitivas del relato son las dos señaladas.

La sustentación del tema quizá podría vincularse a la tesis bien conocida respecto a que quien va a morir recuerda, en horas, minutos o segundos, toda su vida o los hechos que dentro de ella considera sobresalientes. Eloy es un ex zapatero remendón que inicia su carrera criminal disparando contra los carabineros que vienen a detener "al Monolo"; el relato está contado a partir del momento en que Eloy se encuentra atrapado dentro de una casucha rural, "hacia la medianoche tal vez", rodeado de los carabineros que habrán de darle muerte.

Mientras el momento de la muerte de Eloy llega éste se defiende de ella no sólo con la carabina, sino con una serie de ideas buscadoras de signos protectores en los hechos fatales que se van produciendo. Por varias razones, esta es una novela técnicamente ubicable, si se hace el paralelo, al otro extremo de *Pedro Páramo*: un monólogo contra multitud de voces, un sitio exacto contra la ubicuidad, un lapso bien medido contra la perspectiva de eternidad y una oposición de la esperanza al futuro inmediato que es la muerte contra la aceptación de la desesperanza en el mundo que fue.

Eloy está agonizando pero la escasa conciencia que mantiene lo aferra a la esperanza de vivir, sus ideas buscadoras de signos protectores hasta en hechos definitivamente negativos lo mantienen arraigado a la vida. Herido, nervioso, hambriento, debilitado, Eloy recurre siempre a signos mágicos para demostrarse que todavía "no le toca"; si lo alcanza una bala se da valor asegurando que ello es bueno porque significa que lucirá una nueva cicatriz; si piensa en los autos, perros, caballos y carabineros que lo han rodeado, reflexiona sobre que él va a morir traicionado por alguien que se le pudiera acercar, por un amigo, a traición y no peleando y con tanto alboroto; si la herida es considerable, tendrá que esconderse, "sujetar la sangre con los dedos, hasta que pueda llegar golpeando la puerta en la noche"; cuando mucho, acepta que la bala en el pie lo dejará cojo: "y eso no le preocupaba porque comprendía que así caminaría convenientemente con más lentitud y con más cuidado, no hay cojo que no sea cuidadoso, pensaba, si quedo cojo, si quedo cojo ahora, a lo mejor seré un estupendo bandido, será mi marca de fábrica, mi gallardete, mi distintivo y esas zarandajas que usan los hombres de las películas"; en fin, "mientras desee estar vivo" no puede morir.

Sin dudar un momento de que vivirá, el monólogo impresionante de Eloy indica que éste va pasando de la lucidez al lirismo, a la incoherencia, al delirio y a la agonía que dará paso a la muerte. ¿Qué lo mata? ¿Las balas o la imprudencia ante ellas por el desbordamiento de su mundo mental? El monólogo es desconcertante, trabajado con minucia, magistral, pero es imposible negar que decae, lo cual se comprueba de la siguiente

manera: si la novela es leída en una noche, de un tirón, fatiga; si en varias noches o en varios ratos, pierde intensidad la relación subjetiva de un hombre atrapado que vive las horas finales y más dramáticas de su existencia.

A veces, en contra de este tipo de novelas técnicamente logradas los críticos pierden de vista cierta esencialidad de la temática, ven de ésta únicamente lo superficial; en *Eloy*, no faltará quien la reduzca al simple tratamiento de nota roja, a la morbosidad del hombre en la trampa o a la enseñanza de la sociedad que vence, que da su merecido al delincuente, sin reparar en que Carlos Droguett ha sugerido no sólo el caso en liquidación sino la búsqueda de sus raíces, el origen de un desajuste social bastante conocido. En una parte retrospectiva del monólogo el autor pone estos conceptos: "... ni siquiera el hombre lo había mirado con esa mirada total y absorbente con que te miran los ricos, que te incorporan a su leve curiosidad y su desprecio, a su intranquilidad, sobre todo, te miran y comprenden y están seguros de que mientras haya tipos como tú, tan pobres y tan tranquilos, tan pacientes y satisfechos, jamás va a venir la revolución, la sangre corriendo por las calles y no por las venas".

MAURICIO DE LA SELVA.

Se terminó de imprimir en la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán N° 1035, de la ciudad de México 12, D. F., el día 12 de noviembre de 1971. Consta la edición de 1 600 ejemplares.

N° 1069

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros: Precios

	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (1 y II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.06
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i>	10.00	1.00
LA PRISION, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	10.00	1.00
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO, LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Álvarez Acosta</i>	25.00	2.50
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Roio</i>	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i> ..	20.00	2.00
SANGRE DE LEJANIA, por <i>José Tiquet</i>	20.00	2.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cossio del Pomar</i>	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por <i>Guillermo To- riello</i>	30.00	3.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	10.00	1.00
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	20.00	2.00
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Ale- gría</i>	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	20.00	2.00
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por <i>Rodolfo Usieli</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
HISpanoAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDEN- CIA, por <i>Varios autores</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVO- LUCION, por <i>Fedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por <i>Mauricio de la Selva</i>	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Gerard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO, DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por <i>Alonso Aguilar Monteverde</i> ..	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONÓMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal Araujo</i>	25.00	2.50
PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gans</i>	5.00	0.50
LA ACONIA DEL PERÚ, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José Guada- lupe Zuno</i>	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30
VIGILIAS, por <i>Clarivel Alegría</i>	5.00	0.50
REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)		
(1972)		
MEXICO	150.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		13.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR		
MEXICO	30.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		3.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

- Leopoldo Zea* La revolución norteamericana y sus paradojas.
Julio Alvarez del Vayo La tentativa monárquica.
Juan Rocamora Una canción comprometida.

Nota, por *Luis Córdova*

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Alvaro Fernández Suárez* América latina o la frustración.
Emilio Sosa López Ideología de la poesía moderna.
Dardo Cúneo El escritor, su país y su época.
Gisela B. Huberman Los horizontes de la semántica española.

Nota, por *Jorge L. Tamayo*

PRESENCIA DEL PASADO

- José Luis Romero* La estructura originaria de la ciudad hispanoamericana: grupos sociales y funciones.
Javier Rondero Diseño crítico de la consumación de la Independencia.
Noël Salomón En torno a los zapatistas en *El Aguila y la Serpiente* de Martín Luis Guzmán.
Jesús Silva Herzog Breve historia del Fondo de Cultura Económica.

Nota, por *Luis Córdova*

DIMENSION IMAGINARIA

- Marco Antonio Montes de Oca* Soy todo lo que miro.
Sara de Ibáñez y Roberto Ibáñez Poemas.
Enrique Anderson Imbert Fénix de los ingenios.
Thomas Mermall Octavio Paz y las máscaras.
Vicente Cabrera Ambigüedad temática en *Mulata de Tal*.
Marcelino C. Peñuelas Una novela nueva: *Tánit*, de Sender.
Juan Bautista Rivarola-Matto Algunas ideas acerca de la literatura paraguaya.
Luis B. Eyzaguirre *La gloria de Don Ramiro* y *Don Segundo Sombra*: dos hitos en la novela modernista en Hispanoamérica
Alfredo Cardona Peña Infinito, S. A.

Nota, por *Mauricio de la Selva*